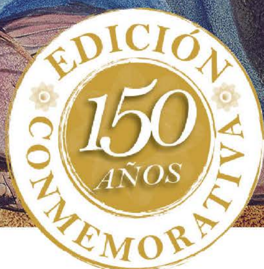
Allan
KARDEC



LA GÉNESIS

LOS MILAGROS Y LAS PREDICCIONES SEGÚN EL ESPIRITISMO

CEA

LA GÉNESIS

LOS MILAGROS Y LAS PREDICCIONES
SEGÚN EL ESPIRITISMO

LA GENÈSE

LES MIRACLES ET LES PRÉDICTIONS

SELON LE SPIRITISME

PAR

ALLAN KARDEC

Auteur du *Livre des Esprits*

> La doctrine spirite est la résultante de l'enseignement collectif et concordant des Esprits.
>
> La science est appelée à constituer la Genèse selon les lois de la nature.
>
> Dieu prouve sa grandeur et sa puissance par l'immutabilité de ses lois, et non par leur suspension.
>
> Pour Dieu, le passé et l'avenir sont le présent.

PARIS
LIBRAIRIE INTERNATIONALE
15, BOULEVARD MONTMARTRE
A. LACROIX, VERBOECKHOVEN ET Cᵉ, ÉDITEURS
A BRUXELLES, A LEIPZIG ET A LIVOURNE
Et au bureau de la REVUE SPIRITE, 59, rue et passage Ste-Anne
—
1868

LA GÉNESIS

LOS MILAGROS Y LAS PREDICCIONES SEGÚN EL ESPIRITISMO

por

Allan Kardec

Autor de *El libro de los Espíritus*

La doctrina espírita es el resultado de la enseñanza colectiva y concordante de los Espíritus.

La ciencia está llamada a constituir la génesis de acuerdo con las leyes de la naturaleza.

Dios prueba su grandeza y su poder a través de la inmutabilidad de sus leyes, y no mediante su derogación.

Para Dios, el pasado y el futuro son el presente.

Traducción de Gustavo N. Martínez

EDICIÓN CONMEMORATIVA
1868 - 150º aniversario de la primera edición - 2018



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

ISBN edición impresa: 978-987-46681-0-3

Título del original francés:
La genèse, les miracles et les prédictions selon le spiritisme
(Allan Kardec; 1868)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan
La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo / Allan Kardec. - 1a ed. adaptada. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Confederación Espiritista Argentina, 2017.
462 p.; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
ISBN 978-987-46681-0-3

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Martínez, Gustavo Norberto, trad. III. Título.
CDD 133.9

Impreso en la Argentina

Advertencia general sobre la traducción

La presente obra es la traducción de la primera edición –definitiva– del original francés *La genèse, les miracles et les prédictions selon le spiritisme*, publicado en París, Francia, el 6 de enero de 1868.

La edición y la distribución de esta obra correspondió a la *Librairie Internationale* de *A. Lacroix, Verboeckhoven et Cie, Éditeurs à Bruxelles, Leipzig et Livourne* (15, Boulevard Montmartre), y a la oficina de la *Revue Spirite* (59, rue et passage Sainte-Anne). La impresión se realizó en la *Typographie Rouge frères, Dunon et Fresné* (rue du Four-Saint-Germain, 43).

Nos valimos de la reproducción digital de un ejemplar, archivado actualmente en la *Biblioteca Nacional de Francia*, que pertenece a la mencionada primera edición: la única que Allan Kardec depositó legalmente ante los organismos de contralor del gobierno francés, y de la cual se imprimieron un total de cuatro tiradas (1ª, 2ª, 3ª y 4ª *éditions*), todas ellas con idéntico contenido.

Vale destacar que Allan Kardec nunca revisó, corrigió ni aumentó ese texto original de *La genèse, les miracles et les prédictions selon le spiritisme*. Para mayor información al respecto, recomendamos la obra *El legado de Allan Kardec*, de Simoni Privato Goidanich, editada por la Confederación Espiritista Argentina.

En lo que respecta a las citas bíblicas transcriptas en este libro, dado que el autor empleó la versión francesa de Isaac Lemaître de Sasy (*La Bible de Sacy-Port Royal*), hemos optado por traducirlas tal como se las ha fijado, sin perjuicio de que el lector pueda consultar las versiones españolas ya existentes, y hacer los estudios comparativos que considere adecuados.

En suma, el criterio que seguimos en el presente trabajo no ha sido otro que mantener una absoluta fidelidad al contenido del texto original.

Destacamos aquí, a modo de homenaje y con profunda gratitud, la abnegada labor del pionero espírita español don José María Fernández Colavida (autor de la primera versión castellana de esta obra, publicada en 1871), cuyo ejemplo ha inspirado nuestra tarea.

El Traductor
Buenos Aires, 6 de enero de 2018.

Introducción

Esta nueva obra constituye otro paso adelante en el terreno de las consecuencias y las aplicaciones del espiritismo. Conforme lo indica su título, tiene como objetivo el estudio de tres puntos hasta ahora diversamente interpretados y comentados: *la génesis, los milagros y las predicciones*, en sus relaciones con las nuevas leyes que se deducen de la observación de los fenómenos espíritas.

Dos elementos, o si se prefiere, dos fuerzas rigen el universo: el elemento espiritual y el elemento material. De la acción simultánea de esos dos principios resultan fenómenos especiales, que se tornan naturalmente inexplicables si se prescinde de uno de ellos, del mismo modo que la formación del agua sería inexplicable si no se tomara en cuenta uno de sus elementos constituyentes: el oxígeno o el hidrógeno.

Al demostrar la existencia del mundo espiritual y sus relaciones con el mundo material, el espiritismo proporciona la clave de una inmensidad de fenómenos que no se han comprendido, y que por eso mismo han sido considerados inadmisibles por parte de cierta clase de pensadores. Esos hechos abundan en las Escrituras, pero sus comentadores no han conseguido llegar a una solución racional, pues ignoraban la ley que los rige. Ubicados en dos campos opuestos, han girado siempre dentro del mismo círculo de ideas: los unos prescindiendo de los datos positivos de la ciencia, los otros sin considerar el principio espiritual.

Esa solución se encuentra en la acción recíproca del espíritu y la materia. Es verdad que ella quita a la mayoría de esos hechos su carácter sobrenatural. Pero ¿qué vale más: admitirlos como resultado de las leyes de la naturaleza, o rechazarlos por completo? Su rechazo absoluto acarrea la negación de la base misma del edificio, mientras que, admitidos de ese modo, apenas suprimiendo lo accesorio, la base queda intacta. Por eso el espiritismo conduce a tantas personas a la creencia en verdades que no hace mucho consideraban meras utopías.

Esta obra es, pues, como ya lo hemos dicho, un complemento de las aplicaciones del espiritismo, desde un punto de vista especial. Los materiales estaban listos, o al menos elaborados desde hace mucho tiempo, pero aún no había llegado el momento de que fueran publicados. Era preciso, en primer lugar, que las ideas que debían servirles de base llegaran a la madurez y, además, que se tomara en cuenta la oportunidad de las circunstancias. El espiritismo no tiene misterios ni teorías secretas; todo en él debe ser dicho con claridad, a fin de que todos puedan juzgarlo con conocimiento de causa. No obstante, cada cosa debe llegar a su tiempo, para que llegue con seguridad. Una solución dada a la ligera, antes de que la cuestión se elucide por completo, sería más una causa de retroceso que de avance. En la que aquí tratamos, la importancia del asunto nos imponía el deber de evitar toda precipitación.

Antes de que entremos en materia, nos ha parecido necesario definir claramente los roles respectivos de los Espíritus y de los hombres en la elaboración de la nueva doctrina. Esas consideraciones preliminares, que apartan de ella toda idea de misticismo, constituyen el objeto del primer capítulo, titulado: *Caracteres de la revelación espírita.* Solicitamos que se atienda con seriedad ese punto, porque en cierto modo allí está el nudo de la cuestión.

Sin perjuicio de la parte que toca a la actividad humana en la elaboración de esta doctrina, la iniciativa pertenece a los Espíritus,

pero no constituye la opinión personal de ninguno de ellos. La doctrina no es, ni puede dejar de ser, más que *el resultado de la enseñanza colectiva y concordante de los Espíritus.* Solo bajo esta condición podemos denominarla doctrina *de los Espíritus.* De lo contrario, sería apenas la doctrina *de un Espíritu*, y solo tendría el valor de una opinión personal.

Generalidad y concordancia en la enseñanza, tal es el carácter esencial de la doctrina espírita, la condición misma de su existencia, de donde resulta que todo principio que no haya recibido la consagración del control de la generalidad no puede ser considerado parte integrante de esa misma doctrina, sino una simple opinión aislada cuya responsabilidad el espiritismo no puede asumir.

Esa concordancia colectiva de la opinión de los Espíritus, sometida además al criterio de la lógica, constituye la fuerza de la doctrina espírita y asegura su perpetuidad. Para que ella cambiara, sería necesario que la universalidad de los Espíritus cambiara de opinión, y que ellos acudieran un día para decir lo contrario de lo que dijeron anteriormente. Dado que la doctrina tiene su origen en la enseñanza de los Espíritus, para que desapareciera sería necesario que los Espíritus dejaran de existir. Eso es también lo que hará que el espiritismo prevalezca sobre los sistemas personales, pues estos no poseen raíces en todas partes.

El libro de los Espíritus ha visto consolidado su prestigio porque es la expresión de un pensamiento colectivo general. En abril de 1867 cumplió su primer decenio. En ese lapso, los principios fundamentales, cuyas bases había asentado, fueron sucesivamente completados y desarrollados en virtud de la enseñanza progresiva de los Espíritus. Ninguno ha sido desmentido por la experiencia. Todos, sin excepción, han permanecido en pie, más vivos que nunca, mientras que de las ideas contradictorias que algunos han intentado oponerle, ninguna prevaleció, precisamente porque en todas partes se enseñaba lo contrario. Ese es un resultado característico

que podemos proclamar sin vanidad, pues jamás nos hemos atribuido el mérito de ello.

Los mismos escrúpulos han presidido la redacción de nuestras demás obras, de modo que con absoluta verdad pudimos incluir en sus títulos la expresión *según el espiritismo*, porque estábamos seguros de su conformidad con la enseñanza general de los Espíritus. Lo mismo ocurre con esta, que por motivos semejantes podemos presentar como complemento de las precedentes, con excepción, sin embargo, de algunas teorías aún hipotéticas, que hemos tenido cuidado de indicar como tales, y que deben ser consideradas simples opiniones personales, hasta tanto sean confirmadas o rechazadas, a fin de que no pese sobre la doctrina espírita la responsabilidad de ninguna de ellas.

Asimismo, los lectores asiduos de la *Revista Espírita* ya deben de haber notado, bajo la forma de esbozos, la mayoría de las ideas desarrolladas en esta obra, conforme lo hemos hecho con las anteriores. A menudo la *Revista* representa para nosotros un terreno de ensayo, destinado a sondear la opinión de los hombres y de los Espíritus sobre algunos principios, antes de admitirlos como partes constitutivas de la doctrina.

LA GÉNESIS
según el espiritismo



Capítulo Primero

Caracteres de la revelación espírita

1. ¿Se puede considerar el espiritismo como una revelación? En ese caso, ¿cuál es su carácter? ¿En qué se funda su autenticidad? ¿A quién y de qué manera ha sido transmitida? La doctrina espírita, ¿es una revelación en el sentido sagrado[1] de la palabra, es decir, el resultado de una enseñanza oculta proveniente de lo Alto? ¿Es definitiva o susceptible de modificaciones? Dado que trae a los hombres la verdad integral, ¿la revelación no tendría por efecto impedirles hacer uso de sus facultades, ya que les ahorraría el trabajo de la investigación? ¿Cuál es la autoridad de la enseñanza de los Espíritus, si no son infalibles ni superiores a la humanidad? ¿Cuál es la utilidad de la moral que predican, si esa moral no es otra que la del Cristo, ya conocida? ¿Cuáles son las verdades nuevas que ellos nos aportan? ¿Precisa el hombre una revelación? ¿No podría encontrar en sí mismo y en su conciencia

1. En el original: *liturgique*, una de cuyas acepciones, en francés, es *sacré* (*sagrado*). (N. del T.)

todo lo que necesita para conducirse? Esas son las cuestiones que debemos considerar.

2. Definamos primero el sentido de la palabra *revelación.*

Revelar, término derivado de la palabra *velo* (del latín *velum*), significa literalmente *quitar el velo*; y en sentido figurado: descubrir, dar a conocer una cosa secreta o desconocida. En su acepción vulgar más genérica, se dice de toda cosa ignorada que se divulga, de toda idea nueva que nos pone al corriente de lo que no sabíamos.

Desde este punto de vista, todas las ciencias que nos hacen conocer los misterios de la naturaleza son revelaciones, y se puede decir que existe para la humanidad una revelación incesante. La astronomía reveló el mundo astral, al que no conocíamos; la geología reveló la formación de la Tierra; la química, la ley de las afinidades; la fisiología, las funciones del organismo, etc. Copérnico, Galileo, Newton, Laplace, Lavoisier, fueron reveladores.

3. El carácter esencial de toda revelación debe ser la verdad. Revelar un secreto es dar a conocer un hecho; si algo es falso, ya no es un hecho y, por consiguiente, no existe revelación. Toda revelación desmentida por los hechos deja de serlo; y en caso de que sea atribuida a Dios, dado que Dios no miente ni se engaña, no puede provenir de Él, de modo que debe ser considerada producto de una concepción humana.

4. ¿Cuál es el rol del profesor en relación con sus discípulos, sino el de un revelador? El profesor les enseña aquello que no saben, aquello que no tendrían tiempo ni posibilidades de descubrir por sí mismos, porque la ciencia es una obra colectiva de los siglos y de una infinidad de hombres que han aportado, cada uno, su cuota de observaciones, aprovechadas por los que vienen después de ellos. La enseñanza es, por lo tanto, en realidad, la revelación de ciertas verdades, científicas o morales, físicas o metafísicas, realizadas por

hombres que las conocen, a otros que las ignoran y que, si así no hubiera sido, las habrían ignorando siempre.

5. Pero el profesor sólo enseña lo que ha aprendido: es un revelador de segundo orden. En cambio, el hombre de genio enseña lo que ha descubierto por sí mismo: es el revelador primitivo; aporta la luz que poco a poco se difunde. ¿Qué sería de la humanidad sin la revelación transmitida por los hombres de genio que aparecen de tiempo en tiempo?

Pero ¿quiénes son esos hombres de genio? ¿Por qué son hombres de genio? ¿De dónde provienen? ¿Hacia dónde van? Notemos que la mayoría de ellos trae al nacer facultades trascendentes y conocimientos innatos, que desarrollan con poco trabajo. Realmente pertenecen a la humanidad, pues nacen, viven y mueren como nosotros. Entonces, ¿dónde han adquirido esos conocimientos que no han podido aprender durante la vida? ¿Se dirá, como hacen los materialistas, que el acaso los ha dotado de materia cerebral en mayor cantidad y de mejor calidad? En ese caso, no tendrían más mérito que una legumbre de mayor tamaño y más sabrosa que otra.

¿Diremos, como ciertos espiritualistas, que Dios los ha dotado de un alma más favorecida que la del común de los hombres? Esa es una suposición igualmente carente de lógica, pues calificaría a Dios de parcial. La única solución racional de este problema reside en la preexistencia del alma y en la pluralidad de las existencias. El hombre de genio es un Espíritu que, como ha vivido más tiempo, conquistó y progresó más que aquellos que están menos adelantados. Al encarnar, trae consigo lo que sabe, y como sabe mucho más que los otros y no precisa aprender, se lo denomina hombre de genio. Con todo, su saber es fruto de un trabajo anterior, y no el resultado de un privilegio. Antes de renacer, ya era un Espíritu adelantado; reencarna para hacer que otros aprovechen su saber, o para adquirir más del que posee.

Los hombres progresan, indiscutiblemente, por sí mismos y por los esfuerzos de su inteligencia. No obstante, librados a sus propias fuerzas progresarían muy lentamente, en caso de que no recibieran la ayuda de otros hombres más adelantados, como el estudiante es auxiliado por sus profesores. Todos los pueblos han tenido hombres de genio, que aparecieron en diversas épocas para darles impulso y sacarlos de la inercia.

6. Si se admite la solicitud de Dios para con sus criaturas, ¿por qué no se habrá de admitir que Espíritus capaces -tanto por su energía como por la superioridad de sus conocimientos- de hacer que la humanidad avance, encarnen por voluntad de Dios a fin de contribuir al progreso en un sentido determinado? ¿Por qué no admitir que reciban misiones, como un embajador las recibe de su soberano? Tal es el rol de los grandes genios. ¿Qué vienen a hacer, si no es a enseñar a los hombres verdades que estos ignoran -y que aún ignorarían durante largos períodos-, a fin de darles un punto de apoyo mediante el cual puedan elevarse más rápidamente? Esos genios, que aparecen a través de los siglos como estrellas fulgurantes, dejando una larga estela de luz sobre la humanidad, son misioneros o, si se quiere, mesías. Si ellos solo enseñaran a los hombres lo que estos ya saben, su presencia sería completamente inútil. Así, las cosas nuevas que les enseñan, ya sea en el orden físico o en el filosófico, son *revelaciones*.

Si Dios promueve reveladores para las verdades científicas, también puede, con mayor razón, promoverlos para las verdades morales, que constituyen uno de los elementos esenciales del progreso. Esos son los filósofos cuyas ideas perduran a través de los siglos.

7. En el sentido especial de la fe religiosa, la revelación se refiere más particularmente a las cosas espirituales que el hombre no puede saber por sí mismo ni descubrir con el auxilio de sus sentidos, y cuyo conocimiento le es dado por Dios o por sus mensajeros,

ya sea por medio de la palabra directa o de la inspiración. En este caso, siempre se la hace a hombres privilegiados, designados con el nombre de profetas o *mesías*, es decir, *enviados* o *misioneros*, que reciben la *misión* de transmitirla a los hombres. Considerada desde ese punto de vista, la revelación implica la pasividad absoluta, y es aceptada sin control, sin examen ni discusión.

8. Todas las religiones han tenido sus reveladores, y aunque estos estuviesen lejos de conocer toda la verdad, tenían una razón de ser providencial, porque eran apropiados al tiempo y al medio en que vivían, al carácter particular de los pueblos a los que hablaban, y en relación con los cuales eran relativamente superiores. A pesar de los errores de sus doctrinas, no dejaron de agitar los espíritus y, por eso mismo, de sembrar los gérmenes del progreso que más tarde habrían de desarrollarse, o que se desarrollarán en el futuro a la luz del cristianismo. Por consiguiente, es injusto anatematizarlos en nombre de la ortodoxia, ya que vendrá el día en que todas esas creencias, tan diversas en la forma, pero basadas en un mismo principio fundamental –Dios y la inmortalidad del alma–, se fundirán en una grande y amplia unidad, cuando la razón triunfe sobre los prejuicios.

Lamentablemente, las religiones han sido en todos los tiempos instrumentos de dominación; el rol de profeta siempre tentó a las ambiciones secundarias, y se ha visto surgir una multitud de presuntos reveladores o mesías que, valiéndose del prestigio de esta denominación, explotaron la credulidad en provecho de su orgullo, de su codicia o de su indolencia, pues hallaron más cómodo vivir a expensas de los engañados. La religión cristiana no ha podido evitar esos parásitos. Al respecto, llamamos particularmente la atención hacia el capítulo XXI de *El Evangelio según el espiritismo*: "Habrá falsos Cristos y falsos profetas".

9. ¿Hay revelaciones directas de Dios a los hombres? Esta es una cuestión que no osaríamos resolver en forma afirmativa ni en

forma negativa de manera absoluta. El hecho no es radicalmente imposible, pero nada nos da de él una prueba cierta. De lo que no cabe duda es que los Espíritus que por su perfección se hallan más cerca de Dios se impregnan de su pensamiento y pueden transmitirlo. En cuanto a los reveladores encarnados, según el orden jerárquico al que pertenecen, así como al grado de saber personal al que llegaron, pueden extraer de sus propios conocimientos las instrucciones que imparten, o recibirlas de Espíritus más elevados, incluso de los mensajeros directos de Dios, los cuales, al hablar en nombre de este, han sido en ocasiones tomados por el propio Dios.

Las comunicaciones de este género nada tienen de extrañas para quien conoce los fenómenos espíritas y la manera mediante la cual se establecen las relaciones entre los encarnados y los desencarnados. Las instrucciones pueden ser transmitidas por diversos medios: la inspiración pura y simple, la audición de la palabra, la percepción de los Espíritus instructores en visiones y en apariciones, ya sea durante el sueño o en estado de vigilia, de los que hallamos tantos ejemplos en la Biblia, en el Evangelio y en los libros sagrados de todos los pueblos. Así pues, es rigurosamente exacto decir que la mayoría de los reveladores son médiums inspirados, auditivos o videntes, lo que no significa que todos los médiums sean reveladores, y menos aún intermediarios directos de la Divinidad o de sus mensajeros.

10. Solo los Espíritus puros reciben la palabra de Dios con la misión de transmitirla. No obstante, hoy se sabe que no todos los Espíritus son perfectos, y que existen algunos que se presentan bajo falsas apariencias, lo que llevó a san Juan a decir: “No creáis en cualquier Espíritu; ved antes si los Espíritus son de Dios”. (Primera Epístola, 4:1.)

Puede haber, pues, revelaciones serias y verdaderas, como las hay apócrifas y mentirosas. El carácter esencial de la revelación divina es el de la *eterna verdad.* Toda revelación contaminada de errores

o sujeta a modificaciones no puede emanar de Dios. Es por eso que la ley del Decálogo tiene todos los caracteres de su origen, mientras que las otras leyes mosaicas, esencialmente transitorias, muchas veces en contradicción con la ley del Sinaí, son obra personal y política del legislador hebreo. Con el ablandamiento de las costumbres del pueblo, esas leyes cayeron en desuso de por sí, mientras que el Decálogo se mantuvo en pie como faro de la humanidad. Cristo hizo de él la base de su edificio, en tanto que abolió las otras leyes. Si estas fuesen obra de Dios, las habría conservado intactas. Cristo y Moisés son los dos grandes reveladores que cambiaron la faz del mundo, y en eso está la prueba de su misión divina. Una obra puramente humana no habría tenido ese poder.

11. Una importante revelación se produce en la época actual: la que nos muestra la posibilidad de que nos comuniquemos con los seres del mundo espiritual. No cabe duda de que ese conocimiento no es nuevo; pero hasta ahora, en cierto modo, había permanecido como letra muerta, es decir, sin provecho para la humanidad. La ignorancia de las leyes que rigen esas relaciones lo había ahogado bajo la superstición; el hombre era incapaz de extraer de ahí alguna deducción saludable. Estaba reservado a nuestra época desembarazarlo de los accesorios ridículos, comprender su alcance y hacer que de él surja la luz destinada a iluminar el camino del porvenir.

12. El espiritismo, al darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea, y en medio del cual vivimos sin que lo sospecháramos, así como las leyes que lo rigen, sus relaciones con el mundo visible, la naturaleza y el estado de los seres que habitan en él y, por consiguiente, el destino del hombre después de la muerte, constituye una verdadera revelación en el sentido científico de la palabra.

13. Por su naturaleza, la revelación espírita tiene un doble carácter: participa al mismo tiempo de la revelación divina y de la revelación científica. Participa de la primera, porque su aparición

es providencial, y no el resultado de la iniciativa o de un deseo premeditado del hombre; y porque los puntos fundamentales de la doctrina provienen de la enseñanza que han impartido los Espíritus encargados por Dios de ilustrar a los hombres sobre cosas que ellos ignoraban, que no podían aprender por sí mismos, y que les importa conocer, ya que hoy son aptos para comprenderlas. Participa de la segunda, porque esa enseñanza no es privilegio de ningún individuo, sino que es impartida a todos del mismo modo; porque los que la transmiten y los que la reciben no son seres *pasivos*, dispensados del trabajo de la observación y la investigación; porque no han renunciado al razonamiento y al libre albedrío; porque no se les ha prohibido el examen, sino que, por el contrario, se les ha recomendado; en fin, porque la doctrina no fue *dictada completa, ni impuesta a la creencia ciega*; porque es deducida, mediante el trabajo del hombre, de la observación de los hechos que los Espíritus colocan delante de sus ojos, así como de las instrucciones que le dan, instrucciones que él estudia, comenta, compara, a fin de que él mismo extraiga las consecuencias y las aplicaciones. En suma: *lo que caracteriza a la revelación espírita es el hecho de que su origen es divino, la iniciativa pertenece a los Espíritus, y su elaboración es fruto del trabajo del hombre.*

14. Como medio de elaboración, el espiritismo procede exactamente de la misma manera que las ciencias positivas, es decir, aplica el método experimental. Cuando se presentan hechos nuevos que no se pueden explicar a través de las leyes conocidas, él los observa, los compara, los analiza y, remontándose de los efectos a las causas, llega a la ley que los rige; después deduce sus consecuencias y busca las aplicaciones útiles. *No establece ninguna teoría preconcebida*; por eso no presentó como hipótesis la existencia y la intervención de los Espíritus, como tampoco el periespíritu, la reencarnación ni ningún otro principio de la doctrina. Concluyó por la existencia de los Espíritus cuando esa existencia resultó

evidente a partir de la observación de los hechos, y ha procedido de igual manera en cuanto a los otros principios. No han sido los hechos los que vinieron con posterioridad a confirmar a la teoría, sino que la teoría vino a continuación para explicar y resumir los hechos. Así pues, es rigurosamente exacto que se diga que el espiritismo es una ciencia de observación, y no un producto de la imaginación.

15. Citemos un ejemplo. En el mundo de los Espíritus ocurre un hecho muy singular, que seguramente nadie había sospechado: el que haya Espíritus que no se consideran muertos. ¡Pues bien! Los Espíritus superiores, que conocen perfectamente ese hecho, no vinieron a decirnos previamente: "Hay Espíritus que suponen que viven todavía la vida terrenal, que han conservado sus gustos, sus costumbres y sus instintos". En lugar de eso, han provocado la manifestación de Espíritus de esa categoría para que los observáramos. Así pues, luego de haber visto Espíritus inseguros en cuanto a su estado, o que afirman que todavía pertenecen a este mundo y que se consideran dedicados a sus ocupaciones habituales, del ejemplo se dedujo la regla. La multiplicidad de hechos análogos ha probado que aquello no era una excepción, sino una de las fases de la vida espírita, y ha permitido estudiar todas las variedades y las causas de esa singular ilusión, así como reconocer que tal situación es sobre todo inherente a Espíritus poco adelantados moralmente, y característica de determinados tipos de muerte; que solo es transitoria, pero puede durar días, meses y años. Así, la teoría nació de la observación. Lo mismo ocurrió en relación con los demás principios de la doctrina espírita.

16. Así como la ciencia propiamente dicha tiene por objeto el estudio de las leyes del principio material, el objeto especial del espiritismo es el conocimiento de las leyes del principio espiritual. Ahora bien, como este último principio es una de las fuerzas de la naturaleza, que reacciona sin cesar sobre el principio material,

al igual que este lo hace sobre aquel, se deduce de ahí que el conocimiento de uno no puede estar completo sin el conocimiento del otro; que el espiritismo y la ciencia se complementan; que la ciencia sin el espiritismo se halla imposibilitada de explicar ciertos fenómenos recurriendo solamente a las leyes de la materia, y que por haber prescindido del principio espiritual se encuentra con tantas dificultades; que el espiritismo sin la ciencia carecería de apoyo y de control, y podría equivocarse. Si el espiritismo hubiese llegado antes que los descubrimientos científicos, se habría malogrado, como todo lo que aparece antes de tiempo.

17. Todas las ciencias se concatenan y se suceden en un orden racional; nacen unas de otras, a medida que encuentran un punto de apoyo en las ideas y los conocimientos anteriores. La astronomía, una de las primeras cultivadas, conservó los errores de su infancia hasta el momento en que la física reveló la ley de las fuerzas de los agentes naturales; la química, impotente sin la física, tuvo que acompañarla de cerca, para que después marcharan en concordancia, apoyándose una en la otra. La anatomía, la fisiología, la zoología, la botánica, la mineralogía, solo llegaron a convertirse en ciencias serias con el auxilio de las luces que les aportaron la física y la química. A la geología, nacida ayer, sin la astronomía, la física, la química y todas las otras ciencias, le habrían faltado elementos vitales, de modo que solo podía llegar después de aquellas.

18. La ciencia moderna abandonó los cuatro elementos primitivos de los antiguos y, de observación en observación, llegó a la concepción de *un solo elemento generador* de todas las transformaciones de la materia; pero la materia, de por sí, es inerte; no tiene vida, pensamiento ni sentimiento; le es necesaria su unión con el principio espiritual. El espiritismo no ha descubierto ni inventado ese principio, pero fue el primero en demostrar su existencia por medio de pruebas irrecusables. Lo ha estudiado, analizado, y puso en evidencia su acción. Al *elemento material* le adicionó el *elemento*

espiritual. Elemento material y *elemento espiritual* son, pues, los dos principios, las dos fuerzas vivas de la naturaleza. Mediante la unión indisoluble de ambos se explica fácilmente una infinidad de hechos hasta entonces inexplicables.

Por su esencia misma, y dado que tiene como objeto el estudio de uno de los dos elementos que constituyen el universo, el espiritismo se relaciona forzosamente con la mayor parte de las ciencias; sólo podía llegar después de que esas ciencias fueran elaboradas y, sobre todo, después de que hubieran probado su imposibilidad de explicarlo todo recurriendo solamente a las leyes de la materia.

19. Acusan al espiritismo de parentesco con la magia y la hechicería, pero se omite que la astronomía tiene por hermana mayor a la astrología judiciaria, no tan lejana de nosotros; que la química es hija de la alquimia, de la que ningún hombre sensato osaría ocuparse hoy. Nadie niega, sin embargo, que en la astrología y en la alquimia estaba el germen de las verdades de las que salieron las ciencias actuales. A pesar de sus fórmulas ridículas, la alquimia orientó el descubrimiento de los cuerpos simples y de la ley de afinidades. La astrología se apoyaba en la posición y en el movimiento de los astros, a los cuales había estudiado; pero como ignoraba las verdaderas leyes que rigen el mecanismo del universo, los astros eran para el vulgo seres misteriosos a los cuales la superstición atribuía una influencia moral y un sentido revelador. Cuando Galileo, Newton y Kepler dieron a conocer esas leyes, cuando el telescopio rasgó el velo y sumergió en las profundidades del espacio una mirada que algunos consideraron indiscreta, los planetas aparecieron como simples mundos semejantes al nuestro, y el andamiaje de lo maravilloso se desmoronó.

Lo mismo sucede con el espiritismo en lo relativo a la magia y la hechicería, que se basaban también en la manifestación de los Espíritus, como la astrología en el movimiento de los astros; no obstante, como aquellas ignoraban las leyes que rigen el mundo

espiritual, mezclaban con esas relaciones creencias y prácticas ridículas, con las cuales el espiritismo moderno, fruto de la experiencia y de la observación, nada tiene que ver. Por cierto, la distancia que separa al espiritismo de la magia y la hechicería es mayor que la que existe entre la astronomía y la astrología, o entre la química y la alquimia. Pretender confundirlos es demostrar que no se sabe ni una palabra al respecto.

20. La sola posibilidad de comunicarnos con los seres del mundo espiritual trae consecuencias incalculables de la mayor gravedad: es un mundo nuevo el que se nos revela, y que tiene tanta más importancia cuanto que a él habrán de regresar todos los hombres, sin excepción. Ese conocimiento no puede dejar de acarrear, al generalizarse, una profunda modificación en las costumbres, el carácter, los hábitos y las creencias, que tan grande influencia ejercen sobre las relaciones sociales. Es una revolución total la que se opera en las ideas, revolución tanto mayor y más poderosa cuanto que no está circunscripta a un pueblo ni a una casta, visto que alcanza simultáneamente, por el corazón, a todas las clases, a todas las nacionalidades, a todos los cultos.

Razón existe, pues, para que el espiritismo sea considerado la tercera gran revelación. Veamos en qué difieren esas revelaciones, y cuál es el vínculo que las relaciona entre sí.

21. MOISÉS, como profeta, reveló a los hombres el conocimiento de un Dios único, soberano Señor y creador de todas las cosas. Promulgó la ley del Sinaí y echó las bases de la verdadera fe. Como hombre, fue el legislador del pueblo a través del cual esa primitiva fe, depurada, habría de expandirse por toda la Tierra.

22. CRISTO, que tomó de la antigua ley lo que es eterno y divino, y desechó lo que era transitorio, meramente disciplinario y de concepción humana, agregó *la revelación de la vida futura*, de la que Moisés no había hablado, como también la de las penas y las recompensas que aguardan al hombre después de la muerte.

(Véase la *Revista Espírita*, marzo y septiembre de 1861, páginas 90 y 280.)

23. La parte más importante de la revelación del Cristo, en el sentido de primera fuente, de piedra angular de toda su doctrina, es el punto de vista absolutamente nuevo desde el cual permite que se considere a la Divinidad. Esta ya no es el Dios terrible, celoso, vengativo de Moisés; el Dios cruel e implacable que riega la tierra con sangre humana, que ordena la masacre y el exterminio de pueblos, sin exceptuar a las mujeres, a los niños y a los ancianos, y que castiga a quienes tratan con indulgencia a las víctimas. Ya no es el Dios injusto que escarmienta a todo un pueblo por la falta de su líder, que se venga del culpable en la persona del inocente, que daña a los hijos por las faltas de los padres; sino un Dios clemente, soberanamente justo y bueno, pleno de mansedumbre y misericordia, que perdona al pecador arrepentido *y da a cada uno según sus obras*. Ya no es el Dios de un único pueblo privilegiado, *el Dios de los ejércitos* que dirige los combates para sustentar su propia causa contra el Dios de los otros pueblos, sino el Padre común del género humano, que extiende su protección a todos sus hijos, y los convoca a todos hacia él. Ya no es el Dios que recompensa y castiga solamente con los bienes de la Tierra, y que hace consistir la gloria y la felicidad en la esclavitud de los pueblos rivales y en la multiplicidad de la progenie, sino un Dios que dice a los hombres: "Vuestra verdadera patria no está en este mundo, sino en el reino celestial, allí donde los humildes de corazón serán elevados y los orgullosos serán humillados". Ya no es el Dios que hace de la venganza una virtud y ordena que se retribuya ojo por ojo, diente por diente, sino el Dios de misericordia que dice: "Perdonad las ofensas si queréis ser perdonados; haced el bien a cambio del mal; no hagáis a los demás lo que no queréis que os hagan". Ya no es el Dios mezquino y meticuloso que impone, bajo las más rigurosas penas, el modo como quiere ser adorado, que se ofende por la

falta de observancia de una fórmula, sino el Dios grande que ve las intenciones, y al que no se honra con la forma. En fin, ya no es el Dios que quiere ser temido, sino el Dios que quiere ser amado.

24. Por ser Dios el eje de todas las creencias religiosas, y el objetivo de todos los cultos, *el carácter de todas las religiones se halla conforme con la idea que estas tienen de Él.* Las que hacen de Dios un ser vengativo y cruel creen honrarlo con actos de crueldad, con hogueras y torturas; las que tienen un Dios parcial y celoso son intolerantes y, en mayor o menor medida, meticulosas en la forma, pues lo consideran más o menos contaminado con las debilidades y la frivolidad humanas.

25. Toda la doctrina del Cristo está fundada en el carácter que él atribuye a la Divinidad. Con un Dios imparcial, soberanamente justo, bueno y misericordioso, él pudo hacer del amor de Dios y de la caridad para con el prójimo la condición expresa de la salvación, y decir: *En esto consiste toda la ley y los profetas; no existe otra ley.* Sobre esta única creencia pudo asentar el principio de la igualdad de los hombres ante Dios, así como el de la fraternidad universal.

Esta revelación de los verdaderos atributos de la Divinidad, junto con la de la inmortalidad del alma y de la vida futura, modificaba profundamente las relaciones mutuas entre los hombres, les imponía nuevas obligaciones, los hacía encarar la vida presente desde otro aspecto, y por eso mismo habría de reaccionar contra las costumbres y las relaciones sociales. Ese es, indiscutiblemente, por sus consecuencias, el punto principal de la revelación del Cristo, cuya importancia no fue suficientemente comprendida. Además, es lamentable decir que también es el punto del que la humanidad más se ha apartado, el que más ha ignorado en la interpretación de sus enseñanzas.

26. No obstante, Cristo agrega: "Muchas de las cosas que os digo, todavía no las podéis comprender, y muchas otras tendría

que deciros, que no comprenderíais; por eso os hablo por parábolas; con todo, más adelante *os enviaré el Consolador; el Espíritu de Verdad, que restablecerá todas las cosas y os las explicará todas*".

Si Cristo no dijo todo lo que hubiera podido decir, es porque consideró conveniente dejar ciertas verdades en la sombra, hasta que los hombres estuviesen en condiciones de comprenderlas. Como él mismo lo confesó, su enseñanza estaba incompleta, visto que anunció la llegada de aquel que debería completarla. Había previsto, entonces, que sus palabras serían despreciadas o mal interpretadas, y que los hombres se desviarían de su enseñanza; en suma, que destruirían lo que él había hecho, puesto que todas las cosas habrán de ser restablecidas. Ahora bien, solo se *restablece* aquello que ha sido deshecho.

27. ¿Por qué él denomina *Consolador* al nuevo Mesías? Ese nombre, significativo y sin ambigüedad, encierra toda una revelación. Así, Cristo preveía que los hombres estarían necesitados de consuelo, lo que implica que sería insuficiente el que hallarían en la creencia que habrían de fundar. Tal vez nunca Cristo fue tan claro, tan explícito como en estas últimas palabras, a las cuales pocas personas prestaron la debida atención, probablemente porque evitaron interpretarlas y profundizar su sentido profético.

28. Si Cristo no pudo desarrollar su enseñanza de manera completa, se debió a que a los hombres les faltaban conocimientos que solo podrían adquirir con el tiempo, y sin los cuales no la comprenderían; muchas cosas habrían parecido absurdas en el estado de los conocimientos de entonces. "Completar su enseñanza" debe entenderse, pues, en el sentido de *explicarla* y *desarrollarla*, mucho más que en el de agregarle verdades nuevas, dado que en ella todo se encuentra en estado de germen. Faltaba la clave para captar el sentido de sus palabras.

29. Pero ¿quién se arroga el derecho de interpretar las Escrituras sagradas? ¿Quién tiene ese derecho? ¿Quiénes poseen las luces necesarias, si no son los teólogos?

¿Quién se atreve? En primer lugar, la ciencia, que no pide permiso a nadie para dar a conocer las leyes de la naturaleza, y salta sobre los errores y los prejuicios. ¿Quién tiene ese derecho? En este siglo de emancipación intelectual y de libertad de conciencia, el derecho de examen pertenece a todos, y las Escrituras ya no son el arca santa en la cual nadie se atrevía a introducir la punta de un dedo sin que corriera el riesgo de ser fulminado. En cuanto a las luces especiales, necesarias, sin objetar las de los teólogos, y por más iluminados que fuesen los de la Edad Media y, en particular, los Padres de la Iglesia, ellos no lo eran lo suficiente para no condenar como herejía el movimiento de la Tierra y la creencia en las antípodas. Incluso sin ir tan lejos, los teólogos de nuestros días, ¿no han arrojado un anatema sobre la teoría de los períodos de formación de la Tierra?

Los hombres solo pudieron explicar las Escrituras con el auxilio de lo que sabían, de las nociones falsas o incompletas que tenían acerca de las leyes de la naturaleza, más tarde reveladas por la ciencia. Por esa razón los propios teólogos, de muy buena fe, se equivocaron acerca del sentido de ciertas palabras y de algunos hechos del Evangelio. Al querer a toda costa hallar en él la confirmación de una idea preconcebida, giraban siempre en el mismo círculo, sin abandonar su punto de vista, de modo que solo veían lo que querían ver. Por más sabios teólogos que fuesen, no podían comprender las causas dependientes de leyes que ignoraban.

Pero ¿quién habrá de juzgar las diferentes interpretaciones, muchas veces contradictorias, surgidas fuera de la teología? El futuro, la lógica y el buen sentido. Los hombres, cada vez más esclarecidos a medida que nuevos hechos y nuevas leyes se vayan revelando, sabrán apartar de la realidad los sistemas utópicos. Ahora bien, la

ciencia da a conocer algunas leyes; el espiritismo da a conocer otras; todas son indispensables para la comprensión de los textos sagrados de todas las religiones, desde Confucio y Buda hasta el cristianismo. En cuanto a la teología, esta no podrá, juiciosamente, alegar contradicciones de la ciencia, dado que no siempre es coherente consigo misma.

30. EL ESPIRITISMO, cuyo punto de partida está en las propias palabras del Cristo, como este partió de las de Moisés, es una consecuencia directa de la doctrina cristiana.

A la idea vaga de la vida futura agrega la revelación de la existencia del mundo invisible que nos rodea y puebla el espacio, y con eso determina en forma precisa la creencia; le da un cuerpo, una consistencia, una realidad en el pensamiento.

Define los lazos que unen el alma al cuerpo, y levanta el velo que ocultaba a los hombres los misterios del nacimiento y de la muerte.

Mediante el espiritismo el hombre sabe de dónde viene, hacia dónde va, por qué está en la Tierra, por qué sufre transitoriamente, y ve por todas partes la justicia de Dios. Sabe que el alma progresa sin cesar, a través de una serie de existencias sucesivas, hasta que haya alcanzado el grado de perfección que la aproxima a Dios. Sabe que todas las almas, como tienen un mismo punto de origen, son creadas iguales, con la misma aptitud para progresar, en virtud de su libre albedrío; que todas son de la misma esencia, y que no existe diferencia entre ellas, salvo en cuanto al progreso realizado; que todas tienen el mismo destino y alcanzarán la misma meta, más o menos rápidamente, conforme a su trabajo y su buena voluntad.

Sabe que no existen criaturas desheredadas, ni más favorecidas unas que otras; que Dios no creó a algunas ellas con privilegios, ni las dispensó del trabajo impuesto a las otras para que progresen;

que no hay seres perpetuamente consagrados al mal y al sufrimiento; que aquellos a los que se designa con el nombre de *demonios* son Espíritus imperfectos y que todavía están atrasados, que practican el mal en el estado de Espíritus, como lo practicaban cuando eran hombres, pero que adelantarán y se perfeccionarán; que los ángeles o Espíritus puros no son seres aparte en la Creación, sino Espíritus que llegaron a la meta, después de haber recorrido palmo a palmo el camino del progreso; que de tal modo no hay creaciones múltiples de diferentes categorías entre los seres inteligentes, sino que toda la creación es el resultado de la gran ley de unidad que rige el universo; sabe, por último, que todos los seres gravitan hacia una meta común, que es la perfección, sin que unos sean favorecidos a expensas de otros, pues todos son hijos de sus propias obras.

31. Mediante las relaciones que ahora puede establecer con aquellos que dejaron la Tierra, el hombre posee no solamente la prueba material de la existencia y de la individualidad del alma, sino que también comprende la solidaridad que vincula a los vivos con los muertos de este mundo, y a los de este mundo con los de otros planetas. Conoce la situación de ellos en el mundo de los Espíritus; los acompaña en sus migraciones; es testigo de sus alegrías y sus penas; sabe por qué son felices o desdichados, y conoce la suerte que a él mismo le está reservada, según el bien o el mal que haya hecho. Esas relaciones lo inician en la vida futura, a la que puede observar en todas sus fases, en todas sus peripecias; el porvenir ya no es una vaga esperanza, sino un hecho positivo, una certeza matemática. Así, la muerte ya no tiene nada de aterrador para él, porque significa la liberación, la puerta de la verdadera vida.

32. Mediante el estudio de la situación de los Espíritus, el hombre sabe que la felicidad y la desdicha en la vida espiritual son inherentes al grado de perfección o de imperfección; que cada

uno sufre las consecuencias directas y naturales de sus faltas o, dicho de otra manera, que es castigado por donde pecó; que esas consecuencias duran tanto como la causa que las produjo; que, de ese modo, el culpable sufriría eternamente si persistiera siempre en el mal, pero que el sufrimiento cesa con el arrepentimiento y la reparación. Ahora bien, como el perfeccionamiento depende de cada uno, todos pueden, en virtud de su libre albedrío, prolongar o abreviar sus padecimientos, como el enfermo que sufre por sus excesos hasta tanto no les pone término.

33. Así como la razón rechaza, por considerarla incompatible con la bondad de Dios, la idea de las penas irremisibles, perpetuas y absolutas, a menudo infligidas por una única falta, al igual que la idea de los suplicios del Infierno, que ni siquiera pueden ser atenuados por el arrepentimiento más ardiente y más sincero, la misma razón se inclina delante de esa justicia distributiva e imparcial que toma todo en cuenta, que nunca cierra la puerta al arrepentimiento y tiende constantemente la mano al náufrago, en vez de empujarlo hacia el abismo.

34. La pluralidad de las existencias, cuyo principio Cristo estableció en el Evangelio, aunque no lo definió más que como lo hizo con muchos otros, es una de las leyes más importantes reveladas por el espiritismo, dado que este demuestra su realidad y su necesidad para el progreso. Con esta ley, el hombre explica todas las aparentes anomalías de la vida humana; sus diferencias en cuanto a la posición social; las muertes prematuras que, sin la reencarnación, tornarían inútiles para el alma las vidas de corta duración; la desigualdad de aptitudes intelectuales y morales, las cuales se deben a la antigüedad del Espíritu, que ha vivido más o menos, así como aprendido y progresado en mayor o menor medida, y que trae al renacer lo que conquistó en sus existencias anteriores. (Véase el § 5.)

35. Con la doctrina de la creación del alma en el instante del nacimiento, se cae en el sistema de las creaciones privilegiadas. Los hombres son extraños unos a otros, nada los une, los lazos de familia son puramente carnales. No son de ningún modo solidarios con un pasado en el que no existían. Con la doctrina de la nada después de la muerte, todas las relaciones cesan con la vida y, de ese modo, los hombres no son solidarios en el porvenir. Mediante la reencarnación, en cambio, son solidarios en el pasado y en el porvenir. Como sus relaciones se perpetúan tanto en el mundo espiritual como en el corporal, la fraternidad se basa en las leyes mismas de la naturaleza. El bien tiene un objetivo; y el mal, consecuencias inevitables.

36. Con la reencarnación desaparecen los prejuicios de razas y de castas, pues el mismo Espíritu puede volver a nacer rico o pobre, gran señor o proletario, jefe o subordinado, libre o esclavo, hombre o mujer. De todos los argumentos invocados contra la injusticia de la servidumbre y la esclavitud, contra la sujeción de la mujer a la ley del más fuerte, ninguno hay que aventaje en lógica al hecho material de la reencarnación. De ese modo, así como la reencarnación fundamenta en una ley de la naturaleza el principio de la fraternidad universal, también fundamenta en la misma ley el principio de la igualdad de los derechos sociales y, por consiguiente, el de la libertad.

Solo por el cuerpo los hombres nacen inferiores y subordinados; por el Espíritu, son iguales y libres. De ahí se infiere el deber de tratar a los inferiores con bondad, benevolencia y humanidad, porque el que hoy es nuestro subordinado, pudo haber sido nuestro igual o nuestro superior, tal vez un pariente o un amigo, y porque nosotros, a nuestra vez, podremos llegar a ser los subordinados de aquel a quien mandamos.

37. Quitad al hombre el Espíritu libre e independiente, que sobrevive a la materia, y haréis de él una simple máquina organizada,

sin una meta, sin responsabilidad, sin otro freno aparte de la ley civil, y *buena para ser explotada* como un animal inteligente. Como no espera nada para después de la muerte, hace de todo a fin de aumentar los goces del presente. Si sufre, sólo tiene la perspectiva de la desesperación y la nada como refugio. Por el contrario, con la certeza del porvenir, con la convicción de encontrar nuevamente a aquellos a quienes amó, y con *el temor de volver a ver a quienes ofendió*, todas sus ideas cambian. Aunque el espiritismo sólo sirviera para liberar al hombre de la duda acerca de la vida futura, habría hecho más por su perfeccionamiento moral que todas las leyes disciplinarias, que a veces le ponen freno, pero no lo transforman.

38. Sin la preexistencia del alma, la doctrina del pecado original no solamente sería inconciliable con la justicia de Dios, sino que haría a todos los hombres responsables de la falta de uno solo; sería un contrasentido, y tanto menos justificable porque el alma no existía en la época a la que se pretende hacer remontar su responsabilidad. En cambio, con la preexistencia y la reencarnación, el hombre trae al renacer el germen de sus imperfecciones pasadas, de los defectos de los que no se ha corregido, y que se traducen en sus instintos naturales, en sus inclinaciones hacia tal o cual vicio. Ese es su verdadero pecado original, cuyas consecuencias sufre naturalmente, pero con la diferencia capital de que lleva consigo la pena de sus propias faltas, y no la de las faltas cometidas por otros. Además, existe otra diferencia, al mismo tiempo consoladora, alentadora y soberanamente equitativa, según la cual cada existencia le ofrece los medios para redimirse a través de la reparación, así como para progresar, ya sea despojándose de alguna imperfección o adquiriendo nuevos conocimientos, hasta que, al hallarse suficientemente purificado, ya no necesite la vida corporal y pueda vivir exclusivamente la vida espiritual, eterna y bienaventurada.

Por la misma razón, aquel que ha progresado moralmente trae, al renacer, cualidades nativas, así como quien ha progresado

intelectualmente es portador de ideas innatas. Identificado con el bien, lo practica sin esfuerzo, sin cálculo y, por así decirlo, sin pensar en ello. Aquel que está obligado a combatir sus malas tendencias se halla todavía en la lucha; el primero ya triunfó, el segundo está a punto de triunfar. Existe, pues, la *virtud original*, como existe el *saber original*, y el *pecado* o, mejor dicho, el *vicio original.*

39. El espiritismo experimental estudió las propiedades de los fluidos espirituales y su acción sobre la materia. Ha demostrado la existencia del *periespíritu*, sobre el cual había sospechas desde la Antigüedad, y que san Pablo denominó *cuerpo espiritual*, es decir, cuerpo fluídico del alma después de la destrucción del cuerpo tangible. Se sabe hoy que esa envoltura es inseparable del alma; que es uno de los elementos constitutivos del ser humano; que es el vehículo de la transmisión del pensamiento y que, durante la vida del cuerpo, sirve de lazo entre el Espíritu y la materia. El periespíritu representa un rol tan importante en el organismo y en una cantidad de afecciones, que se liga a la fisiología tanto como a la psicología.

40. El estudio de las propiedades del periespíritu, de los fluidos espirituales y de los atributos fisiológicos del alma, abre nuevos horizontes a la ciencia y aporta la clave de una infinidad de fenómenos incomprensibles hasta hoy, pues faltaba el conocimiento de la ley que los rige; fenómenos que el materialismo niega, debido a que se hallan vinculados con la espiritualidad, y que otras creencias califican como milagros o sortilegios. Tales son, entre otros, el fenómeno de la doble vista, la visión a distancia, el sonambulismo natural y el artificial, los efectos psíquicos de la catalepsia y la letargia, la presciencia, los presentimientos, las apariciones, las transfiguraciones, la transmisión del pensamiento, la fascinación, las curas instantáneas, las obsesiones y posesiones, etc. Al demostrar que esos fenómenos reposan en leyes tan naturales como las de los fenómenos eléctricos, y las condiciones normales

en que se pueden reproducir, el espiritismo destruye el imperio de lo maravilloso y lo sobrenatural y, por consiguiente, la fuente de la mayor parte de las supersticiones. Así como lleva a la creencia en la posibilidad de ciertas cosas que algunos consideran quiméricas, también impide que se crea en muchas otras, pues demuestra su imposibilidad e irracionalidad.

41. Lejos de negar o destruir el Evangelio, el espiritismo viene, por el contrario, a confirmar, explicar y desarrollar, por medio de las nuevas leyes de la naturaleza, que él revela, todo lo que el Cristo dijo e hizo. El espiritismo elucida los puntos oscuros de la enseñanza cristiana, de tal manera que, con su auxilio, aquellos para quienes ciertas partes del Evangelio eran ininteligibles, o parecían *inadmisibles*, las comprenden sin dificultad y las admiten; ven mejor su alcance y pueden distinguir entre la realidad y la alegoría; Cristo les parece más importante: ya no es simplemente un filósofo, sino un Mesías divino.

42. Además, si se considera el poder moralizador del espiritismo, por la finalidad que confiere a todas las acciones de la vida; por las consecuencias del bien y del mal que hace tangibles; por la fuerza moral, el coraje y el consuelo que da en las aflicciones, mediante una inalterable confianza en el porvenir; por la idea de que cada uno tiene cerca de sí a los seres a quienes amó, así como la certeza de volver a verlos y la posibilidad de conversar con ellos; en fin, por la convicción de que todo cuanto se ha hecho, cuanto se ha conquistado en inteligencia, saber y moralidad, *hasta la última hora de la vida*, no se ha perdido, sino que beneficia al adelanto del Espíritu, se reconoce que el espiritismo realiza todas las promesas del Cristo respecto del *Consolador* anunciado. Ahora bien, como el *Espíritu de Verdad* es quien preside el gran movimiento regenerador, la promesa de su advenimiento se encuentra

de esa forma cumplida, porque, de hecho, él es el verdadero *Consolador*[2].

43. Si a estos resultados agregamos la rapidez extraordinaria con que se propaga el espiritismo, a pesar de todo lo que se ha hecho para demolerlo, no se podrá negar que su llegada es providencial, visto que triunfa por encima de todas las fuerzas y de toda la mala voluntad de los hombres. La facilidad con que lo acepta tan grande número de personas, sin obligación alguna, apenas por el poder de la idea, prueba que responde a una necesidad: la de que el hombre crea en algo para llenar el vacío abierto por la incredulidad, y que, por lo tanto, ha venido en el momento preciso.

44. Los afligidos existen en gran número. Así pues, no debe causar sorpresa que tantas personas elijan una doctrina que consuela, de preferencia a las que llevan a que se pierda la esperanza; porque a los desheredados, más que a los felices del mundo, se dirige el espiritismo. El enfermo ve llegar al médico con mayor

2. Muchos padres de familia deploran la muerte prematura de sus hijos, para cuya educación realizaron grandes sacrificios, y se dicen a sí mismos que nada de eso les aprovechó. Con el espiritismo, sin embargo, no lamentan esos sacrificios, y estarían dispuestos a volver a hacerlos, incluso con la certeza de que verían morir a sus hijos, porque saben que si estos no la aprovechan en la vida presente, esa educación servirá, primero que todo, para su adelanto como Espíritus; además de eso, serán conquistas nuevas para otra existencia y, cuando regresen a este mundo, tendrán un patrimonio intelectual que los hará más aptos para adquirir nuevos conocimientos. Tales son esos niños que al nacer traen ideas innatas, que saben, por así decirlo, sin necesidad de aprender. Si, como padres, no tienen la satisfacción inmediata de ver que sus hijos aprovechan la educación que les han dado, lo gozarán por cierto más adelante, sea como Espíritus o como hombres. Tal vez sean ellos de nuevo los padres de esos mismos hijos, que se presentan como afortunadamente dotados por la naturaleza, y que deben sus aptitudes a una educación precedente. Así también, si los hijos se desvían hacia el mal por la negligencia de los padres, estos pueden sufrir más tarde los disgustos y los pesares que aquellos les suscitarán en una nueva existencia. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo V, § 21: "Muertes prematuras". (N. de Allan Kardec.)

satisfacción que quien está bien de salud; ahora bien, los afligidos son los enfermos, y el Consolador es el médico.

Vosotros, que combatís al espiritismo, si queréis que lo abandonemos para seguiros, dadnos más y mejor que él; curad con mayor seguridad las heridas del alma. Dad más consuelo, más satisfacciones al corazón, esperanzas más legítimas, mayores certezas; haced del porvenir un panorama más racional, más seductor. Con todo, no supongáis que habréis de derrotarlo, unos con la perspectiva de la nada, y otros con la alternativa de las llamas del Infierno, o con la plácida e inútil contemplación perpetua.

45. La primera revelación estuvo personificada por Moisés, la segunda por el Cristo, pero la tercera no está personificada por ningún individuo. Las dos primeras son individuales, la tercera es colectiva; ese es un carácter esencial de suma importancia. Es colectiva en el sentido de que no fue hecha como privilegio para nadie en particular; nadie, por consiguiente, puede atribuirse la condición de ser su profeta en exclusividad. Ha sido esparcida simultáneamente sobre toda la Tierra, a millones de personas, de todas las edades, de todos los tiempos y de todas las condiciones, desde la más baja hasta la más alta de la escala, según esta predicción registrada por el autor de los *Hechos de los Apóstoles*: "En los últimos tiempos, dijo el Señor, derramaré de mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán". No provino de ningún culto en especial, a fin de que un día sirva a todos de punto de unión[3].

3. Nuestro rol personal, en el gran movimiento de ideas que se prepara mediante el espiritismo, y que ya comienza a operarse, es el de un observador atento, que estudia los hechos para descubrir su causa y extraer de ellos las consecuencias. Hemos confrontado todos los hechos que nos ha sido posible reunir; comparamos y comentamos las instrucciones que los Espíritus dieron en todos los puntos del globo, y después coordinamos metódicamente el conjunto; en suma, hemos estudiado y dimos al público el fruto de nuestras investigaciones, sin que atri-

46. Las dos primeras revelaciones, por ser fruto de una enseñanza personal, quedaron forzosamente localizadas, es decir, aparecieron en un solo punto, en torno al cual la idea se propagó poco a poco; pero fueron necesarios muchos siglos para que alcanzasen los extremos del mundo, y aun así no lo invadieron por completo. La tercera revelación tiene la particularidad de que, al no estar personificada por un individuo, surgió simultáneamente en millares de puntos diferentes, que se convirtieron en centros o focos de irradiación. Al multiplicarse esos centros, sus rayos se reúnen poco a poco, como los círculos formados por una enorme cantidad de piedras lanzadas al agua; de tal manera que, en un plazo determinado, acabarán por cubrir toda la superficie del globo.

Esa es una de las causas de la rápida propagación de la doctrina. Si esta hubiese surgido en un solo punto, si fuese obra exclusiva de un hombre, se habrían formado sectas alrededor suyo, y tal vez habría trascurrido medio siglo sin que se alcanzaran los límites del país donde hubiera comenzado, en tanto que después de diez años ya ha plantado jalones de un polo al otro.

47. Esa circunstancia, nunca vista en la historia de las doctrinas, otorga al espiritismo una fuerza excepcional y un poder de acción irresistible. De hecho, aunque lo persigan en un punto, en un determinado país, será materialmente imposible que lo hagan

---

buyéramos a nuestra tarea mayor valor que el de una obra filosófica deducida de la observación y la experiencia, sin que nunca nos hayamos considerado el jefe de la doctrina, ni procuráramos imponer nuestras ideas a nadie. Al publicarlas, hemos hecho uso de un derecho común, y aquellos que las aceptaron lo han hecho libremente. Si esas ideas encontraron numerosas simpatías, se debe a que tuvieron la ventaja de corresponder a las aspiraciones de un importante número de personas, y de eso no nos envanecemos de ningún modo, ya que su origen no nos pertenece. Nuestro mayor mérito es el de la perseverancia y la dedicación a la causa que hemos abrazado. En todo eso, hemos hecho lo que cualquier otro podría haber hecho en nuestro lugar, razón por la cual nunca hemos tenido la pretensión de considerarnos profeta o mesías ni, menos aún, de presentarnos como tal. (N. de Allan Kardec.)

en todas partes y en todos los países. Por cada lugar donde obstaculicen su marcha, habrá otros mil donde florecerá. Más aún, si lo atacan en un individuo, no podrán hacerlo en los Espíritus, que son la fuente de donde proviene. Ahora bien, como los Espíritus están en todas partes y existirán siempre, si por una eventualidad consiguiesen reprimirlo en todo el planeta, reaparecería poco tiempo después, porque se basa en *un hecho que está en la naturaleza*, y las leyes de la naturaleza no se pueden reprimir. De esto deben convencerse aquellos que sueñan con el asentimiento del espiritismo. (Véase la *Revista Espírita*, febrero de 1865, pág. 38: "Perpetuidad del espiritismo".)

48. Sin embargo, a pesar de la diseminación de esos centros de irradiación, estos aún podrían permanecer aislados unos de otros durante mucho tiempo, o confinados en países lejanos, como sucede con algunos de ellos. Hacía falta entre esos centros un vínculo que los pusiera en comunión de pensamientos con sus hermanos de creencia, para mantenerlos informados de lo que ocurría en otros lugares. Ese vínculo, que en la antigüedad podría haber faltado al espiritismo, hoy se encuentra en las publicaciones que van a todas partes, y que condensan en una forma única, concisa y metódica, la enseñanza que se brinda en todas partes de múltiples maneras, y en diversas lenguas.

49. Las dos primeras revelaciones sólo podían ser el resultado de una enseñanza directa. Debían ser impuestas por la fe mediante la autoridad de la palabra de un maestro, pues los hombres no estaban todavía suficientemente adelantados para cooperar en su elaboración.

No obstante, se percibe entre las dos una muy sensible diferencia, debida al progreso de las costumbres y las ideas, aunque hayan sido hechas al mismo pueblo y en el mismo medio, pero con dieciocho siglos de intervalo. La doctrina de Moisés es absoluta, despótica; no admite discusión y se impone al pueblo por la fuerza.

La de Jesús es esencialmente *consejera*; es aceptada libremente y solo se impone por la persuasión; dio motivo a controversias aun en vida de su fundador, que no despreció la discusión con sus adversarios.

50. La tercera revelación llega en una época de emancipación y madurez intelectual, cuando la inteligencia, ya desarrollada, no se conforma con representar un rol pasivo, y cuando el hombre no acepta nada a ciegas, sino que quiere ver a dónde lo conducen, quiere saber el porqué y el cómo de cada cosa. Por eso, esta revelación tenía que ser al mismo tiempo el producto de una enseñanza y el fruto del trabajo, de la investigación y el libre examen. Los Espíritus solo enseñan aquello que es necesario para guiar al hombre en el camino de la verdad, pero se abstienen de revelarle lo que el hombre puede descubrir por sí mismo, pues le dejan la incumbencia de discutir, examinar y someter todo al tamiz de la razón, dando lugar incluso, muchas veces, a que adquiera experiencia por su propia iniciativa. Los Espíritus proporcionan el principio, los elementos, y al hombre le corresponde aprovecharlos y ponerlos en acción. (Véase el § 15.)

51. Dado que los elementos de la revelación espírita fueron suministrados simultáneamente y en muchos puntos, a hombres de todas las condiciones sociales y de diversos grados de instrucción, es evidente que las observaciones no podían ser hechas en todas partes con el mismo resultado; que las consecuencias a extraer, la deducción de las leyes que rigen ese orden de fenómenos, en suma, la conclusión sobre la que debían asentarse las ideas, no podían surgir sino del conjunto y de la correlación de los hechos. Ahora bien, cada centro aislado, circunscripto a un círculo restringido, al no ver con frecuencia más que un orden particular de hechos, algunas veces contradictorios en apariencia, tratando generalmente con la misma categoría de Espíritus y, además de eso, limitado por influencias locales y partidarias, se encontraba en la imposibilidad

material de abarcar el conjunto y, por eso mismo, de unificar las observaciones aisladas en un principio común. Como cada uno apreciaba los hechos según el punto de vista de sus conocimientos y creencias previos, o según la opinión particular de los Espíritus que se manifestaban, pronto habrían aparecido tantas teorías y tantos sistemas como cantidad de centros, y ninguno de ellos habría podido ser completo, por falta de elementos de comparación y examen. En una palabra, cada uno se habría quedado con su revelación parcial, convencido de poseer toda la verdad, por no saber que en otros cien lugares se conseguía más y mejor.

52. Por otra parte, es conveniente señalar que en ningún lugar la enseñanza espírita ha sido suministrada de manera completa. Abarca una cantidad tan grande de observaciones, de asuntos tan diferentes –que requieren conocimientos y aptitudes mediúmnicas especiales–, que sería imposible que estuvieran reunidas en el mismo punto todas las condiciones necesarias. La enseñanza debía ser colectiva, no individual, de modo que los Espíritus dividieron el trabajo y distribuyeron los temas de estudio y observación, del mismo modo que en algunas fábricas la realización de cada parte de un mismo objeto es repartida entre diferentes obreros.

De ese modo, la revelación se hizo de manera parcial, en diferentes lugares y con una multitud de intermediarios, y de esa manera prosigue todavía, pues no todo ha sido revelado. Cada centro encuentra, en los otros centros, el complemento de lo que obtiene, y ha sido el conjunto, la coordinación de todas las enseñanzas parciales, lo que constituyó la *doctrina espírita.*

Era necesario, pues, agrupar los hechos dispersos, para verificar su correlación, así como reunir los diversos documentos, las instrucciones suministradas por los Espíritus en los distintos puntos y acerca de todos los asuntos, a fin de compararlas, analizarlas, estudiar sus analogías y diferencias. Como las comunicaciones provienen de Espíritus que pertenecen a todas las categorías y son

portadores de mayor o menor ilustración, hacía falta apreciar el grado de confianza que la razón podía concederles, distinguir las ideas sistemáticas individuales o aisladas de aquellas que tenían la sanción de la enseñanza general de los Espíritus, distinguir las utopías de las ideas prácticas, apartar las que eran evidentemente desmentidas por los datos de la ciencia positiva y de la lógica, y utilizar también los errores, las informaciones suministradas incluso por los Espíritus de la más baja categoría, para tomar conocimiento del estado del mundo invisible y crear con ello un todo homogéneo. Hacía falta, en una palabra, un centro de elaboración independiente de las ideas preconcebidas, de los prejuicios de secta, *dispuesto a aceptar la verdad convertida en evidencia, aunque fuera contraria a las opiniones personales.* Ese centro se formó por sí mismo, por la fuerza de las circunstancias y *sin un designio premeditado*[4].

4. *El libro de los Espíritus*, la primera obra que puso al espiritismo en el camino de la filosofía, mediante la deducción de las consecuencias morales a partir de los hechos, y que abordó todas las partes de la doctrina, pues trató las cuestiones más importantes que ella suscita, fue desde su aparición el punto hacia el cual convergieron espontáneamente los trabajos individuales. Es notorio que de la publicación de ese libro data la era del espiritismo filosófico, pues hasta entonces el espiritismo se conservaba en el dominio de las experiencias realizadas por curiosidad. Si ese libro conquistó las simpatías de la mayoría, se debe a que expresaba los sentimientos de dicha mayoría y se correspondía con sus aspiraciones, y a que representaba también la confirmación y la explicación racional de lo que cada uno obtenía de modo particular. Si hubiera estado en desacuerdo con la enseñanza general de los Espíritus, de inmediato habría caído en el descrédito y en el olvido. Ahora bien, ¿cuál ha sido ese punto de convergencia? Por cierto, no fue el hombre, que no vale nada de por sí, instrumento esencial que muere y desaparece, sino la idea, que no perece cuando emana de una fuente superior al hombre.
Esa espontánea concentración de fuerzas dispersas suscitó una amplísima correspondencia, monumento único en el mundo, panorama vivo de la verdadera historia del espiritismo moderno, donde se reflejan al mismo tiempo los trabajos parciales, los sentimientos múltiples que la doctrina ha dado a luz, las consecuencias morales, la dedicación y las deserciones; archivos valiosos para la posteridad, que podrá juzgar a los hombres y las cosas a través de documentos

53. De ese estado de cosas resultó una doble corriente de ideas: las unas, dirigiéndose desde los extremos hacia el centro; las otras, encaminándose desde el centro hacia la periferia. De ese modo, la doctrina avanzó rápidamente hacia la unidad, a pesar de la diversidad de las fuentes en que se originó; los sistemas discordantes se derrumbaron poco a poco, debido al aislamiento en que quedaron en relación con el ascendiente de la opinión de la mayoría, pues no hallaron una repercusión afín. A partir de entonces, se estableció una comunión de pensamientos entre los diferentes centros parciales. Como hablan el mismo lenguaje espiritual, se comprenden y se estiman de un extremo al otro del mundo.

Los espíritas se sintieron fortalecidos y lucharon con más valor, caminaron con paso más firme a partir de que ya no se vieron aislados y sintieron que existía un punto de apoyo, un lazo que los unía a la gran familia. Los fenómenos que presenciaban ya no les parecían extraños, ni tampoco anormales o contradictorios, puesto que pudieron asociarlos con las leyes generales de armonía, abarcaron la totalidad del edificio y descubrieron una finalidad trascendente y humanitaria en el conjunto[5].

---

auténticos. Ante esos testimonios irrecusables, ¿a qué se reducirán con el tiempo los falsos alegatos, las difamaciones de la envidia y de los celos? (N. de Allan Kardec.)

5. Un testimonio significativo, tan notable como conmovedor, de esa comunión de pensamientos que se estableció entre los espíritas por la conformidad de sus creencias, son los pedidos de plegarias que nos llegan de las regiones más distantes, desde el Perú hasta los límites de Asia, formulados por personas de religiones y nacionalidades diferentes, y a las cuales nunca hemos visto. ¿No es eso un preludio de la gran unificación que se prepara? ¿No es la prueba de que por todas partes el espiritismo echa raíces sólidas?
Es digno de hacer notar que, de todos los grupos que se han formado con la intención premeditada de provocar una escisión mediante la proclama de principios divergentes, así como de todos aquellos que, apoyados en razones de amor propio u otras cualesquiera para no parecer que se someten a la ley común, se consideran suficientemente fuertes para caminar solos, dotados de las luces necesarias para prescindir de los consejos, ninguno llegó a elaborar una idea que

Sin embargo, ¿cómo podemos saber si un principio se enseña en todas partes o si sólo es el resultado de una opinión individual? Dado que los grupos aislados no estaban en condiciones de saber lo que se sostenía fuera de ellos, era necesario que un centro reuniese todas las instrucciones, para proceder a una especie de depuración de las voces y poner en conocimiento de todos la opinión de la mayoría[6].

54. No existe ninguna ciencia que haya salido concluida del cerebro de un hombre. Todas, sin excepción, son el producto de observaciones sucesivas, apoyadas en observaciones precedentes, como en un punto conocido para llegar a lo desconocido. Así han procedido los Espíritus con respecto al espiritismo, razón por la cual la enseñanza que impartieron es gradual. Ellos no abordan las cuestiones sino a medida que los principios en que se apoyan

---

fuese preponderante y viable. Todos se extinguieron o vegetaron en la sombra. No podía ser de otro modo, visto que, para encumbrarse, en vez de esforzarse por proporcionar la mayor suma de satisfacciones, rechazaron precisamente los principios de la doctrina que le dan el más poderoso atractivo, los más consoladores, alentadores y racionales. Si hubiesen comprendido la fuerza de los elementos morales que constituyeron la unidad, no se habrían engañado con ilusiones quiméricas. En cambio, al confundir con el universo el reducido círculo que constituían, no vieron en los adeptos más que una camarilla que fácilmente podía ser derribada por otra camarilla. Se equivocaron de modo singular en lo atinente a los caracteres esenciales de la doctrina, y ese error sólo podía acarrear decepciones. En lugar de romper la unidad, quebraron el único vínculo que podía darles fuerza y vitalidad. (Véase la *Revista Espírita*, abril de 1866, páginas 106 y 111: “El espiritismo sin los Espíritus” y “El espiritismo independiente”.) (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

6. Ese es el objetivo de nuestras publicaciones, que pueden ser consideradas el resultado de dicha depuración. En ellas todas las opiniones son discutidas, pero las cuestiones solamente son presentadas en forma de principios después de que han recibido la consagración de todos los exámenes, pues solo ellos pueden otorgar a esos principios fuerza de ley y dar lugar a afirmaciones categóricas. Por esa razón no preconizamos apresuradamente ninguna teoría, y es por eso que la doctrina, al ser consecuencia de la enseñanza general, no representa el producto de un sistema preconcebido. También es eso lo que la hace fuerte y garantiza su porvenir. (N. de Allan Kardec.)

estén suficientemente elaborados, y la opinión haya alcanzado la madurez necesaria para asimilarlos. También debemos tomar en cuenta que todas las veces que los centros particulares han intentado tratar de modo prematuro algunas cuestiones, no han obtenido más que respuestas contradictorias, nada concluyentes. En cambio, cuando llega el momento oportuno, la enseñanza es completamente idéntica en casi todos los centros.

Con todo, existe una diferencia sustancial entre el avance del espiritismo y el de las ciencias: la de que estas no han alcanzado el punto al que llegaron sino después de largos intervalos, mientras que al espiritismo le bastaron unos pocos años, si no para subir hasta el punto culminante, al menos para recoger una cantidad de observaciones suficientemente importante para constituir una doctrina. Ese hecho resulta de la inmensa multitud de Espíritus que, por voluntad de Dios, se manifestaron simultáneamente, aportando cada uno el caudal de sus conocimientos. De ahí resultó que todas las partes de la doctrina, en vez de que fueran elaboradas sucesivamente a lo largo de muchos siglos, lo han sido casi al mismo tiempo, en unos pocos años, y bastó con reunirlas para que conformaran un todo.

Dios quiso que fuese así, en primer término, para que el edificio llegase más rápidamente a su culminación; y luego, para que se pudiera, por medio de la comparación, tener un control de alguna manera inmediato y permanente de la universalidad de la enseñanza. Dado que ninguna de sus partes tiene valor ni *autoridad* más que por su conexión con el conjunto, todas deben armonizarse, luego de que cada una llegue en su momento y se ubique en el lugar que le corresponde.

Como Dios no confió a un solo Espíritu el encargo de promulgar la doctrina espírita, quiso asimismo que tanto el más pequeño como el más grande, fuera entre los Espíritus como entre los hombres, aportase su piedra al edificio, a fin de que se estableciera entre

ellos un lazo de solidaridad cooperativa que le faltó a todas las doctrinas provenientes de una fuente única.

Por otro lado, dado que cada uno de los Espíritus, al igual que cada uno de los hombres, sólo disponen de una limitada porción de conocimientos, individualmente no tenían aptitudes para tratar *ex profeso* las numerosas cuestiones inherentes al espiritismo. A eso se debe también que la doctrina, en cumplimiento de los designios del Creador, no podía ser obra ni de un solo Espíritu ni de un solo médium. Debía salir del conjunto de los trabajos, corroborados unos con otros[7].

55. Un último carácter de la revelación espírita, que surge de las propias condiciones que le dan origen, es que, dado que se apoya en hechos, tiene que ser, y no puede dejar de ser, esencialmente progresiva, como todas las ciencias de observación. Por su esencia, se alía con la ciencia, que, como constituye la enunciación de las leyes de la naturaleza respecto de un cierto orden de hechos, no puede contrariar la voluntad de Dios, autor de esas leyes. *Los descubrimientos que realiza la ciencia, lejos de rebajar a Dios, lo glorifican; sólo destruyen lo que los hombres han edificado sobre las falsas ideas que se formaron acerca de Dios.*

El espiritismo, por consiguiente, no establece como principio absoluto más que lo que ha sido demostrado con evidencia, o lo que se deduce lógicamente de la observación. Conectado con todas las ramas de la economía social, a las cuales presta el apoyo de sus propios descubrimientos, asimilará siempre todas las doctrinas progresivas, sea cual fuere el orden al que pertenezcan, siempre que hayan alcanzado el estado de *verdades prácticas* y abandonado el dominio de la utopía, pues sin ello se aniquilaría. Si dejara de

7. Véase, en *El Evangelio según el Espiritismo*, "Introducción", § II, y en la *Revista Espírita* de abril de 1864, pág. 90: "Autoridad de la doctrina espírita. Control universal de la enseñanza de los Espíritus". (N. de Allan Kardec.) La página citada corresponde a la edición francesa. (N. del T.)

ser lo que es, defraudaría a su origen y a su objetivo providencial. *Al avanzar con el progreso, el espiritismo jamás será superado, porque si nuevos descubrimientos le demostraran que está equivocado acerca de algún punto, habría de rectificarse en ese punto. Si alguna verdad nueva se revelara, él la aceptaría*[8].

56. ¿Cuál es la utilidad de la doctrina moral de los Espíritus, visto que no es otra que la de Cristo? ¿Necesita el hombre una revelación? ¿No puede encontrar en sí mismo todo lo que precisa para conducirse bien?

Desde el punto de vista moral, no cabe duda de que Dios otorgó al hombre una guía en su conciencia, que le dice: “No hagas a los demás lo que no quieras que ellos te hagan”. Por cierto, la moral natural está inscripta en el corazón de los hombres, pero ¿saben todos leerla en ese libro? ¿Acaso nunca han despreciado sus sabios preceptos? ¿Qué han hecho de la moral del Cristo? ¿Cómo la practican aquellos mismos que la enseñan? ¿No se ha convertido en letra muerta, en una hermosa teoría, buena para los demás y no para uno mismo? ¿Reprocharéis a un padre que repita a sus hijos diez veces, cien veces las mismas instrucciones, si ellos no las cumplen? ¿Por qué Dios haría menos que un padre de familia? ¿Por qué no habría de enviar, de tanto en tanto, mensajeros especiales a los hombres, para recordarles sus deberes y llevarlos de nuevo por la senda del bien, cuando se apartan de ella? ¿Por qué no abrirles los ojos de la inteligencia a los que los tienen cerrados, así como

8. Ante declaraciones tan precisas y categóricas como las contenidas en este capítulo, caen por tierra todas las objeciones de tendencia al absolutismo y a la autocracia de los principios, así como todas las falsas interpretaciones que algunas personas desconfiadas o mal informadas atribuyen a la doctrina. Esas declaraciones, por otra parte, no son novedosas: las hemos reiterado muchísimas veces en nuestros escritos, para que no subsista ninguna duda al respecto. Además, ellas nos muestran el verdadero rol que nos corresponde, el único al que aspiramos: el de un simple trabajador. (N. de Allan Kardec.)

los hombres más adelantados envían misioneros a los salvajes y a los bárbaros?

Los Espíritus enseñan la moral del Cristo porque no existe otra mejor. Pero entonces, ¿de qué sirve su enseñanza, si solo repiten lo que ya sabemos? Otro tanto se podría decir de la moral del Cristo, predicada quinientos años antes de él por Sócrates y Platón, y en términos casi idénticos. Lo mismo se podría decir también de todos los moralistas, que no hacen más que repetir lo mismo en todos los tonos y de todas las maneras. ¡Pues bien! *Los Espíritus vienen, muy simplemente, a aumentar el número de moralistas*, con la diferencia de que, al manifestarse por todas partes, se hacen oír tanto en la choza como en el palacio, tanto por los ignorantes como por las personas instruidas.

Lo que la enseñanza de los Espíritus agrega a la moral del Cristo es el conocimiento de los principios que rigen las relaciones entre los muertos y los vivos, principios que completan las nociones vagas que él había dado acerca del alma, de su pasado y de su porvenir, dando por sanción a la doctrina cristiana las leyes mismas de la naturaleza. Con la ayuda de las nuevas luces que el espiritismo y los Espíritus han aportado, el hombre comprende la solidaridad que vuelve a unir a todos los seres; la caridad y la fraternidad se convierten en una necesidad social; él hace por convicción lo que antes hacía sólo por deber, y lo hace mejor.

Cuando los hombres practiquen la moral del Cristo, solo entonces podrán afirmar que ya no precisan moralistas encarnados ni desencarnados. Ahora bien, en ese caso Dios tampoco les enviará ninguno más.

57. Una de las cuestiones más importantes, entre las propuestas al comienzo de este capítulo, es la siguiente: ¿Qué autoridad tiene la revelación espírita, puesto que emana de seres de limitadas luces, que no son infalibles?

La objeción sería procedente si esa revelación consistiese solo en la enseñanza de los Espíritus, si debiésemos recibirla exclusivamente de ellos, así como admitirla con los ojos cerrados. Pero pierde todo su valor desde el momento en que el hombre contribuye a esa revelación con su inteligencia y su juicio; desde que los Espíritus se limitan a orientarlo en las deducciones que él mismo puede extraer de la observación de los hechos. Ahora bien, las manifestaciones, en sus innumerables variedades, son hechos, a los que el hombre estudia en busca de deducir su ley, y en esa tarea recibe la ayuda de los Espíritus de todas las categorías, que de ese modo hacen las veces de *colaboradores* más que de *reveladores*, en el sentido habitual del término. El hombre somete los conceptos de los Espíritus al control de la lógica y el buen sentido, y de esa manera recibe el beneficio de los conocimientos especiales con que cuentan los Espíritus por la posición que ocupan, pero sin abdicar del empleo de su propio razonamiento.

Puesto que los Espíritus no son más que las almas de los hombres, al comunicarnos con ellos *no salimos fuera de la humanidad*, lo cual es una circunstancia primordial que debe ser considerada. Así pues, los hombres de genio, que han sido faros de la humanidad, salieron del mundo de los Espíritus, y hacia él volvieron al dejar la Tierra. Si se considera que los Espíritus pueden comunicarse con los hombres, esos mismos genios pueden darles instrucciones en el estado espiritual, del mismo modo que lo han hecho cuando tenían una forma corporal. Pueden instruirnos, después de muertos, tal como lo hacían cuando estaban vivos. En vez de visibles, son invisibles, y esa es la única diferencia. La experiencia y el saber de que disponen no deben ser menores que antes, y si su palabra como hombres tenía autoridad, no hay razón para que ahora no la tenga, por el solo hecho de que se encuentren en el mundo de los Espíritus.

58. Con todo, no solo los Espíritus superiores se manifiestan, sino también los de todas las categorías, y era necesario que así sucediera, para iniciarnos en lo que respecta al verdadero carácter del mundo espiritual, y para mostrarnos ese mundo en todas sus facetas. De ahí resulta que son más íntimas las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible, y es más evidente la conexión entre ambos. De ese modo, vemos más claramente de dónde venimos y hacia dónde vamos. Tal es el objetivo esencial de esas manifestaciones. Por consiguiente, todos los Espíritus, sea cual fuere el grado de elevación en que se encuentren, nos enseñan algo; pero como son más o menos esclarecidos, nos corresponde a nosotros discernir qué hay de bueno o de malo en ellos, y extraer todo el provecho posible de la enseñanza que nos imparten. Ahora bien, todos los Espíritus, cualesquiera que sean, nos pueden enseñar o revelar cosas que ignoramos y que sin ellos nunca llegaríamos a saber.

59. No cabe duda de que los grandes Espíritus encarnados son individualidades poderosas, pero su acción está restringida, y la propagación de sus enseñanzas es necesariamente lenta. Si en la actualidad viniese uno solo de ellos, aunque se tratara de Elías o Moisés, de Sócrates o Platón, a revelar a los hombres las condiciones del mundo espiritual, ¿quién probaría la veracidad de sus afirmaciones, en esta época de escepticismo? ¿No lo tomarían por un soñador o un utopista? Aunque lo que dijeran fuese la verdad absoluta, siglos y más siglos habrían de transcurrir antes de que las masas admitieran sus ideas. Dios, en su sabiduría, no quiso que sucediera eso, sino que la enseñanza fuera impartida por los *propios Espíritus*, y no por los encarnados, a fin de que los primeros convenciesen a estos últimos de su existencia, y quiso que eso ocurriera simultáneamente en toda la Tierra, ya fuera para que la enseñanza se propagara con mayor rapidez o para que, al coincidir en todas partes, constituyese una prueba de la verdad, a fin de

que cada uno dispusiera de lo necesario para convencerse por sus propios medios.

60. Los Espíritus no acuden para liberar al hombre del trabajo, del estudio y las investigaciones; no le transmiten una ciencia absolutamente elaborada. Con relación a lo que el hombre puede descubrir por sí mismo, lo dejan librado a sus propias fuerzas. Eso es lo que saben hoy perfectamente los espíritas. Hace tiempo que la experiencia ha demostrado que es un error la opinión que atribuye a los Espíritus todo el conocimiento y toda la sabiduría, así como que basta con dirigirse al primer Espíritu que se presente para conocer todas las cosas. Los Espíritus provienen de la humanidad, y constituyen uno de sus aspectos. Así como en la Tierra, en el mundo espiritual también los hay superiores y vulgares; muchos de ellos, pues, de cuestiones científicas y filosóficas saben menos que ciertos hombres; dicen lo que saben, ni más ni menos. Del mismo modo que los hombres, los Espíritus más adelantados pueden instruirnos acerca de muchas cosas, y darnos opiniones más juiciosas que los atrasados. Así pues, pedir consejos a los Espíritus no es tratar con potencias sobrenaturales; es tratar *con nuestros iguales*, con aquellos mismos a quienes nos dirigiríamos en este mundo: nuestros parientes, amigos o individuos más ilustrados que nosotros. Es importante, pues, que todos estén convencidos de esto, que es precisamente lo que ignoran aquellos que, como no estudiaron el espiritismo, se forman una idea completamente falsa de la naturaleza del mundo de los Espíritus y de las relaciones de ultratumba.

61. ¿Cuál es, por lo tanto, la utilidad de esas manifestaciones, o si se prefiere, de esa revelación, si los Espíritus no saben más que nosotros, o no nos dicen todo lo que saben?

En primer término, como ya lo hemos dicho, los Espíritus se abstienen de darnos aquello que podemos obtener mediante el trabajo. En segundo lugar, hay cosas cuya revelación no les está

permitida, porque el grado de nuestro adelanto no lo admite. Además de esto, las condiciones de la nueva existencia en que se encuentran les amplía el círculo de sus percepciones: ven lo que no veían en la Tierra. Así, liberados de los impedimentos de la materia, exentos de las preocupaciones de la vida corporal, aprecian las cosas desde un punto de vista más elevado y, por eso mismo, con más juicio; la sagacidad de que gozan abarca un horizonte más vasto; comprenden sus errores, rectifican sus ideas y se desembarazan de los prejuicios humanos.

En esto consiste la superioridad de los Espíritus con relación a la humanidad corporal, y a eso se debe que sus consejos, según el grado de adelanto que han alcanzado, sean más sensatos y desinteresados que los de los encarnados. El medio en que se encuentran les permite, además, iniciarnos en las cosas relativas a la vida futura, cosas que ignoramos y que no podemos aprender en el ámbito en que nos hallamos. Hasta ahora, en relación con su porvenir, el hombre sólo ha formulado hipótesis, y por esa razón sus creencias al respecto se fraccionaron en sistemas tan numerosos y divergentes, desde el nadaísmo[9] hasta las concepciones fantásticas del Infierno y del Paraíso. En la actualidad, son los testigos oculares, los protagonistas mismos de la vida de ultratumba quienes vienen a decirnos en qué consiste esa vida, *y solo ellos podían hacerlo*. Por consiguiente, sus manifestaciones han servido para darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea y del cual ni siquiera sospechábamos; y ese único conocimiento sería de capital importancia, en el supuesto de que los Espíritus no pudiesen enseñarnos nada más.

Si realizarais un viaje a un país desconocido, ¿rechazaríais las informaciones del más humilde de los campesinos que encontrarais?

---

9. En el original: *néantisme*. Véase: Allan Kardec, *El Cielo y el Infierno*, Primera Parte, Capítulo I, § 2. (N. del T.)

¿Os abstendríais de preguntarle sobre las condiciones de los caminos, por el simple hecho de que se tratara de un campesino? Por cierto, no esperaréis obtener por su intermedio informaciones de gran alcance, pero de acuerdo con lo que él es, y dentro de sus límites, podrá sobre algunos puntos enseñaros mejor que un hombre instruido que no conozca el país. De sus indicaciones extraeréis consecuencias que él mismo no obtendría, sin que por eso deje de ser un instrumento útil para vuestras observaciones, aunque apenas sirva para informaros acerca de las costumbres de los campesinos. Sucede lo mismo en lo concerniente a nuestras relaciones con los Espíritus, entre los cuales hasta el menos calificado puede enseñarnos algo.

62. Una comparación vulgar hará todavía más comprensible la situación.

Una nave repleta de emigrantes parte hacia un destino lejano. Transporta hombres de todas las condiciones, parientes y amigos de los que se quedaron. Más adelante se recibe la noticia de que el navío naufragó. Ningún vestigio queda de él; no hay ninguna noticia sobre su suerte. Se cree que todos los pasajeros han perecido, y el luto cubre a todas las familias. Sin embargo, la tripulación completa, al igual que los pasajeros, sin omitir un solo hombre, arribaron a un país desconocido, abundante y fértil, donde todos viven felices bajo un cielo clemente. No obstante, nadie sabe de esto. Un buen día, otro navío llega a esa tierra, y allí se encuentra con los náufragos, sanos y salvos. La auspiciosa noticia se expande con la rapidez del relámpago, y todos exclaman: "¡Nuestros amigos no están perdidos!" Entonces le dan gracias a Dios. No pueden verse unos con otros, pero se envían correspondencia; intercambian demostraciones de afecto y, así, la alegría reemplaza a la tristeza.

Tal es la imagen de la vida terrenal y de la vida de ultratumba, antes y después de la revelación moderna. Esta, similar al segundo

navío, nos trae la buena nueva de la supervivencia de aquellos que nos son queridos, así como la certeza de que un día nos reuniremos con ellos. Se disipa la duda sobre el destino de ellos y el nuestro. El desaliento desaparece para dar lugar a la esperanza.

Con todo, otros resultados vienen a fecundar esa revelación. Al considerar que la humanidad está madura para penetrar el misterio de su destino y contemplar con sensatez las nuevas maravillas, Dios permitió que fuese levantado el velo que ocultaba el mundo invisible al mundo visible. Las manifestaciones nada tienen de extrahumanas: *se trata de la humanidad espiritual que viene a conversar con la humanidad corporal*, y le dice:

"Existimos, de modo que la nada no existe. Esto es lo que somos y lo que vosotros seréis; el porvenir os pertenece tanto como a nosotros. Andabais entre tinieblas, y nosotros vinimos a alumbraros el camino y trazaros un rumbo; ibais al acaso, y vinimos a indicaros la meta. La vida terrenal lo era todo para vosotros, porque no veíais nada más allá de ella, y hemos venido a deciros, mostrándoos la vida espiritual, que la vida terrestre no es nada. Vuestra visión se detenía en la tumba, y nosotros os develamos, más allá de esta, un horizonte espléndido. No sabíais por qué sufrís en la Tierra, y ahora veis en el sufrimiento la justicia de Dios. El bien no producía ningún fruto aparente para el futuro, pero de ahora en adelante tendrá un objetivo y constituirá una necesidad. La fraternidad, que no era más que una hermosa teoría, se sustenta ahora en una ley de la naturaleza. Bajo el imperio de la creencia de que todo se acaba con la vida, resulta que la inmensidad es el vacío, el egoísmo reina soberano entre vosotros, y la orden que habéis recibido es: 'Cada cual para sí'. Con la certeza del porvenir, los espacios infinitos se pueblan hasta lo infinito; en ninguna parte existe el vacío o la soledad; la solidaridad vincula a todos los seres, más acá y más allá de la tumba. Se trata del reino de la caridad, cuya divisa es: 'Uno para todos y todos para uno'. Por último, al

concluir la vida decíais un eterno adiós a vuestros seres queridos; ahora simplemente les diréis: *¡Hasta luego!*"

Estos son, en resumen, los resultados de la nueva revelación, que ha venido a llenar el hueco que la incredulidad había cavado, a levantar los ánimos abatidos por la duda o la perspectiva de la nada, y a dar a todas las cosas una razón de ser. Ese resultado, ¿carecerá de importancia porque los Espíritus no vienen a resolver los problemas de la ciencia, a dar el saber a los ignorantes, y a los perezosos los medios para que se enriquezcan sin trabajar? Entre tanto, los frutos que el hombre debe recoger de la nueva revelación no tienen que ver solamente con la vida futura. Habrá de cosecharlos en la Tierra, por la transformación que estas nuevas creencias necesariamente habrán de producir en su carácter, en sus gustos, en sus tendencias y, por consiguiente, en los hábitos y en las relaciones sociales. Al poner fin al reinado del egoísmo, del orgullo y la incredulidad, preparan el del bien, que es el reino de Dios.

Así pues, la revelación tiene por objeto colocar al hombre en posesión de ciertas verdades que él no podría adquirir por sí mismo, y eso con miras a activar el progreso. Esas verdades se limitan, por lo general, a principios fundamentales destinados a ponerlo en la vía de las investigaciones, y no a llevarlo en andadores. Son jalones que le muestran la meta, de modo que su tarea consiste en estudiarlos y deducir sus aplicaciones. Lejos de liberarlo del trabajo, son nuevos elementos que se le proporcionan para su actividad.

Capítulo II

Dios

Existencia de Dios.- Acerca de la naturaleza divina.-
La Providencia.- La visión de Dios.

Existencia de Dios

1. Dado que Dios es la causa primera de todas las cosas, el punto de partida de todo, la base sobre la que descansa el edificio de la Creación, se trata del punto que interesa considerar en primer lugar.

Existe un principio elemental según el cual una causa se juzga por sus efectos, aunque esa causa no sea visible. La ciencia va más allá: calcula la potencia de la causa por la potencia del efecto, e incluso puede determinar su naturaleza. Así, por ejemplo, la astronomía dedujo la existencia de planetas en regiones determinadas del espacio, mediante el conocimiento de las leyes que rigen el movimiento de los astros. Al buscar esos planetas, los encontró, razón por la cual es posible decir que, en realidad, fueron descubiertos antes de que se los viera.

2. En un orden de hechos más vulgares, si nos hallamos inmersos en una densa niebla, al notar una claridad difusa juzgaremos que el Sol ha salido, aunque no lo veamos. Si un pájaro, al surcar el aire, es alcanzado por una bala mortífera, se deduce de ahí que un hábil tirador lo tomó como blanco, aunque no lo veamos. Así pues, no siempre es necesario que se haya visto una cosa para que

se sepa de su existencia. En todo, mediante la observación de los efectos se llega al conocimiento de las causas.

3. Otro principio también elemental, que a fuerza de ser verdadero se convirtió en axioma, es el de que todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente.

Si alguien preguntara quién es el inventor de un determinado mecanismo ingenioso, el arquitecto de ese monumento, el escultor de aquella estatua o el pintor de este cuadro, ¿qué pensaríamos de quien respondiese que cada una de esas obras se hizo a sí mismas? Cuando contemplamos una obra maestra del arte o de la industria decimos que solo un hombre de genio habría sido capaz de producirla, dado que solo una inteligencia elevada podría crearla. Con todo, entendemos que se trata de la obra de un hombre, porque no es superior a la capacidad humana; a nadie, sin embargo, se le ocurrirá la idea de decir que salió del cerebro de un idiota o de un ignorante, ni menos aún que es el trabajo de un animal o un simple producto del acaso.

4. En todas partes se reconoce la presencia del hombre a través sus obras. Si arribáis a un país desconocido, incluso desértico, y en él descubrís el más mínimo vestigio de obras humanas, llegaréis a la conclusión de que está o ha estado habitado por hombres. La existencia del hombre antediluviano no se demuestra solamente por los fósiles humanos, sino también, y con la misma certeza, porque en los terrenos de aquella época se encontraron objetos elaborados por él. El fragmento de un ánfora, una piedra tallada, un arma, un ladrillo, bastarán para demostrar su presencia. Por la tosquedad o la perfección del trabajo se reconocerá el grado de inteligencia o de adelanto de quienes lo realizaron. Así pues, si os encontráis en una región habitada exclusivamente por salvajes, y descubrís una estatua digna de Fidias, no dudaréis en decir que esa estatua es obra de una inteligencia superior a la de los salvajes, dado que ellos no serían capaces de realizarla.

5. ¡Pues bien! Al posar la mirada alrededor nuestro, sobre las obras de la naturaleza, al observar la previsión, la sabiduría, la armonía que rige a todas las cosas, reconocemos que no hay ninguna que no supere los límites de la más talentosa inteligencia humana, puesto que el genio más grande de la Tierra sería incapaz de producir las más mínima brizna de hierba. Ahora bien, puesto que la inteligencia humana no puede producirlas, son el producto de una inteligencia superior a la humanidad. Dado que esa armonía y esa sabiduría se extienden desde el grano de arena y el ácaro hasta los astros innumerables que circulan en el espacio, es preciso concluir que esa inteligencia abarca lo infinito, salvo que sostengamos que existen efectos sin causa.

6. Algunas personas oponen a esto el siguiente razonamiento:

Las obras consideradas de la naturaleza son el producto de fuerzas materiales que actúan mecánicamente, en razón de las leyes de atracción y repulsión; las moléculas de los cuerpos inertes se agregan y se disgregan por la acción de esas leyes. Las plantas nacen, brotan, crecen y se multiplican siempre de la misma manera, cada una en su especie, en virtud de aquellas mismas leyes; cada individuo es semejante a aquel del cual provino; el crecimiento, la floración, la fructificación y la coloración están subordinados a causas materiales, tales como el calor, la electricidad, la luz, la humedad, etc. Lo mismo sucede con los animales. Los astros se forman por la atracción molecular y se mueven perpetuamente en sus órbitas por efecto de la gravitación. Esa regularidad mecánica en el empleo de las fuerzas naturales no revela la acción de una inteligencia libre. El hombre mueve el brazo cuando quiere y como quiere; pero quien lo moviera en el mismo sentido, desde el nacimiento hasta la muerte, sería un autómata. Ahora bien, las fuerzas orgánicas de la naturaleza, consideradas en conjunto, son, por decirlo de algún modo, automáticas.

Todo eso es verdad; pero esas fuerzas son efectos que deben tener una causa, y nadie ha pretendido que constituyan la Divinidad. Aquellas son materiales y mecánicas; no son inteligentes de por sí, lo cual también es verdad. Sin embargo, son puestas en acción, distribuidas y adecuadas a las necesidades de cada cosa por una inteligencia que no pertenece a los hombres. La aplicación útil de esas fuerzas es un efecto inteligente que denota una causa inteligente. Un reloj se mueve con automática regularidad, y en esa regularidad reside su mérito. La fuerza que lo hace mover es absolutamente material y nada tiene de inteligente. Pero ¿qué sería ese reloj, si una inteligencia no hubiese combinado, calculado, distribuido el empleo de aquella fuerza para hacerlo andar con precisión? Por el hecho de que la inteligencia no resida en el mecanismo del reloj, y además por la circunstancia de que nadie la vea, ¿sería racional que se concluyera que esa inteligencia no existe? No, pues podemos apreciarla por sus efectos.

La existencia del reloj prueba la existencia del relojero; la ingeniosidad del mecanismo prueba la inteligencia y el saber de su fabricante. Cuando veis uno de esos relojes complicados que marcan la hora en las principales ciudades del mundo, o el movimiento de los astros que atraviesan el espacio, y que, por decirlo así, pareciera que os hablan, para daros en el momento oportuno la información que necesitáis, ¿acaso se os ocurre pensar que se trata de un reloj inteligente?

Ocurre lo mismo con el mecanismo del universo: Dios no se muestra, pero prueba su existencia a través de sus obras.

7. La existencia de Dios es, por lo tanto, un hecho comprobado no solo mediante la revelación, sino por la evidencia material de los hechos. Los pueblos más salvajes no han sido destinatarios de ninguna revelación, y sin embargo creen instintivamente en la existencia de un poder sobrehumano. Sucede que los salvajes tampoco escapan a las consecuencias lógicas; ellos ven cosas que

superan el poder del hombre, y de ahí deducen que esas cosas provienen de un ser superior a la humanidad.

Acerca de la naturaleza divina

8. No es dado al hombre sondear la naturaleza íntima de Dios. Temerario sería quien pretendiera levantar el velo que lo oculta a nuestra vista, pues nos falta *aún* el sentido necesario para ello, que solo se adquiere con la completa purificación del Espíritu. Con todo, si bien no puede penetrar en la esencia de Dios, el hombre logra, mediante el razonamiento y tomando la existencia de Dios como premisa, llegar a conocer sus atributos necesarios, puesto que, al comprender lo que Él no puede no ser sin que deje de ser Dios, deduce de ahí lo que Él debe ser.

Sin el conocimiento de los atributos de Dios sería imposible que se comprendiera la obra de la Creación. Ese es el punto de partida de todas las creencias religiosas, y la mayoría de las religiones falló en sus dogmas porque no lo consideraron como el faro que habría de orientarlas. Las que no atribuyeron a Dios la omnipotencia, imaginaron muchos dioses; las que no le atribuyeron la soberana bondad, hicieron de Él un dios celoso, colérico, parcial y vengativo.

9. *Dios es la suprema y soberana inteligencia.* La inteligencia del hombre es limitada, ya que este no puede hacer ni comprender todo lo que existe. La de Dios abarca lo infinito y debe ser infinita. Si supusiéramos que es limitada en algún aspecto, podríamos concebir otro ser aún más inteligente, capaz de comprender y hacer lo que el primero no haría, y así sucesivamente hasta lo infinito.

10. *Dios es eterno*: no tuvo comienzo ni tendrá fin. Si hubiese tenido un comienzo, habría salido de la nada. Ahora bien, como la nada no es nada, no puede generar cosa alguna. Por otra parte,

en caso de que Dios hubiera sido creado por otro ser anterior, ese ser, y no Él, sería Dios. Si supusiéramos que tiene un comienzo y un fin, podríamos concebir un ser existente antes y después de Él, y así sucesivamente hasta lo infinito.

11. *Dios es inmutable.* Si estuviera sujeto a cambios, las leyes que rigen el universo no tendrían ninguna estabilidad.

12. *Dios es inmaterial*: su naturaleza difiere de todo lo que denominamos materia. De otro modo no sería inmutable, pues estaría sujeto a las transformaciones de la materia.

Dios no tiene una forma que pueda ser apreciada por nuestros sentidos, pues de lo contrario sería materia. Decimos: "la mano de Dios", "el ojo de Dios", "la boca de Dios", porque como el hombre no conoce nada más aparte de sí mismo, se toma a sí mismo como elemento de comparación para todo lo que no comprende. Son ridículas esas imágenes en las que Dios está representado con el aspecto de un anciano de larga barba y envuelto en una túnica; tienen el inconveniente de rebajar al Ser supremo a las exiguas proporciones de la humanidad. De ahí a atribuirle las pasiones humanas y hacer de Él un Dios colérico y celoso, no hay más que un paso.

13. *Dios es todopoderoso.* Si no poseyera el poder supremo, se podría concebir un ser más poderoso que Él, y así sucesivamente hasta llegar al ser cuyo poder no fuese superado por ningún otro. Ese, entonces, sería Dios. Él no habría hecho todas las cosas, y las que no hubiera hecho serían obra de otro dios.

14. *Dios es soberanamente justo y bueno.* La sabiduría providencial de las leyes divinas se revela tanto en las más pequeñas como en las más grandes cosas, y esa sabiduría no da lugar a que se dude de su justicia ni de su bondad. Esas dos cualidades implican todas las demás; si se las supusiera limitadas, aunque no fuese más que

en un punto, se podría concebir un ser que las poseyera en más alto grado y que, por lo tanto, sería superior a Él.

El hecho de que una cualidad sea infinita excluye la posibilidad de la existencia de una cualidad contraria, pues esta la disminuiría o la anularía. Un ser *infinitamente bueno* no podría contener la más insignificante porción de maldad, así como un ser *infinitamente malo* no podría contener la más insignificante porción de bondad, del mismo modo que un objeto no puede ser absolutamente negro si presenta un leve matiz blanco, ni de un blanco absoluto si tiene una leve mancha negra.

Así pues, Dios no podría ser simultáneamente bueno y malo, pues en ese caso, al no poseer alguna de esas cualidades en grado supremo, no sería Dios. Todas las cosas estarían sometidas a su capricho, y no habría ninguna estabilidad. Por consiguiente, Él no podría dejar de ser infinitamente bueno o infinitamente malo. Si fuera infinitamente malo, no podría hacer nada bueno. Ahora bien, como las obras de Dios son el testimonio de su sabiduría, de su bondad y de su solicitud, debemos inferir que Él, como no puede ser al mismo tiempo bueno y malo sin dejar de ser Dios, necesariamente debe ser infinitamente bueno.

La soberana bondad implica la soberana justicia, porque si Dios procediera injustamente o con parcialidad *en una sola circunstancia*, o con relación *a una sola de sus criaturas*, no sería soberanamente justo y, por consiguiente, tampoco sería soberanamente *bueno*.

15. *Dios es infinitamente perfecto.* Es imposible concebir a Dios sin la infinitud de las perfecciones, pues sin ello no sería Dios, y siempre se podría concebir un ser que poseyera lo que a Él le faltara. Para que ningún ser pueda superarlo, es preciso que Él sea infinito en todo.

Dado que los atributos de Dios son infinitos, no pueden sufrir aumento ni disminución, pues de lo contrario no serían infinitos, y Dios no sería perfecto. Si le quitasen una mínima parte de uno solo de sus atributos, ya no sería Dios, pues podría existir otro ser más perfecto.

16. *Dios es único.* La unicidad de Dios es consecuencia de la infinitud absoluta de sus perfecciones. No podría existir otro Dios, salvo con la condición de que fuera igualmente infinito en todas las cosas, pues si hubiera entre ellos la más leve diferencia, uno sería inferior al otro, estaría subordinado al poder de aquel, y entonces no sería Dios. Pero si hubiera entre ambos una igualdad absoluta, serían desde toda la eternidad un mismo pensamiento, una misma voluntad, un mismo poder. De ese modo, confundidos en cuanto a la identidad, no habría en realidad más que un solo Dios. Si cada uno tuviese atribuciones especiales, uno haría lo que el otro no hiciera, y entonces no existiría una igualdad perfecta entre ellos, pues ninguno poseería la autoridad soberana.

17. La ignorancia del principio de la infinitud de las perfecciones de Dios fue lo que generó el politeísmo, un culto adoptado por todos los pueblos primitivos. Ellos atribuían un carácter divino a todo aquel poder que, según su parecer, fuera superior al de la humanidad. Más tarde, la razón los llevó a que reunieran esos diferentes poderes en uno solo. Posteriormente, a medida que los hombres fueron comprendiendo la esencia de los atributos divinos, quitaron, a los símbolos que habían creado, la creencia que implicaba la negación de esos atributos.

18. En resumen: Dios no puede ser Dios más que con la condición de que ningún otro ser lo supere en nada, porque el ser que prevaleciera sobre Él en cualquier cosa que fuese, aunque sólo se tratara del espesor de un cabello, ese sería el verdadero Dios. Para que esto no suceda, es preciso que Él sea infinito en todo.

Así, una vez comprobada la existencia de Dios a través de sus obras, llegamos por una simple deducción lógica a determinar los atributos que lo caracterizan.

19. Dios es, por lo tanto, *la inteligencia suprema y soberana; es único, eterno, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones*, y no podría ser de otro modo.

Esa es la base sobre la que reposa el edificio universal, el faro cuyos rayos se extienden sobre todo el universo, la única luz que puede guiar al hombre en la búsqueda de la verdad. Siguiendo esa luz, nunca se extraviará. Y si tantas veces ha cometido equivocaciones, se debe a que no ha seguido el rumbo que se le había indicado.

Ese es también el criterio infalible de todas las doctrinas filosóficas y religiosas. Para juzgarlas, el hombre dispone de una medida rigurosamente exacta en los atributos de Dios, y puede afirmar con certeza que toda teoría, todo principio, todo dogma, toda creencia, toda práctica que esté en contradicción con *uno solo* de esos atributos, que tienda no sólo a anularlo sino simplemente a disminuirlo, no puede estar con la verdad.

En filosofía, en psicología, en moral y en religión, sólo es verdadero lo que no se aparta ni un milímetro de las cualidades esenciales de la Divinidad. La religión perfecta será aquella en la que ningún artículo de fe se oponga a esas cualidades; aquella cuyos dogmas superen la prueba de ese control, sin que nada los afecte.

La Providencia

20. La Providencia es la solicitud de Dios para con sus criaturas. Dios está en todas partes, todo lo ve y todo lo rige, incluso las cosas más insignificantes. En esto consiste la acción providencial.

"¿Cómo puede Dios, tan grande, tan poderoso, tan superior a todo, inmiscuirse en detalles sin importancia, preocuparse por los mínimos actos y por los más ínfimos pensamientos de cada individuo?" Esa es la pregunta que la incredulidad se plantea, y llega a la conclusión de que, una vez admitida la existencia de Dios, la acción de éste sólo se ejerce sobre las leyes generales del universo, y que el universo funciona desde toda la eternidad en virtud de esas leyes, a las cuales toda criatura está sujeta en la esfera de sus actividades, sin que sea necesaria la intervención permanente de la Providencia.

21. En el estado de inferioridad en que se encuentran, sólo con mucha dificultad pueden los hombres comprender que Dios sea infinito, puesto que por ser ellos mismos limitados y circunscriptos, imaginan también a Dios circunscripto y limitado, suponiéndolo a imagen y semejanza de ellos. Los cuadros en que lo vemos con rasgos humanos sólo contribuyen a conservar esa equivocación en el espíritu de las masas, que en Él adoran más la forma que el pensamiento. Para la mayoría, Dios es un soberano poderoso, sentado en un *trono* inaccesible, perdido en la inmensidad de los cielos. Como sus facultades y percepciones son limitadas, no comprenden que Dios pueda o se digne intervenir directamente en las cosas insignificantes.

22. Ante la imposibilidad de comprender la esencia de la Divinidad, el hombre no puede hacerse de ella más que una idea aproximada, mediante comparaciones necesariamente muy imperfectas, pero que al menos sirven para mostrarle la posibilidad de aquello que, a primera vista, le parece imposible.

Imaginemos un fluido sutil que penetre todos los cuerpos; es evidente que cada molécula de ese fluido, dado que se halla en contacto con cada molécula de la materia, producirá en el cuerpo una acción idéntica a la que produciría la totalidad del fluido. Así lo demuestra la química, a diario, en proporciones limitadas.

Dado que no es inteligente, ese fluido actúa mecánicamente, sólo por medio de las fuerzas materiales. Con todo, si lo imaginamos dotado de inteligencia, de facultades perceptivas y sensitivas, ya no actuará a ciegas, sino con discernimiento, con voluntad propia y libertad; podrá ver, oír y sentir.

Las propiedades del fluido periespiritual nos dan una idea al respecto. Ese fluido no es inteligente de por sí, puesto que es materia, pero sirve de vehículo al pensamiento, a las sensaciones y percepciones del Espíritu. Como consecuencia de la sutileza de ese fluido, los Espíritus penetran en todas partes, escrutan nuestros pensamientos más íntimos, ven y obran a distancia. A ese mismo fluido, llegado a cierto grado de purificación, los Espíritus superiores deben el don de ubicuidad: basta un rayo de su pensamiento dirigido hacia diversos puntos, para que puedan manifestar su presencia en ellos simultáneamente. La extensión de esta facultad se halla subordinada al grado de elevación y de purificación del Espíritu. También por medio de ese fluido el hombre mismo obra a distancia, con el poder de la voluntad, sobre ciertos individuos; modifica hasta ciertos límites las propiedades de la materia; otorga a sustancias inactivas propiedades determinadas; repara desórdenes orgánicos, y efectúa curaciones mediante la imposición de las manos.

23. Con todo, por más elevados que sean, los Espíritus son criaturas limitadas en sus facultades, en su poder y en la extensión de sus percepciones, de modo que en ese aspecto no podrían aproximarse a Dios. No obstante, pueden servirnos de punto de comparación. Lo que el Espíritu no puede realizar sino dentro de límites reducidos, Dios, que es infinito, lo realiza en proporciones indefinidas. Hay también otras diferencias, pues la acción del Espíritu es momentánea y se halla subordinada a las circunstancias, mientras que la de Dios es permanente; además, el pensamiento del Espíritu abarca un tiempo y un espacio circunscritos, mientras

que el de Dios abarca el universo y la eternidad. En una palabra, entre los Espíritus y Dios existe la distancia que va de lo finito y a lo infinito.

24. El fluido periespiritual no es el pensamiento del Espíritu, sino el agente y el intermediario de ese pensamiento. Como ese fluido lo transmite, queda de cierto modo *impregnado* de él. En la imposibilidad en que nos hallamos de aislar el pensamiento, nos parece que este se confunde con el fluido, como sucede con el sonido y el aire, de manera que podemos, de algún modo, materializarlo. Del mismo modo que decimos que el aire se vuelve sonoro, podríamos decir, tomando el efecto por la causa, que el fluido se vuelve inteligente.

25. Ya sea o no de ese modo en lo que respecta al pensamiento de Dios, es decir, ya sea que el pensamiento de Dios actúe directamente o por intermedio de un fluido, lo representamos, para facilitar nuestra comprensión, con la forma concreta de un fluido inteligente que llena el universo infinito, penetrando en todas las partes de la Creación: *la naturaleza entera está sumergida en el fluido divino*. Ahora bien, en virtud del principio según el cual las partes de un todo son de la misma naturaleza y tienen las mismas propiedades que el todo, cada átomo de ese fluido, si así podemos explicarlo, posee el pensamiento, es decir, los atributos esenciales de la Divinidad, y dado que ese mismo fluido está en todas partes, todo está sometido a su acción inteligente, a su previsión, a su solicitud. No habrá ningún ser, por más ínfimo que sea, que no esté de algún modo saturado de él. Nos encontramos, pues, constantemente en presencia de la Divinidad; no podemos sustraer a su mirada ninguna de nuestras acciones; nuestro pensamiento está en contacto incesante con su pensamiento, de modo que es lógico que se diga que Dios ve hasta los más recónditos pliegues de nuestro corazón. *Estamos en Él, como Él está en nosotros*, según la expresión del Cristo.

Así pues, para extender su solicitud a todas las criaturas, Dios no necesita dirigirnos su mirada desde lo alto de la inmensidad. Para que nuestras plegarias sean escuchadas no necesitan atravesar el espacio, ni ser pronunciadas con voz retumbante, porque como Dios está continuamente a nuestro lado, nuestros pensamientos repercuten en Él. Nuestros pensamientos son como el tañido de una campana que hace vibrar todas las moléculas del aire circundante.

26. Lejos de nosotros está la idea de materializar la Divinidad. Evidentemente, la imagen de un fluido inteligente universal no es más que una comparación, pero capaz de dar una idea de Dios más exacta que la de los cuadros que lo representan con una figura humana. Esa imagen sólo tiene el propósito de hacer comprensible la posibilidad de que Dios esté en todas partes y de que se ocupe de todas las cosas.

27. Tenemos constantemente bajo nuestra mirada un ejemplo que nos permite hacernos una idea de la manera por la cual es posible que se ejerza la acción de Dios sobre las partes más íntimas de todos los seres y, por consiguiente, del modo por el cual llegan hasta Él las más sutiles impresiones de nuestra alma. Hemos tomado este ejemplo de la instrucción que un Espíritu transmitió al respecto.

"Uno de los atributos de la divinidad es la infinitud. No podemos representarnos al Creador con una forma, con algún límite. Si no fuera infinito, se podría concebir algo más grande que Él, y ese algo sería Dios. – Dado que es infinito, Dios está en todas partes, porque si no estuviera en todas partes no sería infinito; no es posible salir de este dilema. Así pues, si hay un Dios, y eso nadie lo duda, ese Dios es infinito y no podemos concebir una extensión que Él no ocupe. Por consiguiente, Dios se halla en contacto con todas sus creaciones; Él las envuelve, y ellas están en Él. Así pues, es comprensible que Él mantenga una relación directa con cada

criatura; y, para haceros comprender lo más materialmente posible de qué manera esa comunicación tiene lugar universalmente y constantemente, veamos lo que sucede en el hombre entre su Espíritu y su cuerpo.

"El hombre es un pequeño mundo: su director es el Espíritu y su principio dirigido es el cuerpo. En ese universo, el cuerpo representa una creación cuyo Dios es el Espíritu. (Comprended que aquí exponemos una simple cuestión de analogía y no de identidad.) Los miembros de ese cuerpo, los diferentes órganos que lo componen, los músculos, los nervios, las articulaciones, son otras tantas individualidades materiales, si así puede decirse, localizadas en puntos especiales del cuerpo. Aunque el número de sus partes constitutivas sea considerable, y de naturaleza tan variada y diferente, nadie podrá suponer que se puedan producir movimientos, o una impresión en un lugar determinado, sin que el Espíritu tenga conciencia de ello. ¿Hay sensaciones diferentes en muchos lugares simultáneamente? Sí, y el Espíritu las percibe a todas, las diferencia, las analiza, atribuye a cada una la causa y el punto en que se produjo.

"Un fenómeno análogo ocurre entre Dios y la Creación. Dios está en todas partes en la naturaleza, así como el Espíritu está en todas partes en el cuerpo. Todos los elementos de la Creación se encuentran en relación constante con Él, así como todas las células del cuerpo humano se encuentran en contacto inmediato con el ser espiritual. No existe, pues, razón para que fenómenos del mismo orden no se produzcan de la misma manera, en uno y otro caso.

"Un miembro se agita: el Espíritu lo siente; una criatura piensa: Dios lo sabe. Todos los miembros están en movimiento, los diferentes órganos vibran: el Espíritu percibe todas las manifestaciones, las distingue y las localiza. Las diferentes creaciones, las diferentes criaturas se agitan, piensan, actúan de manera diversa:

Dios sabe todo lo que ocurre y asigna a cada uno lo que le corresponde.

"De ahí se puede asimismo deducir la solidaridad entre la materia y la inteligencia, la solidaridad de todos los seres de un mundo entre sí, la de todos los mundos y, finalmente, la de las creaciones con el Creador." (QUINEMANT, *Sociedad de París*, 1867.)

28. Comprendemos el efecto, lo que ya es mucho. Del efecto nos remontamos a la causa, y juzgamos su magnitud por la magnitud del efecto. No obstante, su esencia íntima se nos escapa, así como la de la causa de una inmensidad de fenómenos. Conocemos los efectos de la electricidad, del calor, de la luz, de la gravitación; los calculamos y, con todo, ignoramos la naturaleza íntima del principio que los produce. ¿Será, pues, más racional que neguemos el principio divino, simplemente porque no lo comprendemos?

29. Nada impide que se admita, para el principio de la soberana inteligencia, un centro de acción, un foco principal que irradie sin cesar e inunde el universo con sus efluvios, como el sol lo hace con su luz. Pero ¿dónde está ese foco? Eso nadie puede decirlo. Probablemente no se encuentre fijo en ningún punto determinado, como no lo está su acción, y también es probable que recorra constantemente las regiones del espacio ilimitado. Si simples Espíritus poseen el don de la ubicuidad, en Dios esa facultad no debe tener límites. Dado que Dios llena el universo, se podría admitir, a título de hipótesis, que ese foco no necesita trasladarse, pues puede formarse en todas partes donde su soberana voluntad considera conveniente que se produzca, lo que nos permite decir que está en todas partes y en ninguna.

30. Ante esos problemas insondables, nuestra razón debe inclinarse. Dios existe; no hay cómo dudarlo. Por su propia esencia, Dios es infinitamente justo y bueno. Comprendemos que su solicitud se extiende a todo. Por lo tanto, Él sólo puede querer

nuestro bien, razón por la cual debemos confiar en Él. Eso es lo esencial. En cuanto a lo demás, esperemos a que seamos dignos de comprenderlo.

La visión de Dios

31. Si Dios está en todas partes, ¿por qué no lo vemos? ¿Habremos de verlo después de dejar la Tierra? Esas son las preguntas que nos plantean a diario.

La primera se puede responder fácilmente. Nuestros órganos materiales tienen percepciones limitadas que no les permiten ver determinadas cosas, incluso materiales. De ese modo, ciertos fluidos escapan totalmente a nuestra visión, como también a nuestros instrumentos de análisis, aunque eso no da motivo a que dudemos de su existencia. Vemos los efectos de la peste, pero no vemos el fluido que la transmite; vemos los cuerpos en movimiento bajo la influencia de la fuerza de gravedad, pero no vemos esa fuerza.

32. Los órganos materiales no pueden percibir las cosas de esencia espiritual. Sólo podemos ver a los Espíritus y las cosas del mundo inmaterial con la visión espiritual. Por lo tanto, únicamente nuestra alma puede tener la percepción de Dios. ¿Acaso lo verá de inmediato después de la muerte? Al respecto, sólo las comunicaciones de ultratumba pueden ilustrarnos. Por medio de ellas llegamos a saber que la visión de Dios constituye un privilegio exclusivo de las almas más purificadas, y que son muy pocas las que, cuando abandonan la envoltura terrenal, poseen el grado de desmaterialización necesario para ello. Algunas comparaciones vulgares harán que lo comprendamos fácilmente.

33. Una persona que se encuentra en el fondo de un valle, envuelta por una densa bruma, no puede ver el sol. Sin embargo, como hemos dicho anteriormente, por la luz difusa percibe que el

sol brilla. Si decide subir a la montaña, a medida que ascienda, la neblina se irá disipando cada vez más y la luz se hará cada vez más viva. Con todo, todavía no verá el sol. Cuando comience a percibirlo, aún estará velado, porque el menor vapor basta para atenuar su brillo. Recién después de que se haya elevado por completo por encima de la capa de niebla, y haya llegado al punto donde el aire esté perfectamente limpio, contemplará al astro en todo su esplendor.

Lo mismo le sucedería a quien tuviese la cabeza cubierta con muchos velos: al principio no vería nada, pero a medida que se le quitaran esos velos percibiría un resplandor cada vez más intenso, y solo cuando hubiese desaparecido el último de ellos distinguiría las cosas con claridad.

También sucede lo mismo con un licor cargado de sustancias extrañas: al principio está turbio, pero a medida que se lo destila gana en transparencia, hasta que, completamente purificado, adquiere una limpidez perfecta y no presenta ningún obstáculo a la vista.

Lo mismo ocurre con el alma. La envoltura periespiritual, aunque para nosotros sea invisible e intangible, con relación al alma es una materia verdadera, demasiado grosera todavía para ciertas percepciones. Esa envoltura se espiritualiza a medida que el alma se eleva en moralidad. Las imperfecciones del alma son como velos que nublan la visión. Cada imperfección de la que se despoja es un velo menos, pero sólo después de que se ha purificado completamente goza de la plenitud de sus facultades.

34. Puesto que Dios es la esencia divina por excelencia, solamente puede ser percibido en todo su esplendor por los Espíritus que han alcanzado el más alto grado de desmaterialización. En cuanto a los Espíritus imperfectos, por el hecho de que estos no vean a Dios, no se concluye que estén más alejados de Él que los demás, puesto que, al igual que todos los seres de la naturaleza,

están inmersos en el fluido divino, del mismo modo que nosotros lo estamos en la luz. Lo que ocurre es que las imperfecciones de esos Espíritus son como velos que les impiden verlo. Cuando la niebla se disipe, lo verán resplandeciente. Para eso no necesitan ascender ni buscarlo en las profundidades de lo infinito. Cuando la visión espiritual quede desobstruida de las manchas morales que la oscurecían, lo verán, sea cual fuere el lugar en que se hallen, incluso en la Tierra, porque Dios está en todas partes.

35. El Espíritu se purifica con el correr del tiempo, y las diferentes encarnaciones son alambiques en cuyo fondo deja, cada vez, algunas impurezas. Al abandonar su envoltura corporal, los Espíritus no se despojan instantáneamente de sus imperfecciones, razón por la cual, después de la muerte, no ven a Dios más de lo que lo veían cuando estaban vivos. No obstante, a medida que se purifican, tienen de Él una intuición más clara. Aunque no lo vean, lo comprenden mejor, pues la luz es menos difusa. Así pues, cuando algunos Espíritus manifiestan que Dios les prohíbe que respondan una pregunta, no significa que Dios se les haya aparecido o les haya dirigido la palabra para ordenarles o prohibirles tal o cual cosa. Por supuesto que no. Pero ellos lo sienten, reciben los efluvios de su pensamiento, del mismo modo que ocurre con nosotros en relación con los Espíritus que nos envuelven en sus fluidos, aunque no los veamos.

36. Ningún hombre puede, por consiguiente, ver a Dios con los ojos de la carne. Si esa gracia les fuera concedida a algunos, sólo se realizaría en estado de éxtasis, cuando el alma está tan desprendida de los lazos de la materia que hace que ese hecho sea posible durante la encarnación. Por otra parte, ese privilegio correspondería exclusivamente a las almas selectas, que han encarnado en cumplimiento de alguna misión, y no a las que han encarnado para *expiar*. Con todo, como los Espíritus de la categoría más elevada resplandecen con un brillo deslumbrante, puede suceder que

los Espíritus menos elevados, encarnados o desencarnados, maravillados con el esplendor que rodea a aquellos, supongan que ven al propio Dios. Sería como quien ve a un ministro y lo confunde con el soberano.

37. ¿Con qué apariencia se presenta Dios a quienes se hacen dignos de verlo? ¿Será con alguna forma en particular? ¿Con una figura humana o como un resplandeciente foco de luz? En el lenguaje humano no se lo puede describir, porque no existe para nosotros ningún punto de comparación que nos pueda dar una idea de Él. Somos como ciegos de nacimiento a quienes se intentara inútilmente hacer que comprendamos el brillo del sol. Nuestro vocabulario está limitado a nuestras necesidades y al círculo de nuestras ideas; el de los salvajes no serviría para describir las maravillas de la civilización; el de los pueblos más civilizados es demasiado pobre para describir los esplendores de los cielos, y nuestra inteligencia es muy limitada para comprenderlos, así como nuestra vista, excesivamente débil, quedaría deslumbrada.

Capítulo III

El bien y el mal

Origen del bien y del mal.- El instinto y la inteligencia.- Destrucción mutua de los seres vivos.

Origen del bien y del mal

1. Dado que Dios es el principio de todas las cosas, y puesto que ese principio es todo sabiduría, todo bondad y justicia, cuanto de Él procede debe participar de sus atributos, pues lo que es infinitamente sabio, justo y bueno no puede producir nada irracional, malo e injusto. Por consiguiente, el mal que observamos no ha podido originarse en Él.

2. Si el mal estuviera entre los atributos de un ser especial, sea como fuere que se lo llame, Ahrimán o Satanás, habría dos opciones: ese ser sería igual a Dios y, por consiguiente, tan poderoso y eterno como Él, o sería inferior.

En el primer caso, habría dos potencias rivales en lucha incesante, cada una procurando deshacer lo que la otra hiciera, y oponiéndose mutuamente. Esta hipótesis es inconciliable con la unidad de miras que se revela en el ordenamiento del universo.

En el segundo caso, por ser inferior a Dios, ese ser estaría subordinado a Él. Al no ser posible que existiera eternamente, pues de lo contrario sería igual a Dios, habría tenido un comienzo. Y si fue creado, sólo Dios podría haber sido su causa. En ese caso, Dios habría creado el Espíritu del mal, de lo que resulta la negación de su infinita bondad.

3. Según una doctrina, el Espíritu del mal, creado bueno, se habría vuelto malo, y Dios, para castigarlo, lo habría condenado a ser malo eternamente, y le habría dado la misión de seducir a los hombres para inducirlos al mal. Ahora bien, dado que una sola caída podría hacerlos merecedores de los más crueles castigos durante la eternidad, sin esperanza de perdón, en ello no solo habría una falta de bondad, sino una crueldad premeditada, porque para lograr que la seducción sea más fácil y que la trampa quede bien oculta, Satanás estaría autorizado a *transformarse en un ángel de luz y a simular las obras mismas de Dios, hasta el punto de confundirlas.* Habría además iniquidad e imprevisión de parte de Dios, porque al otorgarle a Satanás completa libertad para salir del imperio de las tinieblas y entregarse a los placeres mundanos, a fin de atraer a los hombres hacia ellos, el provocador del mal resultaría menos castigado que las víctimas de sus ardides, puesto que estas, que caen por debilidad, una vez en el abismo ya no pueden salir de allí. Dios les niega un vaso de agua para aplacar su sed, y durante toda la eternidad, junto a sus ángeles, escucha sus gemidos sin dejarse conmover, mientras permite que Satanás se procure todos los goces que desee.

De todas las doctrinas acerca de la teoría del mal, esta es sin discusión la más irracional y la más injuriosa para con la Divinidad. (Véase *El Cielo y el Infierno según el espiritismo*. Primera Parte, Capítulo IX, "Los demonios".)

4. Sin embargo, el mal existe y tiene una causa.

Hay varias clases de mal. En primer lugar están el mal físico y el mal moral; también, los males que el hombre puede evitar, y los que son independientes de su voluntad. Entre estos últimos, es preciso que se incluyan las calamidades naturales.

El hombre, cuyas facultades son limitadas, no puede penetrar ni abarcar el conjunto de los designios del Creador; juzga las cosas desde el punto de vista de su personalidad, de los intereses falsos

y convencionales que creó para sí mismo, y que no pertenecen al orden de la naturaleza. Es por eso que a menudo le parece perjudicial e injusto aquello que consideraría justo y admirable si conociera su causa, su objetivo, el resultado definitivo. Al investigar la razón de ser y la utilidad de cada cosa, reconocerá que todo tiene el sello de la sabiduría infinita, y se inclinará ante esa sabiduría, aun con relación a cosas que no comprende.

5. El hombre recibió una inteligencia con cuyo auxilio puede conjurar o, al menos, atenuar considerablemente los efectos de las calamidades naturales. Cuanto más saber conquista y avanza en civilización, tanto menos desastrosas se vuelven las calamidades. Con una organización social sabia y previsora llegará, incluso, a neutralizar sus consecuencias, toda vez que no puedan ser evitadas por completo. De ese modo, aun con referencia a las calamidades que tienen una utilidad para el orden general de la naturaleza y para el futuro, pero que ocasionan daños en el presente, Dios otorgó al hombre los medios para que detenga sus efectos a través de las facultades con que dotó a su espíritu.

De ese modo, el hombre sanea las regiones insalubres, neutraliza los miasmas pestíferos, fertiliza tierras incultas y trabaja para preservarlas de las inundaciones; construye casas más salubres, más sólidas para que resistan a los vientos, tan necesarios para la depuración de la atmósfera, y se coloca al abrigo de las tempestades. Es así que finalmente, poco a poco, la necesidad le hace crear las ciencias, por medio de las cuales mejora las condiciones de habitabilidad del planeta y acrecienta su propio bienestar.

Dado que el hombre debe progresar, los males a los que se halla expuesto constituyen un incentivo para el ejercicio de su inteligencia, de sus facultades físicas y morales, y lo invitan a la búsqueda de los medios para evitarlos. Si no tuviese a qué temer, ninguna necesidad lo induciría a que buscara lo mejor; se entorpecería en la inactividad de su espíritu; no inventaría ni descubriría

nada. *El dolor es el aguijón que impulsa al hombre hacia adelante en la senda del progreso.*

6. No obstante, los males más numerosos son los que el hombre crea por sus propios vicios, los que provienen del orgullo, el egoísmo, la ambición, la codicia, los excesos en todo. Allí se encuentra la causa de las guerras y de las calamidades que ellas acarrean, de las disensiones, de las injusticias, de la opresión del débil por el fuerte, así como de la mayor parte de las enfermedades.

Dios estableció leyes plenas de sabiduría con el objetivo único del bien. El hombre encuentra en sí mismo todo lo que necesita para cumplirlas. Su ruta está trazada en su conciencia, y tiene la ley divina grabada en el corazón. Además, Dios le recuerda eso constantemente por intermedio de los mesías y los profetas, de los Espíritus encarnados que recibieron la misión de esclarecerlo, moralizarlo y contribuir a su adelanto, así como, en los últimos tiempos, a través de una infinidad de Espíritus desencarnados que se manifiestan en todas partes. *Si el hombre se ajustara rigurosamente a las leyes divinas, no cabe duda de que evitaría los males más punzantes y viviría feliz en la Tierra.* Si no lo hace, es en virtud de su libre albedrío, y por eso sufre las consecuencias de su proceder.

7. Pero Dios, que es todo bondad, puso el remedio al lado del mal, es decir, hizo que del mismo mal saliera el bien. Llega un momento en que el exceso del mal moral se vuelve intolerable, e impone al hombre la necesidad de cambiar de vida. Instruido por la experiencia, se siente obligado a buscar en el bien el remedio que necesita, siempre en uso de su libre albedrío. Cuando toma un camino mejor, lo hace por su voluntad, y porque ha reconocido los inconvenientes del otro. La necesidad, pues, lo obliga a mejorar moralmente para ser más feliz, del mismo modo que lo indujo a mejorar las condiciones materiales de su existencia.

Se puede decir que *el mal es la ausencia del bien, como el frío es la ausencia del calor.* Así como el frío no es un fluido especial, el

mal tampoco es un atributo distinto: el uno es la antítesis del otro. Donde no existe el bien, forzosamente existe el mal. No practicar el mal ya es un comienzo del bien. Dios sólo quiere el bien; el mal proviene exclusivamente del hombre. Si en la Creación existiera un ser encargado del mal, el hombre no podría evitarlo. No obstante, como el hombre tiene la causa del mal *en sí mismo*, y como tiene al mismo tiempo el libre albedrío y la guía de las leyes divinas, podrá evitarlo siempre que lo desee.

Tomemos un hecho común a modo de comparación. Un propietario sabe que en el confín de sus tierras hay un sector peligroso, y que quien se aventurase dentro de él podría perecer o sufrir una herida. ¿Qué hace a fin de prevenir los accidentes? Manda colocar en las cercanías un aviso, para impedir que se avance más allá, a causa del peligro. Ahí está la ley, sabia y previsora. Pero si a pesar de eso, algún imprudente ignora el aviso, traspone el punto permitido y sufre un accidente, ¿de quién podrá quejarse sino de sí mismo?

También sucede eso con respecto al mal. El hombre lo evitaría si observara las leyes divinas. Dios, por ejemplo, puso un límite para la satisfacción de las necesidades; la saciedad es una advertencia para el hombre; si él supera ese límite, lo hace voluntariamente. Por consiguiente, los vicios, las enfermedades, la muerte que de ahí pueden resultar, son obra suya, y no de Dios.

8. Puesto que el mal es el resultado de las imperfecciones del hombre, y como el hombre ha sido creado por Dios, se alegará que Dios ha creado, si no el mal, al menos la causa de este. Si Dios hubiese creado perfecto al hombre, el mal no existiría.

Si el hombre hubiese sido creado perfecto, tendería fatalmente al bien. Pero sucede que, en virtud de su libre albedrío, no tiende fatalmente ni al bien ni al mal. Dios ha querido que esté sujeto a la ley del progreso, y que ese progreso sea el fruto de su propio trabajo, a fin de que tenga el mérito de este, de la misma manera que le cabe la responsabilidad del mal que practica por su propia

voluntad. Por lo tanto, la cuestión consiste en averiguar cuál es, en el hombre, el origen de su propensión al mal[10].

9. Si se estudiaran las pasiones, e incluso los vicios, se vería que el origen de ambos se encuentra en el instinto de conservación. Ese instinto está presente con toda su fuerza en los animales y en los seres primitivos más próximos a la animalidad, en los cuales domina en forma exclusiva, puesto que en ellos todavía no existe el contrapeso del sentido moral. El ser no ha nacido aún a la vida intelectual. Por el contrario, el instinto se debilita a medida que la inteligencia se desarrolla, porque esta domina a la materia; con la inteligencia racional nace el libre albedrío, que el hombre usa como quiere; solamente entonces comienza para él la responsabilidad de sus actos.

10. El destino del Espíritu es la vida espiritual, pero en las primeras fases de su existencia corporal sólo tiene que satisfacer necesidades materiales y, a tal fin, el ejercicio de las pasiones constituye una necesidad para la conservación de la especie y de los individuos, materialmente hablando. Con todo, una vez que ha superado ese período, se le presentan otras necesidades, al principio de carácter semimoral y semimaterial, y más tarde exclusivamente morales. Es entonces cuando el Espíritu ejerce dominio sobre la

10. "El error consiste en pretender que el alma haya salido perfecta de manos del Creador, cuando Él, por el contrario, quiso que la perfección fuese resultado de la purificación gradual del Espíritu y su propia obra. Quiso Dios que el alma, en virtud de su libre albedrío, pudiese optar entre el bien y el mal, y llegase a sus fines últimos a través de la lucha y la resistencia al mal. Si Dios hubiese creado al alma tan perfecta como Él, y al hacerla salir de sus manos la hubiese asociado a su beatitud eterna, entonces no la habría hecho a su imagen, sino semejante a sí mismo, como ya lo hemos dicho. Conocedora de todas las cosas en virtud de su esencia misma, y sin haber aprendido nada; movida por un sentimiento de orgullo nacido de la conciencia de sus divinos atributos, el alma habría sido inducida a renegar de su origen, a desconocer al autor de su existencia, y se habría constituido en estado de rebelión contra su Creador." (Bonnamy, juez de instrucción: *La razón del espiritismo*, Cap. VI.) (N. de Allan Kardec.)

materia; si se libera de su yugo, avanza por la senda providencial y se aproxima a su destino final. Si, por el contrario, se deja dominar por ella, se atrasa y se identifica con los irracionales. En esa situación, *lo que antes era un bien, porque era una necesidad de su naturaleza, se transforma en un mal, no sólo porque ya no constituye una necesidad, sino porque se vuelve perjudicial para la espiritualización del ser*. De ese modo, el mal es relativo, y la responsabilidad es proporcional al grado de adelanto.

Todas las pasiones tienen, por lo tanto, su utilidad providencial, y si no fuera así, Dios habría hecho algo inútil e incluso nocivo. El abuso es lo que constituye el mal, y el hombre abusa en virtud de su libre albedrío. Más adelante, ilustrado por su propio interés, elige libremente entre el bien y el mal.

El instinto y la inteligencia

11. ¿Cuál es la diferencia entre el instinto y la inteligencia? ¿Dónde acaba uno y comienza la otra? ¿Será el instinto una inteligencia rudimentaria, o bien una facultad distinta, un atributo exclusivo de la materia?

El instinto es la fuerza oculta que impulsa a los seres orgánicos a actos espontáneos e involuntarios, con vistas a su conservación. En los actos instintivos no existe reflexión, ni combinación ni premeditación. Así es como la planta busca el aire, se vuelve hacia la luz, dirige sus raíces en dirección al agua y a la tierra para hallar sus nutrientes; así es como la flor se abre y se cierra alternativamente según sus necesidades; y como las plantas trepadoras se enroscan alrededor de aquello que les sirve de sostén, o se adhieren a él con sus zarcillos. Se debe al instinto que los animales estén avisados de lo que les conviene o los perjudica; que busquen, conforme a la estación, los climas propicios; que construyan sin enseñanza

previa, con más o menos arte según las especies, lechos mullidos y refugios para sus crías, así como trampas para atrapar la presa de la cual se nutren; que manejen con destreza las armas ofensivas y defensivas con que están provistos; que los sexos se aproximen; que la madre incube a sus crías, y que estas busquen el seno materno. En el hombre, el instinto domina con exclusividad al comienzo de la vida; por instinto el niño realiza sus primeros movimientos, toma el alimento, grita para expresar sus necesidades, imita el sonido de la voz, intenta hablar y caminar. Incluso en el adulto, ciertos actos son instintivos, tales como los movimientos espontáneos para evitar un riesgo, para huir de un peligro, para mantener el equilibrio del cuerpo. También lo son el parpadeo para graduar el brillo de la luz, el abrir automáticamente la boca para respirar, etc.

12. *La inteligencia se revela a través de los actos voluntarios, reflexivos, premeditados, combinados, según la oportunidad de las circunstancias.* Es indudablemente un atributo exclusivo del alma.

Todos los actos mecánicos son instintivos. El acto que denota reflexión y combinación es inteligente. Uno es libre, el otro no lo es.

El instinto es un guía seguro que jamás se equivoca; la inteligencia, por el simple hecho de que es libre, en ocasiones está sujeta a equivocarse.

Si bien el acto instintivo no tiene el carácter del acto inteligente, revela sin embargo una causa inteligente, esencialmente previsora. Si se admite que el instinto procede de la materia, resultará forzoso admitir que la materia es inteligente, incluso más inteligente y previsora que el alma, puesto que el instinto no se equivoca, mientras que la inteligencia comete errores.

Si se considera al instinto una inteligencia rudimentaria, ¿cómo se explica que en ciertos casos sea superior a la inteligencia que razona? ¿Cómo se explica que haga posible la ejecución de obras que la inteligencia no puede realizar?

Si el instinto es el atributo de un principio espiritual especial, ¿cuál es ese principio? Dado que el instinto se extingue, ¿será que ese principio se destruye? Si los animales sólo estuvieran dotados de instinto, su porvenir no tendría un desenlace, y sus padecimientos no recibirían compensación alguna. Eso no estaría de acuerdo ni con la justicia ni con la bondad de Dios.

13. Según otro sistema, el instinto y la inteligencia tendrían el mismo único principio. Llegado a cierto grado de desarrollo, ese principio, que al comienzo apenas habría tenido las cualidades del instinto, sufriría una transformación que le otorgaría las cualidades de la inteligencia libre; en una palabra, recibiría lo que se ha convenido en llamar la chispa divina. Esa transformación no sería inmediata, sino gradual, de modo que, durante cierto período, habría una combinación de las dos aptitudes, y la primera disminuiría a medida que la segunda aumentara.

14. Una última hipótesis, que además es perfectamente compatible con la idea de la unidad de principio, resulta del carácter esencialmente previsor del instinto, y concuerda con lo que el espiritismo nos enseña en lo atinente a las relaciones del mundo espiritual y el mundo corporal.

Se sabe hoy que algunos Espíritus desencarnados tienen la misión de velar por los encarnados, de quienes se convierten en protectores y guías; que los envuelven con sus efluvios fluídicos; y que los hombres actúan a menudo de manera *inconsciente* bajo la acción de esos efluvios.

Se sabe, además, que el instinto, que de por sí produce actos inconscientes, predomina en los niños y, en general, en los seres cuya razón es débil. Ahora bien, según esta hipótesis, el instinto no sería un atributo ni del alma ni de la materia; no pertenecería propiamente al ser vivo, sino que sería un *efecto* de la acción directa de los protectores invisibles, quienes suplirían la imperfección de la inteligencia provocando los actos inconscientes necesarios para

la preservación del ser. Sería como el andador con el cual se sostienen los niños que todavía no saben caminar. Con todo, del mismo modo que gradualmente se deja de usar el andador a medida que el niño conserva el equilibrio por sí solo, los Espíritus protectores dejan a sus protegidos librados a sí mismos a medida que estos se vuelven aptos para guiarse con su propia inteligencia.

De ese modo, el instinto, lejos de ser el producto de una inteligencia rudimentaria e incompleta, lo sería de una inteligencia extraña *en la plenitud de su fuerza*, que supliría la insuficiencia, sea de una inteligencia más joven, a la cual induciría a realizar inconscientemente, para su bien, lo que todavía fuese incapaz de hacer por sí misma, o bien de una inteligencia madura, aunque momentáneamente trabada en el uso de sus facultades, como se da con el hombre en la infancia, y en los casos de idiotez y de afecciones mentales.

Se dice proverbialmente que hay un dios aparte para los niños, para los locos y para los ebrios. Este refrán es más verdadero de lo que se cree. Ese dios no es más que el Espíritu protector, que vela por el ser incapaz de protegerse mediante su propia razón.

15. En este orden de ideas, todavía se puede ir más lejos. Por más racional que sea, esta teoría no resuelve todas las dificultades de la cuestión. Para investigar las causas hay que estudiar los efectos, y de la naturaleza de los efectos se puede deducir la naturaleza de la causa.

Si analizamos los efectos del instinto, notaremos en primer lugar una unidad de miras y de conjunto, una seguridad de resultados que cesan tan pronto como la inteligencia libre lo sustituye. Además, reconoceremos una profunda sabiduría en la adecuación tan perfecta y constante de las facultades instintivas a las necesidades de cada especie. Esa unidad de miras no podría existir sin la unidad de pensamiento ni, por consiguiente, con la multiplicidad de las causas activas. Ahora bien, a consecuencia del progreso que

realizan incesantemente las inteligencias individuales, hay entre ellas una diversidad de aptitudes y de voluntades incompatibles con ese conjunto tan perfecto y armonioso que se realiza desde el origen de los tiempos y en todas las latitudes, con una regularidad y una precisión matemáticas, sin que falle jamás. Esa uniformidad en el resultado de las facultades instintivas es un hecho característico que implica forzosamente la unidad de la causa. Si esa causa fuese inherente a cada individualidad, habría tantas variedades de instintos como las hay de individuos, desde la planta hasta el hombre. Un efecto general, uniforme y constante, debe tener una causa general, uniforme y constante; un efecto que indica sabiduría y previsión debe tener una causa sabia y previsora.

Ahora bien, una causa sabia y previsora, por ser necesariamente inteligente, no puede ser exclusivamente material.

Al no encontrarse en las criaturas, encarnadas o desencarnadas, las cualidades necesarias para la producción de ese resultado, debemos subir más alto, es decir, hasta el propio Creador. Si nos atenemos a la explicación que se ha dado acerca de la manera en que se puede concebir la acción providencial (Véase el Capítulo II, § 25); si consideramos a todos los seres penetrados del fluido divino, soberanamente inteligente, comprenderemos la sabiduría previsora y la unidad de miras que rigen todos los movimientos instintivos en el sentido del bien de cada individuo. Esa solicitud es tanto más activa cuanto menor es la cantidad de recursos que posee el individuo en sí mismo y en su propia inteligencia. Es por eso que dicha solicitud se muestra mayor y más absoluta en los animales y en los seres inferiores que en el hombre.

De acuerdo con esa teoría, se comprende por qué el instinto es siempre un guía seguro. El instinto materno, el más noble de todos, al que el materialismo rebaja al nivel de las fuerzas de atracción de la materia, queda realzado y ennoblecido. En razón de sus consecuencias, este no debía ser confiado a las eventualidades

volubles de la inteligencia y del libre albedrío. *Por intermedio de la madre, el propio Dios vela por sus criaturas cuando nacen.*

16. Esta teoría no destruye de modo alguno el papel de los Espíritus protectores, cuyo concurso es un hecho observado y comprobado por la experiencia. No obstante, se debe notar que la acción de esos Espíritus es esencialmente individual; que se modifica según las cualidades propias del protector y del protegido, y que en ningún aspecto presenta la uniformidad ni la generalidad del instinto. Dios mismo, en su sabiduría, conduce a los ciegos, pero confía a inteligencias libres el cuidado de guiar a los que ven, para dejar a cada uno la responsabilidad de sus actos. La misión de los Espíritus protectores es un deber que estos aceptan voluntariamente, y constituye para ellos un medio de adelanto que depende del modo como se desempeñen.

17. Todas esas maneras de considerar el instinto son forzosamente hipotéticas, y ninguna presenta una característica de autenticidad suficiente para que se tome como una solución definitiva. No cabe duda de que la cuestión será resuelta un día, cuando se hayan reunido los elementos de observación que todavía faltan. Hasta entonces, debemos limitarnos a someter las diversas opiniones al tamiz de la razón y la lógica, y esperar a que se haga la luz. La solución que más se aproxime a la verdad será necesariamente la que mejor se corresponda con los atributos de Dios, es decir, con la soberana bondad y la soberana justicia. (Véase el Capítulo II, § 19.)

18. Dado que el instinto es el guía, y que las pasiones son los resortes del alma en el período inicial de su desarrollo, en ocasiones se confunden en cuanto a sus efectos, y sobre todo en el lenguaje humano, que no siempre contribuye lo suficiente para expresar todos los matices. No obstante, entre ambos existen diferencias que es importante considerar.

El instinto es un guía seguro, siempre bueno. Después de cierto tiempo puede volverse inútil, pero nunca perjudicial. Se debilita con el predominio de la inteligencia.

Las pasiones, en las primeras edades del alma, tienen en común con el instinto el hecho de que los seres son incitados por una fuerza igualmente inconsciente. Las pasiones nacen más particularmente de las necesidades del cuerpo, y dependen del organismo más que el instinto. Lo que, por sobre todo, las distingue del instinto, es que son individuales y no producen, como este último, efectos generales y uniformes. Vemos que varían, por el contrario, de intensidad y de naturaleza según los individuos. Son útiles, como estimulantes, hasta la eclosión del sentido moral, que de un ser pasivo hace que nazca un ser de razón. En ese momento, se vuelven no sólo inútiles sino perjudiciales para el adelanto del Espíritu, cuya desmaterialización retardan. Las pasiones se moderan con el desarrollo de la razón.

19. El hombre que sólo obrase constantemente por instinto podría ser muy bueno, pero mantendría adormecida su inteligencia. Sería como el niño que no deja su andador y no sabe valerse de sus miembros. Aquel que no domina sus pasiones podrá ser muy inteligente, pero, al mismo tiempo, muy malo. *El instinto se aniquila por sí mismo; las pasiones sólo se doman mediante el esfuerzo de la voluntad.*

Todos los hombres han pasado por la serie de las pasiones. Los que las han superado, y ya no son por naturaleza orgullosos, ni ambiciosos, ni egoístas, ni envidiosos, ni vengativos, ni crueles, ni irascibles, ni sensuales, y hacen el bien sin esfuerzo, sin premeditación y, por decirlo así, involuntariamente, han progresado en la sucesión de sus existencias anteriores; se han purgado de sus malos humores. Sin razón se dice que tienen menos mérito cuando hacen el bien, en comparación con los que luchan contra sus tendencias. Sucede que ellos han alcanzado la victoria, en tanto que los otros

aún no, pero cuando lo logren serán como ellos: harán el bien sin pensarlo, como los niños que leen de corrido y ya no tienen necesidad de deletrear. Es como si se tratara de dos enfermos, uno de los cuales ya se ha curado y está lleno de fuerza, mientras que el otro sigue convaleciente y se tropieza al andar; o como dos corredores, uno de los cuales se encuentra más cerca de la meta que el otro.

Destrucción mutua de los seres vivos

20. La destrucción recíproca de los seres vivos es una de las leyes de la naturaleza que, a primera vista, no parece concordar demasiado con la bondad de Dios. Uno se pregunta por qué Dios les impuso la necesidad de que se destruyan mutuamente para alimentarse unos a costa de otros.

En efecto, para quien sólo ve la materia, y restringe su visión a la vida presente, aquello parece una imperfección en la obra divina. De ahí, los incrédulos concluyen que Dios no es perfecto y que, por esa razón, Dios no existe. Eso se debe a que juzgan la perfección de Dios desde su punto de vista; miden la sabiduría divina de acuerdo con el propio juicio que se forman de ella, y suponen que Dios no podría hacer las cosas mejor de lo que ellos mismos las harían. Como la limitada visión de que disponen no les permite apreciar el conjunto, no comprenden que un bien real pueda provenir de un mal aparente. Sólo el conocimiento del principio espiritual, considerado en su verdadera esencia, así como el de la gran ley de unidad que constituye la armonía de la Creación, pueden otorgarle al hombre la clave de ese misterio, para mostrarle la sabiduría providencial y la armonía precisamente allí donde sólo ve una anomalía y una contradicción. Sucede con esta verdad lo mismo que con tantas otras: el hombre solamente está apto para

sondear ciertas profundidades cuando su Espíritu ha alcanzado un grado suficiente de madurez.

21. La verdadera vida, tanto del animal como del hombre, no reside en la envoltura corporal, del mismo modo que no está en la vestimenta. Reside en el principio inteligente que preexiste y sobrevive al cuerpo. Ese principio necesita del cuerpo para desarrollarse a través del trabajo que le corresponde realizar sobre la materia bruta. El cuerpo se consume en ese trabajo, pero el Espíritu no se gasta; por el contrario, sale del cuerpo cada vez más fuerte, más lúcido y con mayor aptitud. ¡Qué importa, entonces, que el Espíritu cambie más o menos frecuentemente de envoltura! No por eso deja de ser Espíritu. Es exactamente como si un hombre cambiase de ropa cien veces en el año: no por eso dejaría de ser hombre.

Mediante el espectáculo incesante de la destrucción, Dios enseña a los hombres el poco caso que deben hacer de la envoltura material, y suscita en ellos la idea de la vida espiritual, haciendo que la deseen como una compensación.

Se alegará: ¿no podía Dios llegar al mismo resultado por otros medios, sin obligar a los seres vivos a que se destruyan mutuamente? ¡Muy intrépido sería quien pretendiera comprender los designios de Dios! Si en su obra todo es sabiduría, debemos suponer que esa sabiduría no existirá más en un punto que en otro; si no lo comprendemos así, debemos atribuirlo a nuestro escaso adelanto. Sin embargo, podemos intentar la investigación de la causa por la cual nos parece defectuoso, tomando como orientador este principio: *Dios debe ser infinitamente justo y sabio.* Por lo tanto, busquemos en todo su justicia y su sabiduría, e inclinémonos ante aquello que supere nuestro entendimiento.

22. Una primera utilidad que se presenta de esa destrucción, utilidad puramente física, por cierto, es la siguiente: los cuerpos orgánicos sólo se conservan con el auxilio de las materias orgánicas, pues sólo ellas contienen los elementos nutritivos necesarios para

su transformación. Como los cuerpos, instrumentos de acción del principio inteligente, necesitan ser renovados constantemente, la Providencia hace que sirvan para su mutuo mantenimiento. Es por eso que los seres se nutren unos de otros. Pero entonces, es el cuerpo el que se alimenta del cuerpo, sin que el Espíritu se aniquile o altere. Sólo queda despojado de su envoltura.

23. Existen también consideraciones morales de un orden más elevado.

La lucha es necesaria para el desarrollo del Espíritu. En la lucha ejercita sus facultades. El que ataca en busca del alimento, y el que se defiende para conservar la vida, emplean la astucia y la inteligencia, incrementando de ese modo sus fuerzas intelectuales. Uno de los dos sucumbe; pero ¿qué fue lo que, en realidad, el más fuerte o el más hábil le quitó al más débil? La vestimenta de carne, nada más. El Espíritu, que no ha muerto, tomará otro cuerpo más adelante.

24. En los seres inferiores de la Creación, en aquellos a los que les falta el sentido moral, en los cuales la inteligencia todavía no ha sustituido al instinto, la lucha no puede tener por objetivo más que la satisfacción de una necesidad material. Ahora bien, una de las necesidades materiales más imperiosa es la de la alimentación. Ellos, pues, luchan únicamente para vivir, es decir, para obtener o defender una presa, ya que no podría impulsarlos un motivo más elevado. En ese primer período, el alma se elabora y se prepara para la vida. Cuando el alma alcanza el grado de madurez necesario para su transformación, recibe de Dios nuevas facultades: el libre albedrío y el sentido moral -la chispa divina, en una palabra-, que imprimen un nuevo curso a sus ideas, y la dotan de nuevas aptitudes y nuevas percepciones.

Con todo, las nuevas facultades morales de que el alma está dotada, solo se desarrollan gradualmente, porque nada es brusco en la naturaleza. Hay un período de transición en el que el hombre

apenas se diferencia de los irracionales. En las primeras edades domina el instinto animal, y el motivo de la lucha sigue siendo la satisfacción de las necesidades materiales. Más tarde, el instinto animal y el sentimiento moral se equilibran. Entonces, el hombre lucha, ya no para alimentarse, sino para satisfacer su ambición, su orgullo y la necesidad de dominar. Para eso, todavía necesita destruir. Sin embargo, a medida que el sentido moral obtiene preponderancia, se desarrolla la sensibilidad, y la necesidad de destrucción disminuye hasta que acaba por desaparecer, porque se vuelve detestable: el hombre tiene horror a la sangre.

Con todo, la lucha siempre es necesaria para el desarrollo del Espíritu, pues incluso una vez que ha llegado a ese punto que nos parece culminante, todavía está lejos de ser perfecto. Sólo a costa de su actividad conquista conocimientos, experiencia, y se despoja de los últimos vestigios de la animalidad. No obstante, en esas circunstancias, la lucha, que antes era sangrienta y brutal, se vuelve puramente intelectual. El hombre lucha contra las dificultades, ya no contra sus semejantes[11].

11. Esta cuestión se vincula con la de las relaciones entre la animalidad y la humanidad, que no es menos importante, y acerca de la cual trataremos más adelante. Apenas quisimos demostrar, mediante esta explicación, que la destrucción mutua de los seres vivos en nada invalida la sabiduría divina, y que todo se encadena en las leyes de la naturaleza. Esa concatenación se quiebra necesariamente si se prescinde del principio espiritual. Muchas cuestiones permanecen insolubles porque se toma en cuenta solamente la materia. (N. de Allan Kardec.)

Capítulo iv

El rol de la ciencia en la génesis

1. La historia del origen de casi todos los pueblos antiguos se confunde con la de la religión que profesaban, razón por la cual sus primeros libros han sido de carácter religioso. Y como todas las religiones están ligadas al principio de las cosas, que también es el de la humanidad, ellas dieron, sobre la formación y el ordenamiento del universo, explicaciones acordes con el estado de los conocimientos de la época y de sus fundadores. De ahí resultó que los primeros libros sagrados han sido al mismo tiempo los primeros libros de ciencia, así como fueron, durante un extenso período, el único código de las leyes civiles.

2. La religión era entonces un freno poderoso para gobernar. Los pueblos se sometían de buen grado a los poderes invisibles, en nombre de los cuales se los subyugaba, y de los cuales los gobernantes se decían mandatarios, en caso de que no se hicieran pasar por iguales a esos mismos poderes.

Para dar más fuerza a la religión era necesario presentarla como absoluta, infalible e inmutable, sin lo cual hubiera perdido su ascendiente sobre seres casi brutos, en quienes apenas nacía la razón. No había que discutirla, como tampoco las órdenes del soberano; de ahí el principio de la fe ciega y de la obediencia pasiva, que así tuvieron, al principio, su razón de ser y su utilidad. Además, la veneración de los libros sagrados, casi siempre virtualmente descendidos del cielo o inspirados por la divinidad, imposibilitaba todo examen de los mismos.

3. En los tiempos primitivos, los medios de observación eran necesariamente muy imperfectos, de modo que las primeras teorías acerca del sistema del mundo debían estar plagadas de errores groseros. Sin embargo, aunque esos medios hubieran sido tan completos como lo son hoy, los hombres no habrían sabido emplearlos. Por otra parte, tales medios no podían ser más que el fruto del desarrollo de la inteligencia y del consiguiente conocimiento de las leyes de la naturaleza. A medida que el hombre adelantó en el conocimiento de esas leyes, fue penetrando los misterios de la Creación y rectificó las ideas que se había formado acerca del origen de las cosas.

4. Así como para comprender y definir el movimiento correlativo de las agujas de un reloj es preciso conocer las leyes que presiden su mecanismo, apreciar la naturaleza de los materiales y calcular la potencia de las fuerzas activas, para comprender el mecanismo del universo es preciso conocer las leyes que rigen todas las fuerzas puestas en acción en ese vasto conjunto.

El hombre se mostró impotente para resolver el problema de la Creación hasta el momento en que la ciencia le ofreció la clave para hacerlo. Fue preciso que la astronomía le abriese las puertas del espacio infinito y le permitiese sumergir en él su mirada; que mediante el poder del cálculo pudiese determinar con rigurosa precisión el movimiento, la posición, el volumen, la naturaleza y el rol de los cuerpos celestes; que la física le revelase las leyes de la gravitación, del calor, de la luz y de la electricidad, así como el poder de esos agentes sobre la naturaleza entera, y la causa de los innumerables fenómenos que de ellos resultan; que la química le enseñase las transformaciones de la materia, y la mineralogía las materias que forman la corteza del planeta; que la geología le enseñase a leer en las capas terrestres la formación gradual de ese mismo globo. La botánica, la zoología, la paleontología y la antropología habrían de iniciarlo en la filiación y en la sucesión de los

seres organizados. Con la arqueología, el hombre pudo seguir las huellas de la humanidad a través de las épocas. En suma, todas las ciencias, complementándose unas a otras, debían hacer un aporte indispensable para el conocimiento de la historia del mundo. A falta de esas contribuciones, el hombre sólo tenía como guía sus primeras hipótesis.

Por eso, antes de que el hombre dominara aquellos elementos de apreciación, todos los investigadores de la génesis, cuya razón se topaba con imposibilidades materiales, giraban dentro de un mismo círculo, sin que pudieran salir de él. Sólo lo lograron cuando la ciencia abrió camino haciendo una brecha en el vetusto edificio de las creencias. Entonces todo cambió de aspecto. Una vez que se encontró el hilo conductor, pronto se superaron las dificultades. En lugar de una génesis imaginaria, surgió una génesis positiva y, de cierto modo, experimental. El campo del universo se amplió hasta lo infinito. Se descubrió que la Tierra y los astros se formaron gradualmente, conforme a leyes eternas e inmutables, leyes que dan, acerca de la grandeza y la sabiduría de Dios, un testimonio muy superior al de una creación milagrosa, extraída repentinamente de la nada, como un cambio escénico, por efecto de una idea súbita que se le presentó a la Divinidad después de permanecer una eternidad en la inacción.

Puesto que es imposible que se conciba la génesis sin los datos proporcionados por la ciencia, se puede decir con absoluta verdad que *la ciencia está llamada a componer la verdadera génesis, según las leyes de la naturaleza.*

5. En el punto al que llegó en el siglo diecinueve, ¿consiguió la ciencia resolver todas las dificultades del problema de la génesis?

No, por cierto; pero es indiscutible que demolió definitivamente todos los errores capitales, y asentó sus fundamentos más esenciales sobre datos irrecusables. Los puntos todavía dudosos sólo son, para hablar con propiedad, cuestiones de detalles, cuya

solución, sea cual fuere en el futuro, no podrá disminuir el valor del conjunto. Además, a pesar de los recursos que la ciencia ha tenido a su disposición, hasta ahora le faltó un elemento importante, sin el cual jamás podría completarse la obra.

6. De todas las génesis antiguas, la que más se aproxima a los datos de la ciencia moderna, a pesar de los errores que contiene, demostrados hoy de modo evidente, es indiscutiblemente la de Moisés. Algunos de esos errores son incluso más aparentes que reales, y provienen, ya sea de la falsa interpretación atribuida a ciertas palabras, cuyo primitivo significado se perdió al pasarlo de una lengua a otra en la traducción, o cuya acepción cambió junto con las costumbres de los pueblos, o bien de la forma alegórica propia del estilo oriental, que fue tomada al pie de la letra en vez de que se le buscara el sentido.

7. La Biblia, evidentemente, narra hechos que la razón, desarrollada por la ciencia, hoy no podría admitir, así como también otros que parecen extraños y a los que rechazamos, porque aluden a costumbres que ya no son las nuestras. Sin embargo, a la par de eso, habría parcialidad si no se reconociera que contiene cosas grandes y hermosas. La alegoría ocupa en ella un espacio considerable, y oculta bajo su velo sublimes verdades, que son descubiertas cuando se penetra hasta la esencia del pensamiento, pues en ese caso el absurdo se desvanece.

¿Por qué, entonces, no se le quitó antes ese velo? De un lado, por la falta de los conocimientos que sólo la ciencia y una filosofía sana podían proporcionar, y por otro lado, por el principio de la inmutabilidad absoluta de la fe, consecuencia de un respeto demasiado ciego a la letra, ante el cual la razón debía inclinarse, así como por el temor a comprometer el andamiaje de las creencias, erigido sobre el sentido literal. Como esas creencias partían de un punto primitivo, se temió que si se quebraba el primer eslabón de la cadena, todas las mallas de la red acabarían por disgregarse.

Por ese motivo se cerraron los ojos obstinadamente. Pero cerrar los ojos ante el peligro no es lo mismo que evitarlo. Cuando una construcción corre riesgo, ¿no ordena la prudencia que se sustituyan de inmediato las piedras inservibles por piedras buenas, en vez de esperar, por el respeto que infunde la antigüedad del edificio, que el mal se vuelva irremediable y que sea necesario reconstruirlo totalmente?

8. Al llevar sus investigaciones hasta las entrañas de la Tierra y las profundidades de los cielos, la ciencia demostró de manera irrefutable los errores de la génesis mosaica tomada al pie de la letra, así como la imposibilidad material de que los acontecimientos hayan sucedido tal como se relatan textualmente en el *Génesis*. Al proceder de ese modo, la ciencia asestó un profundo golpe a las creencias seculares. La fe ortodoxa se intranquilizó, porque creyó que le quitaban la piedra fundamental. No obstante, ¿quién tenía de su lado a la razón? ¿Acaso la tenía la ciencia, que avanzaba con prudencia y progresivamente sobre el sólido terreno de los guarismos y la observación, sin afirmar nada antes de tener las pruebas en la mano; o un relato escrito en una época en la que no existían en absoluto los medios de observación? Al fin de cuentas, ¿quién debe vencer: el que sostiene que dos más dos son cinco y rechaza una verificación, o el que afirma que dos más dos son cuatro y prueba lo que dice?

9. Se objetará, en ese caso, que si la Biblia es una revelación divina, entonces Dios se equivocó. Y si no es una revelación divina, entonces deja de tener autoridad, de modo que la religión se derrumba por falta de base.

Una de dos: la ciencia está en un error, o tiene razón. Si tiene razón, no puede hacer que sea verdadera una opinión que es contraria a lo que ha demostrado. No hay revelación que pueda prevalecer sobre la autoridad de los hechos.

No cabe duda de que Dios, que es todo verdad, no puede inducir a los hombres a error, ni a sabiendas ni sin saberlo, pues de lo contrario no sería Dios. Por lo tanto, si los hechos contradicen las palabras que se le atribuyen, es preciso concluir por lógica que Él no las pronunció, o que esas palabras han sido interpretadas en un sentido opuesto al que les corresponde.

Si con esas contradicciones la religión sufre algún daño, la culpa no es de la ciencia, que no puede hacer que lo que es deje de serlo, sino de los hombres, por haber establecido prematuramente dogmas absolutos, de los cuales hicieron una cuestión de vida o muerte, a partir hipótesis susceptibles de que fueran desmentidas por la experiencia.

Hay cosas a cuyo sacrificio debemos resignarnos, lo queramos o no, cuando no es posible evitarlo. Cuando el mundo avanza, sin que la voluntad de unos pocos pueda detenerlo, lo más sensato es que lo acompañemos y nos adaptemos al nuevo estado de cosas, en vez de aferrarnos al pasado y correr el riesgo de que nos arrastre en su caída.

10. Por respeto a los textos que se consideran sagrados, ¿se debería obligar a la ciencia a que guarde silencio? Sería algo tan imposible como pretender que la Tierra deje de girar. Las religiones, sean cuales fueren, nunca ganaron nada defendiendo errores evidentes. La ciencia tiene por misión descubrir las leyes de la naturaleza. Ahora bien, como esas leyes son obra de Dios, no pueden ser contrarias a las religiones que se basan en la verdad. La ciencia cumple su misión forzosamente y como consecuencia natural del desarrollo de la inteligencia humana, que también es obra divina, y no avanza más que con el permiso de Dios, en virtud de las leyes progresivas que Él ha establecido. Así pues, imponer el anatema al progreso, porque atenta contra la religión, equivale a ir contra la voluntad de Dios. Más aún, es un esfuerzo inútil, porque ni siquiera todos los anatemas del mundo podrían impedir que la

ciencia avance y que la verdad se abra camino. *Si la religión se niega a avanzar junto con la ciencia, esta avanzará a solas.*

11. Solamente las religiones estancadas pueden temer a los descubrimientos de la ciencia. Esos descubrimientos sólo son funestos para aquellas que consienten en distanciarse de las ideas progresivas y se inmovilizan en el absolutismo de sus creencias. Por lo general, se forman de la Divinidad una idea tan mezquina, que no comprenden que asimilar las leyes de la naturaleza reveladas por la ciencia es glorificar a Dios en sus obras. En su ceguera, prefieren rendir homenaje al Espíritu del mal. *Una religión que no estuviese, acerca de ningún punto, en contradicción con las leyes de la naturaleza, no tendría nada que temer al progreso, y sería invulnerable.*

12. La génesis comprende dos partes: la historia de la formación del mundo material, y la de la humanidad considerada en su doble principio, corporal y espiritual. La ciencia se ha limitado a la investigación de las leyes que rigen la materia. En el hombre, incluso, sólo ha estudiado la envoltura carnal. En ese aspecto, llegó a comprender, con precisión irrefutable, las partes fundamentales del mecanismo del universo y del organismo humano. Así, sobre ese punto principal, está en condiciones de completar la génesis de Moisés y rectificar sus partes defectuosas.

Pero la historia del hombre, considerado como ser espiritual, se relaciona con un orden especial de ideas que no es del dominio de la ciencia propiamente dicha, y del cual, por ese motivo, no constituye un objeto de sus investigaciones. La filosofía, a cuyas atribuciones pertenece más particularmente ese género de estudios, apenas ha formulado sobre el punto en cuestión sistemas contradictorios, que van desde la más pura espiritualidad hasta la negación del principio espiritual e incluso de Dios, sin otras bases aparte de las ideas personales de sus autores. Así pues, ha dejado sin solución el asunto, por falta de un examen suficiente.

13. Esta cuestión, sin embargo, es para el hombre la más importante, porque incluye el problema de su pasado y de su porvenir, mientras que la relativa al mundo material sólo lo afecta indirectamente. Lo que le importa saber, ante todo, es de dónde viene y hacia dónde va, así como si ya ha vivido, si volverá a vivir, y cuál es el destino que le está reservado.

Sobre todas estas cuestiones la ciencia permanece muda. La filosofía apenas emite opiniones que concluyen en un sentido diametralmente opuesto, pero que al menos admite su discusión, lo que hace que muchas personas se ubiquen de su lado antes que seguir junto a la religión, que no discute.

14. Todas las religiones coinciden en cuanto al principio de la existencia del alma, aunque no lo demuestren. Pero no concuerdan en lo que respecta al origen del alma, ni a su pasado y su porvenir, ni principalmente, y eso es lo esencial, a las condiciones de las que depende su destino futuro. En su mayoría, en relación con el futuro del alma, presentan un cuadro que imponen a la creencia de sus adeptos, que sólo con la fe ciega se puede aceptar, pero que no ofrece condiciones para soportar un examen serio. Como el destino que las religiones enuncian para el alma está ligado, en sus dogmas, a las ideas que se formaban en los tiempos primitivos sobre el mundo material y el mecanismo del universo, ese destino no es compatible con el estado actual de los conocimientos. Por consiguiente, como forzosamente perderían al aceptar el examen y la discusión, las religiones encuentran más sencillo proscribir a los dos.

15. Esas divergencias en lo atinente al porvenir del hombre generan la duda y la incredulidad. No podía ser de otro modo. Dado que cada religión pretende ser la única dueña de la verdad, y que se contradicen unas a otras, sin ofrecer pruebas suficientes de sus aserciones como para reunir a la mayoría, el hombre, ante la indecisión, se ha replegado en el presente. Con todo, la incredulidad da lugar a un penoso vacío. El hombre encara con ansiedad

lo desconocido, donde tarde o temprano fatalmente tendrá que ingresar. La idea de la nada lo paraliza. Su conciencia le dice que más allá del presente hay algo que le está reservado. Pero ¿qué será? Su razón, desarrollada, ya no le permite seguir admitiendo las narraciones con que lo arrullaron en la infancia, ni tomar la alegoría por la realidad. ¿Cuál es el sentido de esa alegoría? La ciencia rasgó una punta del velo, pero no ha revelado lo que al hombre más le interesa saber. Él pregunta en vano, pero ella nada le responde de un modo decisivo que pueda calmar sus temores. Por todas partes se topa con una afirmación que se opone a una negación, sin que ni de un lado ni del otro se presenten pruebas positivas. De ahí la incertidumbre, y *la incertidumbre acerca de las cosas de la vida futura hace que el hombre se arroje, poseído por una especie de frenesí, sobre las cosas de la vida material.*

Ese es el inevitable efecto de las épocas de transición: se derrumba el edificio del pasado, sin que todavía esté construido el del porvenir. El hombre se asemeja al adolescente que ya no tiene la creencia ingenua de sus primeros años, pero tampoco posee los conocimientos de la edad madura. Apenas siente vagas aspiraciones que no sabe definir.

16. Si la cuestión del hombre espiritual ha permanecido hasta ahora en estado de teoría, se debe a que faltaban los medios de observación directa, que sí estaban disponibles para comprobar el estado del mundo material, de modo que el campo permaneció abierto a las especulaciones del espíritu humano. Mientras el hombre no conoció las leyes que rigen la materia ni pudo aplicar el método experimental, pasó de sistema en sistema en lo relativo al mecanismo del universo y a la formación de la Tierra. Lo que ocurrió en el orden físico ocurrió también en el orden moral. Para fijar las ideas faltó el elemento esencial: el conocimiento de las leyes que rigen el principio espiritual. Ese conocimiento estaba reservado a nuestra época, como el de las leyes de la materia fue obra de los dos últimos siglos.

17. Hasta el presente, el estudio del principio espiritual, comprendido dentro de la metafísica, fue puramente especulativo y teórico. En el espiritismo es absolutamente experimental. Con la ayuda de la facultad mediúmnica, actualmente más desarrollada y, sobre todo, generalizada y mejor estudiada, el hombre se encontró en posesión de un nuevo instrumento de observación. La mediumnidad ha sido para el mundo espiritual lo que el telescopio representó para el mundo astral o el microscopio para el de los seres infinitamente pequeños. Ha permitido que se explorasen, que se estudiasen, por así decirlo, *de visu*[12], las relaciones de aquel mundo con el mundo corporal; que en el hombre vivo se diferenciase el ser inteligente del ser material, y que se los observara actuando separadamente. Una vez establecidas las relaciones con los habitantes del mundo espiritual, ha sido posible seguir al alma en su trayectoria ascendente, en sus migraciones, en sus transformaciones. En síntesis, se pudo estudiar el elemento espiritual. Eso era lo que les faltaba a los anteriores investigadores de la génesis para que comprendieran y rectificaran sus errores.

18. Dado que se hallan en incesante contacto, el mundo espiritual y el mundo material son solidarios entre sí, y ambos tienen su parte activa en la génesis. Sin el conocimiento de las leyes que rigen al primero, sería imposible elaborar una génesis completa, así como un escultor está impedido de dar vida a una estatua. Sólo ahora, aunque ni la ciencia material ni la ciencia espiritual hayan pronunciado la última palabra, el hombre posee los dos elementos adecuados para arrojar luz sobre este inconmensurable problema. Le resultaban absolutamente necesarias esas dos claves para llegar a una solución, al menos aproximada. En cuanto a la solución definitiva, quizás nunca sea dado al hombre encontrarla en la Tierra, porque hay cosas que son secretos de Dios.

12. Locución latina que significa "por haberse visto". (N. del T.)

Capítulo v

Antiguos y modernos sistemas del mundo

1. La primera noción que los hombres se formaron de la Tierra, del movimiento de los astros y de la constitución del universo debió basarse, en su origen, exclusivamente en el testimonio de los sentidos. Puesto que ignoraban las leyes más elementales de la física y de las fuerzas de la naturaleza, y al no disponer más que de una visión limitada como medio de observación, sólo podían juzgar por las apariencias.

Al observar la salida del Sol por la mañana, de un lado del horizonte, y la puesta por la tarde, del lado contrario, concluyeron naturalmente que este giraba alrededor de la Tierra, mientras esta permanecía inmóvil. Si en ese entonces alguien les hubiera dicho que sucede exactamente lo contrario, habrían respondido que eso era imposible, afirmando: "vemos que el Sol cambia de lugar, y no sentimos que la Tierra se mueva".

2. La breve extensión de los viajes, que en aquella época raramente superaba los límites de la tribu o del valle en que vivían, no hacía posible que se comprobase la esfericidad de la Tierra. ¿Cómo, además, habrían de suponer que la Tierra fuese una esfera? En ese caso, los hombres sólo podrían mantenerse en los puntos más elevados, y en el supuesto de que estuviese habitada en toda su superficie, ¿cómo podrían vivir en el hemisferio opuesto, con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba? El hecho les parecía menos viable aún con un movimiento de rotación. Cuando,

incluso en estos días, en que se conoce la ley de gravitación, vemos personas relativamente ilustradas que no comprenden ese fenómeno, ¿cómo hemos de sorprendernos de que los hombres de las primeras edades no lo hayan siquiera sospechado?

Por consiguiente, la Tierra era para ellos una superficie plana y circular, como la piedra de un molino, que se extendía en dirección horizontal hasta donde llegaba la vista. De ahí la expresión que todavía está en uso: ir al fin del mundo. Se ignoraban sus límites, su grosor, su composición interna, su cara inferior, y todo lo que había debajo de ella.[13]

3. Dado que se mostraba con forma cóncava, el cielo, según la creencia vulgar, era considerado como una verdadera bóveda, cuyos bordes inferiores descansaban sobre la Tierra y determinaban sus confines; una inmensa cúpula cuya capacidad estaba por completo ocupada por aire. Sin ninguna noción del espacio infinito, incapaces incluso de concebirlo, los hombres imaginaban que esa bóveda estaba constituida de una materia sólida; de ahí la

13. "La mitología hindú enseñaba que, al atardecer, el astro del día se despojaba de su luz, y atravesaba el cielo durante la noche con una cara a oscuras. Para la mitología griega representaba al carro de Apolo tirado por cuatro caballos. Anaximandro de Mileto sostenía, según Plutarco, que el Sol era un carro lleno de fuego muy vivo, que se escapaba por una abertura circular. Epicuro, según algunos, habría emitido la opinión de que el Sol se encendía por la mañana y se apagaba por la noche en las aguas del Océano; otros pensaban que él consideraba que ese astro era una piedra pómez calentada hasta la incandescencia. Anaxágoras lo tomaba por un hierro candente del tamaño del Peloponeso. ¡Cosa singular! Los antiguos estaban tan decididamente inducidos a considerar real la magnitud aparente del astro, que persiguieron a ese filósofo temerario por haber atribuido aquel volumen a la antorcha del día, y fue necesaria toda la autoridad de Pericles para salvarlo de una condena a muerte, y para que esa pena fuese conmutada por una sentencia de exilio." (Flammarion, *Estudios y lecturas sobre la astronomía*, p. 6). Ante esas ideas, emitidas en el siglo quinto antes de Cristo, la época de mayor esplendor de Grecia, no deben causar sorpresa las ideas que los hombres de las primeras edades se habían formado sobre el sistema del mundo. (N. de Allan Kardec.)

denominación de *firmamento* que se le dio, que ha sobrevivido a la creencia, y que significa: *firme*, *resistente* (del latín *firmamentum*, derivado de *firmus*, y del griego *herma*, *hermatos*, firme, sostén, soporte, punto de apoyo).

4. Las estrellas, cuya naturaleza no sospechaban, eran simples puntos luminosos, de mayor o menor volumen, fijas en la bóveda como lámparas suspendidas, dispuestas sobre una única superficie y, por consiguiente, todas a la misma distancia de la Tierra, así como las que se ven en el interior de ciertas cúpulas, pintadas de azul, en las que se imita la bóveda celeste.

Si bien hoy las ideas son otras, se conserva el uso de las expresiones antiguas. Se dice aún, por comparación: *la bóveda estrellada*, *bajo la cúpula del cielo*.

5. La formación de las nubes por efecto de la evaporación de las aguas de la Tierra tampoco se conocía. Nadie podía imaginar que la lluvia, que cae del cielo, tuviese su origen en la Tierra, dado que nadie la veía ascender. De ahí la creencia en que existían *aguas superiores* y *aguas inferiores*, fuentes celestes y fuentes terrestres, depósitos ubicados en regiones altas, pues esa suposición concordaba perfectamente con la idea de una bóveda sólida, capaz de sostenerlos. Las aguas superiores se escapaban por las grietas de la bóveda, caían en forma de lluvia, y conforme las grietas fuesen de mayor o menor amplitud, la lluvia era escasa, torrencial o con características de diluvio.

6. La ignorancia total del conjunto del universo y de las leyes que lo rigen, de la naturaleza, la constitución y el destino de los astros, que por otra parte parecían tan pequeños en comparación con la Tierra, llevó inevitablemente a que esta fuese considerada como el elemento principal, el objetivo único de la Creación, y a los astros como accesorios creados sólo en honor de sus habitantes. Ese prejuicio se perpetuó hasta nuestros días, a pesar de los descubrimientos de la ciencia, que modificaron para el hombre el

aspecto del mundo. ¡Cuántas personas creen aún que las estrellas son adornos del cielo, destinados a recrear la vista de los habitantes de la Tierra!

7. El hombre no tardó en percibir el movimiento aparente de las estrellas, que se trasladan en masa de oriente a occidente, que surgen al anochecer y se ocultan por la mañana, conservando sus respectivas posiciones. Con todo, esa observación no tuvo, durante largo tiempo, otra consecuencia que no fuese la de confirmar la idea de una bóveda sólida, que arrastraba con ella a las estrellas en su movimiento de rotación.

Esas ingenuas ideas primitivas han constituido, durante largos períodos seculares, el fondo de las creencias religiosas, y sirvieron de base a todas las cosmogonías antiguas.

8. Más tarde, por la dirección del movimiento de las estrellas y a causa de su regreso periódico en el mismo orden, se comprendió que la bóveda celeste no podía ser simplemente una semiesfera colocada sobre la Tierra, sino una esfera completa, hueca, en cuyo centro se encontraba la Tierra, siempre chata, o a lo sumo convexa, habitada sólo en la superficie superior. Eso ya era un progreso.

Pero ¿en qué se apoyaba la Tierra? Sería inútil enunciar todas las suposiciones ridículas, generadas por la imaginación, desde aquella de los hindúes, que la consideraban sostenida por cuatro elefantes blancos, apoyados sobre las alas de un inmenso buitre. Los más sabios confesaban que nada sabían al respecto.

9. No obstante, una opinión ampliamente difundida entre las teogonías paganas ubicaba en los *lugares bajos*, o dicho de otro modo, en las profundidades de la Tierra, o debajo de esta, no se sabe muy bien, la morada de los réprobos, llamada *infiernos*, es decir, *lugares inferiores*, y en los *lugares altos*, más allá de la región de las estrellas, la morada de los bienaventurados. La palabra *infierno* se ha conservado hasta nuestros días, si bien ha perdido su significado

etimológico desde que la geología sacó de las entrañas de la Tierra el lugar de los suplicios eternos, y la astronomía demostró que no hay arriba ni abajo en el espacio infinito.

10. Bajo el cielo puro de Caldea, de la India y de Egipto, cunas de las más antiguas civilizaciones, el movimiento de los astros se observó con tanta precisión como lo permitía la carencia de instrumentos especiales. Se notó en principio que ciertas estrellas tenían un movimiento propio, independiente de la masa, lo que alejó la suposición de que estaban inmóviles en la bóveda celeste. Se las denominó *estrellas errantes* o *planetas*, para distinguirlas de las estrellas fijas. Se calcularon sus movimientos y los retornos periódicos.

En el movimiento diario de la esfera estrellada se notó la inmovilidad de la Estrella Polar, alrededor de la cual las otras describían, en veinticuatro horas, círculos oblicuos paralelos, unos mayores, otros menores, según a qué distancia se encontraban de la estrella central. Ese fue el primer paso hacia el conocimiento de la oblicuidad del eje del mundo. Viajes más extensos permitieron que se observara la diferencia de los aspectos del cielo, según las latitudes y las estaciones. El hecho de que la elevación de la Estrella Polar por encima del horizonte variara según la latitud, abrió camino para la comprensión de la redondez de la Tierra. Así, poco a poco, se tuvo una idea más exacta del sistema del mundo.

Hacia el año 600 a. C., Tales de Mileto (Asia Menor), descubrió la esfericidad de la Tierra, la oblicuidad de la eclíptica y la causa de los eclipses.

Un siglo después, Pitágoras de Samos descubre el movimiento diurno de la Tierra sobre su propio eje, su movimiento anual alrededor del Sol, e incorpora los planetas y los cometas al sistema solar.

Hiparco de Alejandría (Egipto), 160 a. C., inventa el astrolabio, calcula y predice los eclipses, observa las manchas del Sol, determina el año trópico y la duración de las revoluciones de la Luna.

Sin embargo, por más valiosos que fuesen estos descubrimientos para el progreso de la ciencia, debieron transcurrir cerca de dos mil años para que se popularizaran. Como no se disponía por entonces más que de algunos raros manuscritos para que se propagasen, las nuevas ideas permanecían como patrimonio de unos pocos filósofos, que las enseñaban a sus discípulos privilegiados. Las masas, a las que nadie se proponía ilustrar, no extraían ningún provecho de ellas y continuaban nutriéndose de las antiguas creencias.

11. Hacia el año 140 de la Era Cristiana, Ptolomeo, uno de los hombres más ilustres de la Escuela de Alejandría, mediante la combinación de sus propias ideas con las creencias vulgares y con algunos de los más recientes descubrimientos astronómicos, compuso un sistema que se puede calificar de mixto, que lleva su nombre y que, durante aproximadamente quince siglos, fue el único adoptado por el mundo civilizado.

Según el sistema de Ptolomeo, la Tierra es una esfera ubicada en el centro del universo y compuesta por cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego. Esa era la primera región, llamada *elemental*. La segunda región, llamada *etérea*, comprendía once cielos o esferas concéntricas que giraban alrededor de la Tierra, a saber: el cielo de la Luna, los de Mercurio, de Venus, del Sol, de Marte, de Júpiter, de Saturno, de las estrellas fijas, del primer cristalino, esfera sólida transparente; del segundo cristalino y, finalmente, del primer móvil, que imprimía movimiento a todos los cielos inferiores y les hacía dar una vuelta cada veinticuatro horas. Más allá de los once cielos estaba el *Empíreo*, mansión de los bienaventurados, denominación extraída del griego *pyr* o *pur*,

que significa *fuego*, porque se creía que esa región resplandecía de luz, como el fuego.

La creencia en muchos cielos superpuestos prevaleció durante mucho tiempo, aunque su número variase. El séptimo era generalmente considerado como el más elevado, y de ahí la expresión: ser arrebatado al séptimo cielo. San Pablo manifestó que había sido elevado al tercer cielo.

Independientemente del movimiento común, los astros, según Ptolomeo, tenían movimientos propios particulares, más o menos considerables, de acuerdo con la distancia a que se encontraban del centro. Las estrellas fijas completaban una revolución cada 25.816 años, evaluación esta que nos indica el conocimiento de la precesión de los equinoccios, que efectivamente se cumple en alrededor de 25.000 años.

12. A comienzos del siglo XVI, Copérnico, célebre astrónomo nacido en Thorn (Prusia) en 1472, y muerto en 1543, retomó las ideas de Pitágoras y publicó un sistema que, confirmado a diario por las nuevas observaciones, tuvo una favorable acogida y no tardó en suplantar al de Ptolomeo. Según el sistema de Copérnico, el Sol está en el centro, y alrededor suyo los planetas describen órbitas circulares, mientras que la Luna es un satélite de la Tierra.

Un siglo más tarde, en 1609, Galileo, natural de Florencia, inventa el telescopio; en 1610 descubre los cuatro satélites de Júpiter y calcula sus revoluciones; reconoce que los planetas no tienen luz propia como las estrellas, sino que están iluminados por el Sol, y que son esferas semejantes a la Tierra; observa sus fases y determina el tiempo que duran las rotaciones alrededor de sus ejes. De ese modo, mediante pruebas materiales, ofrece una sanción definitiva al sistema de Copérnico.

Desde entonces se desplomó el andamiaje de los cielos superpuesto; se reconoció que los planetas son mundos semejantes a la

Tierra y, sin duda, también habitados; que el Sol es una estrella, centro de un torbellino de planetas sujetos a él; y que las estrellas son innumerables soles, probables centros de otros tantos sistemas planetarios.

Las estrellas dejaron de estar confinadas en una zona de la esfera celeste, para hallarse irregularmente diseminadas en el espacio ilimitado; las que parecieran tocarse se encuentran a distancias inconmensurables unas de otras; las aparentemente menores son las más alejadas de nosotros, y las mayores son las que están más próximas, pese a que se hallan a cientos de miles de millones de leguas.

Los grupos que recibieron el nombre de *constelaciones* no son más que conjuntos aparentes, producto de la distancia, efectos de perspectiva, como los que forman las luces diseminadas en una vasta planicie, o los árboles de un bosque, a los ojos de quien los observa ubicado en un punto fijo. En realidad, esos conjuntos no existen. Si pudiéramos trasladarnos a la región de alguna de esas constelaciones, a medida que nos aproximáramos, su forma desaparecería y nuevos grupos se formarían ante nuestra vista.

Ahora bien, puesto que esos grupos sólo existen en apariencia, la significación que les atribuye una creencia vulgar supersticiosa es ilusoria, y su influencia sólo puede existir en nuestra imaginación.

Para distinguir las constelaciones, se les asignaron nombres como los siguientes: *Leo, Tauro, Géminis, Virgo, Libra, Capricornio, Cáncer, Orión, Hércules, Osa Mayor* o *Carro de David, Osa Menor, Lira,* etc., y se las representó con las formas que esos nombres sugieren, fantasiosas en su mayor parte, y que en ningún caso guardan relación alguna con la forma aparente de esos grupos de estrellas. Entonces, sería inútil buscar esas formas en el cielo.

La creencia en la influencia de las constelaciones, sobre todo de las que constituyen los doce signos del zodíaco, provino de la

idea vinculada a sus nombres. Si a la constelación denominada *león* le hubiesen dado el nombre de *asno* o de *oveja*, por cierto le habrían atribuido otra influencia.

13. A partir de Copérnico y Galileo las antiguas cosmogonías desaparecieron definitivamente. La astronomía sólo podía avanzar, nunca retroceder. La historia nos relata las luchas que debieron mantener esos hombres de genio contra los prejuicios y, sobre todo, contra el espíritu sectario, interesado en conservar los errores a partir de los cuales se habían fundado algunas creencias, supuestamente afirmadas sobre una base inconmovible. Bastó con la invención de un instrumento de óptica para derrumbar un andamiaje de muchos miles de años. Sin embargo, nada podría prevalecer contra una verdad reconocida como tal. Gracias a la imprenta, el público, iniciado en las nuevas ideas, comenzó a no dejarse engañar más con fantasías, y tomó parte en la lucha. Ya no era contra algunos individuos que se debía combatir, sino contra la opinión general, que defendía la causa de la verdad.

¡Cuánto más grande es el universo comparado con las mezquinas proporciones que le asignaban nuestros padres! ¡Qué sublime es la obra de Dios cuando vemos que se desarrolla en concordancia con las eternas leyes de la naturaleza! ¡Además, cuánto tiempo, cuántos esfuerzos del talento, cuántos sacrificios fueron necesarios para abrir los ojos del hombre y arrancarle la venda de la ignorancia!

14. A partir de entonces, quedó abierto el camino que seguirían numerosos científicos ilustres para completar la obra iniciada. En Alemania, Kepler descubre las célebres leyes que llevan su nombre, por medio de las cuales se reconoce que las órbitas que describen los planetas no son circulares, sino elípticas, en uno de cuyos focos se encuentra el Sol. Newton, en Inglaterra, descubre la ley de la gravitación universal. Laplace, en Francia, crea la mecánica celeste. Finalmente, la astronomía deja de ser un sistema basado

en conjeturas o probabilidades, y pasa a ser una ciencia sustentada en las más rigurosas bases del cálculo y la geometría. Queda de ese modo instalado uno de los hitos fundamentales de la génesis.

Capítulo VI

Uranografía general[14]

El espacio y el tiempo.- La materia.- Las leyes y las fuerzas.- La creación primera.- La creación universal.- Los soles y los planetas.- Los satélites.- Los cometas.- La Vía Láctea.- Las estrellas fijas.- Los desiertos del espacio.- Sucesión eterna de los mundos.- La vida universal.- La ciencia.- Consideraciones morales.

El espacio y el tiempo

1. Se han dado varias definiciones del espacio, entre las cuales la principal es esta: *el espacio es la extensión que separa a dos cuerpos*. De ahí, ciertos sofistas han deducido que donde no haya cuerpos no habrá espacio. Algunos doctores en teología se basaron en esto para establecer que el espacio es necesariamente finito, alegando que cierto número de cuerpos limitados no podría formar una serie infinita, y que allí donde se acabaran los cuerpos también se acabaría el espacio. El espacio también ha sido definido como *el lugar donde se mueven los mundos*, *el vacío donde actúa la materia*, etc. Dejemos todas esas definiciones, que nada definen, en los tratados donde descansan.

14. Este capítulo ha sido extraído textualmente de una serie de comunicaciones dictadas a la Sociedad Espírita de París, en 1862 y 1863, con el título “Estudios uranográficos”, firmadas con el nombre *Galileo*. El médium fue el señor C. F. (N. de Allan Kardec.)

Espacio es una de esas palabras que representan una idea primitiva y axiomática, evidente de por sí, y a cuyo respecto las diversas definiciones que se puedan dar no hacen más que oscurecerla. Todos sabemos qué es el espacio, y por mi parte sólo quiero manifestar que es infinito, a fin de que nuestros estudios ulteriores no encuentren ninguna barrera que obstaculice las investigaciones de nuestra mirada.

Ahora bien, digo que el espacio es infinito, por el hecho de que es imposible imaginarse un límite cualquiera para él, y porque, a pesar de la dificultad con que nos topamos para concebir lo infinito, nos resulta más fácil avanzar eternamente por el espacio, con el pensamiento, que detenernos en un punto cualquiera después del cual no encontrásemos más extensión para recorrer.

Para imaginarnos la infinitud del espacio, tanto como nos lo permitan nuestras limitadas facultades, supongamos que, partiendo de la Tierra, perdida en medio del infinito, hacia un punto cualquiera del universo, con la velocidad prodigiosa de la chispa eléctrica, que recorre *millares de leguas por segundo*, tras haber recorrido millones de leguas poco después de dejar este globo, nos encontramos en un lugar desde donde apenas lo divisamos con el aspecto de una pálida estrella. Transcurrido un instante, siguiendo siempre en la misma dirección, llegamos a esas estrellas lejanas que vosotros apenas divisáis desde vuestra estación terrestre. A partir de ahí, no sólo la Tierra desaparece por completo para nuestra mirada en las profundidades del cielo, sino que también vuestro Sol, con todo su esplendor, se ha eclipsado por la extensión que nos separa de él. Impulsados siempre por la misma velocidad del relámpago, a cada paso que avanzamos en la extensión trasponemos sistemas de mundos, islas de luz etérea, carreteras de estrellas, parajes fastuosos donde Dios sembró los mundos con la misma profusión con que sembró las plantas en las praderas terrestres.

Ahora bien, hace apenas unos pocos minutos que andamos, y ya nos separan de la Tierra cientos de millones de millones de leguas, miles de millones de mundos han pasado delante de nuestra vista y, en la realidad –¡escuchad esto!–, no hemos avanzado un solo paso en el universo.

Si continuáramos durante años, siglos, miles de siglos, millones de períodos cien veces seculares, y *siempre con la misma velocidad del relámpago*, ¡tampoco habríamos avanzado ni un paso! sea cual fuere el lugar hacia donde nos dirigiésemos a partir de ese granito invisible que hemos dejado y que se denomina Tierra.

¡Eso es el espacio!

2. El tiempo, al igual que el espacio, también es una palabra que se define por sí misma. De él nos formamos una idea más exacta si lo relacionamos con el todo infinito. El tiempo es la sucesión de las cosas. Está ligado a la eternidad del mismo modo que las cosas están ligadas a lo infinito. Supongamos que nos hallamos en el origen de nuestro mundo, en la época primitiva en que la Tierra todavía no se movía al impulso divino, en una palabra, en el comienzo de la génesis. Por entonces, el tiempo todavía no había salido de la misteriosa cuna de la naturaleza, y nadie puede decir en qué época nos hallamos, dado que el péndulo de los siglos todavía no ha sido puesto en movimiento.

Pero ¡silencio! Suena en la campanilla eterna la primera hora de una Tierra aislada; el planeta se mueve en el espacio y, desde entonces, existen la *tarde* y la *mañana*. Más allá de la Tierra, la eternidad permanece impasible e inmóvil, aunque el tiempo marche para muchos otros mundos. En la Tierra, el tiempo la sustituye, y durante una determinada serie de generaciones se contarán los años y los siglos.

Transportémonos ahora al último día de ese mundo, a la hora en que, curvada por el peso de la vetustez, la Tierra se borrará del

libro de la vida para no volver a figurar en él. Se interrumpe entonces la sucesión de los acontecimientos; cesan los movimientos terrestres que medían el tiempo, y el tiempo se acaba con ellos.

Esta sencilla exposición de las cosas naturales que dan nacimiento al tiempo, que lo alimentan y dejan que él se extinga, basta para mostrar que, visto desde el punto en que debemos colocarnos para nuestros estudios, el tiempo es una gota de agua que cae al mar desde una nube, y cuya caída se mide.

Hay tantos mundos en la vasta extensión, como tiempos diversos e incompatibles. Fuera de los mundos, solamente la eternidad sustituye esas efímeras sucesiones y llena tranquilamente con su luz inmóvil la inmensidad de los cielos. Inmensidad sin límites y eternidad sin límites, esas son las dos grandes propiedades de la naturaleza universal.

La mirada del observador que atraviesa, sin encontrar jamás algo que lo detenga, las inconmensurables distancias del espacio, y la del geólogo que se remonta más allá de los límites de las edades, o que desciende a las enormes profundidades de la eternidad, donde ambos se perderán un día, obran en concordancia, cada uno en su dirección, para adquirir esta doble noción de lo infinito: extensión y duración.

Ahora bien, dentro de este orden de ideas, nos será fácil concebir que, puesto que el tiempo sólo es la relación de las cosas transitorias y depende únicamente de las cosas que se miden, si tomásemos un siglo terrestre como unidad y lo acumuláramos de a miles para formar un número colosal, ese número nunca representaría más que un punto en la eternidad, del mismo modo que miles de leguas adicionadas a miles de leguas no dan más que un punto en la extensión.

De ese modo, por ejemplo, ya que los siglos están fuera de la vida etérea del alma, podríamos escribir un número tan largo

como el ecuador terrestre, y suponer que hemos envejecido ese número de siglos, sin que en la realidad nuestra alma cuente un solo día más. Y si agregamos a ese número indefinible de siglos una serie de números semejantes, larga como de aquí al Sol, o todavía más considerable, y si imaginásemos que viviremos durante una sucesión prodigiosa de períodos seculares representados por la suma de esos números, cuando llegásemos al término, el inconcebible cúmulo de siglos que pesaría sobre nuestras cabezas sería como si no existiese, pues delante de nosotros estaría siempre toda la eternidad.

El tiempo sólo es una medida relativa de la sucesión de las cosas transitorias. La eternidad no es susceptible de ser medida desde el punto de vista de la duración; para ella no hay comienzo ni fin; todo es presente.

Si siglos y siglos son menos que un segundo en relación con la eternidad, ¿qué será la duración de la vida humana?

La materia

3. A primera vista, nada parece tan profundamente variado, ni tan esencialmente distinto, como las diversas sustancias que componen el mundo. Entre los objetos que el arte o la naturaleza nos ponen a diario ante nuestra mirada, ¿habrá dos que revelen una perfecta identidad o, al menos, una paridad de composición? ¡Cuánta diferencia, desde el punto de vista de la solidez, de la compresibilidad, del peso y de las múltiples propiedades de los cuerpos, entre los gases atmosféricos y una veta de oro, entre la molécula acuosa de la nube y la del mineral que forma la corteza ósea del globo! ¡Cuánta diversidad entre el tejido químico de las diferentes plantas que adornan el reino vegetal y el de los representantes no menos numerosos de la animalidad en la Tierra!

No obstante, podemos establecer como principio absoluto que todas las sustancias, conocidas y desconocidas, por más distintas que parezcan, sea desde el punto de vista de su constitución íntima o desde el aspecto de sus acciones recíprocas, no son, de hecho, más que modos diversos con los cuales se presenta la materia, variedades en las que ella se transforma bajo la dirección de las innumerables fuerzas que la gobiernan.

4. La química, cuyos progresos han sido tan rápidos después de mi época, en que sus propios adeptos todavía la relegaban al dominio secreto de la magia; esa nueva ciencia que se puede considerar, con justa razón, hija del siglo de la observación, y basada únicamente, con más solidez que sus hermanas mayores, en el método experimental; la química -digo- hizo a un lado los cuatro elementos primitivos que los antiguos estuvieron de acuerdo en reconocer en la naturaleza; mostró que el elemento terrestre no es más que una combinación de diversas sustancias variadas hasta lo infinito; que el aire y el agua son igualmente susceptibles de ser descompuestos, que son el producto de un cierto número de equivalentes de gas; que el fuego, lejos de ser también un elemento principal, es apenas un estado de la materia, resultante del movimiento universal al que está sometida, y de una combustión sensible o latente.

En compensación, descubrió un número considerable de principios, hasta entonces desconocidos, que le parecieron formar, mediante determinadas combinaciones, las diversas sustancias, los diversos cuerpos que ha estudiado y que actúan simultáneamente, según ciertas leyes y en ciertas proporciones, en los trabajos que se realizan dentro del gran laboratorio de la naturaleza. Dio a esos principios el nombre de *cuerpos simples*, indicando de ese modo que los considera primitivos y que no se pueden descomponer, y

que ninguna operación ha podido, hasta hoy, reducirlos a fracciones relativamente más simples que ellos mismos[15].

5. Con todo, allí donde se detienen las apreciaciones del hombre, incluso con el auxilio de los más asombrosos sentidos artificiales, prosigue la obra de la naturaleza; allí donde el vulgo toma la apariencia por la realidad, donde el técnico levanta el velo y distingue el principio de las cosas, la mirada de aquel que ha podido captar el modo de obrar de la naturaleza apenas ve, en los materiales constitutivos del mundo, la *materia cósmica* primitiva, simple y única, diversificada en ciertas regiones en la época de su aparición, repartida en cuerpos solidarios entre sí mientras tienen vida, y que un día se desarticulan en el receptáculo de la extensión por efecto de la descomposición.

6. Hay cuestiones que nosotros mismos, Espíritus amantes de la ciencia, no podemos profundizar, y sobre las cuales sólo podríamos emitir opiniones personales más o menos hipotéticas. Acerca de esas cuestiones guardaré silencio, o justificaré mi manera de verlas. No obstante, la cuestión de que nos ocupamos no pertenece a esa clase. A quienes, por lo tanto, estuviesen tentados de ver en mis palabras únicamente una teoría osada, les diré: abarcad, si fuera posible, con una mirada investigadora, la multiplicidad de operaciones de la naturaleza, y reconoceréis que, de no admitirse la unidad de la materia, sería imposible explicar, no diré solamente los soles y los planetas, sino, sin ir tan lejos, la germinación de una semilla en la tierra o la formación de un insecto.

7. La gran diversidad que se observa en la materia se debe a que, por ser ilimitado el número de las fuerzas que rigieron sus

15. Los principales cuerpos simples son, entre los no metálicos, el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno, el cloro, el carbono, el fósforo, el azufre, el yodo; y entre los cuerpos metálicos: el oro, la plata, el platino, el mercurio, el plomo, el estaño, el zinc, el hierro, el cobre, el arsénico, el sodio, el potasio, el calcio, el aluminio, etc. (N. de Allan Kardec.)

transformaciones, así como lo son las condiciones en que estas se produjeron, las múltiples combinaciones de la materia no podían dejar de ser ilimitadas.

Por consiguiente, ya sea que la sustancia que se considere pertenezca a los fluidos propiamente dichos, es decir, a los cuerpos imponderables, o bien que esté revestida de los caracteres y las propiedades ordinarias de la materia, no existe en todo el universo más que una única sustancia primitiva: *el cosmos* o *materia cósmica* de los uranógrafos.

Las leyes y las fuerzas

8. Si uno de esos seres desconocidos que consumen su efímera existencia en el fondo de las regiones tenebrosas del océano; si uno de esos seres de varios estómagos, una de esas nereidas -miserables animálculos que de la naturaleza sólo conocen los peces ictiófagos y los bosques submarinos- recibiese de repente el don de la inteligencia, la facultad de estudiar su mundo y de sustentar sus apreciaciones en un razonamiento conjetural extensivo a la universalidad de las cosas, ¿qué idea se formaría de la naturaleza viva que se desarrolla en el medio en que habita, y del mundo terrestre que escapa al campo de sus observaciones?

Si ahora, por un efecto maravilloso del poder de su nueva facultad, ese mismo ser llegara a elevarse sobre sus tinieblas eternas y se dirigiera hasta la superficie del mar, no lejos de las opulentas márgenes de una isla de espléndida vegetación, bañada por el sol fecundador, dispensador de calor benéfico, ¿qué opinión se formaría de sus anticipadas teorías sobre la creación universal? ¿No las desecharía de inmediato para sustituirlas por una apreciación más amplia, aunque relativamente tan incompleta como la primera?

Esta es la imagen, ¡oh hombres!, de vuestra ciencia absolutamente especulativa[16].

9. He venido, pues, para tratar aquí la cuestión de las leyes y de las fuerzas que rigen el universo, yo, que apenas soy, como vosotros, un ser relativamente ignorante en lo que concierne a la ciencia real -pese a la aparente superioridad sobre mis hermanos de la Tierra, superioridad que proviene de la posibilidad de estudiar problemas naturales que a ellos les están vedados en la posición en que se encuentran-, y mi único objetivo es proporcionaros una noción general de las leyes universales, sin explicar en detalle el modo de acción y la naturaleza de las fuerzas especiales que de ellas dependen.

10. Existe un fluido etéreo que colma el espacio y penetra los cuerpos. Ese fluido es el *éter* o *materia cósmica* primitiva, generadora del mundo y de los seres. Son inherentes al éter las fuerzas que han presidido las metamorfosis de la materia, las leyes inmutables y necesarias que rigen el mundo. Esas fuerzas múltiples, indefinidamente variadas según las combinaciones de la materia, localizadas según las masas, diversificadas en sus modos de acción, de acuerdo con las circunstancias y los medios, son conocidas en la Tierra con los nombres de *gravedad*, *cohesión*, *afinidad*, *atracción*, *magnetismo*, *electricidad activa*. Los movimientos vibratorios del agente lo son con los nombres de *sonido*, *calor*, *luz*, etc. En otros mundos, se presentan con otros aspectos y revelan otros caracteres

16. Esa es también la situación de los negadores del mundo de los Espíritus, cuando, luego de haberse despojado de la envoltura carnal, contemplan los horizontes de ese mundo, los cuales se despliegan ante su vista. Comprenden, entonces, cuán vanas eran las teorías con que pretendían explicarlo todo exclusivamente por medio de la materia. No obstante, esos horizontes todavía les ocultan misterios que sólo sucesivamente son develados, a medida que se elevan mediante la purificación. Con todo, desde sus primeros pasos en ese nuevo mundo, se ven forzados a reconocer su propia ceguera y cuán lejos se hallaban de la verdad. (N. de Allan Kardec.)

desconocidos en la Tierra; y en la inmensa vastedad de los cielos, un número indefinido de fuerzas se ha desarrollado en una escala inimaginable, cuya magnitud somos tan incapaces de evaluar como lo es el crustáceo, en el fondo del océano, para concebir la universalidad de los fenómenos terrestres[17].

Ahora bien, así como sólo existe una sustancia simple, primitiva, generadora de todos los cuerpos, pero diversificada en sus combinaciones, también todas esas fuerzas dependen de una ley universal diversificada en sus efectos, que se encuentra en su origen, y que por los designios eternos ha sido impuesta soberanamente a la Creación para imprimirle armonía y estabilidad permanentes.

11. La naturaleza nunca se encuentra en oposición a sí misma. El blasón del universo tiene una sola divisa: UNIDAD/VARIEDAD. Al remontar la escala de los mundos se encuentra la *unidad* de armonía y de creación, al mismo tiempo que una *variedad* infinita en el inmenso jardín estelar. Al recorrer los peldaños de la vida, desde el último de los seres hasta Dios, se hace evidente la gran ley de continuidad. Si se consideran las fuerzas en sí mismas, podemos

17. Nosotros sólo nos referimos a lo que conocemos, porque de lo que escapa a la percepción de nuestros sentidos no comprendemos más de lo que comprende el ciego de nacimiento acerca de los efectos de la luz y de la utilidad de los ojos. Es posible, pues, que en otros medios, el fluido cósmico tenga otras propiedades, sea susceptible de combinaciones de las que no tenemos idea alguna, produzca efectos adecuados a necesidades que no conocemos, y favorezca percepciones nuevas u otros modos de percepción. Nosotros no comprendemos, por ejemplo, que se pueda ver sin los ojos del cuerpo y sin luz. Pero ¿quién puede afirmar que no existen otros agentes que no sean la luz, adecuados a organismos especiales? La vista sonambúlica, que no se ve limitada por la distancia, ni por los obstáculos materiales, ni por la oscuridad, nos ofrece un ejemplo de ello. Supongamos que, en un mundo cualquiera, los seres sean *normalmente* lo que nuestros sonámbulos son excepcionalmente. Puesto que no precisan de nuestra luz ni de nuestros ojos, verán lo que nosotros no podemos ver. Lo mismo se dará con todas las otras sensaciones. Las condiciones de vitalidad y de perceptibilidad, las sensaciones y las necesidades, varían según los medios. (N. de Allan Kardec.)

formar con ellas una serie cuya resultante, confundiéndose con la generadora, es la ley universal.

No podéis apreciar esta ley en toda su amplitud, puesto que las fuerzas que la representan en el campo de vuestras observaciones son restringidas y limitadas. No obstante, la gravitación y la electricidad pueden ser consideradas una amplia aplicación de la ley primordial que impera allende los cielos.

Todas esas fuerzas son eternas -explicaremos este término- y universales como la Creación. Como son inherentes al fluido cósmico, actúan necesariamente en todo y por doquier, modificando su acción mediante su simultaneidad o su sucesión; predominan aquí, se debilitan allá; pujantes y activas en cierto puntos, latentes u ocultas en otros, pero en definitiva preparan, dirigen, conservan y destruyen los mundos en los diversos períodos de vida, gobernando los maravillosos trabajos de la naturaleza dondequiera que estos se ejecuten, para garantizar por siempre el eterno esplendor de la Creación.

La creación primera

12. Después de que hemos considerado el universo desde los puntos de vista generales de su composición, de sus leyes y sus propiedades, podemos extender nuestros estudios al modo de formación que dio origen a los mundos y a los seres. Descenderemos seguidamente a la creación de la Tierra en particular, y a su estado actual en la universalidad de las cosas, y de ahí, tomando este globo como punto de partida y como unidad relativa, procederemos a nuestros estudios planetarios y siderales.

13. Si comprendemos la relación o, mejor dicho, la oposición entre la eternidad y el tiempo, si nos familiarizamos con la idea de que el tiempo no es más que una medida relativa de la sucesión

de las cosas transitorias, mientras que la eternidad es esencialmente una, inmóvil y permanente, y no es susceptible de ninguna medida desde el punto de vista de la duración, comprenderemos que para ella no hay comienzo ni fin.

Por otro lado, si nos hacemos una idea apropiada –aunque necesariamente muy deficiente– de la infinitud del poder divino, comprenderemos cómo es posible que el universo haya existido siempre y siempre exista. Desde el momento en que Dios existió, sus perfecciones eternas hablaron. Antes de que los tiempos hubiesen nacido, la eternidad inconmensurable recibió la palabra divina y fecundó el espacio, igualmente eterno.

14. Dado que, por su naturaleza, Dios existe desde toda la eternidad, también ha creado desde toda la eternidad; y no podría ser de otro modo, pues por más lejana que sea la época a la que retrocedamos con la imaginación, llegando hasta los supuestos límites de la Creación, siempre habrá, más allá de ese límite, una eternidad -evaluad debidamente esta idea-, una eternidad durante la cual las divinas hipóstasis, las voliciones infinitas, habrían permanecido sepultadas en una muda letargia, inactiva y estéril, una eternidad de muerte aparente para el Padre eterno que da vida a los seres; de mutismo indiferente para el Verbo que los gobierna; de esterilidad fría y egoísta para el Espíritu de amor y vivificación.

¡Comprendamos mejor la grandeza de la acción divina y su perpetuidad bajo la mano del Ser absoluto! Dios es el sol de los seres, es la luz del mundo. Ahora bien, la aparición del Sol da nacimiento instantáneo a ondas de luz que se van esparciendo por todos lados en la extensión. Del mismo modo, el universo, nacido del Eterno, se remonta a los períodos inimaginables de lo infinito de duración, al *Fiat lux del principio.*

15. El comienzo absoluto de las cosas se remonta, pues, a Dios. Las sucesivas apariciones de esas cosas en el dominio de la existencia constituyen el orden de la creación perpetua.

¡Qué inmortal podría hablar de las magnificencias desconocidas y soberanamente veladas por la noche de las épocas, que se desplegaron en esos tiempos remotos en los que ninguna de las maravillas del universo actual existía; en esa época primitiva en que, habiéndose hecho oír la voz del Señor, los materiales que en el futuro habrían de agregarse por sí mismos y simétricamente, para formar el templo de la naturaleza, se encontraron de pronto en el seno de los vacíos infinitos; cuando aquella voz misteriosa, a la que todas las criaturas veneran y aman como a la de una madre, produjo notas armoniosamente variadas, que habrían de vibrar juntas para modular el concierto de los cielos inconmensurables!

El mundo, en su nacimiento, no se presentó en su virilidad ni en la plenitud de la vida, no. El poder creador nunca se contradice y, como todas las cosas, el universo nació niño. Revestido de las leyes mencionadas antes, y con el impulso inicial inherente a su propia formación, la materia cósmica primitiva hizo que sucesivamente nacieran torbellinos, aglomeraciones de ese fluido difuso, cúmulos de materia nebulosa que se separaron por sí mismos y se modificaron hasta lo infinito para generar, en las regiones inconmensurables de la extensión, diversos centros de creaciones simultáneas o sucesivas.

En virtud de las fuerzas que predominaron sobre uno u otro de ellos, y de circunstancias ulteriores que presidieron su desarrollo, esos centros primitivos se convirtieron en focos de una vida especial: unos, menos diseminados en el espacio y más ricos en principios y en fuerzas actuantes, comenzaron de inmediato su particular vida astral; los otros, ocupando una extensión ilimitada, crecieron con extrema lentitud o se dividieron de nuevo en otros centros secundarios.

16. Transportándonos a algunos millones de siglos solamente, antes de la época actual, verificamos que nuestra Tierra todavía no existe, que incluso nuestro sistema solar todavía no dio comienzo

a las evoluciones de la vida planetaria. No obstante, espléndidos soles ya iluminan el éter; planetas habitados ya dan vida y existencia a una inmensidad de seres que nos han precedido en el camino humano; las producciones opulentas de una naturaleza desconocida, y los maravillosos fenómenos del cielo despliegan, ante otras miradas, los inmensos panoramas de la Creación. ¡Qué digo! ¡Ya han dejado de existir esplendores que mucho antes hicieron palpitar el corazón de otros mortales, al influjo del pensamiento de la potencia infinita! ¡Y nosotros, pobres seres pequeños, que hemos llegado después de una eternidad de vida, nos creemos contemporáneos de la Creación!

Una vez más, comprendamos mejor a la naturaleza. Sepamos que detrás de nosotros, tanto como por delante, está la eternidad; que el espacio es el escenario de una inimaginable sucesión y simultaneidad de creaciones. Esas nebulosas, que apenas distinguimos en los más alejados puntos del cielo, son aglomeraciones de soles en vías de formación; otras son vías lácteas de mundos habitados; otras, por último, son la sede de catástrofes o de extinción. Sepamos que, así como estamos ubicados en medio de una infinidad de mundos, también estamos en medio de una doble infinidad de duraciones, anteriores y ulteriores; que la creación universal no es solo para nosotros, y que no podemos aplicar esa expresión a la formación aislada de nuestro insignificante globo.

La creación universal

17. Después de haber ascendido, tanto como lo permitía nuestra limitación, en dirección a la fuente oculta de donde los mundos provienen como las gotas de agua de un río, consideremos la marcha de las creaciones sucesivas y de sus desarrollos seriales.

La materia cósmica primitiva contenía los elementos materiales, fluídicos y vitales, de todos los universos que despliegan su magnificencia ante la eternidad. Se trata de la madre fecunda de todas las cosas, el primer antepasado y, sobre todo, la eterna generadora. Esa sustancia, de donde provienen las esferas siderales, no ha desaparecido. Ese poder no ha muerto, pues todavía genera sin cesar nuevas creaciones e incesantemente recibe, reconstituidos, los principios de los mundos que se borran del libro eterno.

La materia etérea, más o menos enrarecida, que se difunde entre los espacios interplanetarios; ese fluido cósmico que llena el universo, más o menos rarificado en las regiones inmensas, ricas en aglomeraciones de estrellas; más o menos condensado donde el cielo astral no brilla aún; más o menos modificado por diversas combinaciones, de acuerdo con las localidades de la extensión, no es más que la sustancia primitiva en la que residen las fuerzas universales, a partir de la cual la naturaleza ha extraído todas las cosas[18].

18. Ese fluido penetra los cuerpos como un inmenso océano. En él reside el principio vital que da origen a la vida de los seres y la perpetúa en cada mundo de conformidad con su condición, principio en estado latente que se conserva adormecido allí donde la voz de un ser no lo reclama. Toda criatura, mineral, vegetal, animal o cualquier otra –visto que hay muchos otros reinos naturales, de cuya existencia ni siquiera sospecháis– sabe, en virtud de ese principio vital universal, apropiarse de las condiciones para su existencia y su permanencia.

---

18. Si se nos preguntara cuál es el principio de esas fuerzas y cómo puede ese principio estar en la sustancia misma que lo produce, responderíamos que la mecánica nos ofrece numerosos ejemplos de ese hecho. La elasticidad que hace que un resorte se estire, ¿no está en el resorte mismo, sin que dependa del modo de agregación de las moléculas? El cuerpo que obedece a la fuerza centrífuga recibe su impulso del movimiento primitivo que se le imprimió. (N. de Allan Kardec.)

Las moléculas del mineral tienen una cierta cantidad de esa vida, del mismo modo que la simiente y el embrión, y se agrupan, como en el organismo, en figuras simétricas que constituyen los individuos.

Es muy importante que nos convenzamos de la noción de que la materia cósmica primitiva se hallaba recubierta no sólo de las leyes que garantizan la estabilidad de los mundos, sino también del principio vital universal que forma generaciones espontáneas en cada mundo, a medida que se presentan las condiciones de la existencia sucesiva de los seres, y cuando suena la hora de la aparición de los hijos de la vida, durante el período creador.

Así se lleva a cabo la creación universal. Es, pues, correcto que se diga que, dado que las operaciones de la naturaleza son la expresión de la voluntad divina, Dios ha creado siempre, crea incesantemente y nunca dejará de crear.

19. Hasta aquí, sin embargo, hemos mantenido silencio acerca del *mundo espiritual*, que también forma parte de la Creación y cumple sus destinos de acuerdo con las augustas prescripciones del Señor.

Acerca del modo de la creación de los Espíritus, no puedo suministrar más que una enseñanza muy limitada, en virtud de mi propia ignorancia, y también porque todavía debo mantener en reserva ciertas cuestiones, si bien ya se me ha permitido profundizarlas.

A aquellos que desean religiosamente conocer, y se muestran humildes ante Dios, les diré, solicitándoles incluso que no deduzcan de mis palabras ningún sistema prematuro, que el Espíritu no llega a recibir la iluminación divina que le otorga, simultáneamente con el libre albedrío y la conciencia, la noción de sus elevados destinos, sin haber pasado por la serie divinamente fatal de los seres inferiores, entre los cuales se elabora lentamente la obra de su

individualidad. Sólo a partir del día en que el Señor imprime en su frente Su augusta señal, el Espíritu toma un lugar en el seno de las humanidades.

Os reitero que no edifiquéis sobre mis palabras vuestros razonamientos, tan tristemente célebres en la historia de la metafísica. Preferiría mil veces callarme sobre esas elevadas cuestiones, tan alejadas de vuestras meditaciones habituales, que exponeros a desnaturalizar el sentido de mi instrucción y arrojaros por mi culpa en los intrincados laberintos del deísmo o del fatalismo.

Los soles y los planetas

20. Ahora bien, ocurrió que, en un punto del universo, perdido entre las miríadas de mundos, la materia cósmica se condensó con la forma de una inmensa nebulosa. Esa nebulosa estaba animada por las leyes universales que rigen la materia. En virtud de esas leyes, principalmente de la fuerza molecular de atracción, adoptó la forma de un esferoide, la única que puede asumir primitivamente una masa de materia aislada en el espacio.

El movimiento circular producido por la gravitación, rigurosamente igual, de todas las zonas moleculares en dirección al centro, pronto modificó la esfera primitiva, a fin de conducirla, de movimiento en movimiento, a la forma lenticular –nos referimos al conjunto de la nebulosa.

21. Nuevas fuerzas surgieron a consecuencia de ese movimiento de rotación: la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga. La primera, tendiente a reunir todas las partes en el centro; y la segunda, tendiente a apartarlas de este. Ahora bien, al acelerarse el movimiento a medida que la nebulosa se condensaba, y al aumentar su radio a medida que esta se aproximaba a la forma lenticular, la

fuerza centrífuga, incesantemente desarrollada por esas dos causas, predominó rápidamente sobre la atracción central.

Así como el impulso muy impetuoso de una honda le tensa la cuerda, permitiendo que el proyectil caiga lejos, del mismo modo el predominio de la fuerza centrífuga separó al círculo ecuatorial de la nebulosa, y de este anillo se formó una nueva masa aislada de la primera, pero sometida a su dominio. Aquella masa conservó su movimiento ecuatorial que, modificado, se convirtió en un movimiento de traslación alrededor del astro solar. Además, su nuevo estado le confirió un movimiento de rotación en torno de su propio centro.

22. La nebulosa generadora que dio origen a ese nuevo mundo se condensó y recuperó la forma esférica; pero como el calor primitivo desarrollado por sus diversos movimientos sólo se atenuaba con suma lentitud, el fenómeno que acabamos de describir habría de reproducirse muchas veces y durante un largo período, hasta tanto la nebulosa no se tornara suficientemente densa, bastante sólida para oponer una resistencia eficaz a las modificaciones de la forma que le imprimiera sucesivamente su movimiento de rotación.

Así pues, esa nebulosa no habrá dado origen a un solo astro, sino a cientos de mundos separados del foco central, salidos de ella mediante el modo de formación que hemos mencionado. Ahora bien, cada uno de esos mundos, revestido, como el mundo primitivo, por las fuerzas naturales que rigen la creación de los universos, generará sucesivamente nuevos mundos que a partir de entonces gravitarán alrededor suyo, del mismo modo que él, conjuntamente con sus hermanos, gravita alrededor del foco que les dio existencia y vida. Cada uno de esos mundos será un sol, centro de un torbellino de planetas sucesivamente separados de su ecuador. Esos planetas recibirán una vida especial, particular, aunque dependiente del astro que los generó.

23. Los planetas, por consiguiente, están formados de masas de materia condensada, pero aún no solidificada, separadas de la masa central por la acción de la fuerza centrífuga, y que toman, en virtud de las leyes del movimiento, la forma esferoidal, más o menos elíptica, según el grado de fluidez que hayan conservado. Uno de esos planetas es la Tierra, que, antes de enfriarse y revestirse de una corteza sólida, dio nacimiento a la Luna por el mismo proceso de formación astral al que ella misma debe su existencia. La Tierra, desde entonces inscripta en el libro de la vida, es la cuna de criaturas cuya debilidad es protegida por la divina Providencia, una nueva cuerda colocada en el arpa infinita que, en el lugar que ocupa, debe de vibrar en el concierto universal de los mundos.

Los satélites

24. Antes de que las masas planetarias hubiesen alcanzado un grado de enfriamiento suficiente para que se produjera su solidificación, masas menores, verdaderos glóbulos líquidos, se desprendieron de algunas de ellas desde el plano ecuatorial, plano en el que la fuerza centrífuga es más intensa y, por efecto de las mismas leyes, adquirieron un movimiento de traslación alrededor del planeta que las generó, como les sucedió a estos con relación al astro central que les dio origen.

Así fue como la Tierra dio nacimiento a la Luna, cuya masa, de menor consideración, debió sufrir un enfriamiento más rápido. Ahora bien, las leyes y las fuerzas que presidieron su desprendimiento del ecuador terrestre y su movimiento de traslación en el mismo plano, actuaron de tal manera que ese mundo, en vez de revestir la forma esferoidal, tomó la de un globo ovoide, es decir, la forma alargada de un huevo, con el centro de gravedad ubicado en la parte inferior.

25. Las condiciones en que se efectuó el desprendimiento de la Luna permitieron que esta se alejara escasamente de la Tierra, y la condicionaron a mantenerse perpetuamente suspendida en su cielo, como una figura ovoide cuyas partes más pesadas formaron la cara inferior dirigida hacia la Tierra, y cuyas partes menos densas han constituido su cima, si con esa palabra se designara la cara que del lado opuesto a la Tierra se eleva hacia el cielo. Lo cierto es que ese astro nos presenta siempre la misma cara. Para comprender mejor su estado geológico, se lo puede comparar con un globo de corcho, cuya base dirigida hacia la Tierra estuviera formada de plomo.

De ahí las dos naturalezas esencialmente distintas en la superficie del mundo lunar: una, sin ninguna analogía con el nuestro, pues los cuerpos fluidos tanto como los etéreos le son desconocidos; la otra, más liviana en relación con la Tierra, dado que todas las sustancias poco densas se dirigirán hacia ese hemisferio. La primera: perpetuamente vuelta hacia la Tierra, sin agua ni atmósfera, a no ser en los límites de ese hemisferio subterrestre; la otra: rica en fluidos, invariablemente opuesta a nuestro mundo[19].

19. Esta teoría de la Luna, absolutamente nueva, explica mediante la ley de la gravitación la razón por la cual ese astro presenta siempre la misma cara a la Tierra. Al tener el centro de gravedad en uno de los puntos de su superficie, en vez de que esté en el centro de la esfera, y por ser en consecuencia atraído hacia la Tierra por una fuerza mayor de la que atrae las partes más livianas, la Luna produciría el efecto de esos muñecos denominados *tentetieso*, que se mantienen constantemente sobre su base, mientras que los planetas, cuyo centro de gravedad está a distancias iguales de la superficie, giran regularmente sobre su propio eje. Los fluidos vivificantes, gaseosos o líquidos, en virtud de su levedad específica, se hallarían acumulados en el hemisferio superior, constantemente opuesto a la Tierra. El hemisferio inferior, el único que vemos, estaría desprovisto de esos fluidos, y por eso sería inadecuado para la vida, la cual reinaría en el otro. Por consiguiente, si el hemisferio superior estuviera habitado, sus habitantes nunca verían la Tierra, a menos que se trasladasen hacia el otro.

Por más racional y científica que sea esa opinión, como todavía no ha sido confirmada por ninguna observación directa, no puede ser admitida más que a título

26. La cantidad y el estado de los satélites de cada planeta han variado de acuerdo con las condiciones especiales en que se formaron. Algunos no dieron origen a ningún astro secundario, como se verifica con Mercurio, Venus y Marte, mientras que otros, como la Tierra, Júpiter, Saturno, etc., formaron uno o varios de esos astros secundarios.

27. Además de sus satélites o lunas, el planeta Saturno presenta el fenómeno especial del anillo, que visto desde lejos parece rodearlo con una especie de aureola blanca. Esa formación es para nosotros una nueva prueba de la universalidad de las leyes de la naturaleza. Ese anillo es, en efecto, el resultado de una separación que en los tiempos primitivos se produjo en el ecuador de Saturno, del mismo modo que una zona ecuatorial se desprendió de la Tierra para formar su satélite. La diferencia consiste en que el anillo de Saturno se formó, en todas sus partes, con moléculas homogéneas, probablemente ya en cierto estado de condensación, y de esa manera pudo continuar su movimiento de rotación en el mismo sentido y en un lapso más o menos igual al que anima al planeta. Si uno de los puntos de ese anillo hubiese sido más denso que otro, se habrían producido súbitamente una o varias aglomeraciones de sustancias, y Saturno tendría varios satélites más. A partir de la época de su formación, ese anillo se solidificó, del mismo modo que los demás cuerpos planetarios.

Los cometas

28. Astros errantes, todavía más que los planetas, que han conservado la denominación etimológica, los cometas habrán de ser los guías que nos ayudarán a trasponer los límites del sistema solar

de hipótesis, y como una idea con posibilidades de servir de indicador para la ciencia. (N. de Allan Kardec.)

al que pertenece la Tierra, y nos conducirán a las lejanas regiones de la extensión sideral.

No obstante, antes de que exploremos los dominios celestes con el auxilio de esos viajeros del universo, sería adecuado que, tanto como sea posible, conozcamos su naturaleza intrínseca y el rol que les cabe en la economía planetaria.

29. Hay quienes vieron, en esos astros dotados de cabellera, mundos nacientes que elaboran, en el primitivo caos en que se encuentran, las condiciones de vida y de existencia que son patrimonio de las tierras habitadas; otros imaginaron que esos cuerpos extraordinarios eran mundos en estado de destrucción y, para muchos, la apariencia singular que presentan fue motivo de apreciaciones erróneas acerca de su naturaleza; de tal suerte que no hubo, incluso en la astrología judiciaria, quien no los considerase el presagio de desgracias que los designios providenciales enviaban a la Tierra atemorizada y temblorosa.

30. La ley de variedad se aplica en tan amplia escala en las actividades de la naturaleza, que lleva a preguntarse cómo los naturalistas, los astrónomos y los filósofos, han elaborado tantos sistemas para asemejar los cometas a los astros planetarios, y para no ver en ellos más que astros en grados más o menos adelantados de desarrollo o de caducidad. Sin embargo, los panoramas de la naturaleza deberían alcanzar ampliamente para apartar al observador de la preocupación de investigar relaciones inexistentes y dejar a los cometas el modesto pero útil rol de astros errantes, que sirven de exploradores de los imperios solares. Sucede que los cuerpos celestes sobre los que tratamos son muy diferentes de los cuerpos planetarios, pues no están destinados, como estos, a servir de morada a las humanidades. Van sucesivamente de sol en sol, y suelen enriquecerse por el camino con fragmentos planetarios reducidos al estado de vapor, absorbiendo en los focos solares

los principios vivificantes y renovadores que derraman sobre los mundos terrestres.

31. Si cuando uno de esos astros se aproxima a nuestro insignificante globo, para atravesar su órbita y volver a su apogeo –que está situado a una distancia inconmensurable del Sol–, nosotros lo acompañásemos con el pensamiento, para visitar con él las regiones siderales, transpondríamos la prodigiosa extensión de materia etérea que separa al Sol de las estrellas más próximas y, observando los movimientos combinados de ese astro, que se supondría extraviado en el desierto infinito, aún allí encontraríamos una prueba elocuente de la universalidad de las leyes de la naturaleza, que siguen vigentes a distancias que la más fecunda imaginación apenas podría concebir.

Allí, la forma elíptica se convierte en parabólica, y la marcha se vuelve tan lenta que el cometa no llega a recorrer más que algunos metros en el mismo tiempo que en su perigeo recorría muchos miles de leguas. Tal vez un sol más poderoso, más importante que el que acaba de dejar, ejerza sobre ese cometa una atracción preponderante y lo admita en la categoría de sus propios súbditos. Entonces, en vuestra insignificante Tierra, en vano las criaturas humanas sorprendidas aguardarán su retorno, que habían predicho basándose en observaciones incompletas. En ese caso, nosotros, que hemos acompañado con el pensamiento al cometa errante hasta esas regiones desconocidas, nos toparemos con una nueva nación, que las miradas terrenales no pueden hallar, inimaginable para los Espíritus que habitan en la Tierra, inconcebible aun para sus mentes, porque será el escenario de maravillas inexploradas.

Hemos arribado al mundo astral, en ese mundo deslumbrante de inmensos soles que irradian en el espacio infinito, y que son las flores brillantes del magnífico jardín de la Creación. Sólo después de que hayamos llegado allá sabremos qué es la Tierra.

La Vía Láctea

32. Durante las hermosas noches estrelladas y sin luna, muchos han contemplado esa franja blanquecina que atraviesa el cielo de un extremo al otro, al que los antiguos denominaron *Vía Láctea* a causa de su apariencia lechosa. En los tiempos modernos, ese resplandor difuso ha sido exhaustivamente explorado por el telescopio, de modo que ese camino de polvo dorado, o ese río de leche de la mitología antigua, se ha transformado en un vasto campo de maravillas desconocidas. Las investigaciones de los observadores condujeron al conocimiento de su naturaleza y revelaron que allí, donde nuestra mirada errante apenas percibe una débil luminosidad, existen millones de soles más luminosos y más importantes que el que ilumina nuestra tierra.

33. En efecto, la Vía Láctea es una campiña matizada con flores solares y planetarias que brillan en toda su enorme extensión. Nuestro Sol y todos los cuerpos que lo acompañan forman parte de ese conjunto de mundos radiantes que componen la Vía Láctea. Con todo, a pesar de sus dimensiones gigantescas comparado con la Tierra, y a la magnitud de su imperio, el Sol apenas ocupa un lugar inapreciable en esa vasta creación. Pueden contarse unos treinta millones de soles semejantes a él que gravitan en esa inmensa región, apartados unos de otros por más de cien mil veces el radio de la órbita terrestre[20].

34. Mediante ese cálculo aproximado se puede evaluar la extensión de esa región sideral, así como la relación que existe entre nuestro sistema y la universalidad de los sistemas que ella contiene. Se puede, asimismo, evaluar la exigüidad del dominio solar y, *a fortiori*, el escaso valor de nuestra diminuta Tierra. ¡Qué sería entonces si se considerasen los seres que lo pueblan!

20. Más de 3 trillones, 400 billones de leguas. (N. de Allan Kardec.)

Digo "escaso valor" porque nuestras determinaciones se aplican no sólo a la extensión material, física, de los cuerpos que estudiamos –lo que sería poco–, sino también y sobre todo al estado moral en que se hallan como morada, y al grado que ocupan en la universal jerarquía de los seres. La Creación se muestra ahí en toda su majestad, creando y propagando alrededor del mundo solar, y en cada uno de los sistemas que lo rodean por doquier, las manifestaciones de la vida y la inteligencia.

35. De ese modo, se conoce la posición que ocupan nuestro Sol y la Tierra en el mundo de las estrellas. Estas consideraciones ganarán aún mayor peso si reflexionamos sobre el estado mismo de la Vía Láctea, que vista de lejos, en la inmensidad de las creaciones siderales, no representa más que un punto insignificante e inapreciable, porque no es más que una nebulosa estelar entre los millones de las que existen en el espacio. Si ella nos parece más vasta y más rica que las otras, se debe a la exclusiva razón de que nos rodea y se desarrolla en toda su extensión ante nuestros ojos, mientras que las otras, perdidas en las profundidades insondables, apenas se dejan entrever.

36. Ahora bien, si sabemos que la Tierra es nada o casi nada en el sistema solar; que este es nada o casi nada en la Vía Láctea; que esta, a su vez, es nada o casi nada en la universalidad de las nebulosas, y que incluso esa universalidad es muy poca cosa dentro del inconmensurable infinito, entonces comenzaremos a comprender qué es el globo terrestre.

Las estrellas fijas

37. Las estrellas denominadas *fijas*, que constelan los dos hemisferios del firmamento, no se encuentran exentas de la atracción exterior, como en general se supone. Lejos de eso, pertenecen a

una misma aglomeración de astros estelares, aglomeración que no es más que la gran nebulosa de la que formamos parte, y cuyo plano ecuatorial, proyectado en el cielo, ha recibido el nombre de *Vía Láctea*. Todos los soles que la constituyen son solidarios; sus múltiples influencias reaccionan perpetuamente unas sobre otras, y la gravitación universal las reúne a todas en una misma familia.

38. Esos diversos soles, al igual que el nuestro, están rodeados en su mayoría por mundos secundarios, a los que iluminan y fecundan por intermedio de las mismas leyes que rigen la vida de nuestro sistema planetario. Unos, como Sirio, son miles de veces más grandiosos en dimensiones y en riquezas que el nuestro, y el rol que desempeñan en el universo es mucho más importante. También están rodeados por planetas muy superiores a los nuestros, y en mucho mayor número. Otros no se asemejan en nada por sus funciones astrales. De ahí que un cierto número de esos soles, verdaderos gemelos del orden sideral, están acompañados por sus congéneres de la misma edad, y forman en el espacio sistemas binarios, a los que la naturaleza otorgó funciones por completo diferentes de las que le correspondieron a nuestro Sol. En ellos los años no se miden con los mismos períodos, ni los días con los mismos soles, y esos mundos iluminados por una antorcha doble han sido dotados de condiciones de existencia inimaginables para quienes no han salido de este insignificante mundo terrestre.

Otros astros, sin séquito, privados de planetas, recibieron mejores elementos de habitabilidad que los conferidos a cualquiera de los demás. En su inmensidad, las leyes de la naturaleza se diversifican, y si la unidad es la principal expresión del universo, la variedad infinita es asimismo su eterno atributo.

39. A pesar del prodigioso número de esas estrellas y de sus sistemas, a despecho de las distancias inconmensurables que las separan, todas pertenecen a la misma nebulosa estelar que la mirada de los más poderosos telescopios apenas consigue atravesar, y que

las concepciones de la más osada imaginación apenas consiguen alcanzar, nebulosa que, con todo, no es más que una unidad en el orden de las nebulosas que componen el mundo astral.

40. Las estrellas que se denominan *fijas* no están inmóviles en la extensión. Las constelaciones que el hombre imaginó en la bóveda del firmamento no son creaciones simbólicas reales. La *distancia* a que se encuentran de la Tierra, así como la perspectiva con que se mide el universo desde la estación terrenal, constituyen las dos causas de esa doble ilusión óptica.

41. Hemos visto que la totalidad de los astros que titilan en la bóveda azulada se encuentra encerrada en una misma aglomeración cósmica, en una misma nebulosa a la que vosotros llamáis *Vía Láctea*. Con todo, si bien pertenecen al mismo grupo, no por eso cada uno de esos astros deja de estar animado por un movimiento propio de traslación en el espacio, pues el reposo absoluto no existe en ninguna parte. Los astros están regidos por las leyes universales de la gravitación, y ruedan en la extensión al impulso incesante de esa inmensa fuerza. Ruedan, no según rumbos trazados por el acaso, sino según órbitas cerradas cuyo centro está ocupado por un astro superior. Para hacer, por medio de un ejemplo, más comprensibles mis palabras, me referiré de modo especial a vuestro Sol.

42. Se sabe, por medio de observaciones modernas, que el Sol no está fijo ni en un centro, como se creía en los primeros tiempos de la nueva astronomía, sino que avanza por el espacio, arrastrando consigo su vasto sistema de planetas, satélites y cometas.

Ahora bien, esa marcha no se produce por acaso. El Sol no deambula por los vacíos infinitos, extraviando a sus hijos y súbditos lejos de las regiones que se le han asignado. No, su órbita está determinada y, en concurrencia con otros soles de su misma categoría, rodeados como él de un cierto número de tierras habitadas, gravita en torno de un sol central. Su movimiento de gravitación,

al igual que el de sus soles hermanos, no es apreciable mediante observaciones anuales, ya que solamente un gran número de períodos seculares serían suficientes para determinar la duración de uno de sus años astrales.

43. Ese sol central, al que acabamos de aludir, es a su vez un globo secundario que se relaciona con otro más importante aún, alrededor del cual perpetúa una marcha lenta y acompasada en compañía de otros soles del mismo orden.

Podríamos comprobar esa subordinación sucesiva de soles a soles, hasta que nuestra imaginación se canse de ascender a través de esa jerarquía, porque no olvidemos que se pueden contar, en números redondos, unos treinta millones de soles en la Vía Láctea, subordinados unos a otros como los engranajes gigantescos de un inmenso sistema.

44. Y esos astros, en cantidades incontables, viven una vida solidaria. Así como nadie se encuentra aislado en la economía de vuestro pequeño mundo terrestre, tampoco nada lo está en el universo inconmensurable.

Vistos a la distancia, con la mirada inquisidora del filósofo que pudiese abarcar el panorama que el espacio y el tiempo despliegan, esos sistemas de sistemas parecerían una polvareda de pepitas de oro levantada en torbellinos por el soplo divino, que hace volar por los cielos los mundos siderales, así como vuelan los granos de arena en las dunas del desierto.

¡Nada de inmovilidad, nada de silencio, nada de noche! El gran espectáculo que entonces se desplegaría ante nuestros ojos sería la creación real, inmensa y plena de la vida etérea que abarca en su inmenso conjunto la mirada infinita del Creador.

No obstante, hasta aquí hemos hablado de una única nebulosa que, con sus millones de soles y sus millones de tierras habitadas,

forma apenas, como ya lo hemos dicho, una isla en el archipiélago infinito.

Los desiertos del espacio

45. Un desierto inmenso, sin límites, se extiende más allá de la aglomeración de estrellas que acabamos de mencionar, y la envuelve. Soledades suceden a soledades, e inconmensurables planicies de vacío se extienden a lo lejos. Los cúmulos de materia cósmica se encuentran aislados en el espacio como islas flotantes de un inmenso archipiélago. Si queremos apreciar de alguna forma la distancia enorme que separa al cúmulo de estrellas del que formamos parte, de otras aglomeraciones más cercanas, debemos saber que esas islas estelares se encuentran diseminadas y son escasas en el vasto océano de los cielos, y que la extensión que separa a unas de otras es incomparablemente mayor que la que mide sus respectivas dimensiones.

Ahora bien, como ya vimos, la nebulosa estelar mide, en números redondos, mil veces la distancia de las estrellas más próximas, es decir, unos cien mil trillones de leguas. La distancia que existe entre ellas, por ser mucho mayor, no podría ser expresada en números accesibles para la comprensión de nuestro espíritu. Sólo la imaginación, en sus concepciones más elevadas, es capaz de atravesar esa prodigiosa inmensidad, esas soledades mudas y privadas de toda apariencia de vida, y de encarar de algún modo la idea de esa infinidad relativa.

46. No obstante, ese desierto celeste que envuelve a nuestro universo sideral, y que parece extenderse como si se tratara del más lejano confín de nuestro mundo astral, es abarcado por la vista y el poder infinito del Altísimo, que, más allá de esos cielos de nuestros cielos, ha desarrollado la trama de su creación sin límites.

47. Más allá de esas vastas soledades, en efecto, mundos magnificentes irradian tanto como en las regiones accesibles a las investigaciones humanas; más allá de esos desiertos fluctúan espléndidos oasis en el límpido éter, y renuevan sin cesar las escenas admirables de la existencia y de la vida. Allá se suceden los conglomerados lejanos de sustancia cósmica, a los que la profunda mirada del telescopio entrevé a través de las regiones transparentes de nuestro cielo, y a los que dais el nombre de "nebulosas irresolubles", las cuales os parecen ligeras nubes de polvo blanco, perdidas en un punto desconocido del espacio etéreo. Allá se revelan y se desarrollan mundos nuevos, cuyas condiciones variadas y diversas de las que son inherentes a vuestro globo, les confieren una vida que vuestras concepciones no pueden imaginar, ni vuestros estudios comprobar. Es allá donde fulgura en toda su plenitud el poder creador. Aquel que llega desde las regiones ocupadas por vuestro sistema, se depara con la acción de otras leyes, cuyas fuerzas rigen las manifestaciones de la vida. Y los nuevos caminos que se nos presentan en esas singulares regiones nos abren sorprendentes perspectivas.

Sucesión eterna de los mundos

48. Hemos visto que ha sido otorgada al universo una única ley, primordial y general, para garantizarle la estabilidad eterna, y que esa ley general es perceptible por nuestros sentidos mediante muchas acciones particulares, a las que denominamos fuerzas rectoras de la naturaleza. Ahora vamos a mostrar que la armonía del mundo entero, considerada bajo el doble aspecto de la eternidad y del espacio, está garantizada por esa ley suprema.

49. En efecto, si nos remontamos al origen primero de las primitivas aglomeraciones de sustancia cósmica, notaremos que

ya entonces, bajo el imperio de esa ley, la materia sufre las transformaciones necesarias que la llevan del germen al fruto maduro, y que bajo el impulso de las diversas fuerzas nacidas de esa ley, recorre la escala de las revoluciones periódicas. En primer lugar, centro fluídico de los movimientos; a continuación, generador de los mundos; más tarde, núcleo central y atractivo de las esferas que han nacido de su seno.

Ya sabemos que esas leyes rigen la historia del cosmos; lo que ahora importa saber es que también rigen la destrucción de los astros, dado que la muerte no es solamente una metamorfosis del ser vivo, sino también una transformación de la materia inanimada. Si es exacto que se diga, en sentido literal, que la vida sólo es accesible a la hoz de la muerte, no es menos exacto afirmar que la sustancia debe sufrir necesariamente las transformaciones inherentes a su constitución.

50. Veamos aquí un mundo que, desde su cuna primitiva, ha recorrido toda la extensión de los años que su organización especial le permitía recorrer. Extinguido el foco interior de su existencia, sus elementos propios perdieron la virtud inicial; los fenómenos de su naturaleza, que reclamaban para producirse la presencia y la acción de las fuerzas correspondientes a ese mundo, ya no pueden producirse de ahora en adelante, porque la palanca de su actividad ya no dispone del punto de apoyo que le concedía toda su fuerza.

Ahora bien, ¿será posible que esa tierra extinguida y sin vida continúe gravitando en los espacios celestes sin una finalidad, y que atraviese como una ceniza inútil el torbellino de los cielos? ¿Será posible que permanezca inscripta en el libro de la vida universal, cuando no es más que letra muerta y vacía de sentido? No. Las mismas leyes que la elevaron sobre el caos tenebroso y la premiaron con los esplendores de la vida, las mismas fuerzas que la rigieron durante los siglos de su adolescencia, que consolidaron sus primeros pasos en la existencia y que la condujeron a la edad

madura y a la vejez, van también a presidir la disgregación de sus elementos constitutivos, a fin de restituirlos al laboratorio donde el poder creador absorbe incesantemente las condiciones de la estabilidad general. Esos elementos van a volver a la masa común del éter para asimilarse a otros cuerpos o para regenerar otros soles. Así, esa muerte no será un acontecimiento inútil, ni para esa tierra ni para sus hermanas. En otras regiones renovará otras creaciones de naturaleza diferente y, allí donde los sistemas de mundos hayan desaparecido, en breve renacerá otro jardín de flores más brillantes y más perfumadas.

51. De ese modo, la eternidad real y efectiva del universo está garantizada por las mismas leyes que rigen las operaciones del tiempo; de ese modo, mundos suceden a mundos, soles a soles, sin que el inmenso mecanismo de los vastos cielos sea jamás afectado en sus gigantescos resortes.

Allí donde vuestros ojos admiran espléndidas estrellas bajo la bóveda nocturna, allí donde vuestro espíritu contempla irradiaciones magníficas que resplandecen en los espacios distantes, hace mucho tiempo que el dedo de la muerte extinguió esos esplendores, hace mucho que el vacío sucedió a esos deslumbramientos y ya recibe incluso nuevas creaciones aún desconocidas. La distancia inmensa a que se encuentran esos astros, por efecto de la cual la luz que nos envían emplea miles de años para llegar hasta nosotros, hace que recién ahora recibamos los rayos que ellos nos han enviado mucho tiempo antes de la creación de la Tierra, y que todavía los admiremos durante miles de años después de su desaparición real.

¿Qué son los seis mil años de la humanidad histórica frente a los períodos seculares? Apenas segundos de vuestros siglos. ¿Qué valor poseen vuestras observaciones astronómicas en relación con el estado absoluto del mundo? La sombra eclipsada por el Sol.

52. Por consiguiente, reconozcamos aquí, como en nuestros otros estudios, que la Tierra y el hombre no son nada comparados con lo que existe, y que las más colosales operaciones de nuestro pensamiento se trasladan con dificultad sobre un campo imperceptible en comparación con la inmensidad y la eternidad de un universo que nunca tendrá fin.

Y cuando esos períodos de nuestra inmortalidad hayan pasado sobre nuestras cabezas; cuando la historia actual de la Tierra se nos presente como una sombra vaporosa en el fondo de nuestros recuerdos; cuando durante siglos incontables hayamos habitado en esos diversos escalones de nuestra jerarquía cosmológica; cuando los más lejanos dominios de las edades futuras hayan sido recorridos por nosotros en innumerables peregrinaciones, entonces tendremos delante la sucesión ilimitada de los mundos y, como perspectiva, la inmóvil eternidad.

La vida universal

53. Esa inmortalidad de las almas, que tiene como base el sistema del mundo físico, pareció imaginaria a ciertos pensadores prejuiciosos; la calificaron irónicamente de inmortalidad viajera, y no comprendieron que sólo ella era verdadera ante el espectáculo de la Creación. Sin embargo, se puede comprender toda su grandeza, incluso yo diría, toda su perfección.

54. Que las obras de Dios sean creadas para el pensamiento y la inteligencia; que los mundos sean moradas de seres que las contemplan y descubren en ellas, debajo del velo, el poder y la sabiduría de Aquel que las formó, son cuestiones que ya no nos ofrecen duda. Lo que importa saber, no obstante, es que las almas que las pueblan sean solidarias.

55. De hecho, la inteligencia humana encuentra dificultad para considerar que esos globos radiantes que destellan en la extensión sean simples masas de materia inerte y sin vida. Le cuesta pensar que en esas regiones distantes no haya magníficos crepúsculos y noches espléndidas, soles fecundos y días plenos de luz, valles y montañas donde las producciones múltiples de la naturaleza desarrollen toda su lujuriosa imponencia. Le cuesta imaginar –he dicho– que el espectáculo divino con el cual el alma se robustece, tal como ocurre con su propia vida, carezca de existencia y de algún ser pensante que pueda conocerlo.

56. Con todo, a esta idea eminentemente acertada de la Creación, es preciso agregar la de la humanidad solidaria, y en eso consiste el misterio de la eternidad futura.

Una misma familia humana fue creada en la universalidad de los mundos, y a esos mundos han sido confiados los lazos de una fraternidad que aún no sabéis apreciar. Esos astros que se armonizan en sus vastos sistemas están habitados por inteligencias que no son seres desconocidos unos de otros, sino seres que llevan en la frente las señales del mismo destino, que habrán de encontrarse temporariamente según sus funciones de vida, y que se encontrarán de nuevo según sus mutuas simpatías. Es la gran familia de los Espíritus que pueblan las tierras celestes; es la gran irradiación del Espíritu divino que abarca la extensión de los cielos y que permanece como modelo primitivo y último de la perfección espiritual.

57. ¿Por qué singular aberración se creyó que era necesario negar a la inmortalidad las vastas regiones del éter, para encerrarla en un límite inadmisible y en una dualidad absoluta? El verdadero sistema del mundo, ¿debía entonces preceder a la verdadera doctrina dogmática, y la ciencia preceder a la teología? ¿Se extraviará esta última mientras establezca su base en la metafísica? La respuesta es sencilla, y nos muestra que la nueva filosofía habrá de

instalarse triunfante sobre las ruinas de la antigua, porque su base se habrá erguido victoriosa sobre los antiguos errores.

La ciencia

58. La inteligencia humana ha expandido sus potentes concepciones más allá de los límites del espacio y el tiempo; ha penetrado en el dominio inaccesible de las antiguas edades, sondeado el misterio de los cielos insondables, y explicado el enigma de la creación. El mundo exterior ha desplegado ante los ojos de la ciencia su panorama espléndido y su magnífica opulencia, y los estudios realizados por el hombre han permitido que este se eleve hasta el conocimiento de lo verdadero; ha explorado el universo, encontrado la expresión de las leyes que lo rigen y la aplicación de las fuerzas que lo sostienen, y si no le ha sido dado mirar cara a cara a la causa primera, por lo menos ha llegado a la noción matemática de la serie de las causas segundas.

En este último siglo, sobre todo, el método experimental –el único verdaderamente científico– fue aplicado a las ciencias naturales, y con su ayuda el hombre se ha despojado poco a poco de los prejuicios de la antigua Escuela y de las teorías especulativas, para mantenerse en el campo de la observación, cultivándolo con cuidado e inteligencia.

En efecto, la ciencia del hombre es sólida y fecunda, digna de nuestros homenajes por su pasado difícil y largamente probado, digna de nuestras simpatías por su futuro repleto de descubrimientos útiles y provechosos; porque la naturaleza es ahora un libro abierto a las investigaciones del hombre estudioso, un mundo accesible a las reflexiones del pensador, una región brillante, que el espíritu humano ha visitado ya, y en la que puede avanzar con decisión, llevando por brújula la experiencia.

59. Así me hablaba, no hace mucho, un viejo amigo de mi vida terrestre. Una peregrinación nos había llevado de nuevo a la Tierra, y volvíamos a estudiar moralmente este mundo. Mi compañero afirmaba que el hombre está hoy familiarizado con las leyes más abstractas de la mecánica, de la física, de la química; que sus aplicaciones en la industria no son menos notables que las deducciones de la ciencia pura, y que la creación entera, sabiamente estudiada por él, parece ser desde ahora su prerrogativa real. Y como proseguíamos nuestra marcha, ya fuera de este mundo, le respondí en estos términos:

60. Débil átomo perdido en un punto imperceptible de lo infinito, el hombre cree abarcar con su mirada la extensión universal, cuando apenas puede contemplar la región en que habita; cree estudiar las leyes de la naturaleza entera, cuando sus percepciones apenas se limitan a las fuerzas que actúan alrededor suyo; cree determinar la magnitud del cielo, cuando se consume para definir una partícula de polvo. Su campo de observación es tan exiguo, que le cuesta encontrar un hecho perdido de vista. El cielo y la tierra del hombre son tan pequeños, que el alma, en su vuelo, no tiene tiempo de desplegar las alas antes de que llegue a los últimos parajes accesibles a la observación.

El universo inconmensurable nos rodea por todas partes, despliega más allá de nuestros cielos riquezas desconocidas, pone en juego fuerzas inapreciables, desarrolla modos de existencia inconcebibles para nosotros, y propaga hasta lo infinito los esplendores y la vida.

Y el arador, mísero ácaro, diminuto insecto privado de alas y de luz, cuya triste existencia transcurre en la hoja donde nació, ¿pretendería tener derecho a hablar acerca del árbol inmenso al que pertenece, del que apenas percibe su sombra, solo porque ha dado algunos pasos en esa hoja agitada por el viento? ¿Acaso imaginaría locamente la posibilidad de razonar sobre el bosque

del que su árbol forma parte, y discutir con sabiduría respecto de la naturaleza de los vegetales que en él se desarrollan, de los seres que en él habitan, del lejano Sol cuyos rayos penetran a veces para llevarle el movimiento y la vida? ¡En verdad, el hombre sería demasiado presumido si quisiera medir la grandeza infinita con su infinita pequeñez!

También el hombre debe hacerse a la idea de que, si bien los arduos trabajos de los siglos pasados le han permitido granjearse su primer conocimiento de las cosas, y aun cuando el progreso del espíritu lo haya colocado en el vestíbulo del saber, todavía no hace más que deletrear la primera página del libro. Le sucede como al niño, que es susceptible de engañarse a cada palabra, de modo tal que, lejos de querer interpretar la obra como un doctor, debe contentarse con estudiarla humildemente, página por página, línea por línea. ¡Dichosos aun los que pueden hacerlo!

Consideraciones morales

61. Nos acompañasteis en nuestras excursiones celestes, y visitasteis con nosotros las inmensas regiones del espacio. Ante nuestra mirada, los soles han sucedido a los soles, los sistemas a los sistemas, las nebulosas a las nebulosas; ante nuestros pasos se desplegó el panorama espléndido de la armonía del cosmos, y gozamos anticipadamente de la idea de lo infinito, a la que solamente de acuerdo con nuestra perfectibilidad futura podremos comprender en toda su extensión. Los misterios del éter nos develaron su enigma, hasta aquí indescifrable, y al menos concebimos la idea de la universalidad de las cosas. Es necesario que ahora nos detengamos a reflexionar.

62. No cabe duda de que es bueno haber reconocido cuán ínfima es la Tierra, y lo mediocre que resulta su importancia en

la jerarquía de los mundos; es bueno haber abatido la presunción humana, que nos es tan apreciada, y habernos humillado ante la grandeza absoluta. No obstante, aún será más bueno que interpretemos en sentido moral el espectáculo del que hemos sido testigos. Deseo hablar del poder infinito de la naturaleza, y de la idea que nos debemos hacer de su modo de actuar en los diversos dominios del vasto universo.

63. Como estamos habituados a juzgar las cosas según nuestra pobre e insignificante morada, imaginamos que la naturaleza no ha podido o no ha debido actuar sobre los otros mundos más que de acuerdo con las reglas que conocemos en la Tierra. Ahora bien, es precisamente en ese punto que debemos reformar nuestro modo de ver.

Por un instante, echad una mirada sobre una región cualquiera de vuestro globo y sobre una de las producciones de vuestra naturaleza, ¿no reconocéis allí el sello de una variedad infinita y la prueba de una actividad sin par? ¿No veis en el ala de una avecilla de las Canarias, en el pétalo de un pimpollo de rosa entreabierto, la prodigiosa fecundidad de esa bella naturaleza?

Que vuestros estudios sean aplicados a los seres que aletean en los aires, que desciendan hasta la violeta de los prados, que se sumerjan en las profundidades del océano, y en todo y por todas partes leeréis esta verdad universal: la naturaleza todopoderosa obra conforme a los lugares, los tiempos y las circunstancias; es una sola en su armonía general, aunque múltiple en sus producciones; juguetea con un sol tanto como con una gota de agua; puebla de seres vivos un mundo inmenso con la misma facilidad con que hace eclosionar el huevo depositado por la mariposa.

64. Ahora bien, si es tal la variedad que la naturaleza ha podido describirnos en todos los lugares de este pequeño mundo, tan estrecho, tan limitado, ¿cuánto más amplio debéis considerar ese modo de acción si evaluáis las perspectivas de los mundos enormes?

¿Cuánto más desarrollada y pujante habréis de reconocer su poderosa amplitud si la aplicáis en esos mundos maravillosos que, mucho más que la Tierra, dan testimonio de su incognoscible perfección?

No veáis, pues, en torno de cada uno de los soles del espacio, sólo sistemas planetarios semejantes al vuestro; no veáis en esos planetas sólo los tres reinos de la naturaleza que brillan alrededor vuestro. Pensad, por el contrario, que así como ningún rostro de hombre es semejante a otro en todo el género humano, también una diversidad prodigiosa, inimaginable, ha sido esparcida por las moradas etéreas que flotan en el seno de los espacios.

Del hecho de que nuestra naturaleza animada comience en el zoófito y culmine en el hombre, que la atmósfera alimente la vida terrestre, que el elemento líquido la renueve sin cesar, que vuestras estaciones hagan que se sucedan en esa vida los fenómenos que las distinguen, no deduzcáis que los millones de millones de planetas que ruedan en la inmensidad sean semejantes a aquel en el que habitáis. Lejos de eso, aquellos difieren de acuerdo con las disímiles condiciones que les han sido prescriptas, y conforme al papel que le cupo a cada uno en el escenario del mundo. Son variadas piedras preciosas de un inmenso mosaico, flores diversas de un maravilloso jardín.

Capítulo vii

Esbozo geológico de la tierra

Períodos geológicos.- Estado primitivo del globo.-
Período primario.- Período de transición.-
Período secundario.- Período terciario.- Período diluviano.-
Período posdiluviano o actual.- Aparición del hombre.

Períodos geológicos

1. La Tierra conserva los rastros evidentes de su formación, cuyas fases pueden ser seguidas con precisión matemática en los diferentes terrenos que constituyen su corteza. El conjunto de esos estudios constituye la ciencia denominada *geología*, nacida en este siglo, y que proyectó luz sobre la tan controvertida cuestión del origen de la Tierra y de los seres vivos que habitan en ella. Aquí no se trata de simples hipótesis, sino del resultado riguroso de la observación de los hechos; y ante los hechos, ninguna duda se justifica. La historia de la formación del globo está escrita en las capas geológicas de una manera mucho más precisa que en los libros preconcebidos, porque es la naturaleza misma que habla, que se muestra desnuda, y no la imaginación de los hombres, creadora de sistemas. Donde se noten indicios de fuego, se puede decir con certeza que allí hubo fuego; donde se vean los del agua, se pude afirmar con igual certeza que el agua estuvo allí; donde se observen huellas de animales, se puede decir que allí vivieron animales.

La geología es, pues, una ciencia de observación; sólo extrae conclusiones de lo que ve; sobre los puntos dudosos, nada afirma: apenas emite opiniones discutibles cuya solución definitiva aguarda observaciones más completas. Sin los descubrimientos de la geología, así como sin los de la astronomía, la génesis del mundo todavía estaría entre las tinieblas de la leyenda. Gracias a ella, el hombre conoce hoy la historia de su morada, y se ha desmoronado, para no volver a erigirse, el andamiaje de fábulas que rodeaban su origen.

2. En todos los terrenos donde existan zanjas, excavaciones naturales o practicadas por los hombres, se nota lo que se denomina *estratificaciones*, es decir, capas superpuestas. Los terrenos que presentan esa disposición son designados con el nombre de *terrenos estratificados*. Esas capas, de espesor muy variable –desde algunos centímetros hasta cien metros o más–, se distinguen entre sí por el color y la naturaleza de las sustancias con que están compuestas. Los trabajos de ingeniería, la perforación de pozos, la explotación de canteras y, sobre todo, de minas, han permitido que fueran observadas hasta una gran profundidad.

3. En general, las capas son homogéneas, es decir, que cada una está constituida de la misma sustancia, o de sustancias diversas que existieron juntas y que formaron un todo compacto. La línea de separación que aísla a unas de las otras siempre está nítidamente trazada, como en las hiladas de una construcción. En ninguna parte se presentan mezcladas o confundidas unas con otras en los puntos de sus respectivos límites, como se da, por ejemplo, con los colores del prisma y del arco iris.

Por esas características se reconoce que se formaron sucesivamente, depositándose una sobre otra según condiciones y causas diferentes. Las más profundas son, naturalmente, las que se formaron en primer lugar, y con posterioridad se constituyeron las más superficiales. La última de todas, aquella que se encuentra en

la superficie, es la capa de tierra vegetal, que debe sus propiedades a los detritos de materias orgánicas provenientes de las plantas y los animales.

Las capas inferiores, ubicadas por debajo de la capa vegetal, recibieron en geología el nombre de *rocas*, palabra que en esa acepción no siempre implica la idea de una sustancia pedregosa, sino un lecho o banco constituido de una sustancia mineral cualquiera. Algunas están formadas por arena, arcilla o tierra arcillosa, marga, cantos rodados; otras, por piedras propiamente dichas, más o menos duras, tales como las areniscas, los mármoles, la creta, los calcáreos o piedra caliza, el pedernal, los carbones de piedra, los asfaltos, etc. Se dice que una roca es más o menos potente, según sea más o menos considerable su espesor.

4. Mediante la inspección de la naturaleza de esas rocas o capas se reconoce, por señales precisas, que unas provienen de materias fundidas y a veces vitrificadas por la acción del fuego; otras, de sustancias terrosas depositadas por el agua. Algunas de esas sustancias se conservan disgregadas, como la arena; otras, al principio en estado pastoso, por la acción de ciertos agentes químicos o por otras causas se endurecieron y adquirieron con el tiempo la consistencia de la piedra. Los bancos de piedras superpuestas indican depósitos sucesivos. Por consiguiente, el fuego y el agua han intervenido en la formación de los materiales que componen la corteza sólida del globo.

5. La posición normal de las capas terrosas o pedregosas, provenientes de depósitos de agua, es la dirección horizontal. Cuando vemos esas planicies inmensas, que a veces se extienden hasta donde alcanza la vista, perfectamente horizontales, lisas como si las hubiesen nivelado con un rodillo, o esos valles profundos tan planos como la superficie de un lago, podemos tener la certeza de que en una época más o menos remota esos lugares han estado durante largo tiempo cubiertos por aguas mansas que, al retirarse, dejaron

secas las tierras que ellas depositaron mientras permanecieron allí. Al retirarse las aguas, esas tierras se cubrieron de vegetación. Si en vez de tierras grasosas, limosas, arcillosas o margosas, aptas para asimilar los principios nutritivos, las aguas sólo hubiesen depositado arenas silíceas, sin agregación, tendríamos las planicies arenosas y áridas que constituyen las estepas y los desiertos. Los depósitos que quedan de las inundaciones parciales y los que forman los aluviones en la desembocadura de los ríos nos pueden dar una pequeña idea al respecto.

6. Aunque la posición horizontal sea la más común y la que a menudo asumen las formaciones acuosas, no es raro que en las regiones montañosas se vean, en extensiones bastante importantes, rocas duras, cuya naturaleza indica que fueron formadas por las aguas, pero en posición inclinada y, en ocasiones, hasta vertical. Ahora bien, como según las leyes de equilibrio de los líquidos y de la gravedad, los depósitos acuosos sólo pueden formarse en planos horizontales, puesto que los que se forman sobre planos inclinados son arrastrados por las corrientes y por el propio peso hacia las tierras bajas, resulta evidente que esos depósitos han sido erigidos por alguna fuerza, después de que se hubieran solidificado o transformado en piedra.

De estas consideraciones se puede concluir con certeza que las capas pedregosas que, provenientes de depósitos de agua, se encuentran en posición perfectamente horizontal, fueron formadas en el transcurso de los siglos por aguas mansas, y que, siempre que se encuentren en posición inclinada, el suelo fue convulsionado y desplazado con posterioridad por destrucciones generales o parciales más o menos considerables.

7. Un hecho característico y de suma importancia, por el testimonio irrecusable que ofrece, es la existencia de restos de animales y vegetales *fósiles*, que han sido hallados en enormes cantidades dentro de las diferentes capas. Como esos restos se encuentran

incluso en las piedras más duras, se debe concluir que la existencia de tales seres es anterior a la formación de las mencionadas piedras. Ahora bien, si tomamos en cuenta la extraordinaria cantidad de siglos que han sido necesarios para producir esa consolidación y para que llegaran al estado en que se encuentran desde tiempo inmemorial, se arriba forzosamente a la conclusión de que la aparición de los seres orgánicos en la Tierra se pierde en la noche de los tiempos y que, por consiguiente, es muy anterior a la fecha que el *Génesis* le asigna[21].

8. Entre los restos de vegetales y animales hay algunos que están penetrados en todos los puntos de su sustancia por materias silíceas o calcáreas, que los convirtieron en piedras, algunas de las cuales tienen la dureza del mármol, sin que eso haya alterado su forma. Esas son las petrificaciones propiamente dichas. Otros fueron simplemente recubiertos por la materia en estado pastoso; se los encuentra intactos y, algunos, enteros, en las piedras más duras. Por último, otros sólo dejaron impresiones, pero de una nitidez y una delicadeza impresionantes. En el interior de ciertas piedras se hallaron incluso impresiones de pisadas y, por la forma de las

---

21. *Fósil*, del latín *fossilia*, *fossilis*, derivado de *fossa*, fosa, y de *fodere*, cavar, excavar la tierra. En geología, esta palabra se emplea para designar cuerpos o despojos de cuerpos orgánicos pertenecientes a seres que vivieron con anterioridad a las épocas históricas. Por extensión, se dice igualmente de las sustancias minerales que revelan trazas de la presencia de seres organizados, tales como las impresiones dejadas por vegetales o animales.

La palabra *fósil*, cuya acepción es más general, ha sustituido al término *petrificación*, que solo se aplicaba a los cuerpos transformados en piedra por la infiltración de materias silíceas o calcáreas en los tejidos orgánicos. Todas las petrificaciones son necesariamente fósiles, pero no todos los fósiles son petrificaciones.

Los objetos que quedan recubiertos por una capa pedregosa cuando se los sumerge en ciertas aguas cargadas de sustancias calcáreas, no son petrificaciones propiamente dichas, sino simples incrustaciones. En cuanto a los monumentos, inscripciones y objetos provenientes de fabricación humana, pertenecen al dominio de la arqueología. (N. de Allan Kardec.)

patas, los dedos y las uñas, se pudo reconocer la especie animal de la que provenían.

9. Los fósiles de animales no contienen, y eso es fácil de comprender, más que las partes sólidas y resistentes, es decir, la osamenta, los caparazones, los cuernos y, en algunas ocasiones, esqueletos completos. La mayor parte de las veces, sin embargo, son sólo partes separadas, pero cuya procedencia se reconoce fácilmente. Si se examina una mandíbula o un diente, es posible determinar de inmediato si pertenece a un animal herbívoro o carnívoro. Como todas las partes del animal guardan una forzosa correlación, la forma de la cabeza, de un omóplato, del hueso de una pierna, de una pata, es suficiente para determinar el tamaño, el aspecto general y el tipo de vida del animal[22]. Los animales terrestres poseen una organización que no da lugar a que se los confunda con los animales acuáticos. Los peces y los moluscos fósiles son muy numerosos, sólo estos últimos forman a veces bancos enteros de considerable densidad. Por su naturaleza, se determina sin dificultad si son animales marinos o de agua dulce.

10. Los cantos rodados, que en ciertos lugares forman rocas formidables, constituyen un indicio inequívoco de su origen. Son redondeados como los guijarros de la playa, evidencia cierta de la fricción a la que estuvieron sometidos por efecto de las aguas. Las zonas donde se encuentran enterrados en cantidades considerables estuvieron sin duda ocupadas por el océano, o por aguas agitadas violentamente.

11. Además, los terrenos de las diversas formaciones se caracterizan por la naturaleza de los fósiles que encierran. Los más antiguos contienen especies animales y vegetales que han desaparecido

22. En el punto al que Georges Cuvier llevó la ciencia paleontológica, alcanza con frecuencia un solo hueso para determinar el género, la especie, el aspecto de un animal, sus hábitos e incluso para reconstruirlo por completo. (N. de Allan Kardec.)

totalmente de la superficie del globo. Ciertas especies más recientes también han desaparecido, pero se han conservado otras análogas que apenas difieren de aquellas por el tamaño y por algunos detalles de forma. Otras, por último, a cuyos postreros representantes todavía encontramos, tienden indudablemente a desaparecer en un futuro más o menos próximo, tales como los elefantes, los rinocerontes, los hipopótamos, etc. De tal modo, a medida que las capas terrestres se aproximan a nuestra época, las especies animales y vegetales también se acercan a las que existen hoy.

Las perturbaciones, los cataclismos que se han producido en la Tierra desde su origen, modificaron, pues, las condiciones de viabilidad, e hicieron desaparecer generaciones enteras de seres vivos.

12. Al examinar la naturaleza de las capas geológicas, se llega a saber del modo más positivo si en la época de su formación la zona donde aparecen estaba ocupada por el mar, por lagos o por bosques y planicies poblados de animales terrestres. Por consiguiente, si en una misma región se encuentra una serie de capas superpuestas, que contienen alternativamente fósiles marinos, terrestres y de agua dulce, que se repiten muchas veces, ese hecho constituye la prueba indiscutible de que esa zona estuvo en muchas ocasiones invadida por el mar, cubierta de lagos, y que posteriormente se secó.

¡Cuántos siglos de siglos, por cierto, de miles de siglos tal vez, han sido precisos para que cada período se completase! ¡Qué fuerza poderosa habrá sido necesaria para desplazar y volver a su lugar el océano, o para erigir las montañas! ¡Cuántas revoluciones físicas, conmociones violentas, habrá tenido que pasar la Tierra hasta llegar a ser como la vemos desde los tiempos históricos! ¡Y pretender que todo eso fue una obra realizada en menos tiempo del que requiere una planta para germinar!

13. El estudio de las capas geológicas atestigua, como ya se ha dicho, formaciones sucesivas que modificaron el aspecto del globo y dividen su historia en numerosas épocas. Esas épocas constituyen

los denominados *períodos geológicos*, cuyo conocimiento es esencial para establecer la génesis. Entre estos, los principales son seis, designados con los nombres de período primario, de transición, secundario, terciario, diluviano y posdiluviano o actual. Los terrenos formados durante cada período también se denominan: terrenos primitivos, de transición, secundarios, etc. Se dice, así, que tal o cual capa o roca, tal o cual fósil, se encuentra en los terrenos de tal o cual período.

14. Es fundamental tomar en cuenta que la cantidad de esos períodos no es absoluta, sino que depende de los sistemas de clasificación. Los seis principales, ya mencionados, sólo comprenden los que están caracterizados por una transformación notable y general en el estado del globo; pero la observación demuestra que se produjeron muchas formaciones sucesivas durante cada uno de ellos. A eso se debe que estén divididos en subperíodos caracterizados por la naturaleza de los terrenos, que elevan a veintiséis el número de las formaciones generales perfectamente caracterizadas, sin contar los que provienen de modificaciones debidas a causas puramente locales.

Estado primitivo del globo

15. El achatamiento de los polos y otros hechos concluyentes son indicios seguros de que la Tierra, en su origen, se hallaba en estado de fluidez o pastoso. Ese estado pudo haberse debido a que la materia estuviera licuada por la acción del fuego, o diluida por el agua.

Se suele decir, según un proverbio, que no hay humo sin fuego. Esta proposición, rigurosamente cierta, constituye una aplicación del principio: no hay efecto sin causa. Por la misma razón se puede decir: no hay fuego sin un foco. Ahora bien, por los hechos

que ocurren delante de nuestros ojos, no es sólo humo lo que se produce en la Tierra, sino fuego muy real, que debe tener un foco. Como ese fuego proviene del interior de la Tierra y no de lo alto, el foco debe estar en su interior; y como el fuego es permanente, el foco también debe serlo.

El calor, que aumenta a medida que se penetra en el interior de la Tierra, y que a cierta profundidad alcanza una temperatura muy elevada; las fuentes termales, tanto más calientes cuanto más profundas están sus nacientes; los fuegos y las masas de materia fundida y ardiente que escapan de los volcanes, como de inmensos respiraderos, o por las grietas abiertas en determinados temblores de tierra, no dejan duda sobre la existencia de un fuego interior.

16. La experiencia demuestra que la temperatura se eleva un grado cada treinta metros de profundidad, de donde se deduce que a una profundidad de 300 metros, el aumento es de 10 grados; a 3.000 metros, de 100 grados (la temperatura del agua en ebullición); a 30.000 metros, o sea 7 u 8 leguas, de 1.000 grados; a 25 leguas, de más de 3.300 grados, temperatura a la cual ninguna materia conocida resiste la fusión. De ahí, hasta el centro, que estaría ocupado por materias fundidas, hay todavía una distancia de más de 1.400 leguas, o 2.800 leguas si se considera el diámetro.

Aunque esta sólo sea una suposición, al evaluar la causa por el efecto, reúne todos los caracteres de la probabilidad, y conduce a la conclusión de que la Tierra es aún una masa incandescente recubierta por una corteza sólida cuyo espesor es de 25 leguas en el punto máximo, lo que representa apenas la 120ª parte de su diámetro. Proporcionalmente, sería mucho más estrecha que el grosor de la más delgada cáscara de naranja.

Además, el espesor de la corteza terrestre es muy variable, pues existen zonas, sobre todo en los terrenos volcánicos, donde el calor y la flexibilidad del suelo indican que este es muy poco

considerable. La elevada temperatura de las aguas termales constituye también una señal de la proximidad del fuego central.

17. De ese modo, resulta evidente que el estado primitivo fluido o pastoso de la Tierra debe de haber tenido como causa la acción del calor, y no la del agua. Por consiguiente, en su origen, la Tierra era una masa incandescente. A consecuencia de la radiación calórica, ocurrió lo que sucede con toda materia en fusión: se fue enfriando poco a poco, comenzando el enfriamiento como era natural por la superficie, que se solidificó, mientras que el interior se conservó fluido. Se puede, así, comparar a la Tierra con un bloque de carbón cuando sale incandescente del horno, y cuya superficie se apaga y enfría en contacto con el aire, mientras que en su interior se conserva ardiente, de conformidad con lo que se verificaría al quebrarlo.

18. En la época en que el globo terrestre era una masa incandescente, no contenía ni un átomo de más ni de menos que hoy, sólo que por la influencia de esa elevada temperatura, la mayor parte de las sustancias que lo componen y que vemos bajo la forma de líquidos o sólidos, de tierra, piedras, metales y cristales, se hallaban en un estado muy diferente; apenas sufrieron una transformación. A consecuencia del enfriamiento y de las mezclas, los elementos formaron nuevas combinaciones. El aire, considerablemente expandido, debió extenderse a una distancia inconmensurable; la totalidad del agua, forzosamente convertida en vapor, estaba mezclada con el aire; todas las materias susceptibles de volatilizarse, tales como los metales, el azufre y el carbono, se hallaban en estado gaseoso. El estado de la atmósfera, por lo tanto, no tenía nada comparable a lo que es hoy; la densidad de todos esos vapores le conferían una opacidad que ningún rayo de sol podía atravesar. Si en esa época hubiese existido un ser vivo sobre la superficie del globo, apenas habría estado iluminado por los siniestros reflejos

del enorme horno que estaba debajo de sus pies y de la atmósfera ardiente.

Período primario

19. El primer efecto del enfriamiento fue la solidificación de la superficie exterior de la masa en fusión, y que se formara en ella una corteza resistente, delgada al comienzo, que poco a poco fue ganando espesor. Esa corteza constituye la piedra denominada *granito*, de una dureza extrema, llamada así por su aspecto granulado. En ella se distinguen tres sustancias principales: el feldespato, el cuarzo o cristal de roca y la mica. Esta última tiene un brillo metálico, aunque no es un metal.

La capa granítica fue, pues, la primera que se formó en el globo; lo cubre por completo y constituye en cierto modo su corteza ósea. Es el producto directo de la consolidación de la materia fundida. Sobre ella, y en las cavidades que presentaba su superficie agitada, se depositaron sucesivamente las capas de los otros terrenos, que se formaron con posterioridad. Lo que la distingue de estos últimos es la ausencia de estratificación, o sea que forma una masa compacta y uniforme en todo su espesor y no está constituida por capas. La efervescencia de la materia incandescente habría de producir en ella numerosas y profundas hendiduras, a través de las cuales se desbordaba esa materia.

20. El segundo efecto del enfriamiento fue la licuefacción de algunas de las materias que el aire contenía en estado de vapor, y que se precipitaron sobre la superficie del suelo. Hubo entonces lluvias y lagos de azufre y betún, verdaderos riachos de hierro, plomo y otros metales fundidos, que se infiltraron en las fisuras, y en la actualidad constituyen las vetas y los filones metálicos.

Bajo la influencia de esos diversos agentes, la superficie granítica experimentó descomposiciones sucesivas. Se produjeron combinaciones que dieron lugar a los terrenos primitivos propiamente dichos, diferentes de la roca granítica, pero en masas confusas y sin una estratificación regular.

Llegaron a continuación las aguas, que al caer sobre un suelo ardiente se evaporaban de nuevo y volvían a caer en forma de lluvias torrenciales, y así sucesivamente hasta que la temperatura les permitió permanecer en el suelo en estado líquido.

Con la formación de los terrenos graníticos comenzó la serie de los períodos geológicos. Así pues, a los seis períodos principales convendría agregar el del estado primitivo de incandescencia del globo.

21. Tal es el aspecto del primer período, un verdadero caos de todos los elementos mezclados, en procura de estabilidad, en el que ningún ser vivo podía existir. Por eso mismo, uno de sus caracteres distintivos, en geología, es la ausencia de vestigios de vida vegetal y animal.

Es imposible establecer una duración determinada para ese primer período, como también para los siguientes. No obstante, luego de considerar el tiempo que hizo falta para que la superficie de una bala de cañón de un cierto volumen, calentada al rojo vivo, se enfriara bastante para que una gota de agua permaneciera sobre ella en estado líquido, se calculó que si ese proyectil tuviese el tamaño de la Tierra serían necesarios más de un millón de años.

Período de transición

22. Al comienzo del período de transición, la corteza sólida granítica aún tenía poco espesor y, por lo tanto, apenas ofrecía una débil resistencia a la efervescencia de las materias incandescentes a

las que recubría y comprimía. Se produjeron, entonces, abundantes hinchamientos y desgarros por donde se escapaba la lava interior. El suelo presentaba desigualdades de escasa consideración.

Las aguas, poco profundas, cubrían casi toda la superficie del globo, con excepción de las partes elevadas, que formaban terrenos bajos y a menudo anegados.

El aire se fue liberando poco a poco de las materias más pesadas, temporariamente en estado gaseoso, las cuales, al condensarse por efecto del enfriamiento, se habían precipitado en la superficie del suelo, y posteriormente fueron arrastradas y disueltas por las aguas.

Cuando se hace mención al enfriamiento en aquella época, se debe entender ese término en un sentido relativo, es decir, en relación con el estado primitivo, porque la temperatura aún debía de ser abrasadora.

Los densos vapores acuosos que se elevaban desde todas partes de la inmensa superficie líquida, caían otra vez en forma de lluvias abundantes y calientes, que oscurecían el aire. Con todo, los rayos del sol comenzaron a aparecer a través de esa atmósfera brumosa.

Una de las últimas sustancias de las que el aire debió expurgarse, dado que su estado natural es gaseoso, fue el ácido carbónico, que era por entonces una de las partes que lo constituían.

23. En esa época comenzaron a formarse las capas de terrenos sedimentarios, depositados por las aguas cargadas de limo y de materias diversas, apropiadas para la vida orgánica.

Entonces aparecieron los primeros seres vivos del reino vegetal y del reino animal. De ellos se encuentran huellas, al principio en cantidad pequeña, y posteriormente cada vez con mayor frecuencia, a medida que se pasa a las capas más elevadas de esa formación. Es notable que la vida se manifieste en todas partes tan pronto como las condiciones son propicias a la viabilidad, y que

cada especie aparezca a medida que se producen las condiciones adecuadas para su existencia. Se diría que los gérmenes estaban latentes, y que solo esperaban las condiciones favorables para brotar.

24. Los primeros seres orgánicos que aparecieron sobre la Tierra fueron los vegetales de organización poco compleja, designados en botánica con los nombres de criptógamos, acotiledóneos y monocotiledóneos, es decir, líquenes, setas, musgos, helechos y plantas herbáceas. Todavía no aparecen los árboles de tronco leñoso, y sólo los había de la especie palmera, cuyo tallo esponjoso es análogo al de las hierbas.

Los animales de ese período, que sucedieron a los primeros vegetales, fueron exclusivamente marinos: en primer término políperos, radiados, zoófitos, animales cuya organización simple y, por así decirlo, rudimentaria, se aproxima bastante a la de los vegetales. Posteriormente, surgen los crustáceos y los peces, representados por especies que ya no existen.

25. Por la acción del calor y la humedad, y a consecuencia del exceso de ácido carbónico diseminado en el aire, gas inadecuado para la respiración de los animales terrestres, pero necesario para las plantas, los terrenos expuestos se cubrieron rápidamente de una vegetación exuberante, al mismo tiempo que las plantas acuáticas se multiplicaban en el seno de los pantanos. Plantas de la especie de las que en los días actuales son simples hierbas de escasos centímetros, alcanzaban una altura y un grosor prodigiosos. Había, pues, bosques de helechos arborescentes de ocho a diez metros de altura y de un grosor proporcional; licopodios (especie de musgos) de la misma altura; asperillas[23] de cuatro a cinco metros, cuya altura no supera hoy el metro. Hacia el final del período comenzaron a aparecer algunos árboles de la especie de las coníferas o pinos.

23. Planta que vive en los pantanos, vulgarmente llamada *cola de caballo.* (N. de Allan Kardec.)

26. A consecuencia del desplazamiento de las aguas, los terrenos que producían esas aglomeraciones de vegetales quedaron sumergidos en varias ocasiones, cubiertos de nuevos sedimentos terrosos, mientras que aquellos que quedaban secos se adornaban a su vez con una vegetación semejante. De tal modo, hubo varias generaciones de vegetales alternativamente aniquiladas y renovadas. No ocurrió lo mismo con los animales que, por ser todos acuáticos, no estuvieron sometidos a esas alternativas.

Estos residuos, acumulados a lo largo de una extensa serie de siglos, formaron capas de gran espesor. Por la acción del calor, de la humedad, de la presión ejercida por los posteriores depósitos terrosos, y sin duda también por diversos agentes químicos, gases, ácidos y sales producidos por la combinación de los elementos primitivos, aquellas materias vegetales sufrieron una fermentación que las convirtió en *hulla* o *carbón de piedra*. Las minas de hulla son, por lo tanto, producto directo de la descomposición de los vegetales acumulados durante el período de transición. A eso se debe que se los encuentre en casi todas las regiones.[24]

27. Los restos fósiles de la exuberante vegetación de esa época se han hallado en la actualidad tanto bajo los hielos de las tierras polares como en la zona tórrida, por lo que se debe concluir que, puesto que la vegetación era uniforme, también la temperatura debería serlo. Los polos, por lo tanto, no se encontraban cubiertos de hielo como ahora. Eso se debe a que por entonces la Tierra extraía el calor de sí misma, del fuego central que calentaba de igual modo toda la capa sólida, que todavía era de poco espesor. Ese calor era muy superior al que podía provenir de los rayos solares, debilitados además por la densidad de la atmósfera. Sólo más tarde,

24. La turba se formó de la misma manera, por la descomposición de las acumulaciones de vegetales en terrenos pantanosos, pero con la diferencia de que por ser de formación mucho más reciente y, sin duda, en otras condiciones, no tuvo tiempo para convertirse en carbón. (N. de Allan Kardec.)

cuando la acción del calor central se volvió débil o nula sobre la superficie exterior del globo, la del Sol se hizo preponderante, y las regiones polares, que apenas recibían rayos oblicuos, portadores de muy poco calor, se cubrieron de hielo. Se comprende que en la época de la que hablamos, e incluso mucho tiempo después, el hielo no se conocía en la Tierra.

Este período debe de haber sido muy prolongado, a juzgar por la cantidad y el espesor de las capas de hulla.[25]

Período secundario

28. Con el período de transición desaparecen la vegetación colosal y los animales que caracterizan esa época, sea porque las condiciones atmosféricas ya no eran las mismas o porque una serie de cataclismos aniquiló todo lo que tenía vida en la Tierra. Es probable que ambas causas hayan contribuido a esa transformación. Por un lado, el estudio de los terrenos que indican el fin de ese período muestra que hubo grandes perturbaciones causadas por los levantamientos y las erupciones que derramaron sobre el suelo grandes cantidades de lava y, por otro, que se produjeron notables cambios en los tres reinos.

29. El período secundario se caracteriza, en lo atinente al aspecto mineral, por numerosas y resistentes capas que indican una formación lenta en el seno de las aguas, y que determinan diferentes épocas perfectamente caracterizadas.

25. En la bahía de Fundy (Nueva Escocia), el Sr. Lyell encontró, en un depósito de hulla de 400 metros de espesor, 68 niveles diferentes, que presentaban las trazas evidentes de muchos suelos de bosques, los troncos de cuyos árboles conservaban aún sus raíces. (L. Figuier.) Si no diéramos más de mil años para la formación de cada uno de esos niveles, ya tendríamos 68.000 años sólo para esa capa de hulla. (N. de Allan Kardec.)

La vegetación crece con menor rapidez y es menos colosal que en el período precedente, sin duda a consecuencia de la disminución del calor y la humedad, así como de las modificaciones producidas en los elementos constitutivos de la atmósfera. A las plantas herbáceas y pulposas se agregan las de tallo leñoso y los primeros árboles propiamente dichos.

30. Los animales todavía son acuáticos o, cuando mucho, anfibios. La vida animal sobre la tierra seca progresa poco. En el seno de los mares se desarrolla una prodigiosa cantidad de animales moluscos, debido a la formación de las materias calcáreas. Surgen nuevos peces, de organización más compleja que en el período anterior. Aparecen los primeros cetáceos. Los animales que más caracterizan esta época son los reptiles monstruosos, entre los cuales sobresalen:

El *ictiosaurio*, especie de pez-lagarto que llegaba a tener una longitud de casi diez metros y cuyas mandíbulas, prodigiosamente alargadas, contenían ciento ochenta dientes. Su forma general tiene una cierta semejanza con la del cocodrilo, pero sin la coraza de escamas. Sus ojos tenían el volumen de la cabeza de un hombre; poseía aletas como la ballena y, a semejanza de esta, expulsaba agua por orificios apropiados para ello.

El *plesiosaurio*, otro reptil marino, tan grande como el ictiosaurio, cuyo pescuezo excesivamente largo se doblaba como el del cisne y le daba la apariencia de una enorme serpiente unida a un cuerpo de tortuga. Tenía la cabeza del lagarto y los dientes del cocodrilo. Su piel probablemente era lisa como la del precedente, ya que no se descubrió ningún rastro de escamas o de caparazón.[26]

El *teleosaurio* es el que más se aproxima a los cocodrilos actuales, que parecen ser una reproducción en miniatura de aquel. Como los cocodrilos, tenía una coraza escamosa y vivía

26. El primer fósil de este animal fue descubierto en 1823. (N. de Allan Kardec.)

al mismo tiempo en el agua y sobre la tierra. Su largo era de cerca de diez metros, de los cuales tres o cuatro abarcaban la cabeza. Su enorme boca tenía dos metros de abertura.

El *megalosaurio*, lagarto enorme, especie de cocodrilo de catorce a quince metros de longitud, era esencialmente carnívoro; se alimentaba de reptiles, cocodrilos pequeños y tortugas. Su formidable mandíbula contenía dientes en forma de lámina de podadera, de doble filo, doblados hacia atrás, de tal forma que una vez que se clavaban en la presa era imposible que esta se escapase.

El *iguanodonte*, el más grande de los lagartos que aparecieron en la Tierra; tenía de veinte a veinticinco metros desde la cabeza a la extremidad de la cola. Sobre el hocico tenía un cuerno óseo semejante al de la iguana de la actualidad, de la cual parece que solo difería por el tamaño, ya que esta última tiene apenas un metro de largo. La forma de los dientes prueba que era herbívoro; y la de los pies, que era un animal terrestre.

El *pterodáctilo*, un animal singular, del tamaño de un cisne, participaba al mismo tiempo del reptil por el cuerpo, del pájaro por la cabeza, y del murciélago por la membrana carnosa que unía sus dedos, extraordinariamente largos. La membrana le servía de paracaídas cuando se precipitaba sobre su presa desde lo alto de algún árbol o de una roca. No poseía un pico córneo como los pájaros; sin embargo, los huesos de las mandíbulas, tan largos como la mitad del cuerpo y provistos de dientes, terminaban en punta, como un pico.

31. Durante ese período, que debe de haber sido muy prolongado, como lo demuestran el número y la exuberancia de las capas geológicas, la vida animal alcanzó un enorme desarrollo en el seno de las aguas, como ocurrió con la vegetación en el período precedente. El aire, más purificado y más favorable para la respiración, comenzó a permitir que algunos animales viviesen en la tierra. El mar se desplazó muchas veces, pero al parecer sin conmociones violentas. Con ese período desaparecen, a su vez, aquellas razas de

animales acuáticos gigantescos, sustituidos más tarde por especies análogas, de formas menos desproporcionadas, y de dimensiones muchísimo más reducidas.

32. El orgullo llevó al hombre a decir que los animales fueron creados en honor de él y para la satisfacción de sus necesidades. Pero ¿cuántos son los que lo sirven directamente, a los cuales ha podido someter, comparados con el número incalculable de aquellos con los que nunca tuvo ni tendrá relación alguna? ¿Cómo sostener semejante tesis, en vista de las innumerables especies que han poblado la Tierra durante miles y miles de siglos, hasta que finalmente se extinguieron, antes incluso de que él apareciese? ¿Se puede afirmar que estas fueron creadas para su beneficio? No obstante, todas esas especies tenían su razón de ser, su utilidad. No es posible que Dios las haya creado por un capricho de su voluntad, para luego darse el placer de aniquilarlas, pues todas tenían vida, instintos, sensación de dolor y de bienestar. ¿Con qué fin lo hizo? Ese fin debe ser soberanamente sabio, aunque todavía no lo comprendamos. Por cierto, un día se le dará al hombre la posibilidad de conocerlo, para confundir a su orgullo; pero mientras eso no sucede, ¡cómo se amplían sus ideas ante los nuevos horizontes en los cuales le está permitido ahora sumergir la mirada, y que ante él despliegan el imponente espectáculo de la Creación, tan majestuosa en su lenta marcha, tan admirable en su previsión, tan puntual, tan precisa e invariable en sus resultados!

Período terciario

33. Con el período terciario comienza un nuevo orden de cosas para la Tierra. El estado de su superficie cambia completamente de aspecto; las condiciones de viabilidad se modifican profundamente y se aproximan al estado actual. Los primeros tiempos de

ese período se caracterizan por un cese en la producción vegetal y animal; todo revela señales de una destrucción casi general de los seres vivos, y aparecen después sucesivamente nuevas especies, cuya organización, más perfecta, se adapta a la naturaleza del medio donde están destinadas a vivir.

34. Durante los períodos anteriores, la corteza sólida del globo, debido a su escaso espesor, oponía, como hemos dicho, una débil resistencia a la acción del fuego interior. Fácilmente desgarrada, esa envoltura permitía que las materias en fusión se derramasen libremente por la superficie del suelo. Ya no sucedió lo mismo cuando alcanzó un cierto espesor: las materias ardientes, comprimidas por todos lados, como el agua en ebullición en un recipiente cerrado, terminaron por producir una especie de explosión. La masa granítica, quebrada con violencia en muchos de sus puntos, quedó perforada por grietas como un *recipiente resquebrajado. A lo largo de esas grietas* la corteza sólida, levantada y presionada, formó los picos, las cadenas de montañas y sus ramificaciones. Ciertas partes de la envoltura no llegaron a ser desgarradas, y solamente se elevaron, mientras que en otros sitios se produjeron hundimientos y excavaciones.

La superficie del suelo se volvió entonces muy desigual. Las aguas, que hasta aquel momento cubrían de manera casi uniforme la mayor parte de su extensión, fueron empujadas a las zonas más bajas, dejando secos vastos continentes o cumbres de montañas aisladas, que formaron islas.

Ese es el gran fenómeno que ocurrió durante el período terciario, que transformó el aspecto del globo. No se produjo de manera instantánea ni simultáneamente en todos los sitios, sino sucesivamente y en épocas más o menos separadas.

35. Una de las primeras consecuencias de esos levantamientos fue, como hemos dicho, la inclinación de las capas de sedimento, primitivamente horizontales, que se conservaron en esta posición donde el suelo no había sufrido trastornos. Por consiguiente, en

las laderas y en las proximidades de las montañas esas inclinaciones resultaron más pronunciadas.

36. En las regiones donde las capas de sedimento conservaron la horizontalidad, para llegar a los de formación primaria se debe atravesar a menudo todos los otros hasta una considerable profundidad; y al final se encuentra forzosamente la roca granítica. No obstante, cuando se elevaron las montañas, esas capas fueron levantadas por encima de su nivel normal, y algunas veces hasta una gran altura, de tal modo que, si se hace un corte vertical en la ladera de la montaña, estas aparecen en todo su espesor y superpuestas como las hiladas de una construcción.

A eso se debe que en elevaciones importantes se encuentren enormes bancos de conchas, primitivamente formados en el fondo de los mares. Hoy está perfectamente comprobado que en ninguna época el mar pudo alcanzar esas alturas, puesto que para eso no alcanzarían todas las aguas que existen en la Tierra, aun cuando su cantidad fuese cien veces mayor. Se debe, pues, suponer que la cantidad de agua disminuyó, y entonces cabría que nos preguntáramos qué ha sido de la porción que desapareció. Los levantamientos, sucesos que hoy son indudables y demostrados por la ciencia, explican de una manera tan lógica como rigurosa los depósitos marinos que se encuentran en ciertas montañas. Es evidente que esos terrenos han estado sumergidos durante muchos siglos, pero en su nivel primitivo, no en el que ahora ocupan.

Es exactamente lo mismo que si una porción del fondo de un lago se levantara veinticinco o treinta metros sobre la superficie del agua: la cima de esa elevación contendría los restos de las plantas y de los animales que yacían antes en el fondo, lo cual no implicaría en modo alguno que las aguas del lago se hubiesen elevado hasta esa altura.

37. En los lugares donde el levantamiento de la roca primitiva produjo la completa rajadura del suelo, sea por la rapidez

del fenómeno, por la forma, la altura o el volumen de la masa levantada, el granito quedó al desnudo, *como un diente que brotó de la encía*. Levantadas, quebradas y superpuestas, las capas que lo recubrían quedaron al descubierto. Así es como terrenos pertenecientes a las formaciones más antiguas, que en la posición primitiva se hallaban a gran profundidad, componen hoy el suelo de ciertas regiones.

38. Dislocada por efecto de los levantamientos, la masa granítica dejó en algunos puntos fisuras por donde se escapa el fuego interior y se escurren las materias en fusión: se trata de los volcanes. Semejantes a chimeneas de un inmenso horno, o aun mejor, como *válvulas de seguridad*, los volcanes dan salida al exceso de las materias ígneas, a fin de preservar al globo de conmociones mucho más terribles. Por eso se puede decir que los volcanes en actividad constituyen una garantía para el conjunto de la superficie del suelo.

Podemos hacernos una idea de la intensidad de ese fuego si consideramos que, en el seno mismo de los mares, existen volcanes a los que la masa de agua que los recubre y penetra en ellos no consigue extinguir.

39. Los levantamientos producidos en la masa sólida necesariamente desplazaron las aguas, y estas fueron impulsadas hacia las zonas cóncavas, que al mismo tiempo se habían vuelto más profundas por la elevación de los terrenos emergidos y por la depresión de otros. Pero esos mismos terrenos que quedaron más bajos, levantados a su vez en diversos sitios, expulsaron las aguas, que fluyeron hacia otros lugares, y así sucesivamente hasta que pudieron ocupar un lecho más estable.

Los sucesivos desplazamientos de esa masa líquida cavaron y alteraron forzosamente la superficie del suelo. Las aguas, al fluir, arrastraron consigo una parte de los terrenos formados con anterioridad, que quedaron al descubierto por los levantamientos; dejaron al desnudo algunas montañas que ellas mismas cubrían, y

expusieron la base granítica o calcárea. Fueron cavados profundos valles, mientras otros eran rellenados.

Hay, pues, montañas formadas directamente por la acción del fuego central, sobre todo las montañas graníticas; otras se debieron a la acción de las aguas, que al arrastrar las tierras móviles y las materias solubles, cavaron valles alrededor de una base resistente, fuera calcárea o de otra naturaleza.

Las materias arrastradas por las corrientes de agua formaron las capas del período terciario, que fácilmente se distinguen de las precedentes, no tanto por la composición, que es casi la misma, sino por la disposición.

Las capas de los períodos primario, de transición y secundario, formadas sobre una superficie poco accidentada, son más o menos uniformes en toda la Tierra; las del período terciario, por el contrario, formadas sobre una base muy desigual y por el arrastre de las aguas, presentan un carácter más local. En todos los lugares donde se han hecho excavaciones de cierta profundidad se encuentran todas las capas anteriores, en el orden en que se formaron, mientras que no se encuentra en todas partes el terreno terciario, como tampoco todas sus capas.

40. Durante las perturbaciones del suelo, ocurridas al principio de este período, se concibe fácilmente que la vida orgánica haya tenido que quedar estacionaria por algún tiempo, lo que se reconoce al examinar terrenos en los que no hay fósiles. No obstante, desde que se instaló un estado de más calma, reaparecieron los vegetales y los animales. Modificadas las condiciones de viabilidad, más purificada la atmósfera, se formaron nuevas especies con organizaciones más perfectas. Las plantas, en lo relativo a su estructura, diferían poco de las actuales.

41. Durante los dos períodos precedentes, los terrenos que no estaban cubiertos por las aguas eran poco extensos; además de que

eran pantanosos y con frecuencia quedaban sumergidos. A eso se debió que sólo hubiera animales acuáticos o anfibios. El período terciario, a lo largo del cual se formaron varios continentes, se caracterizó por la aparición de los animales terrestres.

Del mismo modo que el período de transición asistió al nacimiento de una vegetación colosal, y el período secundario al de reptiles monstruosos, el terciario presenció la producción de mamíferos gigantescos, tales como el *elefante*, el *rinoceronte*, el *hipopótamo*, el *paleoterio*, el *megaterio*, el *dinoterio*, el *mastodonte*, el *mamut*, etc. Este período también asistió al nacimiento de los pájaros, así como al de la mayoría de las especies que todavía existen en la actualidad. Algunas de las especies de esa época sobrevivieron a los cataclismos posteriores; otras, denominadas genéricamente *animales antediluvianos*, desaparecieron por completo o fueron sustituidas por especies análogas, de formas menos pesadas y menos macizas, cuyos primeros especímenes fueron como los esbozos. Tales son el *felis speloea*, animal carnívoro del tamaño de un toro, con las características anatómicas del tigre y del león; el *cervus megaceron*, variedad de ciervo, cuyos cuernos de tres metros de longitud tenían una separación de tres a cuatro metros en los extremos.

42. Durante mucho tiempo se creyó que el mono y las diversas variedades de cuadrúmanos, que son los animales más parecidos al hombre por su conformación, no existían aún; pero descubrimientos recientes parecen no dejar duda acerca de la presencia de esos animales, al menos al final de este período.

Período diluviano

43. Este período está marcado por uno de los mayores cataclismos que convulsionaron el globo, modificando una vez más el aspecto de la superficie y destruyendo irreversiblemente una

infinidad de especies vivas, de las que hoy sólo quedan restos. Por todas partes dejó huellas que demuestran que abarcó la totalidad del planeta. Las aguas, expulsadas con violencia de su lecho, invadieron los continentes y arrastraron consigo tierras y peñascos, desnudaron montañas y arrasaron bosques seculares. Los nuevos depósitos que estas formaron se designan en geología con el nombre de *terrenos diluvianos*.

44. Uno de los vestigios más significativos de esa gran catástrofe son las rocas llamadas *bloques erráticos*. Reciben esa denominación los peñascos de granito que se encuentran aislados en las planicies, apoyados sobre terrenos terciarios y en medio de terrenos diluvianos, algunas veces a muchos cientos de leguas de las montañas de donde fueron arrancados. Es evidente que sólo pudieron ser transportados a tan grandes distancias por la acción violenta de las corrientes.[27]

45. Otro hecho no menos característico, cuya causa aún no se ha podido descubrir, es que en los terrenos diluvianos se encuentran los primeros *aerolitos*[28]. Visto que recién en esa época comenzaron a caer, se concluye que la causa que los produce no existía anteriormente.

46. También en esa época los polos comenzaron a cubrirse de hielo y se formaron los glaciares en las montañas, lo que indica un significativo cambio en la temperatura del globo. Ese cambio debe de haber sido súbito, pues si se hubiera producido gradualmente, animales como el elefante, que hoy sólo viven en los climas cálidos y que se encuentran en tan elevado número en estado fósil en las tierras polares, habrían tenido tiempo de retirarse poco a poco hacia las regiones más templadas. Todo indica, por el contrario,

27. Uno de esos bloques, proveniente sin dudas, por su composición, de las montañas de Noruega, sirve de pedestal a la estatua de Pedro el Grande, en San Petersburgo. (N. de Allan Kardec.)

28. Piedras que caen de la atmósfera. (N. de Allan Kardec.)

que fueron tomados por sorpresa por una ola de frío y quedaron sitiados por los hielos.

47. Ese fue el verdadero diluvio universal. Las opiniones sobre las causas que deben haberlo producido están divididas. No obstante, sean cuales fueren, lo cierto es que el hecho ocurrió.

La suposición más generalizada es la de que se produjo un *brusco* cambio en la posición del eje de la Tierra, a consecuencia de lo cual los polos se desplazaron. De eso resultó una proyección general de las aguas sobre la superficie. Si ese cambio se hubiera producido con lentitud, las aguas se habrían desplazado gradualmente, sin sacudimiento, mientras que todo indica que hubo una conmoción violenta y súbita. Como ignoramos la verdadera causa, sólo podemos idear una hipótesis.

El desplazamiento repentino de las aguas también pudo haber sido ocasionado por el levantamiento de ciertas partes de la corteza sólida y la consecuente formación de nuevas montañas en el seno de los mares, como ocurrió a comienzos del período terciario. No obstante, eso no explica el cambio súbito de la temperatura de los polos, sin mencionar que el cataclismo, en ese caso, no habría sido general.

48. Durante la tempestad causada por la agitación de las aguas perecieron muchos animales; otros, para escapar a la inundación, se retiraron a lugares más altos, en busca de cavernas y grietas, donde perecieron en masa, por el hambre o por devorarse unos a otros, o incluso tal vez por la irrupción de las aguas en los lugares donde se hallaban refugiados y de donde no pudieron huir. Así se explica la enorme cantidad de huesos de animales diversos, carnívoros y otros, que se encontraron mezclados en ciertas cavernas, que fueron llamadas por ese motivo *cavernas* o *brechas óseas.* Se los encuentra en la mayoría de los casos bajo las estalagmitas. En

algunas de ellas, los huesos parecen haber sido arrastrados hasta allí por corrientes de agua.[29]

Período posdiluviano o actual. Aparición del hombre

49. Una vez restablecido el equilibrio en la superficie del globo, la vida animal y la vegetal retomaron rápidamente su curso. El suelo, consolidado, mostró una condición más estable; el aire, más puro, se volvió apropiado para órganos más delicados. El Sol brillaba en todo su esplendor a través de una atmósfera límpida, y difundía con su luz un calor menos sofocante y más vivificante que el del horno interior. La Tierra se poblaba de animales menos feroces y más sociables; los vegetales, más suculentos, proporcionaban una alimentación menos grosera; todo, en fin, se encontraba preparado en la Tierra para el nuevo huésped que habría de habitar en ella. Entonces apareció el *hombre*, el último ser de la Creación, aquel cuya inteligencia contribuiría de ahí en adelante al progreso general, a medida que realizaba su propio progreso.

50. El hombre, ¿existe realmente en la Tierra desde el período diluviano, o puede haber surgido antes de esa época? Esta cuestión es muy controvertida en la actualidad, pero su solución, sea cual fuere, solo tiene una importancia secundaria, porque en nada cambiará el conjunto de los hechos constatados.

Lo que llevó a pensar que la aparición de los hombres se produjo con posterioridad al diluvio fue el hecho de que no se hallaron

29. Se conoce una gran cantidad de cavernas semejantes, algunas de enorme extensión. En México las hay de muchas leguas. La de Aldelsberg, en Carniola (Austria), no tiene menos de tres leguas. Una de las más destacables es la de Gailenreuth, en Würtemberg. Son numerosas en Francia, Inglaterra, Alemania, Sicilia y en otras regiones de Europa. (N. de Allan Kardec.)

vestigios auténticos de su existencia en el período anterior. Las osamentas descubiertas en diversos lugares, que derivaron en la creencia de que existió una supuesta raza de gigantes antediluvianos, fueron reconocidas como pertenecientes a elefantes.

Sobre lo que no hay dudas es que el hombre no existía en el período primario, ni en el de transición, ni en el secundario, no sólo porque no se descubrió ningún indicio de su existencia, sino también porque no había condiciones de viabilidad para él. Si su aparición se produjo en el terciario, sólo puede haber sido al final de ese período, e incluso sin que se multiplicara demasiado; de otro modo, puesto que se encuentran vestigios muy delicados de una gran cantidad de animales que vivieron en esa época, no se entendería por qué los hombres no dejaron ningún indicio de su presencia, sea mediante restos de sus cuerpos o de cualquiera de sus obras.

Además, como fue breve, el período diluviano no determinó cambios notables en las condiciones climáticas y atmosféricas, a tal punto que los animales y los vegetales fueron los mismos antes y después de él. No es, pues, materialmente imposible que la aparición del hombre haya precedido a ese gran cataclismo; la presencia del mono en aquella época aumenta la probabilidad de ese hecho, que recientes descubrimientos parecen confirmar[30].

Sea como fuere, que el hombre haya aparecido o no antes del gran diluvio universal, lo cierto es que su rol humano sólo comenzó a esbozarse realmente en el período posdiluviano. Ese período, por lo tanto, puede caracterizarse por la presencia del hombre en la Tierra.

30. Véanse los trabajos de Boucher de Perthes. (N. de Allan Kardec.)

Capítulo viii

Teorías de la tierra

Teoría de la proyección.- Teoría de la condensación.-
Teoría de la incrustación.

Teoría de la proyección

1. Entre todas las teorías relativas al origen de la Tierra, la que más credibilidad alcanzó en los últimos tiempos es la de *Buffon*, tal vez por la posición que este ha conquistado en la comunidad científica, o porque aparte de lo que él manifestó no se sabía nada más en aquella época.

Buffon observó que todos los planetas se mueven en la misma dirección, del occidente hacia el oriente, y en el mismo plano, recorriendo órbitas cuya inclinación no excede los siete grados y medio. De esa uniformidad dedujo que los planetas debieron de haber sido puestos en movimiento por la misma causa.

En su opinión, puesto que el Sol es una masa incandescente en fusión, un cometa podría haber chocado en forma oblicua con él y, al rozar su superficie, separó una porción que, proyectada en el espacio por la violencia del impacto, se dividió en varios fragmentos. Esos fragmentos formaron los planetas, que continuaron moviéndose en círculos por la combinación de las fuerzas centrípeta y centrífuga, en el sentido determinado por la dirección del choque primitivo, es decir, en el plano de la eclíptica.

Los planetas serían, de ese modo, partes de la sustancia incandescente del Sol y, por consiguiente, también habrían sido

incandescentes en su origen. Les tomó para enfriarse y consolidarse un tiempo proporcional a sus respectivos volúmenes, y cuando la temperatura lo permitió la vida surgió en sus superficies.

A raíz de la disminución gradual del calor central, la Tierra llegaría al cabo de cierto lapso a un estado de enfriamiento total; la masa líquida se congelaría por completo y el aire, cada vez más condensado, acabaría por desaparecer. El descenso de la temperatura haría imposible la vida y acarrearía el decrecimiento y, posteriormente, la desaparición de todos los seres organizados. El enfriamiento, iniciado en los polos, ganaría poco a poco todas las regiones hasta llegar al ecuador.

Esa es, según Buffon, el estado actual de la Luna que, más pequeña que la Tierra, sería hoy un mundo extinguido del cual la vida está excluida en forma definitiva. El mismo Sol llegaría a tener, algún día, igual suerte. De acuerdo con sus cálculos, la Tierra habría empleado cerca de 74.000 años para llegar a su temperatura actual, y al cabo de 93.000 años más sería escenario del fin de la existencia de la naturaleza organizada.

2. La teoría de Buffon, refutada por los nuevos descubrimientos de la ciencia, está hoy casi completamente desechada por las siguientes razones:

1.º) Durante mucho tiempo se creyó que los cometas eran cuerpos sólidos, y que su encuentro con un planeta podía hacer que este se destruyera. De acuerdo con esta hipótesis, la suposición de Buffon no tenía nada de improbable. Sin embargo, hoy se sabe que los cometas están formados por una materia gaseosa condensada, aunque suficientemente rarificada como para que a través de sus núcleos se puedan percibir estrellas de mediana magnitud. En ese estado, dado que ofrecen menor resistencia que el Sol, es imposible que en un choque violento con este puedan arrojar lejos alguna porción de la masa solar.

2.º) La naturaleza incandescente del Sol constituye asimismo una hipótesis que hasta el presente no ha sido confirmada y a la que, lejos de eso, las observaciones parecieran desmentir. Aunque todavía no existe seguridad en cuanto a su naturaleza, los poderosos medios de observación de que se dispone en la actualidad han permitido que sea mejor estudiado. Hoy la ciencia admite, de modo general, que el Sol es un globo compuesto de materia sólida, rodeado de una atmósfera luminosa que no se encuentra en contacto con su superficie.[31]

3.º) En la época de Buffon solamente se conocían los seis planetas que también eran conocidos en la Antigüedad: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno. Posteriormente se descubrieron otros en gran cantidad, tres de los cuales principalmente, Juno, Ceres y Palas, poseen órbitas inclinadas de 13, 10 y 34 grados respectivamente, lo que no concuerda con la hipótesis de un movimiento de proyección único.

4.º) Con posterioridad al descubrimiento de la ley de disminución del calor, realizado por Fourier, se reconoció que los cálculos de Buffon sobre el enfriamiento de la Tierra estaban completamente desacertados. Nuestro planeta no necesitó 74.000 años para llegar a su temperatura actual, sino millones de años.

5.º) Buffon sólo tuvo en cuenta el calor central del globo, sin considerar el de los rayos solares. Ahora bien, se sabe actualmente, a través de datos científicos de rigurosa exactitud, basados en la experiencia, que debido al espesor de la corteza terrestre el calor interno del globo no aporta, hace ya mucho tiempo, más que una insignificante porción a la temperatura de la superficie exterior. Las variaciones que sufre esa temperatura son periódicas y se deben

31. Una disertación completa, a la altura de la ciencia moderna, sobre la naturaleza del Sol y de los cometas, se encuentra en la obra *Estudios y lecturas sobre la astronomía*, de Camille Flammarion. 1 vol. in-12. Precio: 2 fr. 50c. Librería Gauthier-Villars, 55, quai des Augustins, París. (N. de Allan Kardec.)

a la acción preponderante del calor solar. (Véase el Capítulo VII, § 25.) Dado que el efecto de esa causa es permanente, mientras que el del calor central es nulo o casi nulo, la disminución de este no puede producir modificaciones sensibles en la superficie de la Tierra. Para que la Tierra se volviera inhabitable debido al enfriamiento general, sería preciso que el Sol se extinguiera.[32]

Teoría de la condensación

3. La teoría de la formación de la Tierra por la condensación de la materia cósmica es la que prevalece en la ciencia actualmente, debido a que es la que la observación mejor justifica, la que resuelve un número mayor de dificultades, y la que se apoya en mayor medida que las restantes en el gran principio de la unidad universal. Esta teoría fue expuesta en el capítulo VI: *Uranografía general*.

Como se ve, ambas teorías conducen al mismo resultado: el estado primitivo de incandescencia del globo, la formación de una corteza sólida por el enfriamiento, la existencia del fuego central, y la aparición de la vida orgánica tan pronto como la temperatura lo permitió. Difieren en cuanto al modo de formación de la Tierra, y es probable que si Buffon viviese en nuestros días tendría otras ideas al respecto. Se trata, pues, de dos caminos diferentes que conducen al mismo fin.

La geología estudia a la Tierra desde el punto en que es posible la observación directa. Su estado anterior, que escapa a la experimentación, sólo puede plantearse mediante conjeturas. Ahora bien, entre dos hipótesis, el buen sentido nos indica que se debe

32. Para conocer más detalles sobre este asunto y sobre la ley de la disminución del calor, véase la obra *Cartas sobre las revoluciones del globo*, por Bertrand, págs. 19 y 307. (N. de Allan Kardec.)

preferir aquella que tiene el aval de la lógica y que mejor concuerda con los hechos observados.

Teoría de la incrustación

4. Sólo mencionamos esta teoría a título informativo. Lo hacemos porque, a pesar de que no tiene nada de científica, consiguió una cierta repercusión últimamente y sedujo a algunas personas. Se halla resumida en la siguiente carta:

"Según la Biblia, Dios creó el mundo en seis días, cuatro mil años antes de la Era Cristiana. Pero los geólogos rechazan esa afirmación apoyados en el estudio de los fósiles y de los miles de caracteres de indudable antigüedad, que hacen que el origen de la Tierra se remonte a millones de años. No obstante, tanto las Escrituras como los geólogos sostienen la verdad. Fue un sencillo campesino[33] quien los hizo concordar, cuando manifestó que la Tierra no es más que un planeta *incrustativo*, sumamente moderno, compuesto de materiales antiquísimos.

"Después de la desaparición del *planeta desconocido*, llegado a la madurez, o en armonía con el que existió en el lugar que hoy ocupamos, el alma de la Tierra recibió la orden de reunir a sus satélites para formar nuestro globo actual según las reglas del progreso en todo y por todo. Solamente cuatro de esos astros aceptaron la asociación que se les proponía. Pero la Luna persistió en su autonomía, dado que los mundos también tienen su libre albedrío. Para proceder a esa fusión, el alma de la Tierra lanzó a los satélites un rayo magnético atractivo que puso en estado cataléptico a los elementos que ellos poseían, vegetales, animales y hominales, todos los cuales aportaron a la comunidad. La operación tuvo como

33. Michel de Figagnères (Var), autor de *Clef de la vie*. (*La clave de la vida*). (N. de Allan Kardec.)

únicos testigos al alma de la Tierra y a los grandes mensajeros celestiales que le prestaron asistencia en esa gran obra, a fin de abrir aquellos globos y unificar sus entrañas. Una vez realizada la soldadura, las aguas se escurrieron hacia los vacíos que había dejado la ausencia de la Luna. Las atmósferas se mezclaron y dio comienzo el despertar o la resurrección de los *gérmenes cataleptizados*. El hombre fue el último en ser sacado del estado de hipnotismo, y se vio rodeado por la lujuriosa vegetación del paraíso terrenal y por los animales que pastaban mansamente alrededor suyo. Todo esto se podía hacer en seis días, con obreros tan poderosos como aquellos a los que Dios encomendó la tarea. El planeta *Asia* aportó la raza amarilla, la de civilización más antigua; el *África*, la raza negra; el *Europa*, la raza blanca, y el *América*, la raza roja. La Luna habría aportado la raza verde o azul.

"De esa manera, ciertos animales, de los que sólo se encuentran despojos, no habrían vivido nunca en la Tierra actual, sino que habrían sido trasladados de otros mundos que se extinguieron a causa de la vejez. Los fósiles que se encuentran en climas en los cuales no habrían podido existir en este mundo, vivían sin duda en zonas muy diferentes, en los globos donde nacieron. En la Tierra, esos despojos se encuentran en los polos, mientras que los animales vivían en el ecuador de los globos de donde eran oriundos."

5. Esta teoría tiene en su contra los datos más positivos de la ciencia experimental; además de que nada aporta a la cuestión del origen, que pretende resolver. Si bien sostiene cómo se habría formado la Tierra, no explica cómo se formaron los cuatro mundos que se reunieron para constituirla.

Si las cosas hubiesen ocurrido así, ¿cómo se explica que en ninguna parte se encuentren esas inmensas soldaduras, que debieron de haber llegado hasta las entrañas de la Tierra? Si cada uno de aquellos mundos, el Asia, el África, el Europa y el América, aportó sus propios materiales, tendría una geología particular diferente

de los demás, *lo que no es exacto.* Por el contrario, se distingue en primer término que el núcleo granítico es uniforme, de composición homogénea en todas las regiones del globo, *sin solución de continuidad.* Seguidamente, las capas geológicas se presentan con la misma formación, idénticas en cuanto a su composición, superpuestas en todas partes en el mismo orden, y se continúan sin interrupción de un extremo al otro de los mares, de Europa a Asia, a África, a América, y recíprocamente. Esas capas, que dan testimonio de las transformaciones del globo, confirman que tales transformaciones se produjeron en toda su superficie, y no sólo en un sector; revelan los períodos de aparición, existencia y desaparición de las mismas especies animales y vegetales, en las diferentes partes del mundo; muestran la fauna y la flora de esos períodos lejanos que se extienden simultáneamente por todas partes bajo la influencia de una temperatura uniforme, y que también en todas partes cambian de carácter a medida que la temperatura se modifica. Ese estado de cosas no guarda coherencia con la formación de la Tierra mediante la unión de varios mundos diferentes.

Si ese sistema hubiera sido concebido hace apenas un siglo, habría podido conquistar un lugar provisorio entre las cosmogonías especulativas puramente imaginarias, fundadas sin el método experimental; pero hoy no tiene ninguna vitalidad, ni resiste el menor examen, porque la contradicen los hechos materiales.

Sin discutir aquí el libre albedrío que se atribuye a los planetas, ni la cuestión del alma de estos, cabe que nos preguntemos: ¿qué hubiese sido del mar, que ocupa el vacío dejado por la Luna, si esta no se hubiera rehusado a reunirse con sus hermanas? ¿Qué le pasaría a la Tierra actual si un día la Luna tuviese la veleidad de venir a ocupar su lugar y desalojara al mar?

6. Ese sistema sedujo a algunas personas porque parecía explicar la presencia de las diferentes razas de hombres en la Tierra, así como su localización. Con todo, si se considerara que esas razas

pudieron proliferar en mundos separados, ¿por qué no serían capaces de desarrollarse en puntos diferentes del mismo globo? Es querer resolver una dificultad mediante una dificultad aun mayor. En efecto, sea cual fuere la rapidez y la *destreza* con que la *operación* se efectuase, aquella unión no habría podido realizarse sin violentas conmociones. Cuanto más rápida fuese, tanto más desastrosos habrían de ser los cataclismos. Por consiguiente, parece imposible que seres *simplemente sumergidos en un sueño cataléptico* hayan podido resistirlos e, inmediatamente después, se despertaran con toda tranquilidad. Si apenas fuesen gérmenes, ¿en qué consistirían? ¿De qué modo seres completamente formados habrían de reducirse al estado de gérmenes? Subsistiría la cuestión de llegar a saber cómo esos gérmenes se desarrollaron nuevamente. Aún así, la Tierra se habría formado mediante un proceso milagroso, proceso menos poético y menos grandioso que el primero, en tanto que las leyes naturales explican su formación de manera mucho más completa y, sobre todo, mucho más racional, deducida de la experiencia y de la observación.[34]

---

34. Cuando semejante sistema se liga a toda una cosmogonía, es oportuno preguntarse sobre qué base racional puede asentarse el resto. La concordancia que por medio de ese sistema se pretende establecer entre la génesis bíblica y la de la ciencia es absolutamente ilusoria, pues la propia ciencia lo contradice. Por otra parte, todas las creencias fundadas en el texto bíblico tienen por piedra angular la creación de una sola pareja, de la cual han surgido todos los hombres. Si se quita esa piedra, todo el edificio se derrumba. Ahora bien, dado que aquel sistema atribuye a la humanidad un origen múltiple, es la negación de la doctrina que le atribuye un padre común.
El autor de la carta precedente, hombre de profundo saber, seducido en un determinado instante por esa teoría, de inmediato descubrió sus aspectos vulnerables, y no tardó en combatirla con las armas de la ciencia. (N. de Allan Kardec.)

Capítulo IX

Revoluciones del globo

Revoluciones generales o parciales.- El diluvio bíblico.- Revoluciones periódicas.- Cataclismos futuros.-

Revoluciones generales o parciales

1. Los períodos geológicos determinan las fases del aspecto general del globo, como consecuencia de sus transformaciones. No obstante, con excepción del período diluviano, que se caracteriza por una transformación repentina, todos los demás transcurrieron con lentitud, sin transiciones bruscas. Durante todo el tiempo que los elementos constitutivos del globo tardaron en encontrar su ubicación definitiva, los cambios debieron de ser generales. Una vez consolidada la base, es probable que sólo se hayan producido modificaciones parciales en la superficie.

2. Además de las revoluciones generales, la Tierra experimentó una gran cantidad de perturbaciones locales que transformaron el aspecto de algunas regiones. Como ocurrió en relación con las otras, dos causas contribuyeron a esas perturbaciones: el fuego y el agua.

El fuego obró mediante las erupciones volcánicas, que sepultaron bajo espesas capas de cenizas y lava los terrenos circundantes e hicieron desaparecer ciudades junto con sus habitantes; a través de terremotos y levantamientos de la corteza sólida, que empujaron las aguas hacia las zonas más bajas; y por último, mediante el hundimiento en mayor o menor extensión de esa misma corteza

en ciertos lugares, hacia donde las aguas se precipitaron, dejando otros terrenos secos. De ese modo, surgieron islas en medio del océano, mientras que otras desaparecieron; porciones de continentes se separaron y formaron islas; y al secarse brazos del mar algunas islas se unieron a los continentes.

El agua obró a través de la irrupción o el retiro del mar en algunas costas; con desmoronamientos que, al interceptar las corrientes líquidas, formaron lagos; mediante desbordamientos e inundaciones; y por último, con acumulaciones de tierra en las desembocaduras de los ríos. Estas acumulaciones expulsaron al mar y crearon nuevos territorios. Tal es el origen del delta del Nilo, en el Bajo Egipto, del delta del Ródano o Camarga, y de tantos otros.

El diluvio bíblico

3. Si se examinan los terrenos destrozados por el levantamiento de las montañas y de las capas que forman sus contrafuertes, es posible determinar su edad geológica. Por edad geológica de las montañas no se debe entender la cantidad de años de su existencia, sino el período en que se formaron y, por consiguiente, su antigüedad relativa. Sería un error creer que esa antigüedad corresponde a su elevación o a la naturaleza exclusivamente granítica que revelan, ya que la masa de granito, al producirse su levantamiento, pudo haber perforado y separado las capas superpuestas.

Así se ha constatado, mediante la observación, que las montañas de los Vosgos, de Bretaña y de la Costa de Oro, en Francia, que no son muy elevadas, pertenecen a las formaciones más antiguas. Datan del período de transición y son anteriores a los depósitos de hulla. El Jura se formó hacia la mitad del período secundario, de modo que es contemporáneo de los reptiles gigantes. Los Pirineos se formaron más tarde, a principios del período terciario. El

Monte Blanco y el conjunto de los Alpes occidentales son posteriores a los Pirineos y datan de la mitad del período terciario. Los Alpes orientales, que comprenden las montañas del Tirol, son más recientes aún, porque se formaron hacia el final de ese período. Incluso, algunas montañas de Asia son posteriores al período diluviano, o contemporáneas de este.

Esos levantamientos deben de haber ocasionado importantes perturbaciones locales e inundaciones de mayor o menor consideración debido al desplazamiento de las aguas, así como por la interrupción y el cambio del curso de los ríos.[35]

4. El diluvio bíblico, designado también con el nombre de gran diluvio asiático, es un hecho de cuya existencia no se puede dudar. Probablemente, se debió al levantamiento de un sector de las montañas de aquella región, como ocurrió en México. Lo que corrobora esta opinión es la existencia de un mar interior que en épocas remotas se extendía desde el mar Negro hasta el océano

35. El siglo XVIII registró el destacable ejemplo de un fenómeno de esa especie. A seis días de marcha desde la ciudad de México existía, en 1750, una región fértil y bien cultivada, donde crecía en abundancia arroz, maíz y plátanos. Durante el mes de junio, pavorosos temblores de tierra sacudieron ese suelo y se repitieron continuamente a lo largo de dos meses completos. Durante la noche del 28 al 29 de septiembre se produjo una violenta convulsión: un territorio de muchas leguas de extensión comenzó a elevarse poco a poco hasta que alcanzó una altura de 500 pies, sobre una superficie de 10 leguas cuadradas. El terreno se ondulaba como las aguas del mar por el soplo de la tempestad; varios miles de montículos se elevaban y se hundían alternadamente; por último, se abrió un abismo de alrededor de 3 leguas, desde el cual eran arrojados a gran altura humo, fuego, piedras convertidas en brasas y cenizas. Seis montañas surgieron de ese amplio abismo, entre las cuales está el volcán al que se le dio la denominación de *Jorullo*, que en la actualidad tiene 550 metros por encima de la antigua planicie. En el momento en que comenzaron las sacudidas del suelo, los dos ríos de *Cutimba* y *San Pedro* refluyeron e inundaron toda la planicie que hoy ocupa el Jorullo; no obstante, en el terreno que sin cesar se levantaba se abrió otro precipicio y los absorbió. Con posterioridad, ambos aparecieron nuevamente al oeste, en un punto muy distante de sus antiguos lechos. (Louis Figuier, *La Tierra antes del diluvio*, p. 370.) (N. de Allan Kardec.)

Boreal, según se constató mediante las observaciones geológicas. El mar de Azov, el mar Caspio, cuyas aguas son saladas, aunque no se comuniquen con ningún otro mar, el lago Aral y los numerosos lagos diseminados en las inmensas planicies de Tartaria y en las estepas rusas, parecen restos de aquel antiguo mar. Cuando se produjo el levantamiento de las montañas del Cáucaso, una parte de aquellas aguas retrocedió hacia el norte, en dirección al océano Boreal, y otra parte hacia el sur, en dirección del océano Índico. Estas inundaron y devastaron precisamente la Mesopotamia y toda la región que había estado habitada por los antepasados del pueblo hebreo. Aunque ese diluvio se haya extendido sobre una región muy dilatada, en la actualidad es un hecho comprobado que sólo fue local; que no pudo haber sido ocasionado por la lluvia, puesto que, por más abundante y continua que haya sido, aunque se prolongara durante cuarenta días, el cálculo demuestra que la cantidad de agua caída de las nubes no sería suficiente para cubrir toda la tierra, hasta la cima de las montañas más elevadas.

Para los hombres de esa época, que sólo conocían una extensión muy limitada de la superficie del globo y que no tenían una mínima idea acerca de su configuración, a partir de que la inundación invadió los países conocidos, para ellos fue como si la Tierra entera hubiera sido invadida por las aguas. Si a esa creencia agregáramos la forma imaginaria e hiperbólica peculiar del estilo oriental, no nos sorprendería la exageración del relato bíblico relativo a ese suceso.

5. El diluvio asiático fue evidentemente posterior a la aparición del hombre sobre la Tierra, puesto que el recuerdo del mismo ha sido conservado por la tradición en todos los pueblos de aquella región del mundo, que lo consagraron en sus teogonías.

También es posterior al gran diluvio universal que señaló el comienzo del actual período geológico. Cuando hablamos de

hombres y animales antediluvianos, nos referimos a los de ese primer cataclismo.

Revoluciones periódicas

6. Además de su movimiento anual alrededor del Sol, que produce las estaciones; así como del movimiento de rotación sobre sí misma en 24 horas, del que resultan el día y la noche, la Tierra tiene un tercer movimiento, que se completa en aproximadamente 25.000 años (más exactamente en 25.868 años), y que produce el fenómeno designado en astronomía con el nombre de *precesión de los equinoccios*.

Ese movimiento, que no se podría explicar en unas pocas palabras sin la ayuda de figuras o sin una demostración geométrica, consiste en una especie de oscilación circular, que se ha comparado con la de un trompo bailando, debido al cual el eje de la Tierra, al cambiar de inclinación, describe un doble cono cuyo vértice está en el centro del planeta y cuyas bases abarcan la superficie circunscripta por los círculos polares, es decir, una amplitud de 23 grados y medio de radio.[36]

7. El equinoccio es el instante en que el Sol, al pasar de un hemisferio al otro, se encuentra perpendicular al ecuador, lo que sucede dos veces por año, el 20 de marzo, cuando el Sol pasa al hemisferio boreal, y el 22 de septiembre, cuando regresa al hemisferio austral.

No obstante, a consecuencia del cambio gradual en la oblicuidad del eje, lo que acarrea otro cambio en la oblicuidad del ecuador

---

36. Un reloj de arena, compuesto de dos ampolletas cónicas, girando sobre sí mismo en una posición inclinada; o dos palos cruzados en forma de X, girando sobre el punto de intersección, pueden dar una idea aproximada de la figura formada por ese movimiento del eje. (N. de Allan Kardec.)

sobre la eclíptica, el momento del equinoccio se adelanta cada año algunos minutos (25 minutos y 7 segundos). A este adelanto se lo denomina *precesión de los equinoccios* (del latín *præcedere*, ir hacia delante, compuesto de *præ*, adelante, y *cedere*, irse).

Con el transcurso del tiempo, esos pocos minutos suman horas, días, meses y años; de lo que resulta que el equinoccio de la primavera, que se produce actualmente en el mes de marzo, pasado cierto tiempo se verificará en febrero, después en enero, posteriormente en diciembre. Entonces el mes de diciembre tendrá la temperatura de marzo, y marzo la de junio, y así sucesivamente hasta que, al volver al mes de marzo, las cosas habrán de encontrarse en el estado actual, lo que ocurrirá después de 25.868 años, para comenzar indefinidamente la misma revolución.[37]

8. De ese movimiento cónico del eje resulta que los polos de la Tierra no miran constantemente a los mismos puntos del cielo; que la Estrella Polar no será siempre estrella polar; que los polos gradualmente se inclinan más o menos hacia el Sol y reciben de él rayos más o menos directos. A eso se debe que Islandia y Laponia, por ejemplo, ubicadas en el círculo polar, podrán en algún momento recibir rayos solares como si estuviesen en la latitud de España e Italia y que, en la posición del extremo opuesto, España

37. La precesión de los equinoccios provoca otro cambio: el que se produce en la posición de los signos del zodíaco. La Tierra, que tarda un año en girar alrededor del Sol, cada mes se encuentra ante una nueva constelación. Estas son doce, a saber: *Aries*, *Tauro*, *Géminis*, *Cáncer*, *Leo*, *Virgo*, *Libra*, *Escorpio*, *Sagitario*, *Capricornio*, *Acuario* y *Piscis*. Se denominan constelaciones zodiacales o signos del zodíaco, y forman un círculo en el plano del ecuador terrestre. De acuerdo con el mes del nacimiento de cada individuo, se decía que había nacido bajo tal o cual signo; de ahí los pronósticos de la astrología. No obstante, a raíz de la precesión de los equinoccios, ocurre que los meses ya no corresponden a las mismas constelaciones que hace 2000 años. Quien nace en el mes de julio ya no está en el signo de Leo, sino en el de Cáncer. De este modo se derrumba la idea supersticiosa ligada a la influencia de los signos. (Véase el Capítulo V, § 12.) (N. de Allan Kardec.)

e Italia llegarán a tener la temperatura de Islandia y Laponia, y así sucesivamente a cada renovación del período de 25.000 años.

9. Las consecuencias de ese movimiento todavía no pudieron ser determinadas con precisión, porque sólo se ha podido observar una muy pequeña parte de su revolución. Al respecto, pues, sólo existen presunciones, algunas de las cuales tienen cierta probabilidad.

Esas consecuencias son:

1.º) El calentamiento y el enfriamiento alternativo de los polos y, en consecuencia, la fusión de los hielos polares durante la mitad del período de 25.000 años, así como su nueva formación durante la otra mitad de ese período. De ahí resulta que los polos no estarían condenados a una esterilidad perpetua, sino que les corresponde disfrutar a su vez de los beneficios de la fertilidad.

2.º) El desplazamiento gradual del mar, que de a poco invade algunas tierras y deja otras al descubierto, para de nuevo abandonarlas y regresar a su lecho anterior. Ese movimiento periódico, renovado indefinidamente, constituiría una verdadera marea universal de 25.000 años.

La lentitud con que se opera ese movimiento del mar hace que ese fenómeno resulte casi imperceptible para cada generación, si bien es observable al cabo de algunos siglos. No puede ocasionar ningún cataclismo súbito porque los hombres, de generación en generación, se retiran a medida que el mar avanza, así como avanzan sobre las tierras de las que el mar se retira. A esa causa, más que probable, algunos científicos atribuyen el alejamiento del mar en ciertas costas y su invasión en otras.

10. El desplazamiento lento, gradual y periódico del mar es un hecho comprobado por la experiencia y atestiguado por numerosos ejemplos en todos los puntos del globo. Su efecto es el mantenimiento de las fuerzas productivas de la Tierra. Esa prolongada

inmersión constituye para los terrenos sumergidos un lapso de descanso, durante el cual recuperan los principios vitales agotados por una producción no menos dilatada. Los inmensos depósitos de materias orgánicas formados por la permanencia de las aguas durante siglos y siglos, son abonos naturales renovados periódicamente, y las generaciones se suceden sin advertir esos cambios.[38]

---

38. Entre los acontecimientos más recientes que demuestran el desplazamiento del mar se pueden citar los siguientes:

En el golfo de Gascogne, entre el viejo Soulac y la Torre de Cordouan, cuando el mar está calmo, se percibe en el fondo del agua partes de una muralla: se trata de los restos de la antigua e importante ciudad de *Noviomagus*, invadida por las olas en 580. El peñasco de Cordouan, que se encontraba por entonces pegado a la orilla, ahora está a 12 kilómetros.

En el mar de la Mancha, sobre la costa del Havre, las aguas ganan terreno día a día y minan los acantilados de Sainte-Adresse, que poco a poco se desmoronan. A dos kilómetros de la costa, entre Sainte-Adresse y el cabo de La Hève, se encuentra el banco del Èclat, que tiempo atrás se hallaba a la vista y pegado a tierra firme. Antiguos documentos demuestran que en ese lugar, por sobre el cual actualmente se navega, existía la pequeña aldea de Saint-Denis-chef-de-Caux. Como el mar invadió el terreno en el siglo XIV, la iglesia quedó bajo las aguas en 1378. Hay quienes dicen que cuando hay buen tiempo se puede ver sus ruinas en el fondo del mar.

En casi toda la extensión del litoral de Holanda, el mar sólo está contenido mediante diques, que se rompen de tanto en tanto. El antiguo lago *Flevo*, que se unió con el mar en 1225, forma hoy el golfo de *Zuyderzée*. Esa irrupción del océano devoró varias poblaciones.

De acuerdo con esto, el territorio de París y de toda Francia habrá de ser un día ocupado nuevamente por el mar, como ya lo ha sido en muchas oportunidades, en concordancia con lo que muestran las observaciones geológicas. Entonces, las regiones montañosas formarán islas, como lo son ahora Jersey, Guernesey e Inglaterra, que antiguamente lindaban con el continente.

Se navegará por encima de regiones que actualmente se recorren con el ferrocarril; los barcos tendrán un puerto en Montmartre, en el monte Valeriano, en las colinas de Saint-Cloud o de Meudon; los bosques y las florestas que actualmente son lugares de paseo, quedarán sepultados por las aguas, cubiertos de limo, y poblados de peces en vez de pájaros.

El diluvio bíblico no puede haber tenido esa causa, pues la invasión de las aguas fue repentina y su permanencia de breve duración, mientras que de otro modo esa permanencia habría sido de muchos miles de años, y se extendería hasta el presente, sin que los hombres lo hubieran notado. (N. de Allan Kardec.)

Cataclismos futuros

11. Las grandes conmociones de la Tierra se han producido en épocas en las que la corteza sólida, debido a su escaso espesor, apenas ofrecía una débil resistencia a la actividad de las materias incandescentes de su interior. Esas conmociones fueron disminuyendo de intensidad a medida que la corteza se consolidaba. Numerosos volcanes se encuentran actualmente extinguidos, mientras que otros fueron sepultados por los terrenos de formación posterior.

Por cierto, todavía podrán producirse perturbaciones locales a consecuencia de erupciones volcánicas provenientes de algunos volcanes nuevos, y a raíz de inundaciones repentinas de determinadas regiones; algunas islas podrán surgir del mar y otras ser devoradas por él; pero la época de los cataclismos generales, como los que caracterizaron los grandes períodos geológicos, ya pasó. La Tierra consiguió una estabilidad que, sin ser absolutamente invariable, mantiene en adelante al género humano a resguardo de las perturbaciones generales, a menos que intervengan causas desconocidas, ajenas a nuestro globo, y que de ningún modo se pueden prever.

12. En cuanto a los cometas, en la actualidad tenemos plena certeza de la influencia que ejercen, más saludable que nociva, pues parecen destinados a reabastecer a los mundos, si así podemos decirlo, aportándoles los principios vitales que almacenaron durante su trayectoria a través del espacio y en la vecindad de los soles. Así pues, serían fuentes de prosperidad y no mensajeros de desgracias.

A consecuencia de su naturaleza fluídica, hoy debidamente comprobada (véase el Capítulo VI, § 28 y siguientes), ya no hay que temer un choque violento de un cometa con nuestro planeta, porque si alguno de ellos se encontrase con la Tierra, sería esta la que lo atravesaría como si pasase por un banco de niebla.

Menos temible aún es la cola que arrastran, pues no es otra cosa que la reflexión de la luz solar en la inmensa atmósfera que los circunda, al punto que se la ve constantemente dirigida hacia el lado opuesto al Sol, y cambia de dirección de acuerdo con la posición de ese astro. Esa materia gaseosa puede también, a consecuencia de la velocidad de su desplazamiento, formar una especie de cabellera semejante al rastro que deja en el mar un barco en movimiento, o al humo de una locomotora. Por otra parte, numerosos cometas ya se han aproximado a la Tierra sin que causaran daño alguno; y a consecuencia de sus respectivas densidades, la Tierra ejercería sobre el cometa una atracción mayor que la del cometa sobre ella. Solamente algún resto de viejos prejuicios puede influir para que la presencia de un cometa inspire terror.[39]

13. También es preciso relegar entre las hipótesis quiméricas la posibilidad del encuentro de la Tierra con otro planeta. La regularidad y la invariabilidad de las leyes que rigen los movimientos de los cuerpos celestes hacen que sea imposible semejante encuentro.

Sin embargo, la Tierra tendrá un final. ¿De qué manera? Eso es imposible de prever; pero como aún se halla lejos de la perfección que puede alcanzar, así como de la antigüedad que indicaría su declinación, sus habitantes actuales pueden tener la seguridad de que ese fenómeno no se producirá mientras ellos vivan. (Véase el Capítulo VI, § 48 y siguientes.)

14. Físicamente, la Tierra ha pasado por las convulsiones de su infancia; ingresó ahora en un período de relativa estabilidad: en el del progreso pacífico, que se realiza mediante la repetición regular de los mismos fenómenos físicos, y por el concurso inteligente del hombre. Pero *está aún en pleno trabajo de gestación del progreso*

39. El cometa de 1861 atravesó la órbita de la Tierra a veinte horas de distancia del punto donde esta se encontraba, razón por la cual la Tierra debió de estar sumergida en su atmósfera sin que de ello resultara ningún accidente. (N. de Allan Kardec.)

moral. Allí residirá la causa de sus mayores conmociones. *Hasta que la humanidad haya crecido lo suficiente en perfección, tanto por la inteligencia como por la práctica de las leyes divinas, las mayores perturbaciones serán causadas más por los hombres que por la naturaleza, es decir, serán más morales y sociales que físicas.*

Capítulo x

Génesis orgánica

Formación inicial de los seres vivos.- El principio vital.- Generación espontánea.- Escala de los seres corporales.- El hombre.

Formación inicial de los seres vivos

1. Hubo un tiempo en que los animales no existían, de modo que estos han tenido un comienzo. Cada especie apareció a medida que el globo adquiría las condiciones necesarias para su existencia. Esto es indudable. Ahora bien, ¿cómo se formaron los primeros individuos de cada especie? Se entiende que desde que existió una primera pareja, los individuos se multiplicaron. Pero ¿de dónde salió esa primera pareja? Ese es uno de los misterios inherentes al principio de las cosas, respecto de los cuales sólo podemos enunciar hipótesis. Si la ciencia no está en condiciones aún de resolver por completo el problema, puede al menos encaminarse hacia la solución.

2. La primera cuestión que se presenta es esta: Cada especie animal, ¿salió de una *pareja primitiva* o de varias parejas creadas o, si se prefiere, que *brotaron* simultáneamente en diferentes lugares?

Esta última suposición es la más probable, y se puede incluso decir que surge de la observación. En efecto, en cada especie hay una infinita variedad de géneros, que se distinguen por caracteres más o menos precisos. Hacía falta necesariamente al menos un

tipo por cada variedad, adecuado al medio en que esta debía vivir, puesto que cada una se reproduce de manera idéntica.

Por otro lado, la vida de un individuo, sobre todo de un individuo de una especie que hace su primera aparición, está sujeta a tantas vicisitudes, que una creación entera podría quedar comprometida sin la pluralidad de los tipos primitivos, lo cual no parece conforme a la previsión divina. Además, si un tipo pudo formarse en un lugar, no hay razón para que no haya podido formarse en muchos otros lugares, y por la misma causa.

Por último, la observación de las capas geológicas confirma la presencia, en terrenos de idéntica formación y en proporciones enormes, de las mismas especies en puntos del globo muy alejados entre sí. Esa multiplicación tan generalizada, y en cierto modo contemporánea, habría sido imposible con un único tipo primitivo.

Por consiguiente, todo concurre para probar que hubo una creación simultánea y múltiple de las primeras parejas de cada especie animal y vegetal.

3. La formación de los primeros seres vivos puede deducirse, por analogía, de la misma ley por la cual se formaron y se forman todos los días los cuerpos inorgánicos. A medida que se profundiza el estudio de las leyes de la naturaleza, los engranajes que a primera vista parecían tan complicados, se simplifican y confunden en la gran ley de unidad que rige toda la obra de la Creación. Eso se entenderá mejor cuando se haya comprendido la formación de los cuerpos inorgánicos, que es su primer grado.

4. La química considera como elementales un cierto número de sustancias, tales como el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno, el carbono, el cloro, el yodo, el flúor, el azufre, el fósforo y todos los metales. Al combinarse, estos forman los cuerpos compuestos:

los óxidos, los ácidos, los álcalis, las sales y las innumerables variedades que surgen de la combinación de estos.

La combinación de dos cuerpos para formar un tercero requiere una especial confluencia de circunstancias, ya sea un determinado grado de calor, de sequedad o de humedad, de movimiento o de reposo, o bien una corriente eléctrica, etc. Si esas condiciones no existen, la combinación no se produce.

5. Cuando hay una combinación, los cuerpos componentes pierden sus propiedades características, mientras que el compuesto resultante adquiere otras nuevas, diferentes de las primeras. Así, por ejemplo, el oxígeno y el hidrógeno, que son dos gases invisibles, al combinarse químicamente forman el agua, que es líquida, sólida o gaseosa, según la temperatura. En el agua ya no existe, para ser precisos, ni oxígeno ni hidrógeno, sino un cuerpo nuevo. Al descomponerse esa agua, los dos gases, que quedaron libres, recobran sus propiedades y ya no hay agua. De ese modo, la misma cantidad de agua puede ser alternativamente descompuesta y recompuesta hasta lo infinito.

En la simple mezcla no hay producción de un nuevo cuerpo, y los principios mezclados conservan sus propiedades intrínsecas, que solamente están debilitadas, como sucede con el vino cuando se mezcla con agua. Así, una mezcla de 21 partes de oxígeno y 79 partes de nitrógeno forman el aire respirable, mientras que una combinación química de 5 partes de oxígeno y 2 de nitrógeno producen el ácido nítrico.

6. La composición y la descomposición de los cuerpos se producen a consecuencia del grado de afinidad que tengan entre sí los principios elementales. La formación del agua, por ejemplo, resulta de la afinidad recíproca que existe entre el oxígeno y el hidrógeno; pero si se pone en contacto con el agua un cuerpo que tenga más afinidad con el oxígeno que la que este tiene con el hidrógeno, el

agua se descompone; el oxígeno es absorbido, el hidrógeno queda libre, y ya no hay agua.

7. Los cuerpos compuestos se forman siempre en proporciones definidas, es decir, por la combinación de una cantidad determinada de los principios constituyentes. Así, para formar agua son necesarias una parte de oxígeno y dos de hidrógeno. Aun cuando se pusiera, en las mismas condiciones, una mayor proporción de uno u otro de esos gases, solo la cantidad necesaria sería absorbida, y el excedente quedaría libre. Si, en otras condiciones, hay dos partes de oxígeno combinadas con dos de hidrógeno, en vez de agua tendremos bióxido de hidrógeno, un líquido corrosivo, pero formado con los mismos elementos que entran en la composición del agua, aunque en otra proporción.

8. Esa es, en pocas palabras, la ley que preside la formación de todos los cuerpos de la naturaleza. La innumerable variedad de esos cuerpos resulta de un reducidísimo número de principios elementales combinados en proporciones diferentes.

Así, el oxígeno, combinado en ciertas proporciones con el carbono, el azufre y el fósforo, forma los ácidos carbónico, sulfúrico y fosfórico; el oxígeno y el hierro forman el óxido de hierro o herrumbre; el oxígeno y el plomo, ambos inofensivos, dan origen a los óxidos de plomo, tales como el litargirio, el albayalde, el minio, que son venenosos. El oxígeno con los metales denominados calcio, sodio y potasio, forman la cal, la soda y la potasa. La cal, unida al ácido carbónico forma los carbonatos de cal o piedras calcáreas, tales como el mármol, la creta, la piedra de construcción, las estalactitas de las grutas; unida al ácido sulfúrico forma el sulfato de cal o yeso y el alabastro; unida al ácido fosfórico forma el fosfato de cal, base sólida de los huesos; el hidrógeno y el cloro forman el ácido hidroclórico; el ácido hidroclórico y la sosa forman el cloruro de sodio o sal marina.

9. Todas esas combinaciones, y miles de otras, se obtienen artificialmente en pequeña escala en los laboratorios de química; y se producen espontáneamente y en gran escala en el inmenso laboratorio de la naturaleza.

La Tierra, en su origen, no contenía esas materias combinadas, sino solamente sus principios constitutivos volatilizados. Cuando las tierras calcáreas y otras, que con el tiempo se convirtieron en piedras, se depositaron en su superficie, aquellas materias no existían totalmente formadas; no obstante, en el aire se encontraban, en estado gaseoso, todas las sustancias primitivas. Esas sustancias, precipitadas por efecto del enfriamiento, y sometidas a circunstancias favorables, se combinaron según el grado de sus afinidades moleculares. Entonces se formaron las diferentes variedades de carbonatos, sulfatos, etc., al principio disueltos en las aguas, y luego depositados en la superficie del suelo.

En la suposición de que, por una causa cualquiera, la Tierra volviese a su estado primitivo de incandescencia, todo se descompondría; los elementos se separarían; todas las sustancias fusibles se fundirían; todas las que son volatilizables se volatilizarían. Posteriormente, un segundo enfriamiento determinaría una nueva precipitación, y de nuevo se formarían las antiguas combinaciones.

10. Estas consideraciones demuestran cuán necesaria era la química para la comprensión de la génesis. Antes de que se conocieran las leyes de la afinidad molecular era imposible que se comprendiera la formación de la Tierra. Esta ciencia ha arrojado una luz completamente nueva sobre la cuestión, como lo hicieron la astronomía y la geología desde otros puntos de vista.

11. En la formación de los cuerpos sólidos, uno de los fenómenos más notables es el de la cristalización, que consiste en la forma regular que adoptan ciertas sustancias al pasar del estado líquido o gaseoso al estado sólido. Esa forma, que varía de acuerdo con la naturaleza de la sustancia, es generalmente la de sólidos

geométricos, tales como el prisma, el romboide, el cubo y la pirámide. Todos conocen los cristales del azúcar cande, los cristales de roca o silicio cristalizado. Son prismas de seis caras que terminan en una pirámide también hexagonal. El diamante es carbono puro o carbón cristalizado. Las figuras que en invierno se producen sobre los vidrios se deben a la cristalización del vapor de agua con la forma de agujas prismáticas.

La disposición regular de los cristales corresponde a la forma particular de las moléculas de cada cuerpo. Esas partículas, infinitamente pequeñas para nosotros, pero que no dejan por eso de ocupar un cierto espacio, aproximadas unas a otras por la atracción molecular, se acomodan y se yuxtaponen según lo exigen sus formas, de modo que cada una tome su lugar alrededor del núcleo o principal centro de atracción, para constituir un conjunto simétrico.

La cristalización sólo ocurre en ciertas circunstancias favorables, fuera de las cuales no puede producirse. El grado de la temperatura y el reposo son condiciones esenciales. Se comprende que demasiado calor, al mantener separadas las moléculas, no les permitiría que se condensasen, y que la agitación, al impedir que se acomoden simétricamente, sólo les dejaría que formen una masa confusa e irregular y, por lo tanto, sin la cristalización propiamente dicha.

12. La ley que rige la formación de los minerales conduce naturalmente a la formación de los cuerpos orgánicos.

El análisis químico muestra que todas las sustancias vegetales y animales están compuestas por los mismos elementos que los cuerpos inorgánicos. De esos elementos, los que desempeñan un rol principal son el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono. Los demás sólo se encuentran de manera eventual. Al igual que en el reino mineral, la diferencia de proporciones en la combinación de esos elementos produce todas las variedades de sustancias orgánicas y sus diversas propiedades, tales como los músculos,

los huesos, la sangre, la bilis, los nervios, la sustancia cerebral y la grasa, en los animales; la savia, la madera, las hojas, los frutos, las esencias, los aceites, las resinas, etc., en los vegetales. Así, en la formación de los animales y las plantas no interviene ningún elemento especial que no se encuentre también en el reino mineral.[40]

13. Algunos ejemplos comunes permitirán que se comprendan las transformaciones que ocurren en el reino orgánico por la sola modificación de los elementos constitutivos.

En el jugo de uva aún no hay vino ni alcohol, sino simplemente agua y azúcar. Cuando el jugo madura y las condiciones son propicias, se produce en él una actividad interna a la que se da el nombre de fermentación. A raíz de esa actividad, una parte del azúcar se descompone; el oxígeno, el hidrógeno y el carbono se separan y se combinan en las proporciones necesarias para producir el alcohol, de tal modo que cuando se bebe el jugo de uva no se bebe en realidad alcohol, pues este todavía no existe.

En el pan y las legumbres que se comen no hay, por cierto, ni carne, ni sangre, ni huesos, ni bilis, ni sustancia cerebral; sin embargo, esos mismos alimentos, al descomponerse y recomponerse

---

40 El cuadro siguiente corresponde al análisis de algunas sustancias y muestra la diferencia de propiedades que resulta tan sólo de la diferencia en la proporción en que entran los elementos constituyentes. Sobre 100 partes tenemos:

	Carbono	Hidrógeno	Oxígeno	Nitrógeno
Azúcar de caña	42.470	6.900	50.630	-
Azúcar de uva	36.710	6.780	56.510	-
Alcohol	51.980	13.700	34.320	-
Aceite de oliva	77.210	13.360	9.430	-
Aceite de nuez	79.774	10.570	9.122	0.534
Grasa	78.996	11.700	9.304	-
Fibrina	53.360	7.021	19.685	19.934

(N. de Allan Kardec.)

durante el trabajo de la digestión, producen esas diferentes sustancias tan sólo por la transmutación de sus elementos constitutivos.

En la semilla de un árbol tampoco hay madera, ni hojas, ni flores, ni frutos, y sería un error pueril suponer que el árbol entero, en tamaño microscópico, se encuentra allí. Casi no existe siquiera en esa semilla la cantidad de oxígeno, hidrógeno y carbono necesaria para formar una hoja del árbol. La semilla contiene un germen que hace eclosión cuando encuentra condiciones favorables. Ese germen se desarrolla debido a los jugos que absorbe de la tierra y a los gases que aspira del aire. Esos jugos, que no son madera, ni hojas, ni flores, ni frutos, al infiltrarse en la planta forman la savia, del mismo modo que en los animales los alimentos forman la sangre. Transportada por la circulación a todas las partes del vegetal, según el órgano adonde llega, la savia experimenta una elaboración especial y se transforma en madera, hojas, frutos, así como la sangre se transforma en carne, huesos, bilis, etc. No obstante, se trata siempre de los mismos elementos: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono, combinados de diversas maneras.

14. Por consiguiente, las diferentes combinaciones de los elementos para la formación de las sustancias minerales, vegetales y animales, no pueden producirse sino en los medios y en las circunstancias propicias; fuera de esas circunstancias, los principios elementales permanecen en una especie de inercia. Con todo, a partir del momento en que las circunstancias se vuelven favorables, comienza un trabajo de elaboración; las moléculas se ponen en movimiento, se agitan, se atraen, se aproximan y se separan por efecto de la ley de las afinidades y, mediante sus múltiples combinaciones, componen la infinita variedad de las sustancias. Si esas condiciones desaparecen, el trabajo cesa bruscamente y vuelve a comenzar cuando estas se presentan nuevamente. Así es como la vegetación se activa, se debilita, se detiene y prosigue, bajo la acción del calor, de la luz, de la humedad, del frío o de la sequía; así

es como una planta prospera en un clima o en un terreno, y se marchita o muere en otro.

15. Lo que ocurre a diario delante de nuestros ojos puede orientarnos acerca de lo que sucedió en el origen de los tiempos, ya que las leyes de la naturaleza son siempre las mismas.

Puesto que los elementos constitutivos de los seres orgánicos y de los seres inorgánicos son los mismos, y que los vemos constantemente, en determinadas circunstancias, formar piedras, plantas y frutos, podemos inferir de ahí que los cuerpos de los primeros seres vivos se formaron, como las primeras piedras, por la reunión de las moléculas elementales, en virtud de la ley de afinidad, a medida que las condiciones de viabilidad del globo fueron propicias para tal o cual especie.

La semejanza de forma y de colores en la reproducción de los individuos de cada especie puede compararse con la semejanza de forma de cada especie de cristal. Como se yuxtaponen por la acción de la misma ley, las moléculas producen un conjunto análogo.

El principio vital

16. Cuando decimos que las plantas y los animales están formados por los mismos principios que constituyen los minerales, hay que entender esto en sentido exclusivamente material, pues sólo se trata del cuerpo.

Sin referirnos al principio inteligente, que es una cuestión aparte, existe en la materia orgánica un principio especial, inaprensible, que aún no se ha podido definir: *el principio vital.* Ese principio, que está activo en el ser vivo, se ha *extinguido* en el ser muerto; pero no por eso deja de conferirle a la sustancia propiedades características que la distinguen de las sustancias inorgánicas. La química, que descompone y recompone la mayor parte de los

cuerpos inorgánicos, también consiguió descomponer los cuerpos orgánicos, pero nunca llegó a reconstituir ni siquiera una hoja muerta, lo que constituye una prueba evidente de que existe en los seres orgánicos algo que no existe en los inorgánicos.

17. ¿Será el principio vital algo distinto, que tiene existencia propia? ¿O bien, integrado en el sistema de la unidad del elemento generador, no es más que un estado particular, una de las modificaciones del fluido cósmico universal, mediante la cual este se convierte en el principio de vida, del mismo modo que se convierte en luz, fuego, calor, electricidad? En este último sentido, las comunicaciones que hemos reproducido más arriba resuelven el problema. (Véase el Capítulo VI: *Uranografía general.*)

No obstante, sea cual fuere la opinión que se tenga sobre la naturaleza del principio vital, lo cierto es que existe, pues observamos sus efectos. Por lo tanto, podemos admitir lógicamente que, al formarse, los seres orgánicos han asimilado el principio vital que era necesario para su destino; o si se prefiere, que ese principio se desarrolló en cada individuo por efecto mismo de la combinación de los elementos, tal como se desarrollan en ciertas circunstancias el calor, la luz y la electricidad.

18. Al combinarse sin el principio vital, el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono sólo habrían formado un mineral o cuerpo inorgánico. Sin embargo, puesto que el principio vital modifica la constitución molecular de ese cuerpo, le confiere propiedades especiales y, en lugar de una molécula mineral, se obtiene una molécula de materia orgánica.

La actividad del principio vital es mantenida durante la vida mediante la acción del funcionamiento de los órganos, del mismo modo que el calor por el movimiento de rotación de una rueda. Al cesar esa acción con motivo de la muerte, el principio vital se *extingue*, al igual que el calor cuando la rueda deja de girar. No obstante, el *efecto* producido sobre el estado molecular del cuerpo

por el principio vital subsiste hasta después de la extinción de ese principio, como la carbonización de la madera persiste después de que se ha extinguido el calor y la cesación del movimiento de la rueda. En el análisis de los cuerpos orgánicos, la química encuentra los elementos que los constituyen: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono, pero no puede reconstituir aquellos cuerpos; dado que ya no existe la causa, le es imposible reproducir el *efecto*, mientras que sí puede reconstituir una piedra.

19. Hemos tomado como elemento de comparación el calor que se desarrolla por el movimiento de una rueda, por tratarse de un efecto común, que todos conocen, y es más fácil de comprender. No obstante, habríamos sido más exactos si hubiésemos dicho que, en la combinación de los elementos para formar los cuerpos orgánicos, se desarrolla la *electricidad*. Los cuerpos orgánicos serían entonces verdaderas *pilas eléctricas*, que funcionan mientras los elementos de esas pilas se encuentran en las condiciones requeridas para producir electricidad: esa es la vida; y que dejan de funcionar cuando esas condiciones desaparecen: esa es la muerte. De acuerdo con esto, el principio vital no sería más que una especie particular de electricidad, denominada *electricidad animal*, que durante la vida se desprende mediante la acción de los órganos, y cuya producción cesa en ocasión de la muerte, a raíz de que se extingue esa acción.

Generación espontánea

20. Es natural preguntarse por qué ya no se forman seres vivos en las mismas condiciones en que se formaron los primeros que aparecieron en la Tierra.

La cuestión de la generación espontánea, que actualmente preocupa a la ciencia, aunque todavía no haya un acuerdo en cuanto a

su resolución, no deja de arrojar luz sobre ese punto. El problema propuesto es el siguiente: en nuestros días, ¿se forman espontáneamente seres orgánicos por la simple reunión de los elementos que los constituyen, sin gérmenes producidos previamente por el modo habitual de generación? Dicho de otro modo: ¿se forman seres sin padre ni madre?

Los partidarios de la generación espontánea responden afirmativamente, y se apoyan en observaciones directas que parecen concluyentes. Otros piensan que todos los seres vivos se reproducen los unos mediante los otros, y se basan en el hecho, constatado por la experiencia, de que los gérmenes de ciertas especies vegetales y animales, incluso dispersos, conservan una viabilidad latente durante un lapso considerable, hasta que las circunstancias sean favorables a su eclosión. Esta opinión deja siempre pendiente la cuestión sobre cómo se formaron los primeros tipos de cada especie.

21. Sin rebatir ninguno de los dos sistemas, conviene destacar que el principio de la generación espontánea evidentemente sólo se puede aplicar a los seres de los órdenes más inferiores de los reinos vegetal y animal, a aquellos en los cuales la vida comienza a despuntar y cuyo organismo, extremadamente simple, es en cierto modo rudimentario. Fueron esos, de hecho, los primeros que aparecieron en la Tierra, y cuya formación debió de ser espontánea. En ese caso, asistiríamos a una creación permanente, análoga a la que se produjo en las primeras edades del mundo.

22. Pero entonces, ¿por qué no se forman de la misma manera los seres de organización compleja? Es un hecho positivo que esos seres no han existido siempre; por consiguiente, tuvieron un comienzo. Si el musgo, el liquen, el zoófito, el infusorio, las lombrices intestinales y otros se reproducen espontáneamente, ¿por qué no sucede lo mismo con los árboles, los peces, los perros o los caballos?

Por el momento, aquí se detienen las investigaciones; se pierde el hilo conductor, y hasta que este sea encontrado, el terreno queda abierto a las hipótesis. Sería, pues, imprudente y prematuro presentar estos sistemas como verdades absolutas.

23. Si la generación espontánea es un hecho demostrado, por más limitado que sea, no deja de constituir un hecho fundamental, un hito capaz de indicar el camino para nuevas observaciones. Si los seres orgánicos complejos no se producen de esa manera, ¿quién sabe cómo comenzaron? ¿Quién conoce el secreto de todas las transformaciones? Si vemos al roble y a la bellota, ¿quién puede sostener que no exista un lazo misterioso entre el pólipo y el elefante?

Dejemos al tiempo el cuidado de llevar la luz al fondo de este abismo, en caso de que algún día pueda ser sondeado. Esos conocimientos son interesantes, sin duda, desde el punto de vista de la ciencia pura, pero no son de los que influyen en los destinos del hombre.

Escala de los seres corporales

24. Entre los reinos vegetal y animal no existe una delimitación nítidamente marcada. En las fronteras de los dos reinos están los *zoófitos* o *animales plantas*, cuyo nombre indica que participan de uno y otro, y que les sirven como punto de contacto.

Al igual que los animales, las plantas nacen, viven, crecen, se alimentan, respiran, se reproducen y mueren. También necesitan luz, calor y agua para vivir; en caso de que les falten esos elementos, se marchitan y mueren. La absorción de un aire viciado y de sustancias deletéreas las envenena. Su carácter distintivo más acentuado es el hecho de que permanezcan vinculadas al suelo y extraigan de él su alimento, sin desplazarse.

El zoófito tiene la apariencia exterior de la planta. Como planta, se mantiene vinculado al suelo; como animal, la vida en él se encuentra más manifiesta: toma su alimentación del medio ambiente.

Un escalón más arriba, el animal es libre y busca su alimento. En primer lugar, se encuentran las numerosas variedades de pólipos de cuerpos gelatinosos, que carecen de órganos bien definidos, y sólo difieren de las plantas por la locomoción. Siguen, en el orden del desarrollo de los órganos, de la actividad vital y del instinto: los helmintos o lombrices intestinales; los moluscos, animales carnosos desprovistos de huesos, algunos de los cuales están desnudos, como las babosas y los pulpos; y otros provistos de conchas, como el caracol y la ostra. Los crustáceos, cuya piel está cubierta con una corteza sólida, como el cangrejo y la langosta de mar; los insectos, en los cuales la vida despliega una actividad prodigiosa y se manifiesta el instinto industrioso, como la hormiga, la abeja y la araña. Algunos experimentan una metamorfosis, como la oruga, que se transforma en una delicada mariposa. Sigue, a continuación, el orden de los vertebrados, animales de esqueleto óseo, que comprende los peces, los reptiles, las aves y, por último, los mamíferos, cuya organización es la más completa.

El hombre

25. Desde el punto de vista corporal y puramente anatómico, el hombre pertenece a la clase de los mamíferos, de los cuales difiere únicamente por algunos matices en la forma exterior. En cuanto a lo demás, posee la misma composición química de los animales, los mismos órganos, las mismas funciones y los mismos modos de nutrición, de respiración, de secreción y de reproducción. El hombre nace, vive y muere en las mismas condiciones y, cuando

muere, su cuerpo se descompone como el de todo ser viviente. No hay en su sangre, ni en su carne, ni en sus huesos, un átomo de más ni de menos que en el cuerpo de los animales. Como estos, al morir devuelve a la tierra el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono que se habían combinado para formarlo, de modo que esos elementos, mediante nuevas combinaciones, van a formar nuevos cuerpos minerales, vegetales y animales. La analogía es tan grande que, cuando las experiencias no pueden hacerse en el propio hombre, sus funciones orgánicas se estudian en ciertos animales.

26. Dentro de la clase de los mamíferos, el hombre pertenece al orden de los *bímanos*. Inmediatamente por debajo de él están los *cuadrumanos* (animales de cuatro manos) o monos, algunos de los cuales, como el orangután y el chimpancé, tienen cierto parecido con el hombre, a tal punto que durante mucho tiempo se los denominó *hombres de los bosques*. Como el hombre, esos monos caminan erguidos, usan palos, y se llevan el alimento a la boca valiéndose de las manos: signos característicos.

27. Por poco que se observe la escala de los seres vivos, desde el punto de vista del organismo, se reconoce que desde el liquen hasta el árbol, y desde el zoófito hasta el hombre, existe una cadena que se eleva gradualmente sin solución de continuidad, y cuyos eslabones tienen, sin excepción, un punto de contacto con el eslabón precedente. Si se acompaña paso a paso la serie de los seres, podría decirse que cada especie es un perfeccionamiento, una transformación de la especie inmediatamente inferior. Dado que las condiciones del cuerpo del hombre son idénticas a las de los otros cuerpos, química y constitucionalmente, y dado que nace, vive y muere de la misma manera, también él debe de haberse formado en las mismas condiciones que los demás.

28. Aunque eso pueda costarle mucho a su orgullo, el hombre debe resignarse a no ver en *su cuerpo material* más que el último

eslabón de la animalidad *en la Tierra*. Ese es el inexorable argumento de los hechos, contra el cual sería inútil protestar.

No obstante, cuanto más disminuye para él el valor del cuerpo, tanto más crece en importancia el principio espiritual. Si el primero lo nivela con los irracionales, el segundo lo eleva a una altura inconmensurable. Vemos el límite extremo del animal, pero no vemos el límite al que puede llegar el Espíritu del hombre.

29. En eso el materialismo puede ver que el espiritismo, lejos de temer a los descubrimientos de la ciencia y su positivismo, va al encuentro de ellos y los provoca, porque tiene la certeza de que el principio espiritual, que tiene existencia propia, en nada será perjudicado.

Capítulo xi

Génesis espiritual

Principio espiritual.- Unión del principio espiritual con la materia.- Hipótesis sobre el origen de los cuerpos humanos.- Encarnación de los Espíritus.- Reencarnación.- Emigraciones e inmigraciones de los Espíritus.- Raza adámica.- Doctrina de los ángeles caídos y del paraíso perdido.

Principio espiritual

1. La existencia del principio espiritual es un hecho que, por decirlo así, no necesita más demostración que el de la existencia del principio material. Es, en cierta forma, una verdad axiomática: se confirma por sus efectos, como la materia por los que le son propios.

De acuerdo con este principio: "Dado que todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente", no hay quien no haga la distinción entre el movimiento mecánico de una campana agitada por el viento, y el movimiento de esa misma campana para dar una señal, un aviso, lo que demuestra por eso mismo que obedece a un pensamiento, a una intención. Ahora bien, como a nadie se le puede ocurrir la idea de atribuir el pensamiento a la materia de la campana, se debe concluir que la mueve una inteligencia a la cual le sirve de instrumento para que se ponga de manifiesto.

Por esa misma razón, nadie tendrá la idea de atribuir el pensamiento al cuerpo de un hombre muerto. Si cuando está vivo, el

hombre piensa, se debe a que hay en él algo que ya no existe cuando está muerto. La diferencia que hay entre él y la campana consiste en que la inteligencia que hace que esta se mueva está fuera de ella, mientras que la que hace obrar al hombre está en él mismo.

2. El principio espiritual es el corolario de la existencia de Dios. Sin ese principio, Dios no tendría razón de ser, puesto que no se podría concebir que la soberana inteligencia reinara durante toda la eternidad únicamente sobre la materia bruta, como no se podría concebir que un monarca terrestre reinara durante toda su vida exclusivamente sobre piedras. Puesto que no se puede admitir a Dios sin los atributos esenciales de la Divinidad: la justicia y la bondad, esas cualidades serían inútiles si Él sólo pudiera ejercitarlas sobre la materia.

3. Por otro lado, no se podría concebir un Dios soberanamente justo y bueno, que creara seres inteligentes y sensibles, para arrojarlos a la nada luego de algunos días de padecimientos sin compensaciones, y que se recreara en esa sucesión indefinida de seres que nacen sin haberlo pedido, pensando por un instante apenas para que sólo conozcan el dolor y se extingan definitivamente después de una efímera existencia.

Sin la supervivencia del ser pensante los padecimientos de la vida serían, de parte de Dios, una crueldad sin objetivo. Por ese motivo, el materialismo y el ateísmo son consecuencia uno del otro: al negar la causa, no se puede admitir el efecto; al negar el efecto, no se puede admitir la causa. El materialismo es, pues, coherente consigo mismo, aunque no lo sea con la razón.

4. La idea de la perpetuidad del ser espiritual es innata en el hombre; se encuentra en él en estado de intuición y de anhelo. El hombre comprende que solamente ahí reside la compensación de las miserias de la vida. Esa es la causa por la que siempre ha habido y habrá cada vez más espiritualistas que materialistas, y más deístas que ateos.

A la idea intuitiva y al poder del razonamiento, el espiritismo agrega la sanción de los hechos, la prueba material de la existencia del ser espiritual, de su supervivencia, de su inmortalidad y de su individualidad. Especifica y define lo que aquella idea tenía de vago y abstracto. Muestra que el ser inteligente actúa fuera de la materia, tanto después como durante la vida del cuerpo.

5. El principio espiritual y el principio vital, ¿son una sola y la misma cosa?

A partir, como siempre, de la observación de los hechos, diremos que si el principio vital fuese inseparable del principio inteligente, habría alguna razón para confundirlos. Sin embargo, dado que vemos seres que viven y no piensan, como las plantas; cuerpos humanos que continúan animados por la vida orgánica cuando ya no existe ninguna manifestación del pensamiento; que en el ser vivo se producen movimientos vitales independientes de la acción de la voluntad; que durante el sueño la vida orgánica permanece en plena actividad, mientras que la vida intelectual no se manifiesta por ningún signo exterior, cabe admitir que la vida orgánica reside en un principio inherente a la materia, independiente de la vida espiritual, que es propia del Espíritu. Ahora bien, visto que la materia tiene una vitalidad independiente del Espíritu, y que el Espíritu tiene una vitalidad independiente de la materia, resulta evidente que esa doble vitalidad reposa sobre dos principios diferentes.

6. El principio espiritual, ¿tendrá origen en el elemento cósmico universal? ¿Será sólo una transformación, un modo de existencia de ese elemento, como la luz, la electricidad, el calor, etc.?

Si fuese así, el principio espiritual sufriría las vicisitudes de la materia; se extinguiría por la desagregación, como el principio vital; el ser inteligente no tendría más que una existencia momentánea, como la del cuerpo, y al morir volvería a la nada o, lo que

sería lo mismo, al todo universal. Estaríamos, en una palabra, ante la confirmación de las doctrinas materialistas.

Las propiedades *sui generis* que se le reconocen al principio espiritual prueban que este tiene existencia propia, independiente, puesto que si su origen estuviese en la materia, le faltarían esas propiedades. Dado que la inteligencia y el pensamiento no pueden ser atributos de la materia, si nos remontamos de los efectos a la causa, se llega a la conclusión de que el elemento material y el elemento espiritual son dos principios constitutivos del universo. El elemento espiritual individualizado constituye los seres llamados *Espíritus*, como el elemento material individualizado constituye los diferentes cuerpos de la naturaleza, orgánicos e inorgánicos.

7. Admitido el ser espiritual, como este no puede proceder de la materia, ¿cuál es su origen, su punto de partida?

Para responder, no disponemos en absoluto de los medios de investigación, como sucede con todo lo relativo al principio de las cosas. El hombre sólo puede comprobar lo que existe; acerca de todo lo demás, no le cabe otra cosa que enunciar hipótesis. Y ya sea porque ese conocimiento esté fuera del alcance de su inteligencia actual, o porque en este momento pueda resultarle inútil o perjudicial, Dios no se lo concede siquiera mediante la revelación.

Lo que Dios permite que sus mensajeros le digan y lo que, por otra parte, el hombre puede deducir por sí mismo a partir del principio de la soberana justicia, que es uno de los atributos esenciales de la Divinidad, es que todos los seres espirituales tienen el mismo punto de partida: todos son creados simples e ignorantes, con idéntica aptitud para progresar mediante su actividad individual; todos alcanzarán el grado de perfección compatible con los esfuerzos personales de la criatura; todos, porque son hijos del mismo Padre, son objeto de igual solicitud: no existe ninguno más favorecido o mejor dotado que los otros, ni dispensado del trabajo impuesto a los demás para que alcancen la meta.

8. Al mismo tiempo que creó, desde siempre, mundos materiales, Dios también ha creado seres espirituales desde toda la eternidad. Si no fuese así, los mundos materiales no tendrían ningún sentido. Sería mucho más fácil concebir los seres espirituales sin los mundos materiales, que estos últimos sin aquellos. Los mundos materiales debían proporcionar a los seres espirituales elementos de actividad para el desarrollo de su inteligencia.

9. El progreso es la condición normal de los seres espirituales, y la perfección relativa es la meta que deben alcanzar. Ahora bien, como Dios ha creado desde toda la eternidad, y crea sin cesar, también desde toda la eternidad han existido seres que alcanzaron el punto culminante de la escala.

Antes de que la Tierra existiese, mundos incontables habían sucedido a otros mundos, y cuando la Tierra salió del caos de los elementos, el espacio ya estaba poblado de seres espirituales en todos los grados de adelanto, desde los que surgían a la vida hasta los que, desde toda la eternidad, habían tomado un lugar entre los Espíritus puros, vulgarmente denominados ángeles.

Unión del principio espiritual con la materia

10. Puesto que la materia debía ser el objeto del trabajo del Espíritu para el desarrollo de sus facultades, era necesario que este pudiese actuar sobre ella, razón por la cual tuvo que habitar en ella, como el leñador habita en el bosque. Como la materia debía ser al mismo tiempo el objetivo y el instrumento del trabajo, Dios, en vez de unir el Espíritu a la piedra rígida, creó, para su uso, cuerpos organizados, flexibles y capaces de recibir todos los impulsos de su voluntad, así como también de prestarse a todos sus movimientos.

Por lo tanto, el cuerpo es al mismo tiempo la envoltura y el instrumento del Espíritu. A medida que este adquiere nuevas aptitudes, se reviste con una envoltura apropiada al nuevo tipo de trabajo que le corresponde realizar, tal como se hace con el operario a quien se le confía una herramienta menos sencilla a medida que demuestra su capacidad para realizar una tarea más delicada.

11. Para ser más exactos, es necesario expresar que el Espíritu mismo es el que modela su envoltura y la adecua a sus nuevas necesidades; perfecciona, desarrolla y completa su organismo a medida que experimenta la necesidad de poner de manifiesto nuevas facultades; en una palabra, lo adapta de acuerdo con su inteligencia. Dios le proporciona los materiales, y a él le corresponde hacer uso de ellos. A eso se debe que las razas avanzadas tengan un organismo o, si se prefiere, herramientas más perfeccionadas que las de las razas primitivas. De ese modo también se explica la marca especial que el carácter del Espíritu imprime a los rasgos de la fisonomía y a las líneas del cuerpo.

12. Desde el momento en que un Espíritu nace a la vida espiritual, en beneficio de su adelanto es necesario que haga uso de sus facultades, rudimentarias al principio. Por esa razón se recubre con una envoltura corporal adecuada a su estado de infancia intelectual, envoltura que él abandona para tomar otra a medida que sus fuerzas van en aumento. Ahora bien, como en todas las épocas ha habido mundos, y como esos mundos dieron origen a cuerpos organizados aptos para recibir Espíritus, en todas las épocas los Espíritus, sea cual fuere el grado de adelanto que hubiesen alcanzado, encontraron los elementos necesarios para la vida carnal.

13. Por ser exclusivamente material, el cuerpo sufre las vicisitudes de la materia. Después de funcionar durante algún tiempo, se desorganiza y se descompone. El principio vital, como ya no encuentra un elemento para su actividad, se extingue y el cuerpo muere. El Espíritu, para quien el cuerpo privado de vida se torna

inútil, lo abandona, como se abandona una casa en ruinas o la ropa que no sirve.

14. El cuerpo, pues, no es más que una envoltura destinada a recibir al Espíritu, de modo que poco importan su origen y los materiales que lo constituyen. Sea o no el cuerpo del hombre una creación especial, lo cierto es que lo forman los mismos elementos que forman el cuerpo de los animales, lo anima el mismo principio vital o, en otras palabras, lo vivifica el mismo fuego, así como lo ilumina la misma luz y se encuentra sujeto a las mismas vicisitudes y a las mismas necesidades. Esta es una cuestión que no admite discusiones.

En caso de que se considere únicamente la materia, haciendo abstracción del Espíritu, el hombre no tiene nada que lo distinga del animal. Sin embargo, todo cambia de aspecto cuando se establece la diferencia entre la *habitación* y el *habitante*.

Un gran señor, sea que se encuentre en una choza o esté cubierto con las ropas de un campesino, no deja por eso de ser un gran señor. Lo mismo sucede con el hombre; no es su vestimenta de carne la que lo coloca por encima de los irracionales y lo convierte en un ser aparte, sino el ser espiritual que existe en él, su Espíritu.

Hipótesis sobre el origen del cuerpo humano

15. De la semejanza de formas exteriores que existe entre el cuerpo del hombre y el del mono, algunos fisiólogos arribaron a la conclusión de que el primero es apenas una transformación del segundo. Nada de eso es imposible y, de ser cierto, no hay razón para que la dignidad del hombre se vea afectada. Es muy probable que los cuerpos de los monos hayan servido de vestimenta a los primeros Espíritus humanos, necesariamente poco adelantados, que vinieron a encarnar en la Tierra, visto que esa vestimenta era

más apropiada a sus necesidades y más adecuada al ejercicio de sus facultades que el cuerpo de cualquier otro animal. En vez de que se elaborase una envoltura especial para el Espíritu, este lo habría encontrado ya listo. Se vistió entonces con la piel del mono, sin que dejara de ser un Espíritu humano, como algunas veces el hombre se cubre con la piel de ciertos animales sin que por eso deje de ser hombre.

Queda perfectamente entendido que aquí sólo se trata de una hipótesis que de ninguna manera se enuncia como principio, sino que se presenta solamente para mostrar que el origen del cuerpo en nada perjudica al Espíritu, que es el ser principal, y que la semejanza del cuerpo del hombre con el del mono no implica paridad entre su Espíritu y el del mono.

16. Admitida esa hipótesis, se puede decir que, bajo la influencia y por efecto de la actividad intelectual de su nuevo habitante, la envoltura se modificó, se embelleció en los detalles y conservó la forma general del conjunto. Mejorados a través de la procreación, los cuerpos se reprodujeron en las mismas condiciones, como ocurre con los árboles injertados. Dieron origen a una especie nueva que poco a poco se apartó del tipo primitivo, a medida que el Espíritu progresaba. El Espíritu mono, que no fue aniquilado, continuó procreando para su uso cuerpos de mono, del mismo modo que el fruto del árbol silvestre reproduce árboles de esa especie, y el Espíritu humano procreó cuerpos de hombres, variantes del primer molde en el que él se instaló. El tronco se bifurcó y produjo un retoño, que a su vez se convirtió en tronco.

Como en la naturaleza no existen las transiciones bruscas, es probable que los primeros hombres que aparecieron en la Tierra se diferenciasen poco del mono por su forma exterior, y sin duda no mucho tampoco por la inteligencia. Actualmente todavía existen salvajes que, por la longitud de sus brazos y de sus pies, así como por la conformación de la cabeza, conservan a tal punto el aspecto

del mono, que sólo les falta ser peludos para que la semejanza sea completa.

Encarnación de los Espíritus

17. El espiritismo nos enseña de qué manera se produce la unión del Espíritu con el cuerpo, en la encarnación.

Por su esencia espiritual, el Espíritu es un ser indefinido, abstracto, que no puede ejercer una acción directa sobre la materia, sino que precisa un intermediario. Ese intermediario es la envoltura fluídica, que en cierto modo es parte integrante del Espíritu. Se trata de una envoltura semimaterial, es decir, que pertenece a la materia por su origen y a la espiritualidad por su naturaleza etérea. Como toda la materia, es extraída del fluido cósmico universal, el cual en esa circunstancia experimenta una modificación especial. Esa envoltura, denominada *periespíritu*, hace de un ser abstracto, el Espíritu, un ser concreto, definido, que puede ser aprehendido mediante el pensamiento. Lo vuelve apto para actuar sobre la materia tangible, conforme sucede con todos los fluidos imponderables, que son, como se sabe, los más poderosos motores.

El fluido periespiritual constituye, por consiguiente, el lazo de unión entre el Espíritu y la materia. Durante su unión con el cuerpo sirve de vehículo al pensamiento del Espíritu, para transmitir el movimiento a las diferentes partes del organismo, las cuales actúan por impulso de su voluntad, y para hacer que repercutan en el Espíritu las sensaciones producidas por los agentes exteriores. Los nervios son sus hilos conductores, como en el telégrafo el fluido eléctrico tiene como conductor al hilo metálico.

18. Cuando el Espíritu debe encarnar en un cuerpo humano en vías de formación, un lazo fluídico, que no es más que una expansión de su periespíritu, lo vincula al embrión hacia el cual

se siente atraído por una fuerza irresistible desde el momento de la concepción. A medida que el embrión se desarrolla, el lazo se acorta. Bajo la influencia del *principio vital material del embrión*, el periespíritu, que posee ciertas propiedades de la materia, se une *molécula a molécula* al cuerpo que se forma. Por eso es posible decir que el Espíritu, por intermedio de su periespíritu, *se enraíza* en cierto modo en ese germen, como lo hace una planta en la tierra. Cuando el embrión llega a la plenitud de su desarrollo, la unión es completa, y entonces nace a la vida exterior.

Por un efecto contrario, esa unión del periespíritu y de la materia carnal, que se efectúa bajo la influencia del principio vital del embrión, cesa cuando ese principio deja de actuar, a consecuencia de la desorganización del cuerpo, que ocasiona la muerte. La unión, mantenida tan solo por una fuerza actuante, cesa en el momento en que esa fuerza deja de actuar. Entonces, el periespíritu se desprende *molécula a molécula*, del mismo modo que se había unido, y el Espíritu es devuelto a la libertad. *Por lo tanto, no es la partida del Espíritu la que causa la muerte del cuerpo, sino que esta es la que causa la partida de aquel.*

19. El espiritismo nos enseña, mediante los hechos cuya observación nos facilita, los fenómenos que acompañan a esa separación. Algunas veces esta es rápida, sencilla, delicada e indolora, mientras que en otras es muy lenta, laboriosa y terriblemente penosa, de conformidad con el estado moral del Espíritu, y puede durar meses enteros.

20. Un fenómeno particular, que también muestra la observación, acompaña siempre a la encarnación del Espíritu. Desde que este es atrapado a través del lazo fluídico que lo liga al embrión, la turbación se apodera de él. Esa turbación aumenta a medida que el lazo se ajusta, y en los últimos momentos el Espíritu pierde la conciencia de sí mismo, de modo que jamás es testigo consciente de su nacimiento. Cuando el niño respira, el Espíritu comienza a

recobrar sus facultades, que se desarrollan a medida que se forman y consolidan los órganos que habrán de servirle para su manifestación. En esto también resplandece la sabiduría que preside todas las partes de la obra de la creación. Facultades demasiado activas consumirían y destrozarían órganos delicados y apenas en formación; por eso su energía es proporcional a la fuerza de resistencia de esos órganos.

21. Con todo, al mismo tiempo que el Espíritu recobra la conciencia de sí mismo, pierde el recuerdo de su pasado, aunque no pierde las facultades, las cualidades ni las aptitudes adquiridas con anterioridad, aptitudes que habían quedado transitoriamente en estado latente y que, al volver a la actividad, lo ayudarán a desenvolverse más y mejor que antes. Renace tal como había llegado a ser mediante su trabajo anterior; ese renacimiento constituye un nuevo punto de partida, un nuevo peldaño que subir. Incluso allí se manifiesta la bondad del Creador, dado que el recuerdo del pasado, con frecuencia penoso o humillante, sumado a la angustia de una nueva existencia, podría perturbarlo y crearle impedimentos. Sólo recuerda lo que ha aprendido, porque eso le es útil. Si en ocasiones conserva una vaga intuición de los acontecimientos pasados, esa intuición es como el recuerdo de un sueño fugitivo. Se trata, por consiguiente, de un hombre nuevo, por más antiguo que sea su Espíritu. Adopta nuevos hábitos con la ayuda de sus conquistas anteriores. Cuando regresa a la vida espiritual, su pasado se despliega ante su mirada, y entonces evalúa si ha empleado bien o mal su tiempo.

22. Así pues, no hay solución de continuidad en la vida espiritual, a pesar del olvido del pasado. El Espíritu es siempre *él mismo*, antes, durante y después de la encarnación, pues esta es sólo una fase especial de su existencia. El olvido únicamente se produce en el transcurso de la vida exterior de relación, ya que, durante el sueño, parcialmente desprendido de los lazos carnales, el Espíritu es

restituido a la libertad y a la vida espiritual, y recuerda su pasado. Su visión espiritual no está tan oscurecida por la materia.

23. Si se considera a la humanidad en el grado más bajo de la escala intelectual, tal como se encuentra entre los salvajes más atrasados, cabe la pregunta sobre si es ese el punto de partida del alma humana.

Según la opinión de algunos filósofos espiritualistas, el principio inteligente, distinto del principio material, se individualiza, se elabora, al pasar por los diversos grados de la animalidad. Es ahí donde el alma se ensaya para la vida y desarrolla sus primeras facultades mediante la ejercitación; sería, por así decirlo, su período de incubación. Llegada al grado de desarrollo que ese estado permite, recibe las facultades especiales que constituyen el alma humana. Existiría entonces una filiación espiritual, del mismo modo que existe una filiación corporal.

Es preciso convenir en que este sistema, basado en la gran ley de unidad que rige la Creación, está en correspondencia con la justicia y la bondad del Creador; otorga una salida, una finalidad, un destino a los animales, que ya no son seres desheredados, sino que en el porvenir que les está reservado encuentran una compensación para sus padecimientos. Lo que constituye al hombre espiritual no es su origen, sino los atributos especiales de los que está dotado cuando ingresa en la humanidad, atributos que lo transforman y hacen de él un ser distinto, así como el fruto sabroso es diferente de la raíz amarga que le dio origen. Por el hecho de que haya pasado por la serie de grados de la animalidad, el hombre no es menos hombre; ya no es animal, como el fruto no es la raíz, o como el sabio no es el feto informe que lo instaló en el mundo.

No obstante, este sistema plantea numerosas cuestiones, cuyos pros y contras no es oportuno discutir aquí, del mismo modo que no se justifica el análisis de las diferentes hipótesis que se han enunciado en relación con este asunto. Por consiguiente, sin que

investiguemos el origen del alma, ni que tratemos de conocer los grados por los cuales pudo haber pasado, la consideramos *a partir de su ingreso en la humanidad*, en el punto en que, dotada de sentido moral y de libre albedrío, comienza a ejercer la responsabilidad de sus actos.

24. La obligación que tiene el Espíritu encarnado de ocuparse del alimento del cuerpo, de su seguridad y su bienestar, lo impulsa a emplear sus facultades en investigaciones, a ejercitarlas y desarrollarlas. Así pues, su unión con la materia es de utilidad para su adelanto, y por eso la encarnación es una necesidad. Además, a través de la actividad inteligente que realiza para su beneficio sobre la materia, contribuye a la transformación y al progreso material del globo en el que habita. Así, a medida que progresa, colabora con la obra del Creador, de la cual se convierte en un agente inconsciente.

25. Sin embargo, la encarnación del Espíritu no es constante ni perpetua, sino apenas transitoria. Cuando abandona un cuerpo, no retoma otro inmediatamente. Durante un lapso más o menos considerable vive la vida espiritual, que es su vida normal, de tal modo que el tiempo que duran sus diferentes encarnaciones resulta insignificante comparado con el que pasa en estado de Espíritu libre.

En el intervalo entre sus encarnaciones, el Espíritu también progresa, en el sentido de que aprovecha, para su adelanto, los conocimientos y la experiencia que obtuvo durante la vida corporal –nos referimos al Espíritu que ha alcanzado el estado de alma humana, de modo que posee libertad de acción y conciencia de sus actos–; analiza lo que hizo mientras vivió en la Tierra, pasa revista a lo que ha aprendido, reconoce sus faltas, elabora planes, y toma resoluciones mediante las cuales pretende guiarse en una nueva existencia, con la intención de obrar mejor. De ese modo,

cada existencia representa un paso hacia adelante en el camino del progreso, una especie de escuela de aplicación.

Por lo general, la encarnación no es, pues, un castigo para el Espíritu, según piensan algunos, sino una condición inherente a la inferioridad del Espíritu, así como también un medio para que progrese.

A medida que progresa moralmente, el Espíritu se desmaterializa, es decir, se depura al liberarse de la influencia de la materia; su vida se espiritualiza, sus facultades y sus percepciones se amplían; su felicidad es proporcional al progreso realizado. No obstante, como actúa en virtud de su libre albedrío, puede por negligencia o mala voluntad retardar su adelanto; prolonga, por consiguiente, la duración de sus encarnaciones materiales, que entonces se convertirán en un castigo, dado que por sus faltas permanece en las categorías inferiores, obligado a recomenzar la misma tarea. Así pues, del Espíritu depende abreviar, por medio del trabajo de purificación realizado sobre sí mismo, la duración del período de las encarnaciones.

26. El progreso material de un globo acompaña el progreso moral de sus habitantes. Ahora bien, como la creación de los mundos y de los Espíritus es incesante, y como estos progresan más o menos rápidamente, conforme al empleo que hagan de su libre albedrío, resulta de ahí que hay mundos más o menos antiguos, con grados diferentes de adelanto físico y moral, en los cuales la encarnación es más o menos material y, por consiguiente, el trabajo para los Espíritus es más o menos arduo. Desde este punto de vista, la Tierra es uno de los mundos menos adelantados. Poblado por Espíritus relativamente inferiores, la vida corporal es en él más penosa que en otros globos. También los hay más atrasados, donde la existencia es todavía más penosa que en la Tierra, y en comparación con los cuales ésta sería un mundo relativamente feliz.

27. Cuando los Espíritus han realizado en un mundo la totalidad del progreso que el estado de ese mundo permite, lo abandonan para encarnar en otro más adelantado, donde adquieren nuevos conocimientos, y así sucesivamente, hasta que ya no les resulta provechosa la encarnación en un cuerpo material. Entonces pasan a vivir con exclusividad la vida espiritual, en la que continúan su progreso en otro sentido y por otros medios. Cuando alcanzan el punto culminante del progreso, gozan de la suprema felicidad. Admitidos en los consejos del Todopoderoso, conocen su pensamiento, se convierten en sus mensajeros, sus ministros directos en el gobierno de los mundos, y tienen bajo sus órdenes a Espíritus de diversos grados de adelanto.

De esa manera, sea cual fuere el grado en que se encuentren en la jerarquía espiritual, desde el más bajo al más elevado, todos los Espíritus, encarnados o desencarnados, tienen sus atribuciones en el gran mecanismo del universo; todos son útiles al conjunto, al mismo tiempo que lo son para sí mismos. A los menos adelantados, como simples operarios, les corresponde el desempeño de una tarea material, que al principio es inconsciente, y después se torna cada vez más inteligente. En el mundo espiritual existe actividad en todas partes, y en ningún lado hay ociosidad improductiva.

La colectividad de los Espíritus constituye, en cierto modo, el alma del universo. El elemento espiritual actúa en todo y en todas partes, por el influjo del pensamiento divino. Sin ese elemento sólo existe la materia inerte, carente de finalidad, sin inteligencia, sin otro motor que las fuerzas materiales que dejan una infinidad de problemas sin resolver. Con la acción del elemento espiritual *individualizado*, todo tiene una finalidad, una razón de ser, todo se explica. Por esa razón, sin la espiritualidad, el hombre tropieza con dificultades insuperables.

28. Cuando la Tierra se encontró en condiciones climáticas apropiadas para la existencia de la especie humana, encarnaron

en ella Espíritus; y si se admite que encontraron envolturas ya formadas, a las que solo tuvieron que adaptar a su uso, se comprende aún mejor que hayan podido nacer simultáneamente en varios puntos del globo.

29. Aunque los primeros que surgieron debieron de estar poco adelantados, por la razón misma de que tenían que encarnar en cuerpos muy imperfectos, por cierto es probable que hubiera notorias diferencias en sus caracteres y aptitudes, según el grado de su desarrollo moral e intelectual. Los Espíritus que se asemejaban se agruparon naturalmente por analogía y simpatía. Así, la Tierra se encontró poblada por Espíritus de diversas categorías, más o menos aptos o rebeldes al progreso. Puesto que los cuerpos recibían la impresión del carácter del Espíritu, y dado que esos cuerpos se procreaban de conformidad con sus respectivos tipos, resultaron de ahí diferentes razas, tanto en lo físico como en lo moral. Al continuar encarnando preferentemente entre los que se les asemejaban, los Espíritus similares perpetuaron el carácter distintivo físico y moral de las razas y de los pueblos, carácter que sólo con el tiempo desaparece, mediante su fusión y el progreso de los Espíritus. (Véase la *Revista Espírita*, julio de 1860, pág. 198: “Frenología y fisiognomía”.)

30. Los Espíritus que vinieron a poblar la Tierra pueden ser comparados con esos grupos de emigrantes de orígenes diversos, que van a establecerse en una tierra virgen. Allí encuentran madera y piedra para levantar sus viviendas, a las que cada uno les imprime un sello especial, de acuerdo con el grado de su saber y de su inteligencia. Se agrupan por analogía de orígenes y de gustos, y los grupos acaban por formar tribus, después pueblos, cada cual con costumbres y caracteres propios.

31. Por consiguiente, el progreso no fue uniforme en toda la especie humana. Como era natural, las razas más inteligentes se adelantaron a las otras, incluso sin tomar en cuenta que Espíritus

recién nacidos a la vida espiritual vinieron a encarnar en la Tierra entre los primeros que llegaron, e hicieron más evidente la diferencia respecto del progreso. En efecto, sería imposible asignar la misma antigüedad de creación a los salvajes –que apenas se distinguen de los monos– y a los chinos, y menos aún a los europeos civilizados.

Con todo, los Espíritus de los salvajes también forman parte de la humanidad, y un día alcanzarán el nivel en que se encuentran sus antecesores, pero sin duda no será en cuerpos de la misma raza física, impropios para un cierto desarrollo intelectual y moral. Cuando el instrumento ya no esté en correspondencia con su desarrollo, esos Espíritus emigrarán de ese medio para encarnar en un grado superior, y así sucesivamente, hasta que hayan conquistado todas las graduaciones terrestres. Después de eso dejarán la Tierra, para pasar a mundos cada vez más adelantados. (Véase la *Revista Espírita*, abril de 1862, pág. 97: “Perfectibilidad de la raza negra”.)

Reencarnación

32. El principio de la reencarnación es una consecuencia inevitable de la ley del progreso. Sin la reencarnación, ¿cómo se explicaría la diferencia que existe entre el actual estado social y el de los tiempos de barbarie? Si las almas fueran creadas al mismo tiempo que los cuerpos, las que nacen hoy serían tan nuevas, tan primitivas como las que vivieron hace mil años. Además, no habría ninguna conexión entre ellas, ninguna relación necesaria; serían absolutamente independientes unas de otras. ¿Por qué, entonces, las almas de la actualidad están mejor dotadas por Dios que las que las precedieron? ¿Por qué comprenden mejor las cosas? ¿Por qué poseen instintos más depurados, costumbres más moderadas? ¿Por qué tienen la intuición de ciertas cosas sin haberlas aprendido?

Invitamos a que se resuelva este dilema, a menos que se admita que Dios crea almas de diferentes calidades, de acuerdo con las épocas y los lugares: proposición inconciliable con la idea de una justicia soberana.

Reconozcamos, por el contrario, que las almas de hoy ya han vivido en tiempos lejanos; que posiblemente fueron bárbaras como su época, pero que han progresado; que en cada nueva existencia traen lo que han adquirido en las existencias anteriores; que, por consiguiente, las almas de los tiempos civilizados no son almas creadas más perfectas, sino que se perfeccionaron por sí mismas con el transcurso del tiempo, y entonces tendremos la única explicación admisible de la causa del progreso social. (Véase *El libro de los Espíritus*, Libro II, Capítulos IV y V.)[41]

---

41. Algunas personas suponen que las diferentes existencias del alma transcurren de mundo en mundo, y no en un mismo globo, a donde cada Espíritu iría una única vez.

Esta doctrina sería admisible si todos los habitantes de la Tierra estuviesen exactamente en el mismo nivel intelectual y moral. En ese caso, ellos sólo podrían progresar yéndose a otro mundo, puesto que la encarnación en la Tierra no les aportaría ninguna utilidad. Ahora bien, Dios no hace nada inútil, y dado que aquí se encuentran la inteligencia y la moralidad en todos los grados, desde el salvajismo que linda con la animalidad hasta la civilización más avanzada, es evidente que este mundo ofrece un vasto campo al progreso. Nos preguntamos, entonces, ¿por qué el salvaje tendría que buscar en otra parte el grado de progreso inmediatamente superior a aquel en que se encuentra, cuando ese grado está al lado de él, y así sucesivamente? ¿Por qué el hombre adelantado no habría sido capaz de hacer sus primeras etapas más que en mundos inferiores, cuando alrededor suyo hay otros seres análogos a los de esos mundos, y toda vez que hay diferentes grados de adelanto no sólo de un pueblo a otro pueblo, sino en el seno del mismo pueblo y de la misma familia? Si fuese así, Dios habría realizado algo inútil al colocar la ignorancia junto al saber, la barbarie junto a la civilización, el bien junto al mal, cuando es justamente ese contacto el que hace que los atrasados avancen.

No hay, pues, necesidad de que los hombres cambien de mundo en cada etapa, así como no se justifica que un estudiante cambie de colegio para pasar de una clase a otra. Lejos de ser ventajoso para su progreso, ese hecho sería una traba, porque el Espíritu estaría privado del ejemplo que le ofrece la observación de lo

Emigraciones e inmigraciones de los Espíritus

33. En el intervalo entre sus existencias corporales, los Espíritus se encuentran en estado de erraticidad y forman la población espiritual del ambiente del globo. A través de las muertes y de los nacimientos, ambas poblaciones se mezclan incesantemente la una con la otra. Hay, pues, a diario, emigraciones del mundo corporal hacia el mundo espiritual, e inmigraciones del mundo espiritual hacia el mundo corporal: ese es el estado normal.

34. En ciertas épocas, reguladas por la sabiduría divina, esas emigraciones e inmigraciones se producen en masas más o menos considerables, a consecuencia de las grandes revoluciones que les acarrean la partida simultánea en cantidades enormes, que de

---

que ocurre en los grados superiores, así como de la posibilidad de reparar sus errores en el mismo medio y en presencia de aquellos a quienes ofendió, posibilidad que representa para él el más poderoso medio de adelanto moral. Si después de una breve cohabitación, los Espíritus se dispersasen y se volvieran extraños unos a otros, los lazos de familia y de amistad se romperían por falta de tiempo suficiente para que se consolidaran.

Los Espíritus dejan por un mundo más adelantado aquel del cual no pueden obtener nada más: eso es lo que debe ser y lo que es; esa es la regla. Si algunos lo dejan antes de tiempo, no cabe duda de que eso se debe a causas individuales que Dios analiza con su sabiduría.

Todo en la Creación tiene una finalidad. De lo contrario, Dios no sería prudente ni sabio. Ahora bien, si la Tierra no debiese ser más que una única etapa del progreso de cada individuo, ¿de qué serviría, a los Espíritus de los niños que mueren a temprana edad, pasar en ella algunos años, algunos meses, algunas horas, durante los cuales nada pueden adquirir? Lo mismo sucede con los idiotas y los cretinos. Una teoría es buena en caso de que resuelva todas las cuestiones que le atañen. La cuestión de las muertes prematuras ha sido un escollo para todas las doctrinas, excepto para la doctrina espírita, la única que lo resolvió de una manera racional.

Para el progreso de aquellos que en la Tierra llevan a cabo una vida normal, es una verdadera ventaja que regresen al mismo medio para continuar en él lo que han dejado inconcluso, a menudo en la misma familia o en contacto con las mismas personas, a fin de reparar el mal que hayan hecho o para que sufran la pena del talión. (N. de Allan Kardec.)

inmediato son sustituidas por cantidades equivalentes de encarnaciones. Por consiguiente, es preciso considerar los flagelos destructores y los cataclismos como ocasiones de llegadas y partidas colectivas, recursos providenciales para renovar la población corporal del globo, que se robustece mediante la introducción de nuevos elementos espirituales más purificados. Si bien en esas catástrofes se produce la destrucción de un gran número de cuerpos, sólo se trata de *vestimentas desgarradas*, ya que ningún Espíritu perece: apenas cambian de ambiente. En vez de partir aisladamente, lo hacen en multitud; esa es la única diferencia, ya que por una causa o por otra, tarde o temprano, fatalmente deberán partir.

Las renovaciones rápidas, casi instantáneas, que se producen en el elemento espiritual de la población a consecuencia de los flagelos destructores, aceleran el progreso social; si no fuera por las emigraciones e inmigraciones que de tiempo en tiempo vienen a darle un impulso violento, ese progreso sólo se realizaría con extrema lentitud.

Es de notar que las grandes calamidades que diezman a las poblaciones están seguidas invariablemente por una era de progreso en el orden físico, intelectual o moral y, por consiguiente, en el estado social de las naciones en las que estas se verifican. Eso se debe a que tienen por finalidad producir una transformación en la población espiritual, que es la población normal y activa del globo.

35. Esa transfusión que ocurre entre la población encarnada y la desencarnada de un mismo globo, se efectúa también entre los mundos, ya sea individualmente en las condiciones normales, o de forma masiva en circunstancias especiales. Hay, pues, emigraciones e inmigraciones colectivas de un mundo hacia otro, de donde resulta la introducción, en la población de un globo, de elementos absolutamente nuevos. Nuevas razas de Espíritus, que vienen a mezclarse con las existentes, constituyen nuevas razas de hombres. Ahora bien, como los Espíritus no pierden nunca lo que

han conquistado, llevan consigo la inteligencia y la intuición de los conocimientos que poseen y, por consiguiente, imprimen su carácter a la raza corporal que van a animar. Para eso no necesitan que se creen nuevos cuerpos exclusivamente para su uso. La especie corporal existe, de modo que siempre encuentran cuerpos listos para recibirlos. Por lo tanto, apenas son nuevos habitantes. A su llegada a la Tierra integran primero la población espiritual, para después encarnar como los demás.

Raza adámica

36. De acuerdo con la enseñanza de los Espíritus, fue una de esas importantes inmigraciones, o si se prefiere, una de esas *colonias de Espíritus* provenientes de otra esfera, la que dio origen a la raza simbolizada en la persona de Adán, la cual por esa razón se denomina *raza adámica.* A su llegada a la Tierra, el planeta ya estaba poblado desde tiempos inmemoriales, *como América cuando llegaron a ella los europeos.*

Más adelantada que las que la habían precedido en este planeta, la raza adámica es, en efecto, la más inteligente, la que impulsa el progreso de las demás. El *Génesis* nos la muestra industriosa desde sus comienzos, apta para las artes y las ciencias, sin que haya pasado aquí por la infancia intelectual, lo que no sucede con las razas primitivas, pero que concuerda con la opinión de que estaba compuesta por Espíritus que ya habían alcanzado cierto progreso. Todo prueba que la raza adámica no es antigua en la Tierra, y nada se opone al hecho de que habita en ella desde hace apenas unos miles de años, lo que no estaría en contradicción ni con los hallazgos geológicos ni con las investigaciones antropológicas, sino que, por el contrario, tendería a confirmarlas.

37. La doctrina según la cual el género humano en su totalidad proviene de un solo individuo desde hace seis mil años es inadmisible en el estado actual de los conocimientos. Las principales consideraciones que la refutan, apoyadas tanto en el orden físico como en el moral, se resumen en los siguientes enunciados:

38. Desde el punto de vista fisiológico, algunas razas presentan tipos particulares característicos que no permiten atribuirles un origen común. Hay diferencias que evidentemente no se deben al efecto del clima, puesto que los blancos que se reproducen en los países de los negros no se vuelven negros, y viceversa. El calor del sol tuesta y oscurece la epidermis, pero nunca ha convertido a un blanco en negro, ni le ha achatado la nariz, ni cambió sus rasgos fisonómicos, ni le convirtió en crespo ni lanoso el cabello lacio y sedoso. Hoy se sabe que el color del negro proviene de un tejido subcutáneo particular, característico de la especie.

Debemos entonces considerar que las razas negra, mongólica y caucásica tuvieron orígenes propios y nacieron simultánea o sucesivamente en diferentes partes del globo. Su cruzamiento produjo las razas mixtas secundarias. Los caracteres fisiológicos de las razas primitivas constituyen un indicio evidente de que provienen de tipos especiales. Las mismas consideraciones se aplican, por consiguiente, tanto para los hombres como para los animales, en lo que respecta a la pluralidad de los troncos.

39. Adán y sus descendientes están representados en el *Génesis* como hombres esencialmente inteligentes, puesto que desde la segunda generación construyen ciudades, cultivan la tierra y forjan los metales. Sus progresos en las artes y en las ciencias son rápidos y duraderos. No se podría concebir, por lo tanto, que ese tronco haya tenido como ramas numerosos pueblos tan atrasados, de inteligencia tan rudimentaria, al tal punto que en nuestros días aún rozan la animalidad, además de que han perdido todo rastro e incluso hasta el mínimo recuerdo tradicional de lo que hacían sus

padres. Una diferencia tan radical en las aptitudes intelectuales y en el desarrollo moral constituye una prueba, no menos evidente, de que existe una diferencia de origen.

40. Independientemente de los descubrimientos geológicos, la prueba de la existencia del hombre en la Tierra antes de la época determinada por el *Génesis* se extrae de la población del globo.

Sin aludir a la cronología china, que según algunos se remonta a treinta mil años atrás, documentos de probada autenticidad muestran que Egipto, la India y otros países ya estaban poblados y florecientes como mínimo tres mil años antes de la Era Cristiana, por lo tanto, mil años después de la creación del primer hombre, según la cronología bíblica. Documentos y observaciones recientes no parecen dejar ninguna duda en cuanto a las relaciones que han existido entre América y los antiguos egipcios, de donde se deduce que esa región ya estaba poblada en aquella época. Sería preciso, entonces, admitir que en mil años la posteridad de un solo hombre fue capaz de poblar la mayor parte de la Tierra. Ahora bien, semejante fecundidad estaría en flagrante contradicción con todas las leyes antropológicas. El propio *Génesis* no atribuye a los primeros descendientes de Adán una fecundidad anormal, puesto que hace su recuento nominal hasta Noé.

41. Esa imposibilidad se vuelve aún más evidente cuando se admite, de acuerdo con el *Génesis*, que el diluvio destruyó a *todo el género humano*, con excepción de Noé y su familia, que no era numerosa, en el año 1656 del mundo, es decir, 2348 años antes de Jesucristo. En ese caso, la población de la Tierra apenas se remontaría a Noé. Ahora bien, hacia esa época, la historia designa a Menes como rey de Egipto. Cuando los hebreos se establecieron en ese país, 642 años después del diluvio, Egipto ya era un poderoso imperio, y habría sido poblado –sin mencionar otras regiones–, en menos de seis siglos, tan sólo por los descendientes de Noé, lo cual no es admisible.

Observemos, asimismo, que los egipcios recibieron a los hebreos como extranjeros. Sería sorprendente que aquellos hubiesen perdido el recuerdo de un origen común tan cercano, cuando conservaban religiosamente los monumentos de su historia.

Así pues, una rigurosa lógica, corroborada por los hechos, demuestra de la manera más categórica que el hombre está en la Tierra desde un lapso indeterminado, muy anterior a la época que señala el *Génesis*. Ocurre lo mismo con la diversidad de los troncos primitivos, dado que demostrar la falsedad de una proposición equivale a demostrar la proposición contraria. Si la geología descubriera rastros auténticos de la presencia del hombre antes del gran período diluviano, la demostración sería aún más completa.

Doctrina de los ángeles caídos y del paraíso perdido[42]

42. La palabra *ángel*, como tantas otras, tiene varias acepciones. Se la emplea indistintamente en sentido bueno o malo, porque se dice: "los ángeles buenos" y "los ángeles malos", "el ángel de la luz" y "el ángel de las tinieblas"; de donde se sigue que, en su acepción general, significa simplemente *Espíritu*.

---

42. Cuando en la *Revista Espírita* de 1862 publicamos un artículo sobre *la interpretación de la doctrina de los ángeles caídos*, presentamos esa teoría sólo como una hipótesis, sin otra autoridad más que la de una opinión personal controvertible, porque entonces nos faltaban elementos suficientes para una afirmación categórica. La expusimos a título de ensayo, con la intención de provocar el análisis de la cuestión, y decididos a abandonarla o modificarla si fuese preciso. Hoy esa teoría ha pasado por la prueba del control universal; no sólo fue aceptada por la inmensa mayoría de los espíritas como la más racional y la más conforme con la soberana justicia de Dios, sino que ha sido confirmada también por la generalidad de las instrucciones que los Espíritus han dado sobre el asunto. Lo mismo se verificó en lo que respecta al origen de la raza adámica. (N. de Allan Kardec.)

Los ángeles no son seres aparte de la humanidad, creados perfectos, sino Espíritus que alcanzaron la perfección, como todas las criaturas, mediante sus esfuerzos y su mérito. Si los ángeles fueran seres creados perfectos, dado que rebelarse contra Dios es un signo de inferioridad, los que se rebelaron no podrían ser ángeles. La rebelión contra Dios es inconcebible en seres que Él creó perfectos, mientras que es posible por parte de seres aún atrasados.

La palabra *ángel*, según la etimología (del griego *ággelos*), significa *enviado*, *mensajero*. Ahora bien, no es racional suponer que Dios haya elegido a sus mensajeros entre seres suficientemente imperfectos para rebelarse contra Él.

43. Hasta que los Espíritus alcanzan cierto grado de perfección, están sujetos a cometer faltas, tanto en el estado de erraticidad como en el de encarnación. Cometer faltas es infringir la ley de Dios, y aun cuando esta ley esté inscripta en el corazón de todos los hombres, a fin de que no tengan necesidad de la revelación para conocer sus deberes, el Espíritu no la comprende sino gradualmente y a medida que su inteligencia se desarrolla. Quien infringe esta ley por ignorancia y falta de experiencia –la cual no se adquiere sino con el tiempo–, sólo asume una responsabilidad relativa. En cambio, aquel cuya inteligencia está desarrollada, y que cuenta con los medios necesarios para instruirse, infringe la ley voluntariamente y practica el mal con conocimiento de causa, de modo que incurre en una revuelta, en una rebelión contra el autor de la ley.

44. Los mundos progresan físicamente mediante la elaboración de la materia, y moralmente por la purificación de los Espíritus que habitan en ellos. La felicidad allí está en relación directa con la preponderancia del bien sobre el mal, y esa preponderancia es el resultado del adelanto moral de los Espíritus. No basta con el progreso intelectual, visto que con la inteligencia ellos pueden hacer el mal.

Así pues, tan pronto como un mundo ha llegado a uno de sus períodos de transformación, que le permitirá ascender en la jerarquía de los mundos, se producen mutaciones en la población encarnada y desencarnada. Entonces ocurren las grandes emigraciones e inmigraciones. Aquellos Espíritus que, a pesar de su inteligencia y su saber, han perseverado en el mal, en su rebeldía contra Dios y contra sus leyes, se convertirían en adelante en un obstáculo al posterior progreso moral, en una causa permanente de perturbación para la tranquilidad y la dicha de los buenos, razón por la que son excluidos de ese mundo, y enviados a mundos menos adelantados, donde aplicarán su inteligencia y la intuición de los conocimientos que han adquirido al progreso de aquellos entre los cuales fueron llamados a vivir, al mismo tiempo que expiarán, a través de una serie de penosas existencias y por medio del trabajo arduo, sus faltas pasadas y su obstinación *voluntaria.*

¿Qué serán esos Espíritus, en medio de esas otras poblaciones, nuevas para ellos y aún en la infancia de la barbarie, sino ángeles o Espíritus caídos, llegados para expiar? La tierra *de donde fueron expulsados*, ¿no es un *paraíso perdido*? Esa tierra, ¿no es un *jardín de delicias*, en comparación con el medio ingrato donde van a quedar relegados durante miles de siglos, hasta que hayan merecido liberarse de él? El vago recuerdo intuitivo que conservan de aquella tierra es para ellos como un espejismo lejano que les recuerda lo que *han perdido por su propia culpa.*

45. Con todo, al mismo tiempo que los malos se alejan del mundo en que habitaban, otros Espíritus mejores los sustituyen, provenientes ya sea de la erraticidad de ese mismo mundo, o de un mundo menos adelantado al que por sus méritos lograron abandonar, y para los cuales el nuevo hogar es una recompensa. De ese modo, la población espiritual renovada y liberada de sus peores elementos, al cabo de cierto tiempo contribuirá a que mejore el estado moral de aquel mundo.

Algunas veces esas mutaciones son parciales, es decir, que se circunscriben a un pueblo, a una raza; otras veces, son generales, cuando llega para el globo el período de renovación.

46. La raza adámica presenta todos los caracteres de una raza proscripta. Los Espíritus que la integran fueron exiliados en la Tierra, ya poblada, pero por hombres primitivos, inmersos en la ignorancia, en relación con los cuales aquellos tuvieron la misión de hacerlos progresar, proveyéndoles las luces de una inteligencia desarrollada. ¿No es ese el rol que, en efecto, esa raza ha desempeñado hasta el presente? Su superioridad intelectual prueba que el mundo de donde provenían los Espíritus que la componen estaba más adelantado que la Tierra. No obstante, como ese mundo debía entrar en una nueva fase de progreso, y puesto que esos Espíritus, a causa de su obstinación, no quisieron colocarse a la altura de ese progreso, allá estarían desubicados y constituirían un obstáculo para la marcha providencial de los acontecimientos. Por ese motivo fueron excluidos y reemplazados por otros que lo merecían.

Al relegar a aquella raza a este mundo de trabajo y sufrimiento, Dios tuvo motivo para decir: "Extraerás el alimento con el sudor de tu frente". En su bondad, le prometió que le enviaría un *Salvador*, es decir, alguien que habría de enseñarle el camino que debería adoptar para salir de ese territorio de miserias, de ese *infierno*, y alcanzar la felicidad de los elegidos. Dios envió ese Salvador en la persona del Cristo, que enseñó la ley de amor y caridad que esa raza ignoraba, y que sería una verdadera áncora para su salvación. El Cristo no solamente enseñó la ley, sino que dio el ejemplo de la práctica de esa ley, con su mansedumbre, su humildad y su paciencia, sufriendo sin murmurar los tratos más ignominiosos y los más acerbos dolores. Para que tal misión se cumpliera sin desvíos, era necesario un Espíritu libre de las debilidades humanas.

Además, con el objetivo de contribuir a que la humanidad progrese en un determinado sentido, Espíritus superiores, aunque sin tener las cualidades del Cristo, encarnan de tiempo en tiempo en la Tierra para desempeñar misiones especiales, que también son provechosas para su adelanto personal, en caso de que las cumplan de acuerdo con los designios del Creador.

47. Sin la reencarnación, la misión del Cristo sería un despropósito, al igual que la promesa hecha por Dios. Supongamos, en efecto, que el alma de cada hombre fuera creada en ocasión del nacimiento del cuerpo, y que no hiciera más que aparecer y desaparecer de la Tierra. No habría ninguna relación entre las almas que vinieron desde Adán hasta Jesucristo, ni entre las que vinieron después. Todas serían extrañas entre sí. La promesa de enviar un Salvador, hecha por Dios, no podría aplicarse a los descendientes de Adán, dado que sus almas todavía no habían sido creadas. Para que la misión del Cristo tuviera correspondencia con las palabras de Dios, era preciso que estas se aplicasen a las mismas almas. Si esas almas fueran nuevas, no podrían estar manchadas por la falta del primer padre, que sería apenas un padre carnal y no un padre espiritual. De otro modo, Dios habría *creado* almas mancilladas por una falta que no habrían cometido. La doctrina común del pecado original implica, pues, la necesidad de una relación entre las almas de la época del Cristo y las del tiempo de Adán; y por consiguiente, de la reencarnación.

Sostened que todas esas almas formaban parte de la colonia de Espíritus exiliados en la Tierra en los tiempos de Adán, y que estaban mancilladas por la falta debido a la cual se las excluyó de un mundo mejor, y entonces tendréis la única interpretación racional del pecado original, pecado propio de cada individuo, y no el producto de la responsabilidad de la falta de otros a quienes jamás ha conocido. Sostened que esas almas o Espíritus renacen en diversas ocasiones en la Tierra para la vida corporal, a fin de que

progresen y se purifiquen; que el Cristo vino para esclarecer a esas mismas almas, no sólo acerca de sus vidas pasadas, sino también en relación con sus vidas posteriores, y únicamente entonces daréis a su misión un objetivo real y serio, que pueda ser aceptado por la razón.

48. Un ejemplo habitual, destacable por su analogía, hará más comprensibles aún los principios que se acaban de exponer:

El 24 de mayo de 1861, la fragata *Ifigenia* transportó a Nueva Caledonia una compañía disciplinaria compuesta por 291 hombres. Al llegar, el comandante de la colonia les comunicó un orden del día redactado en los términos siguientes:

"Al poner los pies en esta tierra lejana, sin duda ya habréis comprendido el rol que se os ha reservado.

"Conforme al ejemplo de los bravos soldados de nuestra marina, que prestan servicio a vuestro lado, nos ayudaréis a trasladar con lucimiento la antorcha de la civilización al seno de las tribus salvajes de Nueva Caledonia. Os pregunto, ¿no es esa una grata y noble misión? Habréis de desempeñarla con dignidad.

"Escuchad la palabra y los consejos de vuestros superiores. Estoy al frente de ellos. Entended debidamente mis palabras.

"La elección de vuestro comandante, de vuestros oficiales, suboficiales y cabos, constituye una garantía plena de que se aplicarán todos los esfuerzos para hacer de vosotros excelentes soldados. Digo más: para elevaros a la altura de los buenos ciudadanos y transformaros en colonos honrados, si así lo quisierais.

"Vuestra disciplina es severa, y así debe ser. Depositada en nuestras manos será firme e inflexible, tomadlo en cuenta; y al mismo tiempo, justa y paternal, sabrá distinguir el error del vicio y la degradación…"

Vemos aquí un puñado de hombres expulsados por su mala conducta de un país civilizado, y enviados como castigo al ámbito

de un pueblo bárbaro. ¿Qué les dice el jefe? “Habéis infringido las leyes de vuestro país; en él os habéis convertido en causa de perturbación y escándalo, y por eso fuisteis expulsados. Os envían aquí, y aquí podéis rescatar vuestro pasado; podéis, mediante el trabajo, crearos una posición honrosa y convertiros en ciudadanos honestos. Tenéis una hermosa misión que cumplir: trasladar la civilización a estas tribus salvajes. La disciplina será severa, pero justa, y sabremos reconocer a quienes procedan correctamente.”

Para aquellos hombres, arrojados en medio de salvajes, ¿no es la madre patria un paraíso que ellos perdieron por sus propias faltas y por rebelarse contra la ley? En aquella tierra lejana, ¿no son ellos ángeles caídos? El lenguaje del comandante, ¿no es idéntico al que Dios empleó cuando se dirigió a los Espíritus exiliados en la Tierra?: “Habéis desobedecido mis leyes, y por eso os he expulsado del mundo donde habríais podido vivir felices y en paz. Aquí estaréis condenados al trabajo; pero podréis, por vuestra buena conducta, haceros merecedores del perdón y de reconquistar la patria que por vuestra falta habéis perdido, es decir, el cielo”.

49. A primera vista, la idea de la caída parece estar en contradicción con el principio según el cual los Espíritus no pueden retrogradar. Sin embargo, es preciso considerar que no se trata de un retroceso al estado primitivo. El Espíritu, aunque en una posición inferior, no pierde nada de lo que ha adquirido; su desarrollo moral e intelectual es el mismo, sea cual fuere el medio en el que sea colocado. Él está en la misma situación del hombre que ha sido condenado a la prisión por sus delitos. Ciertamente, ese hombre se encuentra en decadencia desde el punto de vista social, pero no se vuelve ni más torpe ni más ignorante.

50. ¿Se podrá creer que esos hombres enviados a Nueva Caledonia van a transformarse súbitamente en modelos de virtud, y que van a abjurar de repente de sus errores del pasado? Quien así pensase demostraría que no conoce a la humanidad. Por la misma

razón, los Espíritus de la raza adámica, una vez trasladados a la tierra de exilio, no se despojaron inmediatamente de su orgullo ni de sus malos instintos; por mucho tiempo aún conservaron las tendencias que traían, un resto de su antigua efervescencia. Ahora bien, ¿no es ese el verdadero pecado original? La mancha que traen al nacer es la de la raza de Espíritus culpables y castigados a la que pertenecen; mancha que pueden borrar con el arrepentimiento, la expiación y la renovación de su ser moral. El pecado original, considerado como la responsabilidad de una falta cometida por otro, es un absurdo y la negación de la justicia de Dios. Por el contrario, si se lo considera la consecuencia y el residuo de una imperfección anterior del individuo, no solamente la razón lo admite, sino que la responsabilidad que deriva de él se halla en un todo de conformidad con la justicia.

Capítulo xii

Génesis mosaica

Los seis días.- El paraíso perdido.

Los seis días

1. CAPÍTULO 1:1. En el comienzo Dios creó el cielo y la tierra.- 2. La tierra era uniforme y estaba completamente vacía; las tinieblas cubrían la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. - 3. Dijo Dios: "Hágase la luz", y la luz se hizo. - 4. Dios vio que la luz estaba bien, y separó la luz de las tinieblas. - 5. Dio a la luz el nombre de *día*, y a las tinieblas el nombre de *noche*, y de la tarde y de la mañana se hizo el primer día.

6. Dijo Dios también: "Hágase el firmamento en medio de las aguas y que él separe las aguas de las aguas". - 7. Y Dios hizo el firmamento; y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima del firmamento. Y así se hizo. - 8. Y Dios dio al firmamento el nombre de *cielo*; y de la tarde y de la mañana se hizo el segundo día.

9. Dijo Dios además: "Reúnanse en un solo lugar las aguas que están bajo el cielo, y aparezca el elemento árido". Y así se hizo. - 10. Dios dio al elemento árido el nombre de *tierra*, y llamó *mar* a todas las aguas reunidas. Y vio que eso estaba bien. - 11. Dijo Dios también: "Produzca la tierra la hierba verde que dé semilla, y árboles frutales que den fruto, cada uno de su especie, y que contengan en sí mismas sus semillas, para que se reproduzcan en

la tierra". Y así se hizo. - 12. La tierra entonces produjo la hierba verde que era portadora de la semilla, según su especie, y árboles frutales que contenían en sí mismos sus semillas, según su especie. Y Dios vio que eso era bueno. - 13. Y de la tarde y de la mañana se hizo el tercer día.

14. Dijo Dios también: "Háganse cuerpos de luz en el firmamento del cielo, a fin de que se separen el día de la noche, y sirvan de señales para marcar el tiempo y las estaciones, los días y los años. - 15. Brillen ellos en el firmamento del cielo e iluminen la Tierra". Y así se hizo. - 16. Entonces Dios hizo dos grandes cuerpos luminosos, uno mayor para presidir el día, y otro menor para presidir la noche; hizo también las estrellas. - 17. Y los puso en el firmamento del cielo para que brillen sobre la tierra. - 18. Para que presidan el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y Dios vio que era bueno. - 19. Y de la tarde y de la mañana se hizo el cuarto día.

20. Dijo Dios además: "Produzcan las aguas animales vivos que naden en las aguas, y aves que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo". - 21. Entonces Dios creó los grandes peces y todos los animales que tienen vida y movimiento, que las aguas han producido, cada uno de una especie, y creó también todas las aves, cada una de su especie. Y vio que era bueno. - 22. Y los bendijo, diciendo: "Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar; y que los pájaros se multipliquen sobre la tierra". - 23. Y de la tarde y de la mañana se hizo el quinto día.

24. Dijo Dios también: "Produzca la Tierra animales vivos, cada uno de su especie, los animales domésticos, los reptiles y las bestias salvajes de la tierra, según sus diferentes especies". Y así se hizo. - 25. Dios hizo, pues, las bestias salvajes de la tierra según sus especies, los animales domésticos y todos los reptiles, cada uno de su especie. Y Dios vio que era bueno.

26. Dijo luego: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y que él mande sobre los peces del mar, las aves del cielo, las bestias, sobre toda la tierra y sobre todos los reptiles que se mueven en la tierra”. - 27. Dios entonces creó al hombre a su imagen, y lo creó a imagen de Dios, macho y hembra los creó. - 28. Dios los bendijo y les dijo: “Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; mandad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y sobre todos los animales que se mueven en la tierra”. - 29. Dijo Dios además: “Os he dado todas las hierbas que traen su semilla a la tierra, y todos los árboles que encierran en sí mismos sus semillas, cada uno de una especie, a fin de que os sirvan de alimento. - 30. Y os di a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todo lo que se mueve en la tierra y que está vivo y animado, a fin de que tengan con qué alimentarse”. Y así se hizo. - 31. Dios vio todas las cosas que había hecho, y eran todas muy buenas. - 32. Y de la tarde y de la mañana se hizo el sexto día.

CAPÍTULO 2:1. El cielo y la tierra quedaron, pues, acabados de ese modo con todos sus ornamentos. - 2. Dios terminó en el séptimo día toda la obra que hizo, y reposó en ese séptimo día, luego de haber acabado todas sus obras. - 3. Bendijo el séptimo día y lo santificó, porque había cesado en ese día de producir todas las obras que había creado. 4. Ese fue el origen del cielo y de la tierra, y así fueron creados el día que el Señor hizo uno y otro. - 5. Y que creó todas las plantas de los campos antes de que hubiesen salido de la tierra, y todas las hierbas de las planicies antes de que hubiesen germinado. Porque el Señor Dios aún no había hecho que lloviese sobre la tierra, y no había hombre para labrarla. - 6. Pero de la tierra se elevaba una fuente que regaba toda su superficie.

7. El Señor Dios formó, pues, al hombre del lodo de la tierra, y le esparció sobre el rostro un soplo de vida, y el hombre se volvió viviente y animado.

2. Después de las explicaciones contenidas en los capítulos precedentes sobre el origen y la constitución del universo, de acuerdo con los datos suministrados por la ciencia, en cuanto a la parte material, y por el espiritismo, en cuanto a la parte espiritual, es conveniente confrontar todo eso con el texto del *Génesis* de Moisés, a fin de que cada uno pueda establecer una comparación y juzgar con conocimiento de causa. Serán suficientes algunas explicaciones suplementarias para hacer comprensibles las partes que necesitan esclarecimientos especiales.

3. En lo que respecta a algunos puntos, sin duda existe una notable concordancia entre el *Génesis* de Moisés y la doctrina científica; pero sería un error suponer que basta con que se sustituyan los seis días de veinticuatro horas de la creación bíblica, por seis períodos indeterminados, para que esté completa la analogía. Otro error no menos importante sería que se creyera que, salvo el sentido alegórico de ciertas palabras, el *Génesis* y la ciencia marchan a la par y no son más que una paráfrasis uno de la otra.

4. En primer lugar observemos, según hemos visto (Capítulo VII, § 14), que el número de seis períodos geológicos es arbitrario, visto que se cuentan más de veinticinco formaciones perfectamente caracterizadas. Ese número apenas determina las grandes fases generales, y sólo fue adoptado al comienzo para ordenar las cosas tanto como se pudiera de acuerdo con el texto bíblico, en una época –que por otra parte no está muy lejana– en la que se consideraba que la ciencia debía ser controlada por la Biblia. A eso se debió que los autores de la mayor parte de las teorías cosmogónicas, con el propósito de facilitar su aceptación, se esforzaron por conservar la concordancia con el texto sagrado. Tan pronto como la ciencia se apoyó en el método experimental, se sintió fortalecida y se emancipó. Hoy es ella la que controla a la Biblia.

Por otro lado, la geología, que toma como único punto de partida la formación de los terrenos graníticos, no incluye en el

cómputo de los períodos el estado primitivo de la Tierra. Tampoco se ocupa del Sol, de la Luna y las estrellas, ni del conjunto del universo, que pertenecen a la astronomía. Por consiguiente, para encuadrar todo en el *Génesis*, corresponde que se agregue un primer período que abarque ese orden de fenómenos, el cual se podría denominar *período astronómico*.

Además, no todos los geólogos consideran el período diluviano como un período aparte, sino como un acontecimiento transitorio, pasajero, que no varió en forma considerable el estado climático del globo, como tampoco marcó una nueva fase para las especies vegetales y animales, ya que, salvo pocas excepciones, se encuentran las mismas especies antes y después del diluvio. Por lo tanto, podemos abstenernos de considerar ese período, sin que por eso nos apartemos de la verdad.

5. El siguiente cuadro comparativo, en el que se encuentran resumidos los fenómenos que caracterizan cada uno de los seis períodos, permite abarcar el conjunto y considerar las relaciones y las diferencias que existen entre los referidos períodos y la génesis bíblica:

CIENCIA	GÉNESIS
I. PERÍODO ASTRONÓMICO. Aglomeración de la materia cósmica universal en un punto del espacio, en una nebulosa que dio origen, por la condensación de la materia en diversos puntos, a las estrellas, al Sol, a la Tierra, a la Luna y a todos los planetas. Estado primitivo fluídico e incandescente de la Tierra. - Atmósfera inmensa cargada de toda el agua en forma de vapor, y de todas las materias volatilizables.	PRIMER DÍA. El Cielo y la Tierra. - La luz.

II. PERÍODO PRIMARIO. Endurecimiento de la superficie de la Tierra por el enfriamiento; formación de las capas graníticas. - Atmósfera espesa y ardiente, impenetrable a los rayos solares. - Precipitación gradual del agua y de las materias sólidas volatilizadas en el aire. - Ausencia absoluta de vida orgánica.	SEGUNDO DÍA. El firmamento. - Separación de las aguas que están debajo del firmamento de las que están encima de él.
III. PERÍODO DE TRANSICIÓN. Las aguas cubren toda la superficie del globo. - Primeros depósitos de sedimentos formados por las aguas. - Calor húmedo. - El Sol comienza a atravesar la atmósfera brumosa. - Primeros seres organizados de la más rudimentaria constitución. - Líquenes, musgos, helechos, licopodios, plantas herbáceas. Vegetación colosal. - Primeros animales marinos: zoófitos, poliperos, crustáceos. - Depósitos de hulla.	TERCER DÍA. Las aguas que están debajo del firmamento se reúnen; aparece el elemento árido. - La tierra y los mares. - Las plantas.
IV. PERÍODO SECUNDARIO. Superficie de la Tierra poco accidentada; aguas poco profundas y pantanosas. Temperatura menos cálida; atmósfera más purificada. Considerables depósitos de calcáreos por las aguas. - Vegetación menos colosal; nuevas especies; plantas leñosas; primeros árboles. - Peces; cetáceos; moluscos, grandes reptiles acuáticos y anfibios.	CUARTO DÍA. El Sol, la Luna y las estrellas.

V. PERÍODO TERCIARIO. Grandes levantamientos de la corteza sólida; formación de los continentes. Retiro de las aguas hacia los lugares bajos; formación de los mares. Atmósfera purificada; temperatura actual producida por el calor solar. Animales terrestres gigantescos. Vegetales y animales de la actualidad. Aves. DILUVIO UNIVERSAL.	QUINTO DÍA. Los peces y los pájaros.
VI. PERÍODO CUATERNARIO O POSDILUVIANO. Terrenos aluviales. - Vegetales y animales de la actualidad. - El hombre.	SEXTO DÍA. Los animales terrestres. - El hombre.

6. El primer aspecto sobresaliente de este cuadro comparativo es que la obra de cada uno de los seis días no se corresponde de manera rigurosa, como muchos suponen, con cada uno de los seis períodos geológicos. La concordancia más notable es la de la sucesión de los seres orgánicos, que es casi la misma, así como la de la aparición del hombre en último término. Ese es un hecho importante.

Hay también coincidencia, no en cuanto al orden numérico de los períodos, sino en cuanto al hecho citado en el pasaje en que se lee que, al tercer día: “Las aguas que están debajo del cielo se reunieron en un solo lugar y apareció el elemento árido”. Es la expresión de lo que ocurrió en el período terciario, cuando los levantamientos de la corteza sólida dejaron al descubierto los continentes y expulsaron las aguas que formaron los mares. Sólo entonces aparecieron los animales terrestres, según la geología y según Moisés.

7. Cuando Moisés dice que la Creación fue realizada en seis días, ¿habrá querido aludir a días de veinticuatro horas, o habrá empleado esa palabra en el sentido de período, duración, espacio de tiempo indeterminado, dado que la palabra hebrea que se traduce como *día* tiene esa doble acepción? La primera hipótesis es la más probable, si nos atenemos al texto mismo. La referencia a la tarde y a la mañana, como limitaciones de cada uno de los seis días, da lugar a que se suponga que Moisés ha querido referirse a días comunes. No se puede concebir ninguna duda al respecto, cuando consta, en el versículo 5: "Dio a la luz el nombre de *día*, y a las tinieblas el nombre de *noche*; y de la tarde y de la mañana se hizo el primer día". Esto, evidentemente, sólo se puede aplicar al día de veinticuatro horas, dividido por la luz y las tinieblas. El sentido resulta aún más preciso cuando dice, en el versículo 17, al hablar del Sol, de la Luna y de las estrellas: "Las puso en el firmamento del cielo para que brillen sobre la Tierra; para que presidan el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y de la tarde y de la mañana se hizo el cuarto día".

Por otra parte, en la Creación todo era milagroso y, desde que se toma la senda de los milagros, se puede perfectamente creer que la Tierra fue hecha en seis veces veinticuatro horas, sobre todo cuando se ignoran las leyes naturales elementales. Todos los pueblos civilizados compartieron esa creencia, hasta el momento en que la geología proporcionó las pruebas que demostraban su imposibilidad.

8. Uno de los puntos más criticados del *Génesis* es el de la creación del Sol después de la luz. Trataron de explicarlo con el auxilio de los datos proporcionados por la geología, alegando que en los primeros tiempos de su formación, como se hallaba cargada de vapores densos y opacos, la atmósfera terrestre no permitía la visión del Sol, que por ese motivo no existía para la Tierra. Esta explicación podría llegar a ser admisible si en esa época ya hubiese

habido habitantes que verificaran la presencia o la ausencia del Sol. Ahora bien, según el propio Moisés, en esa época no había más que plantas que, pese a todo, no habrían podido crecer y multiplicarse sin la acción del calor solar.

Existe, pues, un evidente anacronismo en el orden que estableció Moisés para la creación del Sol. Sin embargo, involuntariamente o no, él no cometió un error al decir que la luz precedió al Sol.

El Sol no es el principio de la luz universal, sino una concentración del elemento luminoso en un punto o, dicho de otro modo, del fluido que en determinadas circunstancias adquiere propiedades luminosas. Ese fluido, que es la causa, debió forzosamente existir antes que el Sol, que es sólo un efecto. El Sol es *causa* en relación con la luz que irradia, pero es *efecto* en relación con la luz que recibió.

En una habitación a oscuras, una vela encendida es un pequeño sol. ¿Qué es lo que se hizo para encender la vela? Se desarrolló la propiedad lumínica del fluido luminoso, y se concentró ese fluido en un punto. La vela es la causa de la luz que se difunde en la habitación; pero si el principio luminoso no hubiera existido antes de la vela, esta no habría podido ser encendida.

Lo mismo ocurre con el Sol. El error proviene de la falsa idea, que se mantuvo durante largo tiempo, de que el universo entero comenzó con la Tierra y, por consiguiente, no se comprende que el Sol pudo haber sido creado después de la luz. Sabemos actualmente que antes de que nuestro Sol y nuestra Tierra fuesen creados, ya existían millones de soles y de tierras que, por lo tanto, gozaban de la luz. En principio, entonces, la aseveración de Moisés es absolutamente exacta; es falsa cuando lleva a creer que la Tierra fue creada antes que el Sol. Al estar sujeta al Sol por su movimiento de traslación, la Tierra debió ser creada después de este. Eso es lo que Moisés no podía saber, ya que ignoraba la ley de gravitación.

Esa misma idea se encuentra en la génesis según los antiguos persas. En el primer capítulo del *Vendidad*, al describir el origen del mundo, expresa Ormuz: “He creado la luz que fue a iluminar al Sol, la Luna y las estrellas”. (*Diccionario de mitología universal*). La forma aquí es, sin duda, más clara y más científica que en el *Génesis* de Moisés, y no requiere comentarios.

9. Evidentemente, Moisés compartía las creencias más primitivas sobre la cosmogonía. Como los hombres de su época, creía en la solidez de la bóveda celeste, así como en los reservorios superiores de las aguas. Esa idea está expresada sin alegorías ni ambigüedades en el siguiente pasaje (versículo 6 y siguientes): “Dijo Dios: Hágase el firmamento en medio de las aguas, y que él separe las aguas de las aguas. Dios hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima del firmamento”. (Véase el Capítulo V, “Antiguos y modernos sistemas del mundo”, §§ 3, 4 y 5.)

Según una antigua creencia, el agua era considerada el principio, el elemento generador primitivo, de modo que Moisés no habla de la creación de las aguas, que aparentemente ya existían. “Las tinieblas cubrían el abismo”, es decir, la profundidad del espacio, a la cual la imaginación se representaba, de modo vago, ocupada por las aguas y en medio de tinieblas, antes de la creación de la luz. Por esa razón Moisés dice que: “El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas”. Dado que se consideraba a la Tierra formada en medio de las aguas, era necesario aislarla. Se supuso entonces que Dios había hecho el firmamento –una bóveda sólida– para separar las aguas de arriba de las que habían quedado en la Tierra.

A fin de que comprendamos ciertas partes del *Génesis*, es indispensable que nos coloquemos en el punto de vista de las ideas cosmogónicas de la época que este refleja.

10. A partir de los progresos de la física y la astronomía, una doctrina como esa es insostenible.[43] No obstante, Moisés atribuye esas palabras al propio Dios. Ahora bien, ya que estas expresan un hecho notoriamente falso, tenemos dos opciones: o Dios se equivocó en el relato que hizo de su obra, o ese relato no es una revelación divina. Como la primera suposición no es admisible, se debe concluir que Moisés se limitó a expresar sus propias ideas. (Véase el Capítulo I, § 3.)

11. Moisés se aproxima un poco más a la verdad cuando dice que Dios hizo al hombre con el lodo de la tierra.[44] De hecho, la ciencia demuestra (Véase el Capítulo X) que el cuerpo del hombre está compuesto por elementos tomados de la materia inorgánica o, dicho de otra manera, del lodo de la tierra.

La mujer formada de una costilla de Adán es una alegoría, aparentemente pueril si se la toma al pie de la letra, aunque profunda en cuanto al sentido. Tiene por finalidad mostrar que la mujer es de la misma naturaleza que el hombre y, por consiguiente, es igual a este ante Dios, y no una criatura aparte, hecha para ser sojuzgada y tratada como un ilota. Al considerarla salida de la propia carne del hombre, la imagen de igualdad es más significativa que si hubiera sido formada por separado del mismo lodo. Equivale a decirle al hombre que ella es su igual y no su esclava, que él debe amarla como a una parte de sí mismo.

12. Para los espíritus incultos, sin ninguna noción de las leyes generales, incapaces de abarcar el conjunto y de concebir lo infinito,

43. Por más grosero que sea el error de esa creencia, todavía despierta el entusiasmo de los niños de nuestro tiempo, como si se tratase de una verdad sagrada. Tiemblan los educadores cuando osan aventurarse a una tímida interpretación. ¿Cómo habríamos de pretender que eso no fuera a generar incrédulos más tarde? (N. de Allan Kardec.)

44. El término hebreo *haadam*, "hombre", del cual derivó *Adán*, y el término *haadama*, "tierra", tienen la misma raíz. (N. de Allan Kardec.)

esta creación milagrosa e instantánea presentaba algo de fantástico que ofuscaba su imaginación. El cuadro del universo extraído de la nada en unos pocos días, por un solo acto de la voluntad creadora, era para ellos la señal más evidente del poder de Dios. Qué mejor descripción, en efecto, más sublime y más poética de ese poder, que estas palabras: "Dios dijo: ¡Hágase la luz, y la luz se hizo!" Dios, al crear al universo mediante la actividad lenta y gradual de las leyes de la naturaleza, les hubiera parecido de menor importancia, menos poderoso. Necesitaban algo maravilloso, que saliera del esquema común, porque de lo contrario habrían dicho que Dios no era más hábil que los hombres. Una teoría científica y racional de la Creación los hubiese dejado fríos e indiferentes.

Los hombres primitivos son como los niños, a quienes no conviene dar otro alimento intelectual excepto aquel que su inteligencia tolera. En la actualidad, iluminados por las luces de la ciencia, señalemos los errores materiales del relato de Moisés, pero no lo censuremos por haber hablado el lenguaje de su tiempo, sin lo cual no habría sido comprendido ni aceptado.

Respetemos esas descripciones que hoy nos parecen pueriles, así como respetamos las fábulas que han ilustrado nuestra primera infancia y abierto nuestra inteligencia, enseñándonos a pensar. Con esas descripciones, Moisés ha inculcado en el corazón de los primeros hombres la fe en Dios y en su poder, fe ingenua, que más tarde debía purificarse a la luz de la ciencia. Por el hecho de que sepamos leer de corrido, no despreciemos el libro en que aprendimos a deletrear.

No rechacemos, pues, la génesis bíblica; por el contrario, estudiémosla de la misma manera que se estudia la historia de la infancia de los pueblos. Se trata de una epopeya rica en alegorías, cuyo sentido oculto debemos encontrar; alegorías que es preciso analizar y explicar con la ayuda de las luces de la razón y la ciencia. Al mismo tiempo que resaltamos su belleza poética y sus

enseñanzas veladas por la forma llena de imágenes, es preciso que expongamos decididamente sus errores, a favor del interés mismo de la religión. Esta será mucho más respetada cuando esos errores dejen de ser impuestos a la fe como verdades, y Dios parecerá más grande y más poderoso cuando no se asocie su nombre con hechos controvertidos.

El paraíso perdido[45]

13. CAPÍTULO 2:8. Y el Señor Dios había plantado desde el comienzo un jardín de delicias, en el cual puso al hombre que había formado. - 9 El Señor Dios también hizo que brotara de la tierra toda especie de árboles hermosos a la vista, y cuyo fruto era agradable al paladar, y en medio del paraíso[46] el árbol de vida, con el árbol de la ciencia del bien y del mal. (*Jehová Eloim hizo salir de la tierra* –min haadama– *todo árbol hermoso a la vista y bueno para comer, y el árbol de vida* –vehetz hachayim– *en medio del jardín, y el árbol de la ciencia del bien y del mal*.)

15 El Señor tomó, pues, al hombre, y lo puso en el paraíso de delicias, a fin de que lo cultivase y lo cuidara. - 16 Le dio también este mandamiento, y le dijo: "Come de todos los árboles del paraíso. (*Jeová Eloim ordenó al hombre* –hal haadam– *diciendo*: *"De todo árbol del jardín* –hagan– *puedes comer"*.) - 17 Pero no comas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal; porque tan pronto como lo comas, morirás sin remedio". (*"Y del árbol de la ciencia del*

45. A continuación de algunos versículos se encuentra la traducción literal del texto hebreo, que expresa más fielmente el pensamiento primitivo. El sentido alegórico se destaca así más claramente. (N. de Allan Kardec.)

46. Paraíso, del latín *paradisus*, derivado del griego *paradeisos*, jardín, pomar, lugar plantado con árboles. El término hebreo empleado en el *Génesis* es *hagan*, que tiene el mismo significado. (N. de Allan Kardec.)

bien y del mal –oumehetz hadaat tob vara– *no comerás, pues el día en que de él comas, morirás."*)

14. CAPÍTULO 3:1. Ahora bien, la serpiente era el más astuto de todos los animales que el Señor Dios había creado en la tierra. Y le dijo a la mujer: "¿Por qué Dios os ordenó que no comáis del fruto de todos los árboles del paraíso?" (*Y la serpiente era más astuta que todos los animales terrestres que había hecho Jehová Eloim*; *la cual dijo a la mujer* –el haischa–: *"¿Cómo es que Eloim os ha dicho: No comáis de ningún árbol del jardín?"*) - 2. La mujer respondió: "Comemos de los frutos de todos los árboles que están en el paraíso. (*Dijo ella, la mujer, a la serpiente: "Podemos comer del fruto* –miperi– *de los árboles del jardín"*.) - 3. Pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, Dios nos ordenó que no comiésemos de él, y que no lo tocásemos, para que no corramos peligro de muerte". - 4. La serpiente replicó a la mujer: "De ninguna manera moriréis. - 5. Es que Dios sabe que, tan pronto como hayáis comido de ese fruto, vuestros ojos se abrirán y seréis como *dioses*, conocedores del bien y del mal".

6. La mujer consideró entonces que el fruto de aquel árbol era bueno para comer; que era apetecible y agradable a la vista. Y, tomando de él, lo comió, y se lo dio a su marido, que también comió. (*La mujer vio que el árbol era bueno como alimento y que era deseable para comprender* –léaskil–, *y tomó de su fruto, etc.*)

8. Y como oyeron la voz del Señor Dios, que se paseaba a la tarde por el paraíso, cuando sopla una brisa suave, ellos se retiraron hacia el medio de los árboles del paraíso, a fin de ocultarse de delante de su presencia.

9. Entonces el Señor Dios llamó a Adán, y le dijo: "¿Dónde estás?" - 10. Adán le respondió: "Oí tu voz en el paraíso, y tuve miedo, porque estaba desnudo, por eso me escondí". - 11. El Señor le respondió: "¿Y cómo supiste que estabas desnudo, acaso porque comiste el fruto del árbol del cual yo os prohibí que comieseis?" -

12. Adán le respondió: "La mujer que me diste por compañera me mostró el fruto de ese árbol, y comí de él". - 13. El Señor Dios dijo a la mujer: "¿Por qué hiciste eso?" Ella respondió: "La serpiente me engañó, y comí de ese fruto".

14. Entonces el Señor Dios dijo a la serpiente: "Por haber hecho eso, serás maldita entre todos los animales y todas las bestias de la tierra; andarás sobre tu vientre, y comerás tierra todos los días de tu vida. – 15. Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre su raza y la tuya. Ella te aplastará la cabeza, y tú tratarás de morderle el talón".

16. Dios dijo también a la mujer: "Habré de afligirte con muchos males durante tus embarazos; parirás con dolor; estarás bajo la dominación de tu marido, y él te dominará".

17. Dijo a continuación a Adán: "Porque has escuchado la voz de tu mujer, y has comido del fruto del árbol que te prohibí que comieses, la tierra te será maldita por causa de lo que hiciste, y sólo con mucho trabajo extraerás de ella con qué alimentarte durante toda tu vida. - 18. Ella te producirá espinos y abrojos, y te alimentarás con la hierba de la tierra. - 19. Y comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste tomado, porque eres polvo y al polvo volverás".

20. Y Adán dio a su mujer el nombre de *Eva*, que significa *vida*, porque ella era la madre de todos los vivientes.

21. El Señor Dios también hizo para Adán y su mujer túnicas de pieles con que los cubrió. - 22. Y dijo: "He aquí a Adán hecho *uno de nosotros*, en cuanto a conocer el bien y el mal. Evitemos pues, ahora, que él eche mano del árbol de la vida, que tome de su fruto y que, comiendo de ese fruto, viva eternamente". (*Jehová Eloim dijo: "He aquí que el hombre fue como uno de nosotros para el conocimiento del bien y del mal, y ahora él puede extender la mano y*

tomar del árbol de la vida –veata pen ischlachyado velakach mehetz hachayim–; *comerá de él y vivirá eternamente".*)

23. El Señor Dios lo hizo salir del jardín de delicias, a fin de que fuese a trabajar en el cultivo de la tierra de donde fue tomado. – 24. Y habiéndolo expulsado, colocó querubines[47] delante del jardín de delicias, los cuales hacían brillar una espada de fuego, para guardar el camino que llevaba al árbol de la vida.

15. Bajo una imagen pueril y a veces ridícula, si nos atuviéramos a la forma, la alegoría a menudo oculta grandes verdades. A primera vista, ¿habrá una fábula más absurda que la de Saturno, el dios que devoraba piedras, confundiéndolas con sus hijos? Con todo, al mismo tiempo, ¡cuán profundamente filosófica y verdadera es esa figura, si le buscamos el sentido moral! Saturno es la personificación del tiempo; como todas las cosas son obra del tiempo, él es el padre de todo lo que existe; pero también todo se destruye con el tiempo. Saturno devorando piedras es el símbolo de la destrucción, producida por el tiempo, de los cuerpos más duros, que son sus hijos, puesto que se formaron con el tiempo. ¿Y quién escapa, según esa misma alegoría, a semejante destrucción? Júpiter, símbolo de la inteligencia superior, del principio espiritual que es indestructible. Esa imagen es incluso tan natural que, en el lenguaje moderno, sin alusión a la antigua fábula, acerca de una cosa que finalmente se deterioró, se dice que ha sido devorada por el tiempo, carcomida, devastada por el tiempo.

16. Toda la mitología pagana no es en realidad más que un gran cuadro alegórico de las diversas caras, buenas y malas, de la humanidad. Para quien busca su sentido, se trata de un curso completo de la más profunda filosofía, como sucede con las fábulas

47. Del hebreo *cherub*, *keroub* (buey) y *charab* (labrar). Ángeles del segundo coro de la primera jerarquía, que eran representados con cuatro alas, cuatro caras y patas de buey. (N. de Allan Kardec.)

modernas. Lo absurdo residía en que se tomara la forma por el fondo; pero los sacerdotes paganos solo enseñaban la forma, sea porque algunos no sabían más, o porque estaban interesados en mantener al pueblo sujeto a creencias que, como favorecían su dominación, les resultaban más productivas que la filosofía. La veneración de la forma por parte del pueblo era una fuente inagotable de riquezas, debido a los donativos acumulados en los templos, las ofrendas y los sacrificios ofrecidos a los dioses, pero que en realidad eran en beneficio de sus representantes. Un pueblo menos crédulo hubiera donado menos a las imágenes, a las estatuas, a los emblemas y a los oráculos. Sócrates fue condenado a beber la cicuta, como impío, por haber querido secar esa fuente, poniendo la verdad en lugar del error. En esa época todavía no se acostumbraba quemar vivos a los herejes. Y cinco siglos más tarde, Cristo fue condenado a una muerte infamante, como impío, por haber querido, al igual que Sócrates, poner el espíritu en lugar de la letra, y porque su doctrina, completamente espiritual, destruía la supremacía de los escribas, los fariseos y los doctores de la ley.

17. Lo mismo ocurre con el *Génesis*, donde se deben hallar grandes verdades morales debajo de las figuras materiales que, tomadas al pie de la letra, serían tan absurdas como si, en nuestras fábulas, tomásemos en sentido literal las escenas y los diálogos atribuidos a los animales.

Adán es la personificación de la humanidad; su falta individualiza la debilidad del hombre, en quien predominan los instintos materiales a los que él no sabe resistirse.

El árbol, como árbol de la vida, es el emblema de la vida espiritual; como árbol de la ciencia, representa la conciencia del bien y del mal, que el hombre consigue mediante el desarrollo de su inteligencia y de su libre albedrío, en virtud del cual elige entre uno y otro. Resalta el momento en que el alma del hombre deja

de ser guiada únicamente por sus instintos, toma posesión de su libertad y asume la responsabilidad de sus actos.

El fruto del árbol simboliza el objeto de los deseos materiales del hombre; es la alegoría de la codicia; resume en una sola figura las motivaciones de la inclinación al mal. Comerlo es sucumbir a la tentación.[48] El árbol crece en medio del jardín de las delicias para enseñar que la seducción se encuentra en el seno mismo de los placeres, y para recordarnos que, si el hombre da preponderancia a los goces materiales, se aferra a la Tierra y se aparta de su destino espiritual.

La muerte con que se lo amenaza, en caso de que transgreda la prohibición que se le ha hecho, es un aviso de las consecuencias inevitables, físicas y morales, que derivan de la violación de las leyes divinas que Dios ha grabado en su conciencia. Es muy evidente que aquí no se trata de la muerte corporal, puesto que, después de haber cometido la falta, Adán aún vivió durante largo tiempo, sino de la muerte espiritual o, en otras palabras, de la pérdida de los bienes que resultan del progreso moral, pérdida representada por su expulsión del jardín de las delicias.

La serpiente está lejos de ser considerada actualmente como el prototipo de la astucia. Aquí se la incluye más por su forma que por su carácter, como una alusión a la perfidia de los malos consejos que se insinúan como la serpiente, y de la cual por esa razón

48. En ninguno de los textos el fruto está especificado como *manzana*, palabra que sólo se encuentra en las versiones infantiles. El término del texto hebreo es *peri*, que tiene las mismas acepciones que en francés, sin la determinación de la especie, y puede ser tomado en sentido material, moral, alegórico, en sentido propio y figurado. Para los israelitas no existe una interpretación obligatoria; cuando una palabra tiene varias acepciones, cada uno la interpreta como quiere, toda vez que la interpretación no sea contraria a la gramática. El término *peri* fue traducido en latín por *malum*, que se aplica tanto a la manzana como a cualquier otra especie de frutos. Deriva del griego *mélon*, participio del verbo *mélo*, interesar, cuidar, atraer. (N. de Allan Kardec.)

muchas veces el hombre desconfía. Por otra parte, si la serpiente es condenada a reptar porque ha engañado a la mujer, significa que antes ese animal tenía patas, en cuyo caso ya no era una serpiente. Entonces, ¿por qué imponer como verdades, a la fe ingenua y crédula de los niños, alegorías tan evidentes, y que al falsear su valoración acerca de ellas se hace que más tarde consideren a la Biblia como un muestrario de fábulas absurdas?

18. Si la falta de Adán consistió literalmente en haber comido un fruto, no cabe duda de que esa falta no podría, por su naturaleza casi pueril, justificar el rigor con que fue castigada. Tampoco se podría admitir racionalmente que ese hecho sea como en general se supone; de otro modo Dios, al considerarlo un crimen irremisible, habría condenado a su propia obra, ya que Él había creado al hombre para su propagación. Si Adán hubiese entendido en ese sentido la prohibición de tocar el fruto del árbol, y con ella se hubiese conformado escrupulosamente, ¿dónde estaría la humanidad, y qué habría sido de los designios del Creador? Si hubiera sido de ese modo, Dios habría creado el inmenso aparato del universo para dos individuos solamente, y la humanidad se habría formado contra su voluntad y sus previsiones.

Dios no había creado a Adán y Eva para que permanecieran solos en la Tierra; la prueba de eso está en sus propias palabras, las que les dirige inmediatamente después de haberlos creado, cuando aún estaban en el paraíso terrestre: "Dios los bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos, *llenad la Tierra* y sometedla". (*Génesis*, 1:28.) Dado que la multiplicación del hombre era ley desde el paraíso terrenal, su expulsión de allí no pudo haber tenido como causa el hecho supuesto.

Lo que dio crédito a esa suposición fue el sentimiento de vergüenza que Adán y Eva experimentaron ante la mirada de Dios, y que los llevó a que se cubrieran. Pero esa vergüenza es de por sí una

figura por comparación: simboliza la confusión que todo culpable experimenta en presencia de aquel al que ha ofendido.

19. ¿Cuál es, pues, en definitiva, esa falta tan grave que provocó la condena perpetua de todos los descendientes de aquel que la cometió? Caín, el fratricida, no fue tratado con tanta severidad. Ningún teólogo ha podido definirla con lógica, porque todos ellos, apegados a la letra, han girado dentro de un círculo vicioso.

Hoy sabemos que esa falta no es un hecho aislado, personal, de un individuo, sino que abarca bajo un único aspecto alegórico, el conjunto de las prevaricaciones de que la humanidad de la Tierra, todavía imperfecta, puede convertirse en culpable, y que se resume en estas palabras: *infracción a la ley de Dios.* Ese es el motivo por el cual la falta del primer hombre, en el cual está simbolizada la humanidad, tenga como símbolo un acto de desobediencia.

20. Al decirle a Adán que extraería el alimento de la tierra con el sudor de su frente, Dios simboliza la obligación del trabajo; pero ¿por qué convirtió al trabajo en un castigo? ¿Qué sería de la inteligencia del hombre si este no la desarrollara mediante el trabajo? ¿Qué sería de la Tierra, si no fuese fecundada, transformada, saneada por el trabajo inteligente del hombre?

Fue dicho (*Génesis*, 2:5 y 7): "El Señor Dios aún no había hecho que lloviese sobre la Tierra, y no había en ella hombre para labrarla. El Señor formó, pues, al hombre del lodo de la tierra". Esas palabras, próximas a estas otras: *Poblad la Tierra*, prueban que el hombre estaba destinado desde su origen a ocupar *la totalidad de la tierra y a cultivarla*; prueban, además, que el paraíso no era un lugar circunscripto a una determinada región del globo. Si el cultivo de la tierra habría de ser una consecuencia de la falta de Adán, resultaría que, si Adán no hubiera pecado, la Tierra no habría sido cultivada, y los designios de Dios no se habrían cumplido.

¿Por qué Dios le dijo a la mujer que pariría con dolor debido a que había cometido una falta? ¿Cómo puede el dolor del parto ser un castigo, cuando es un efecto del organismo, y cuando está probado fisiológicamente que es inevitable? ¿Cómo puede constituir un castigo algo que se produce según las leyes de la naturaleza? Eso es lo que los teólogos todavía no han explicado, ni podrán hacerlo mientras no abandonen el punto de vista en que se han colocado. Con todo, aquellas palabras que parecen tan contradictorias tienen una justificación.

21. Observemos, en primer lugar, que si en el momento de la creación de Adán y Eva, sus almas hubiesen sido sacadas de la nada, como todavía se enseña, la pareja debería carecer de experiencia en todas las cosa; debería por lo tanto ignorar lo que es morir. Ya que los dos estaban *solos* en la Tierra, al menos mientras vivieron en el paraíso terrestre, no habían presenciado la muerte de nadie. ¿Cómo, entonces, habrían podido comprender en qué consistía la amenaza de muerte que Dios les hacía? ¿Cómo habría podido comprender Eva que parir con dolor sería un castigo, visto que, como acababa de nacer a la vida, jamás había tenido hijos y era la única mujer que existía en el mundo?

Por consiguiente, las palabras de Dios debían carecer de sentido para Adán y Eva. Recién salidos de la nada, no podían saber cómo ni porqué habían surgido allí; no podían comprender ni al Creador ni el motivo de la prohibición que se les imponía. Sin experiencia alguna acerca de las condiciones de la vida, pecaron como niños que actúan sin discernimiento, lo que vuelve todavía más incomprensible la terrible responsabilidad que Dios hizo pesar sobre ellos y sobre la humanidad entera.

22. Lo que constituye para la teología un caso sin solución, el espiritismo lo explica sin dificultad y de una manera racional mediante la anterioridad del alma y la pluralidad de las existencias, ley sin la cual todo es misterioso y anómalo en la vida del hombre. En

efecto, admitamos que Adán y Eva ya hubieran vivido, y de inmediato todo tiene una justificación: Dios no les habla como a niños, sino como a seres en estado de comprenderlo y que lo comprenden, prueba evidente de que ambos tenían conocimientos previos. Admitamos, además, que hubiesen vivido en un mundo más adelantado y menos material que el nuestro, donde el trabajo del Espíritu sustituía al del cuerpo; que por haberse rebelado contra la ley de Dios, representada en la desobediencia, hubiesen sido excluidos de allí y exiliados como un castigo en la Tierra, donde el hombre, por la naturaleza del globo, está obligado a un trabajo corporal, y entonces reconoceremos que Dios tenía razón cuando les dijo: En el mundo al que iréis a vivir de ahora en adelante, "cultivaréis la tierra y de ella extraeréis el alimento con el sudor de vuestra frente"; y a la mujer: "Parirás con dolor", porque esa es la condición de ese mundo. (Véase el Capítulo XI, § 31 y siguientes.)

De tal modo, el paraíso terrenal, cuyos vestigios han sido buscados infructuosamente en la Tierra, era la imagen del mundo feliz donde Adán había vivido o, más bien, donde había vivido la raza de los Espíritus que él personifica. La expulsión del Paraíso marca el momento en que esos Espíritus vinieron a encarnar entre los habitantes de este mundo, y el cambio de situación que fue la consecuencia de esa expulsión. El ángel armado con una espada flamígera, que defiende la entrada al Paraíso, simboliza la imposibilidad en que se encuentran los Espíritus de los mundos inferiores de penetrar en los mundos superiores antes de que lo merezcan por su purificación. (Véase, más adelante, el Capítulo XIV, § 9 y siguientes.)

23. "Caín (después del asesinato de Abel) respondió al Señor: 'Mi iniquidad es demasiado grande para que se me pueda perdonar. Me expulsáis hoy de sobre la Tierra, y yo iré a ocultarme de vuestra presencia. Seré un fugitivo y un vagabundo en la Tierra,

y entonces cualquiera que me encuentre me matará'. El Señor le respondió: 'No, eso no sucederá, porque quien mate a Caín será castigado duramente'. Y el Señor puso una señal sobre Caín, a fin de que quienes pudieran encontrarlo no lo matasen.

"Habiéndose retirado de delante del Señor, Caín quedo deambulando por la Tierra, y vivió en la región oriental del Edén. Conoció Caín a su mujer, la cual concibió y parió a Henoc. Él construyó a continuación una ciudad a la que llamó *Henoc* (Enoquia) del nombre de su hijo." (*Génesis*, 4:13 a 16.)

24. Si nos atuviéramos a la letra del *Génesis*, llegaríamos a las siguientes conclusiones: Adán y Eva estaban solos en el mundo después de su expulsión del paraíso terrenal; posteriormente tuvieron los dos hijos, Caín y Abel. Ahora bien, luego de que Caín se retiró a otra región después de haber asesinado a su hermano, no volvió a ver a su padre y a su madre, quienes de nuevo quedaron solos. Sólo mucho más tarde, a la edad de ciento treinta años, Adán tuvo su tercer hijo, que se llamó Set, luego de cuyo nacimiento vivió aún, según la genealogía bíblica, ochocientos años, y engendró más hijos e hijas.

Por consiguiente, cuando Caín fue a establecerse al oriente del Edén, solamente había en la Tierra tres personas: su padre, su madre y él, que quedó *solo*, por su lado. Sin embargo, Caín tuvo mujer y un hijo. ¿Qué mujer podía ser esa, y dónde habría podido él desposarla? Él construyó una ciudad; pero una ciudad presupone la existencia de habitantes, visto que no sería por presumir que Caín la hiciera para él, su mujer y su hijo, ni que pudiese edificarla solo.

Por lo tanto, de esa narración debemos inferir que la región estaba poblada. Ahora bien, no podía serlo por los descendientes de Adán, que por entonces estaban reducidos a uno solo: Caín.

La presencia de otros habitantes se destaca igualmente de estas palabras de Caín: "Seré un fugitivo y un vagabundo, y cualquiera

que me encuentre me matará", así como de la respuesta que Dios le dio. ¿Por qué Caín temía que alguien lo matase, y qué utilidad tendría la señal que Dios le puso para preservarlo, si no habría de encontrar a nadie? Ahora bien, si había en la Tierra otros hombres además de la familia de Adán, significa que esos hombres estaban allí antes de él, de donde se deduce esta consecuencia, extraída del texto mismo del *Génesis*: Adán no es el primero ni el único padre del género humano. (Véase el Capítulo XI, § 34.)

25. Hacían falta los conocimientos que el espiritismo suministró acerca de las relaciones del principio espiritual con el principio material; acerca de la naturaleza del alma, de su creación en estado de simplicidad y de ignorancia, de su unión con el cuerpo, de su indefinida marcha progresiva a través de sucesivas existencias y a través de los mundos, que son otros tantos escalones en el camino del perfeccionamiento; acerca de su gradual liberación de la influencia de la materia mediante el uso del libre albedrío, de la causa de sus inclinaciones buenas o malas y de sus aptitudes; acerca del fenómeno del nacimiento y de la muerte; de la situación del Espíritu en la erraticidad y, finalmente, acerca del porvenir como premio a sus esfuerzos por mejorar y a su perseverancia en el bien, para que se hiciese la luz sobre todos los aspectos de la génesis espiritual.

Gracias a esa luz el hombre sabe, de ahora en más, de dónde viene, hacia dónde va, por qué está en la Tierra y por qué sufre. Sabe que su porvenir está en sus manos, y que la duración de su cautiverio en este mundo depende exclusivamente de él. El *Génesis*, despojado de la alegoría limitada y mezquina, se le presenta grande y digno de la majestad, de la bondad y de la justicia del Creador. Considerado desde ese punto de vista, el *Génesis* confundirá a la incredulidad y la vencerá.

LOS MILAGROS
según el espiritismo



Capítulo xiii
Caracteres de los milagros

1. En su acepción etimológica, la palabra *milagro* (de *mirari*, admirar) significa: *admirable*, *cosa extraordinaria*, *sorprendente*. La Academia la definió así: *Un acto del poder divino contrario a las leyes conocidas de la naturaleza.*

En su acepción usual, dicha palabra ha perdido, como tantas otras, su significado primitivo, que en un principio era general y más tarde quedó restringido a un orden específico de hechos. Según el concepto de las masas, un *milagro* implica la idea de un hecho sobrenatural. En el sentido sagrado, consiste en una derogación de las leyes de la naturaleza, por medio de la cual Dios pone de manifiesto su poder. Esa es, en efecto, la acepción vulgar, que se convirtió en el significado aceptado, de modo que sólo por comparación y en sentido metafórico se aplica a las circunstancias ordinarias de la vida.

Uno de los caracteres del milagro propiamente dicho es el hecho de que sea inexplicable, y que se realice, por eso mismo, con exclusión de las leyes naturales. Tan firme es esa idea que se le asocia, que si un hecho milagroso llega a tener una explicación,

se dice que ya no constituye un milagro, por más sorprendente que sea.

Otro carácter del milagro es el hecho de que sea insólito, aislado, excepcional. Tan pronto como un fenómeno se reproduce, ya sea espontáneamente o por un acto de la voluntad, significa que está sujeto a una ley, sea esta conocida o no, de modo que ya no puede ser un milagro.

2. Desde el punto de vista de los ignorantes, la ciencia realiza milagros a diario. Si un hombre realmente muerto fuese devuelto a la vida mediante una intervención divina, habría un verdadero milagro, porque ese es un hecho contrario a las leyes de la naturaleza. Pero si en ese hombre hubiera apenas la apariencia de la muerte, si aún le quedara un resto de *vitalidad latente,* y la ciencia o una acción magnética consiguiera reanimarlo, para las personas ilustradas se habría producido un fenómeno natural, aunque para el vulgo ignorante el hecho pasara por milagroso. Si un físico lanzase en medio de un descampado una cometa eléctrica e hiciera que cayese un rayo sobre un árbol, seguramente ese nuevo Prometeo sería considerado como provisto de un poder diabólico. En cambio, que Josué haya detenido el movimiento del Sol, o aun el de la Tierra –en caso de que se admita ese hecho–, se trata de un verdadero milagro, porque no existe ningún magnetizador dotado de suficiente poder para que produzca semejante prodigio.

Los siglos de ignorancia fueron fecundos en milagros, pues todo aquello cuya causa se desconocía era considerado milagroso. A medida que la ciencia reveló nuevas leyes, el círculo de lo maravilloso se fue restringiendo. No obstante, como la ciencia todavía no había explorado todo el campo de la naturaleza, una gran parte de él quedó reservada para lo maravilloso.

3. Expulsado por la ciencia del dominio de la materialidad, lo maravilloso se abroqueló en el de la espiritualidad, donde halló su último refugio. El espiritismo, al demostrar que el elemento

espiritual es una de las fuerzas vivas de la naturaleza, fuerza que incesantemente actúa en conjunción con la fuerza material, hace que regresen al ámbito de los efectos naturales los fenómenos que de él habían salido, porque, como los otros, esos fenómenos se encuentran sujetos a leyes. Si lo maravilloso es expulsado de la espiritualidad, ya no tendrá razón de ser, y sólo entonces se podrá decir que la época de los milagros ha concluido.[49]

4. El espiritismo ha venido, por su parte, a hacer lo que cada ciencia hizo en su advenimiento: revelar nuevas leyes y explicar, por consiguiente, los fenómenos que competen a esas leyes.

Es cierto que esos fenómenos se relacionan con la existencia de los Espíritus y con su intervención en el mundo material, y precisamente en eso –dicen algunos– consiste lo sobrenatural. Pero en ese caso sería necesario probar que los Espíritus y sus manifestaciones son contrarios a las leyes de la naturaleza, y que allí no existe ni puede existir la acción de ninguna de esas leyes.

El Espíritu no es otra cosa que el alma que sobrevive al cuerpo; es el ser principal, puesto que no muere, mientras que el cuerpo es apenas un accesorio perecedero. Su existencia, por lo tanto, es tan natural después como durante la encarnación; está sometida a las leyes que rigen el principio espiritual, del mismo modo que el cuerpo está sometido a las leyes que rigen el principio material. No obstante, como ambos principios tienen una afinidad necesaria, reaccionan sin cesar el uno sobre el otro, y de la acción simultánea de ellos resultan el movimiento y la armonía del conjunto, se sigue de ahí que la espiritualidad y la materialidad son dos aspectos de

49. La palabra *elemento* no se emplea aquí en el sentido de *cuerpo simple elemental*, de *moléculas primitivas*, sino en el de *parte constitutiva de un todo*. En este sentido, se dice que el *elemento espiritual* desempeña un rol activo en la economía del universo, como se dice que el *elemento civil* y el *elemento militar* integran una población; que el *elemento religioso* forma parte de la educación; que en Argelia hay que tomar en cuenta el *elemento árabe*, etc. (Nota de Allan Kardec.)

un mismo todo, tan natural la una como la otra, y que la primera no es una excepción ni una anomalía en el orden de las cosas.

5. Durante la encarnación, el Espíritu actúa sobre la materia por intermedio de su cuerpo fluídico o periespíritu, y lo mismo ocurre cuando no está encarnado. Como Espíritu, y en la medida de sus capacidades, hace lo que hacía como hombre, salvo que, como ya no puede servirse del cuerpo carnal como instrumento, se vale, cuando le es necesario, de los órganos materiales de un encarnado, que es lo que se denomina *médium*. Actúa entonces como una persona que, al no poder escribir por sí misma, recurre a un secretario, o como alguien que no conoce una lengua y busca la ayuda de un intérprete. Tanto el secretario como el intérprete son los *médiums* del encarnado, del mismo modo que el médium es el secretario o el intérprete de un Espíritu.

6. Como el ambiente en que los Espíritus actúan, así como los medios de ejecución, ya no son los mismos que en el estado de encarnación, los efectos también son diferentes. Esos efectos sólo parecen sobrenaturales porque se producen con el auxilio de agentes que no son aquellos de los que nos servimos. No obstante, dado que esos agentes están en la naturaleza, y que las manifestaciones se producen en virtud de ciertas leyes, en eso no hay nada de sobrenatural ni de maravilloso. Antes de que se conocieran las propiedades de la electricidad, los fenómenos eléctricos eran considerados prodigios desde el punto de vista de ciertas personas; y a partir del momento en que se conoció su causa, lo maravilloso desapareció. Lo mismo sucede con los fenómenos espíritas, que no se apartan del orden de las leyes naturales más de lo que se apartan los fenómenos eléctricos, acústicos, luminosos y otros, que han servido de fundamento a una enorme cantidad de creencias supersticiosas.

7. Sin embargo, se nos dirá: “Vosotros admitís que un Espíritu puede levantar una mesa y mantenerla en el aire sin un punto de

apoyo; ¿no es eso una derogación de la ley de la gravedad?" Así es, pero de la ley conocida. ¿Acaso se conocen todas las leyes? Antes de que se hubiese experimentado con la fuerza ascensional de ciertos gases, ¿quién hubiera dicho que una máquina pesada, que transporta a varios hombres, pudiera vencer la fuerza de atracción? A los ojos del vulgo, ¿no parecería eso algo maravilloso, diabólico? Aquel que un siglo atrás se hubiese propuesto transmitir un telegrama a quinientas leguas, para recibir la respuesta al cabo de pocos minutos, habría sido tomado por loco; y si lo hubiera logrado, muchos habrían creído que tenía al diablo a sus órdenes, porque en ese entonces el diablo era el único capaz de andar tan deprisa. Sin embargo, hoy no sólo se reconoce ese hecho como posible, sino que también parece muy natural. ¿Por qué, pues, un fluido desconocido no tendría la propiedad de contrabalancear, en determinadas circunstancias, el efecto de la gravedad, así como el hidrógeno contrabalancea el peso del globo? Eso es, en efecto, lo que sucede en el caso que nos ocupa. (Véase *El libro de los médiums*, Segunda Parte, Capítulo IV.)

8. Como están en la naturaleza, los fenómenos espíritas se han producido en todos los tiempos. Sin embargo, precisamente porque su estudio no podía realizarse con los medios materiales de que dispone la ciencia vulgar, han permanecido durante mucho más tiempo que otros en el dominio de lo sobrenatural, de donde ahora el espiritismo los saca.

Basado en apariencias inexplicables, lo sobrenatural deja libre curso a la imaginación, que, al vagar en lo desconocido, genera entonces las creencias supersticiosas. Una explicación racional basada en las leyes de la naturaleza, por el hecho de que conduce nuevamente al hombre al terreno de la realidad, pone un límite a los extravíos de la imaginación y destruye las supersticiones. Lejos de ampliar el dominio de lo sobrenatural, el espiritismo lo restringe hasta sus límites extremos y derriba su último refugio. Si bien

induce a creer en la posibilidad de ciertos hechos, también impide la creencia en muchos otros, porque demuestra, en el ámbito de la espiritualidad, como la ciencia en el ámbito de la materialidad, lo que es posible y lo que no lo es. No obstante, como no alimenta la pretensión de haber dicho la última palabra acerca de todo, ni siquiera sobre lo que es de su competencia, no se presenta como regulador absoluto de lo posible, y deja de lado los conocimientos reservados al porvenir.

9. Los fenómenos espíritas consisten en los diferentes modos de manifestación del alma o Espíritu, ya sea durante la encarnación o en el estado de erraticidad. Mediante esas manifestaciones, el alma revela su existencia, su supervivencia y su individualidad. Se la juzga por sus efectos; dado que la causa es natural, el efecto también lo es. Esos efectos son los que constituyen el objeto especial de las investigaciones y del estudio del espiritismo, a fin de que se llegue a un conocimiento tan completo como sea posible de la naturaleza y los atributos del alma, como también de las leyes que rigen el principio espiritual.

10. Para aquellos que niegan la existencia del principio espiritual independiente y, por lo tanto, la existencia del alma individual y sobreviviente, toda la naturaleza está en la materia tangible. Para esos negadores, todos los fenómenos que se refieren a la espiritualidad son sobrenaturales y, por consiguiente, quiméricos. Como no admiten la causa, no pueden admitir el efecto; y cuando los efectos son patentes, los atribuyen a la imaginación, a la ilusión, a la alucinación, y se niegan a investigarlos. De ahí la opinión preconcebida que los vuelve ineptos para apreciar razonablemente el espiritismo, porque parten del principio de la negación de todo lo que no es material.

11. Si bien el espiritismo admite los efectos que son la consecuencia de la existencia del alma, eso no significa que acepte todos los efectos calificados de maravillosos, ni que se proponga

justificarlos o darles crédito; como tampoco que se convierta en el defensor de todos los devaneos, de todas las utopías y excentricidades sistemáticas, o de todas las leyendas milagrosas. Habría que conocerlo muy poco para pensar de ese modo. Sus adversarios consideran que le oponen un argumento irrebatible cuando, después de que han llevado a cabo documentadas investigaciones sobre los convulsionarios de Saint-Médard, sobre los camisardos de Cévennes, o sobre las religiosas de Loudun, llegaron a descubrir hechos patentes de superchería que nadie discute. Pero esas historias, ¿son acaso el evangelio del espiritismo? ¿Acaso sus adeptos negaron que el charlatanismo haya explotado para su provecho ciertos fenómenos; que la imaginación haya creado otros, y que muchos fueran exagerados por el fanatismo? La doctrina espírita no es más solidaria con las extravagancias cometidas en su nombre que la ciencia verdadera con los abusos de la ignorancia, o la verdadera religión con los abusos del fanatismo. Muchos críticos apenas juzgan al espiritismo a través de los cuentos de hadas y las leyendas populares, que son ficciones vinculadas a él. Lo mismo sería opinar sobre la historia mediante las novelas históricas o las tragedias.

12. La mayoría de las veces, los fenómenos espíritas son espontáneos y se producen por intermedio de personas que no tiene al respecto ninguna idea preconcebida y que ni siquiera piensan en ello. No obstante, en ciertas circunstancias, algunos fenómenos pueden ser provocados por los agentes denominados *médiums*. En el primer caso, el médium es *inconsciente* de lo que ocurre por su intermedio; en el segundo, obra con conocimiento de causa; de ahí resulta la distinción entre *médiums conscientes* y *médiums inconscientes*. Estos últimos son los más numerosos y se encuentran con frecuencia entre los más obstinados incrédulos, que por ese motivo practican el espiritismo sin saberlo ni proponérselo. Los fenómenos espontáneos tienen, por eso mismo, una importancia

fundamental, dado que no se puede dudar de la buena fe de quienes los obtienen. Sucede aquí lo mismo que con el sonambulismo, que en ciertos individuos es natural e involuntario, mientras que en otros es provocado por la acción magnética.[50]

Aunque esos fenómenos sean o no el resultado de un acto de la voluntad, la causa primera es exactamente la misma y en nada se aparta de las leyes naturales. Los médiums, pues, no producen absolutamente nada sobrenatural; por consiguiente, no hacen *ningún milagro*. Las curas instantáneas no son más milagrosas que los demás efectos, puesto que son el resultado de la acción de un agente fluídico que desempeña el rol de agente terapéutico, cuyas propiedades no dejan de ser naturales por haber sido ignoradas hasta ahora. Así pues, el epíteto de *taumaturgos*, atribuido a ciertos médiums por la crítica ignorante de los principios del espiritismo, es totalmente impropio. La calificación de *milagros*, atribuida por comparación a esa especie de fenómenos, solamente puede inducir a un error sobre su verdadero carácter.

13. La intervención de inteligencias ocultas en los fenómenos espíritas no hace que estos sean más milagrosos que todos los otros fenómenos cuya causa es un agente invisible, porque esos seres ocultos que pueblan los espacios constituyen una de las fuerzas de la naturaleza, fuerza cuya acción es incesante tanto sobre el mundo material como sobre el mundo moral.

Al ilustrarnos acerca de esa fuerza, el espiritismo nos da la clave de una infinidad de hechos inexplicados, e inexplicables por cualquier otro medio, y que en tiempos remotos pudieron ser tomados por prodigios. Del mismo modo que el magnetismo, el espiritismo revela una ley que, si bien no es desconocida, es al menos mal comprendida; o mejor dicho, se conocían sus efectos, porque

50. Véanse *El libro de los médiums*, Segunda Parte, Capítulo V; y ejemplos en la *Revista Espírita*, diciembre de 1865, pág. 370; agosto de 1865, pág. 231. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

han tenido lugar en todos los tiempos, pero no se conocía la ley, y fue el desconocimiento de esa ley lo que generó la superstición. Una vez conocida la ley, lo maravilloso desaparece y los fenómenos ingresan en el orden de los hechos naturales. Por eso los espíritas no producen milagros cuando hacen que una mesa se mueva sin contacto, o que escriban los muertos, del mismo modo que el médico no produce un milagro cuando hace revivir a un moribundo, ni el físico cuando hace que caiga un rayo. Quien pretendiese *hacer milagros* con la ayuda de esta ciencia sería un ignorante de la materia, o bien un embaucador.

14. Dado que el espiritismo repudia toda pretensión relativa a hechos milagrosos, ¿habrá milagros fuera de su ámbito, en la acepción corriente de la palabra?

Digamos, en principio, que entre los hechos considerados milagrosos que ocurrieron antes del advenimiento del espiritismo y que ocurren aún en el presente, la mayor parte, si no todos, encuentran una explicación en las nuevas leyes que este ha venido a revelar. Por lo tanto, esos hechos se incluyen, aunque con otro nombre, en el orden de los fenómenos espíritas, y como tales no tienen nada de sobrenatural. Compréndase bien que sólo nos referimos a los hechos auténticos, y no a aquellos que, con la denominación de milagros, son el producto de una charlatanería indigna que pretende la explotación de la credulidad. Tampoco nos referimos a ciertos hechos legendarios que pueden haber tenido en su origen un fondo de verdad, pero que la superstición ha ampliado hasta el absurdo. Sobre esos hechos viene el espiritismo a arrojar luz, pues proporciona los medios para separar lo verdadero de lo falso.

15. En cuanto a los milagros propiamente dichos, sin duda Dios puede hacerlos, visto que nada es imposible para Él. Pero ¿los hace? En otras palabras, ¿deroga las leyes que Él mismo ha establecido? No le incumbe al hombre prejuzgar los actos de la Divinidad ni

subordinarlos a la debilidad de su entendimiento. No obstante, en lo atinente a las cosas divinas, utilizamos como criterio los atributos mismos de Dios. Al poder soberano Él une la soberana sabiduría, razón por la cual debemos concluir que no hace nada inútil.

Entonces, ¿por qué haría milagros? Se dice que los hace para dar testimonio de su poder. Pero el poder de Dios, ¿no se manifiesta de una manera mucho más elocuente a través del conjunto grandioso de las obras de la Creación, por la sabiduría previsora que preside desde lo más insignificante hasta lo más grandioso, y por la armonía de las leyes que rigen el universo, antes que por algunas pequeñas y pueriles derogaciones que los prestidigitadores saben imitar? ¿Qué se diría de un ingeniero mecánico que, para dar muestra de su habilidad, desmontara un reloj construido por sus propias manos, obra maestra de la ciencia, a fin de mostrar que puede deshacer lo que ha hecho? Por el contrario, ¿su saber no se destaca mucho más mediante la regularidad y la precisión del funcionamiento de su obra?

La cuestión de los milagros propiamente dichos no incumbe, pues, al espiritismo. Con todo, a partir del razonamiento de que Dios no hace nada inútilmente, la doctrina espírita emite la siguiente opinión: Dado que los milagros no son necesarios para la glorificación de Dios, nada en el universo se aparta de las leyes generales. Si hay hechos que no comprendemos, eso se debe a que aún nos faltan los conocimientos necesarios.

16. En la suposición de que Dios, por razones que no podemos precisar, haya derogado accidentalmente las leyes que Él mismo estableció, esas leyes ya no son inmutables. Con todo, al menos es racional pensar que sólo Él tiene el poder de hacer semejante cosa. No sería posible admitir, salvo que se negara la omnipotencia de Dios, que el Espíritu del mal pudiera desorganizar a su antojo la obra divina para hacer prodigios capaces de seducir incluso a los elegidos, pues eso implicaría la idea de un poder similar al de Dios.

Sin embargo, eso es lo que se enseña. Si Satanás tiene el poder de detener, sin que Dios lo haya autorizado, el curso de las leyes naturales, que son obra divina, eso significa que es más poderoso que Dios. Por consiguiente, Dios no es todopoderoso; y si, como algunos pretenden, Dios delega ese poder a Satanás para inducir más fácilmente a los hombres al mal, entonces Dios carece de la soberana bondad. En ambos casos, se trata de la negación de uno de los atributos sin los cuales Dios no sería Dios.

Por eso la Iglesia distingue los milagros buenos, que provienen de Dios, de los milagros malos, que proceden de Satanás. Pero ¿cómo se distingue uno de otro? Sea oficial o no, un milagro no deja por eso de ser una derogación de las leyes que emanan exclusivamente de Dios. Si un individuo recibe una cura supuestamente milagrosa, ya sea que la produzca Dios o Satanás, no por eso dejará de haber una cura. Hay que tener una idea muy limitada de la inteligencia humana para pretender que esas doctrinas sean aceptadas en la actualidad.

Una vez reconocida la posibilidad de ciertos hechos que se consideran milagrosos, es preciso deducir que, sea cual fuere el origen que se les atribuya, son efectos naturales de los que se pueden valer los Espíritus, *desencarnados* o *encarnados*, como de cualquier otra cosa, incluso de su propia inteligencia y de los conocimientos científicos de que disponen, para el bien o para el mal, según predomine en ellos la bondad o la perversidad. Así pues, un ser perverso, apelando al saber que ha adquirido, puede hacer cosas que pasen por prodigios a la vista de los ignorantes; pero cuando esos efectos dan por resultado algo bueno, sería ilógico atribuirles un origen diabólico.

17. No obstante, se alega que la religión se apoya en hechos que no se han explicado ni pueden explicarse. Inexplicados, tal vez; inexplicables, es otra cuestión. ¿Qué sabemos de los descubrimientos y de los conocimientos que el futuro nos reserva? Sin

aludir al milagro de la Creación, sin duda el más importante de todos, que ya pertenece al dominio de la ley universal, ¿no vemos reproducirse mediante la potencia del magnetismo, del sonambulismo, del espiritismo, los éxtasis, las visiones, las apariciones, la vista a distancia, las curaciones instantáneas, las suspensiones de objetos, las comunicaciones orales y de otras clases con los seres del mundo invisible, todos ellos fenómenos conocidos desde tiempos inmemoriales, considerados antaño maravillosos, y que en la actualidad se demuestra que pertenecen al orden de las cosas naturales, de acuerdo con la ley constitutiva de los seres? Los libros sagrados están llenos de hechos de ese género que fueron clasificados como sobrenaturales; no obstante, como se encuentran hechos análogos y más maravillosos aún en todas las religiones paganas de la antigüedad, si la veracidad de una religión dependiera del número y de la naturaleza de esos hechos, no se sabría decir cuál debería prevalecer.

18. Pretender que lo sobrenatural sea el fundamento necesario de toda religión, y que constituya la clave de bóveda del edificio cristiano, implica respaldar una tesis peligrosa. Si las verdades del cristianismo se asentaran sobre la base exclusiva de lo maravilloso, sus cimientos serían débiles y sus piedras se desprenderían con el pasar de los días. Esa tesis, defendida por eminentes teólogos, conduce directamente a la conclusión de que en un determinado momento ya no habrá religión posible –ni aun la religión cristiana– en caso de que se llegue a demostrar que lo que se considera sobrenatural es natural. Por más que se acumulen argumentos, no se conseguirá mantener la creencia de que un hecho es milagroso después de que se ha demostrado que no lo es. Ahora bien, la prueba de que un hecho no es una excepción en las leyes naturales existe cuando ese hecho puede ser explicado mediante esas mismas leyes, y cuando, al poder reproducirse por intermedio de un individuo cualquiera, deja de ser privilegio de los santos. Las religiones

no necesitan de lo *sobrenatural*, sino del *principio espiritual*, al que confunden sin ningún motivo con lo maravilloso, y sin el cual no hay religión posible.

El espiritismo considera a la religión cristiana desde un punto de vista más elevado; le atribuye una base más sólida que la de los milagros: las leyes inmutables de Dios, que rigen tanto al principio espiritual como al principio material. Esa base desafía al tiempo y a la ciencia, porque tanto el tiempo como la ciencia habrán de sancionarla.

Dios no es menos digno de nuestra admiración, de nuestro reconocimiento y nuestro respeto, porque no haya derogado sus leyes, grandiosas sobre todo por la inmutabilidad que las caracteriza. No hay necesidad de lo sobrenatural para que se tribute a Dios el culto que le corresponde. ¿Acaso la naturaleza no es bastante imponente de por sí, para prescindir de lo que fuere a fin de demostrar el poder supremo? La religión encontrará menos incrédulos cuando haya sido sancionada por la razón en todos los aspectos. El cristianismo no tiene nada que perder con esa sanción; por el contrario, sólo puede ganar. Si algo lo ha perjudicado, según la opinión de ciertas personas, ha sido precisamente el abuso de lo maravilloso y lo sobrenatural.

19. Si tomamos la palabra *milagro* en su acepción etimológica, en el sentido de *cosa admirable*, se producen milagros permanentemente alrededor nuestro. Los aspiramos en el aire y los encontramos a cada paso, porque todo es milagro en la naturaleza.

¿Queréis dar al pueblo, a los ignorantes, a los pobres de espíritu, una idea del poder de Dios? Mostrádselo en la sabiduría infinita que rige todas las cosas, en el sorprendente organismo de todo lo que vive, en la fructificación de las plantas, en la adaptación de todas las partes de cada ser a sus necesidades, de acuerdo con el medio donde le ha tocado vivir. Mostradles la acción de Dios en una brizna de hierba, en el pimpollo que se convierte en flor, en el

Sol que a todo vivifica. Mostradles su bondad en la solicitud que dispensa a todas las criaturas, por ínfimas que sean; su previsión en la razón de ser de cada cosa, ninguna de las cuales es inútil, y en el bien que siempre proviene de un mal aparente y transitorio. Hacedles comprender, sobre todo, que el mal verdadero es obra del hombre y no de Dios; no tratéis de atemorizarlos con el cuadro de las penas eternas, en las que acaban por dejar de creer, y que los llevan a dudar de la bondad de Dios. En lugar de eso, dadles valor mediante la certeza de que un día podrán redimirse y reparar el mal que hayan cometido. Señaladles los descubrimientos de la ciencia como revelaciones de las leyes divinas, y no como obra de Satanás. Enseñadles, por último, a leer el libro de la naturaleza, siempre abierto ante sus ojos; ese libro inagotable en cuyas páginas están inscriptas la bondad y la sabiduría del Creador. Entonces ellos comprenderán que un Ser tan grande, que se ocupa de todo, que todo lo cuida, que todo lo prevé, debe ser soberanamente poderoso. El labrador lo verá cuando are su campo, y el desdichado lo bendecirá en sus aflicciones, pues dirá: "Si soy desdichado, es por culpa mía". Entonces, los hombres serán auténticamente religiosos, racionalmente religiosos sobre todo, mucho más que si os esforzáis en hacerles creer en piedras que rezuman sangre, o en estatuas que pestañean y derraman lágrimas.

Capítulo xiv

Los fluidos

Naturaleza y propiedades de los fluidos. - Explicación de algunos hechos considerados sobrenaturales.

Naturaleza y propiedades de los fluidos

1. La ciencia proporcionó la clave de los milagros que derivan más particularmente del elemento material, ya sea mediante su explicación o bien demostrando que no eran posibles, en función de las leyes que rigen la materia. En cambio, los fenómenos en los que prevalece el elemento espiritual, como no pueden ser explicados exclusivamente a través de las leyes de la naturaleza, escapan a las investigaciones de la ciencia. A eso se debe que tales fenómenos, más que otros, presenten los caracteres *aparentes* de lo maravilloso. Es, por consiguiente, en las leyes que rigen la vida espiritual donde se puede encontrar la clave de los milagros de esa categoría.

2. Como ya se ha demostrado, el fluido cósmico universal es la materia elemental primitiva, cuyas modificaciones y transformaciones constituyen la amplia variedad de los cuerpos de la naturaleza. Como principio elemental del universo, este adopta dos estados diferentes: el de eterización o imponderabilidad, que se puede considerar el estado normal primitivo, y el de materialización o ponderabilidad, que en cierto modo es consecutivo del primero. El punto intermedio es el de la transformación del fluido en materia tangible. No obstante, aun así no existe una transición brusca, puesto que nuestros fluidos imponderables se pueden considerar

un término medio entre ambos estados. (Véase el Capítulo IV, § 10 y siguientes.)

Cada uno de esos dos estados da lugar, naturalmente, a fenómenos especiales: al segundo pertenecen los del mundo visible, y al primero los del mundo invisible. Los unos, denominados *fenómenos materiales*, competen a la ciencia propiamente dicha; los otros, que reciben la calificación de *fenómenos espirituales* o *psíquicos*, porque están relacionados de modo especial con la existencia de los Espíritus, tienen cabida en las atribuciones del espiritismo. Sin embargo, como la vida espiritual y la vida corporal se hallan en contacto permanente, los fenómenos de las dos categorías a menudo se producen en forma simultánea. En el estado de encarnación, el hombre solamente puede percibir los fenómenos psíquicos relacionados con la vida corporal; los que son del dominio exclusivo de la vida espiritual escapan a los sentidos materiales, y sólo pueden ser percibidos en el estado de Espíritu.[51]

3. En el estado de eterización, el fluido cósmico no es uniforme; sin dejar de ser etéreo, sufre modificaciones muy variadas en su género, y más numerosas tal vez que en el estado de materia tangible. Esas modificaciones constituyen diferentes fluidos que, aunque procedan del mismo principio, están dotados de propiedades especiales y dan origen a los fenómenos peculiares del mundo invisible.

Dado que todo es relativo, esos fluidos tienen para los Espíritus, que también son fluídicos, una apariencia tan material como

51. La denominación de fenómeno *psíquico* expresa con mayor exactitud el pensamiento que la de fenómeno *espiritual*, si se considera que esos fenómenos se basan en las propiedades y los atributos del alma, o mejor, de los fluidos periespirituales, que son inseparables del alma. Esta calificación los vincula más íntimamente al orden de los hechos naturales regidos por leyes. Es posible, pues, admitirlos como efectos psíquicos, sin admitirlos a título de milagros. (N. de Allan Kardec.)

la de los objetos tangibles para los encarnados, y son para ellos lo que son para nosotros las sustancias del mundo terrestre. Ellos los elaboran y combinan para producir determinados efectos, como hacen los hombres con sus materiales, aunque mediante procesos diferentes.

Con todo, al igual que en este mundo, solamente a los Espíritus más esclarecidos les es dado comprender el rol que desempeñan los elementos constitutivos del mundo en que se encuentran. Los ignorantes del mundo invisible son tan incapaces de explicarse a sí mismos los fenómenos de los que son testigos, y a los cuales contribuyen muchas veces en forma automática, como los ignorantes de la Tierra lo son para explicar los efectos de la luz o la electricidad, o para describir de qué modo ven y escuchan.

4. Los elementos fluídicos del mundo espiritual están fuera del alcance de nuestros instrumentos de análisis y de la percepción de nuestros sentidos, adecuados para la percepción de la materia tangible y no de la materia etérea. Los hay que pertenecen a un medio a tal punto diferente del nuestro, que de ellos sólo podemos darnos una idea mediante comparaciones, tan imperfectas como aquellas por las cuales un ciego de nacimiento procura dar una idea de la teoría de los colores.

No obstante, entre esos fluidos, algunos están estrechamente ligados a la vida corporal y pertenecen, en cierta forma, al ámbito terrenal. A falta de una percepción directa, es posible observar sus efectos, y obtener acerca de su naturaleza conocimientos de cierta precisión. Ese estudio es esencial, porque en él reside la clave de una gran cantidad de fenómenos que no se pueden explicar a través de las leyes de la materia exclusivamente.

5. El punto de partida del fluido universal es el grado de pureza absoluta, de la cual nada nos puede dar una idea; el punto opuesto es su transformación en materia tangible. Entre ambos extremos se producen numerosas transformaciones, más o menos aproximadas

a uno u otro. Los fluidos más próximos a la materialidad y, por consiguiente, los menos puros, constituyen lo que podemos denominar *atmósfera espiritual terrestre.* De ese medio, donde también se encuentran varios grados de pureza, los Espíritus encarnados y desencarnados de la Tierra extraen los elementos necesarios para la economía de sus existencias. Por más sutiles e impalpables que nos parezcan, esos fluidos no por eso dejan de ser de naturaleza densa, en comparación con los fluidos etéreos de las regiones superiores.

Lo mismo ocurre en la superficie de todos los mundos, salvo las diferencias en la constitución y en las condiciones de viabilidad propias de cada uno. Cuanto menos material es la vida en ellos, tanto menor es la afinidad de los fluidos espirituales con la materia propiamente dicha.

La calificación de *fluidos espirituales* no es rigurosamente exacta, ya que en última instancia son siempre materia más o menos quintaesenciada. Sólo el alma o principio inteligente es realmente *espiritual.* Se los denomina así por comparación y, sobre todo, por su afinidad con los Espíritus. Puede decirse que son la materia del mundo espiritual, motivo por el cual se los llama *fluidos espirituales.*

6. Por otra parte, ¿quién conoce la constitución íntima de la materia tangible? Tal vez sólo sea compacta para nuestros sentidos, lo que sería probado por la facilidad con que la atraviesan los fluidos espirituales y los Espíritus, a los cuales no ofrece mayor obstáculo que el que los cuerpos transparentes ofrecen a la luz.

Puesto que tiene como elemento primitivo el fluido cósmico etéreo, debe de ser posible que la materia tangible, al disgregarse, vuelva al estado de eterización, del mismo modo que el diamante, el más duro de los cuerpos, puede volatilizarse en gas impalpable. En realidad, la solidificación de la materia es apenas un estado transitorio del fluido universal, que puede volver al estado primitivo cuando dejan de existir las condiciones de cohesión.

¿Quién sabe, incluso, si en el estado de tangibilidad la materia no es susceptible de adquirir una especie de eterización que le confiera propiedades particulares? Ciertos fenómenos, aparentemente auténticos, nos llevan a suponer que así es. Por ahora sólo conocemos las fronteras del mundo invisible; el futuro, sin duda, nos reserva el conocimiento de nuevas leyes que habrán de permitirnos comprender lo que todavía constituye un misterio para nosotros.

7. El periespíritu, o cuerpo fluídico de los Espíritus, es uno de los productos más importantes del fluido cósmico; es una condensación de ese fluido en torno a un foco de inteligencia o *alma*. Ya vimos que también el cuerpo carnal tiene origen en ese mismo fluido condensado y transformado en materia tangible. En el periespíritu, la transformación molecular se opera de otra manera, pues el fluido conserva su imponderabilidad y sus cualidades etéreas. El cuerpo periespiritual y el cuerpo carnal tienen, por lo tanto, origen en el mismo elemento primitivo: ambos son materia, aunque en dos estados diferentes.

8. Los Espíritus extraen su periespíritu del medio donde se encuentran, es decir que esa envoltura está formada con los fluidos del ambiente. Resulta de ahí que los elementos constitutivos del periespíritu deben variar de acuerdo con los mundos. En comparación con la Tierra, Júpiter es considerado un planeta muy adelantado, donde la vida corporal no presenta la materialidad de la nuestra, de modo que las envolturas periespirituales deben de tener allí una naturaleza muchísimo más quintaesenciada que aquí. Ahora bien, así como no podríamos existir en aquel mundo con nuestro cuerpo carnal, tampoco nuestros Espíritus podrían penetrar en él con el periespíritu terrestre que los envuelve. Al dejar la Tierra, el Espíritu abandona allí su envoltura fluídica, y toma otra apropiada al mundo donde habrá de residir.

9. La naturaleza de la envoltura fluídica siempre está en relación con el grado de adelanto moral del Espíritu. Los Espíritus

inferiores no pueden cambiar de envoltura según su voluntad y, en consecuencia, no pueden trasladarse de un mundo a otro cuando lo deseen. La envoltura fluídica de algunos de ellos, si bien es etérea e imponderable en relación con la materia tangible, aún es demasiado pesada, si así podemos expresarlo, en relación con el mundo espiritual, lo que no les permite que salgan del medio que les es propio. Se debe incluir en esa categoría a aquellos cuyo periespíritu es tan denso que ellos lo confunden con el cuerpo carnal, razón por la cual suponen que siguen vivos. Esos Espíritus, cuya cantidad es considerable, permanecen en la superficie de la Tierra como los encarnados, y creen que siguen atendiendo las ocupaciones a que se dedicaban en este mundo. Otros, algo más desmaterializados, no lo están lo suficiente para elevarse por encima de las regiones terrestres.[52]

Los Espíritus superiores, por el contrario, pueden venir a los mundos inferiores e incluso encarnar en ellos. Extraen de los elementos constitutivos del mundo al cual ingresan, los materiales para la formación de la envoltura fluídica o carnal apropiada al medio en que se encuentran. Hacen como el príncipe, que se quita provisoriamente su vestimenta dorada para ponerse el sayal, sin dejar por eso de ser un noble.

Es así como Espíritus de la categoría más elevada pueden manifestarse a los habitantes de la Tierra, o encarnar para cumplir una misión entre ellos. Esos Espíritus son portadores, no de la envoltura, sino del recuerdo intuitivo de las regiones de donde provienen, a las cuales ven con el pensamiento. Son videntes en medio de ciegos.

---

52. Véanse ejemplos de Espíritus que suponen que todavía pertenecen a este mundo en la *Revista Espírita*, diciembre de 1859, pág. 310; noviembre de 1864, pág. 339; y abril de 1865, pág. 117. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa (N. del T.)

10. La capa de fluidos espirituales que rodea a la Tierra puede compararse con las capas inferiores de la atmósfera: más pesadas, más compactas, menos puras que las capas superiores. Esos fluidos no son homogéneos; constituyen una mezcla de moléculas de diversas cualidades, entre las cuales necesariamente se encuentran las moléculas elementales que forman su base, aunque con mayores o menores alteraciones. Los efectos que producen esos fluidos guardan relación con la *suma* de las partes puras que contienen. Tal es, en comparación, el alcohol rectificado o mezclado en proporciones diversas con el agua u otras sustancias: su peso específico aumenta a consecuencia de esa mezcla, mientras que su potencia y su condición de inflamable decrecen, aunque en el todo siga habiendo alcohol puro.

Los Espíritus destinados a vivir en ese medio extraen de él sus periespíritus; no obstante, conforme el Espíritu sea más o menos depurado, su periespíritu habrá de constituirse con las partes más puras o más densas de dicho medio. El Espíritu produce allí, siempre por comparación y no por equivalencia, el efecto de un reactivo químico que atrae hacia él las moléculas que su naturaleza puede asimilar.

Resulta de eso un hecho *fundamental*: la constitución íntima del periespíritu no es la misma en todos los Espíritus encarnados o desencarnados que pueblan la Tierra o el espacio que la circunda. No ocurre lo mismo con el cuerpo carnal que, como ha sido demostrado, está formado de los mismos elementos, sea cual fuere la superioridad o inferioridad del Espíritu. Por eso, los efectos producidos por el cuerpo son los mismos en todos, las necesidades son semejantes, mientras que difieren en todo lo que es inherente al periespíritu.

También resulta de eso que la envoltura periespiritual de un Espíritu se modifica con el progreso moral que este realiza en cada encarnación, aunque encarne en el mismo medio; y que los

Espíritus superiores, que excepcionalmente encarnan para cumplir una misión en un mundo inferior, tienen un periespíritu menos denso que el de los nativos de ese mundo.

11. El medio siempre guarda relación con la naturaleza de los seres que en él deben vivir: los peces con el agua; los seres terrestres con el aire; los seres espirituales con el fluido espiritual o etéreo, aun cuando estén en la Tierra. El fluido etéreo es para las necesidades del Espíritu como la atmósfera para las necesidades de los encarnados. Ahora bien, así como los peces no pueden vivir en el aire, ni los animales terrestres pueden vivir en una atmósfera demasiado rarificada para sus pulmones, los Espíritus inferiores no pueden soportar el brillo ni la impresión de los fluidos más etéreos. No morirían en medio de esos fluidos, porque el Espíritu no muere, pero una fuerza instintiva los mantiene alejados de allí, del mismo modo que los hombres se apartan de un fuego muy intenso o de una luz muy deslumbrante. A eso se debe que no puedan salir del medio apropiado a su naturaleza; para cambiar de medio, es preciso que antes cambien su naturaleza, que se despojen de los instintos materiales que los retienen en los ambientes materiales; en definitiva, que se depuren y se transformen moralmente. Entonces, en forma gradual, se identifican con un medio más puro, que se convierte para ellos en una necesidad, como los ojos de quien ha vivido largo tiempo en las tinieblas se habitúan, paulatinamente, a la luz del día y al fulgor del Sol.

12. De ese modo, todo se vincula, todo se eslabona en el universo; todo se encuentra sometido a la magna y armoniosa ley de unidad, desde la más compacta materialidad hasta la más pura espiritualidad. La Tierra es como un recipiente del cual emana una densa humareda que se disipa a medida que se eleva, y cuyas partículas rarificadas se pierden en el espacio infinito.

El poder divino se pone de manifiesto en cada una de las partes de ese grandioso conjunto y, pese a todo, para comprobar mejor

el poder de Dios, ¡algunos pretenden que Él, no satisfecho con lo que ha realizado, venga a perturbar esa armonía y se rebaje al rol de mago, produciendo efectos pueriles dignos de un prestidigitador! ¡Y como si eso no bastara, osan atribuirle como rival en habilidad al mismísimo Satanás! ¡Por cierto, nunca se menoscabó tanto la majestad divina; y encima se sorprenden de que la incredulidad prospere!

Tenéis razón en decir: "¡La fe se extingue!" Con todo, se trata de la fe que ofende al buen sentido y la razón; esa misma fe que en otras épocas llevaba a que se dijera: "¡Los dioses se marchan!". Pero la fe en las cosas serias, la fe en Dios y en la inmortalidad está siempre viva en el corazón del hombre y, por más que haya sido sofocada con las patrañas pueriles con que se la sojuzgó, resurge fortalecida a partir del instante en que se libera, ¡como una planta en un lugar sombrío, que se recupera en cuanto vuelve a recibir los rayos del sol!

¡Sí! ¡Todo es milagroso en la naturaleza, porque todo es sorprendente y da testimonio de la sabiduría divina! Esos milagros son para todo el mundo, para todos los que tienen ojos para ver y oídos para oír, y no para beneficio de unos pocos. ¡No! No hay milagros en el sentido que se atribuye a esa palabra, porque todo proviene de las leyes eternas de la Creación.

13. Los fluidos espirituales, que constituyen uno de los estados del fluido cósmico universal, son, pues, la atmósfera de los seres espirituales; son el elemento de donde ellos extraen los materiales sobre los cuales operan; el medio en el que ocurren los fenómenos especiales, perceptibles por la vista y el oído del Espíritu, pero que escapan a los sentidos carnales impresionables sólo por la materia tangible; por último, son el vehículo del pensamiento, del mismo modo que el aire es el vehículo del sonido.

14. Los Espíritus actúan sobre los fluidos espirituales, pero no como los hombres manipulan los gases, sino con la ayuda del

pensamiento y la voluntad. Para los Espíritus, el pensamiento y la voluntad son lo que la mano para el hombre. Mediante el pensamiento, ellos imprimen a esos fluidos tal o cual dirección, los aglomeran, los combinan o dispersan, y forman con ellos conjuntos que presentan una apariencia, una forma, un color determinados; modifican sus propiedades igual que un químico transforma las de los gases o las de otros cuerpos, al combinarlos según ciertas leyes. Se trata del inmenso taller o laboratorio de la vida espiritual.

En algunos casos, esas transformaciones son el resultado de una intención; la mayoría de las veces, son el producto de un pensamiento inconsciente. Basta con que un Espíritu piense en una cosa para que esta se produzca.

De ese modo, por ejemplo, un Espíritu se hace visible a un encarnado dotado de vista espiritual, con la apariencia que tenía cuando estaba vivo en la época en que este último lo conoció, aun cuando haya tenido, con posterioridad a esa época, muchas encarnaciones. Se presenta con la vestimenta, los rasgos externos, enfermedades, cicatrices, miembros amputados, etc., que lo caracterizaban entonces. Así, un decapitado se presentará sin cabeza. Esto no significa que haya conservado esa apariencia; por cierto que no, porque como Espíritu no es cojo, ni manco, ni tuerto, ni está decapitado; pero sucede que, como su *pensamiento* se traslada a la época en que era así, su periespíritu adopta instantáneamente esa apariencia, que de igual modo deja instantáneamente. Entonces, si una vez fue negro y otra blanco, se presentará como negro o como blanco, de conformidad con la encarnación que se corresponda con la evocación, y a la cual se trasladará su pensamiento.

Por un efecto análogo, el pensamiento del Espíritu crea fluídicamente los objetos que él estaba habituado a utilizar. Un avaro manipulará oro, un militar mostrará sus armas y su uniforme, un fumador su pipa, un labriego su arado y sus bueyes, una anciana su rueca. Esos objetos fluídicos son tan reales para el Espíritu,

como lo eran en el estado material para el hombre vivo; no obstante, debido a que son creaciones del pensamiento, su existencia es tan efímera como este.[53]

15. La acción de los Espíritus sobre los fluidos espirituales tiene consecuencias de importancia directa y fundamental para los encarnados. Dado que esos fluidos son el vehículo del pensamiento, y que el pensamiento puede modificar las propiedades de los fluidos, es evidente que estos deben encontrarse impregnados de las cualidades buenas o malas de los pensamientos que los hacen vibrar, y que se modifican por la pureza o impureza de los sentimientos. Los pensamientos malos corrompen los fluidos espirituales, como los miasmas deletéreos corrompen el aire respirable. Así pues, los fluidos que envuelven a los Espíritus malos, o los que estos proyectan, son viciados, mientras que los que reciben la influencia de los Espíritus buenos son tan puros como corresponde al grado de perfección moral de estos.

No sería posible hacer una enumeración ni una clasificación de los fluidos buenos y los malos, así como tampoco especificar sus cualidades respectivas, dado que su diversidad es tan grande como la de los pensamientos.

16. Si los fluidos circundantes son modificados por la proyección de los pensamientos del Espíritu, su envoltura periespiritual, que es parte constitutiva de su ser y que recibe de modo directo y permanente la impresión de sus pensamientos, debe, con mayor razón, conservar las marcas de sus cualidades buenas o malas. Los fluidos viciados por los efluvios de los Espíritus malos pueden depurarse mediante el alejamiento de estos, pero su periespíritu será siempre lo que es, en tanto el Espíritu no se modifique.

53. Véase la *Revista Espírita*, julio de 1859, pág. 184; y *El libro de los médiums*, Segunda Parte, Capítulo. VIII. (N. de Allan Kardec.) La página citada corresponde a la edición francesa. (N. del T.)

17. Como los hombres son Espíritus encarnados, poseen en parte los atributos de la vida espiritual, puesto que viven esa vida tanto como la vida corporal, en principio durante el sueño, y a menudo en el estado de vigilia. Cuando encarna, el Espíritu conserva su periespíritu con las cualidades que le son propias, y este, como se sabe, no queda circunscripto por el cuerpo, sino que irradia alrededor suyo y lo envuelve como si fuera una atmósfera fluídica.

Por su unión íntima con el cuerpo, el periespíritu desempeña un rol preponderante en el organismo. Mediante su expansión, pone al Espíritu encarnado en relación más directa con los Espíritus libres.

El pensamiento del Espíritu encarnado actúa sobre los fluidos espirituales del mismo modo que el de los Espíritus desencarnados; se transmite de Espíritu a Espíritu por la misma vía y, según sea bueno o malo, sanea o envicia los fluidos circundantes.

18. El periespíritu de los encarnados es de naturaleza idéntica a la de los fluidos espirituales, de modo que los asimila con facilidad, como una esponja que se embebe de un líquido. Esos fluidos ejercen sobre el periespíritu una acción tanto más directa cuanto más se confunde este, por su expansión e irradiación, con ellos.

Dado que esos fluidos actúan sobre el periespíritu, este, a su vez, reacciona sobre el organismo material con el cual se halla en contacto molecular. Si los efluvios son de buena naturaleza, el cuerpo recibe una impresión saludable; si son malos, la impresión es penosa. Si los efluvios malos son permanentes y enérgicos, pueden ocasionar desórdenes físicos: ciertas enfermedades no tienen otro origen.

Los ambientes donde predominan los Espíritus malos se encuentran, pues, impregnados de fluidos deletéreos que el encarnado absorbe por los poros periespirituales, así como absorbe por los poros del cuerpo los miasmas pestilentes.

19. Lo mismo sucede en las reuniones de los encarnados. Una asamblea es un foco de irradiación de pensamientos diversos. Dado que el pensamiento actúa sobre los fluidos como el sonido lo hace sobre el aire, esos fluidos nos transmiten los pensamientos como el aire nos trae el sonido. Por consiguiente, se puede decir con absoluta verdad que en esos fluidos hay ondas y rayos de pensamientos, que se entrecruzan sin confundirse, del mismo modo que en el aire hay ondas y vibraciones sonoras.

Una asamblea es como una orquesta o un coro de pensamientos, donde cada uno de sus integrantes emite una nota. Resulta de ahí una multiplicidad de corrientes y efluvios fluídicos cuya impresión cada uno recibe por medio del sentido espiritual, como en un coro musical cada uno recibe la impresión de los sonidos a través del sentido de la audición.

No obstante, del mismo modo que existen vibraciones sonoras armoniosas o disonantes, también existen pensamientos de una u otra clase. Si el conjunto es armonioso, la impresión será agradable; si es disonante, la impresión será penosa. Ahora bien, para eso no es necesario que el pensamiento se formule con palabras; ya sea que este se exprese o no, la irradiación fluídica existe siempre. No obstante, si se introducen en ella algunos pensamientos malos, estos producirán el efecto de una corriente de aire helado en un ambiente tibio.

Tal es la causa del sentimiento de satisfacción que se experimenta en una reunión simpática, animada por pensamientos buenos y benévolos; en ella reina una especie de atmósfera moral saludable, donde se respira libremente; de allí salimos reconfortados, pues nos hallamos impregnados de efluvios fluídicos saludables. De ese modo también se explica la ansiedad, el indefinible malestar que se experimenta en un ambiente antipático, donde los pensamientos malévolos provocan algo así como corrientes de aire nauseabundo.

20. El pensamiento produce, pues, una especie de efecto físico que reacciona sobre lo moral, hecho este que sólo el espiritismo podía hacer comprensible. El hombre lo siente instintivamente, ya que busca las reuniones homogéneas y simpáticas, donde sabe que podrá absorber nuevas fuerzas morales. Se podría decir que en esas reuniones recupera las pérdidas fluídicas que padece cada día por la irradiación del pensamiento, así como recupera mediante los alimentos las pérdidas del cuerpo material. Sucede que, en efecto, el pensamiento es una emisión que ocasiona una pérdida real de fluidos espirituales y, por consiguiente, de fluidos materiales, de manera tal que el hombre necesita reconfortarse con los efluvios que recibe del exterior.

Cuando se dice que un médico cura a un enfermo por medio de buenas palabras, se enuncia una gran verdad, porque un pensamiento bondadoso es portador de fluidos reparadores que actúan tanto sobre lo físico como sobre lo moral.

21. No cabe duda de que es posible –se dirá– evitar a los hombres a los que se sabe malintencionados. Pero ¿cómo evitaremos la influencia de los Espíritus malos que pululan alrededor nuestro y se insinúan por todas partes sin que los veamos?

El medio es muy simple, porque depende de la voluntad del hombre mismo, que lleva en sí la necesaria prevención. Los fluidos se combinan de acuerdo con la semejanza de su naturaleza; los opuestos se repelen; existe incompatibilidad entre los fluidos buenos y los malos, así como la hay entre el aceite y el agua.

¿Qué se hace cuando el aire está viciado? Se procede a su saneamiento, se lo depura destruyendo el foco de los miasmas, expulsando los efluvios malsanos mediante las corrientes más fuertes de aire salubre. Así pues, contra la invasión de los fluidos malos es preciso que se opongan los fluidos buenos, y como cada uno tiene en su propio periespíritu una fuente fluídica permanente, todos son portadores del remedio. Sólo se trata de depurar esa fuente y

de darle cualidades tales que se constituyan en un *repelente* de las malas influencias, en vez de que sea una fuerza de atracción. El periespíritu, por lo tanto, es una coraza a la que se le debe dar el mejor temple posible. Ahora bien, como las cualidades del periespíritu se corresponden con las cualidades del alma, es preciso que esta trabaje en su propio mejoramiento, visto que son las imperfecciones del alma las que atraen a los Espíritus malos.

Las moscas son atraídas por los focos de putrefacción; destruid esos focos, y ellas desaparecerán. Lo mismo sucede con los Espíritus malos, que van hacia donde el mal los atrae; eliminad el mal, y ellos se alejarán. Los Espíritus realmente buenos, encarnados o desencarnados, no tienen nada que temer de la influencia de los Espíritus malos.

Explicación de algunos hechos considerados sobrenaturales

22. El periespíritu es el lazo que une la vida corporal con la vida espiritual. Por intermedio de él, el Espíritu encarnado se encuentra en relación constante con los Espíritus; y también por intermedio de él se producen en el hombre fenómenos especiales cuya causa primera no se encuentra en la materia tangible, razón por la cual parecen sobrenaturales.

En las propiedades y en la irradiación del fluido periespiritual debemos buscar la causa de la *doble vista* o *vista espiritual*, a la que también se puede llamar *vista psíquica*, de la cual muchas personas están dotadas, casi siempre sin que lo sepan, así como de la vista sonambúlica.

El periespíritu es el *órgano sensitivo* del Espíritu. Por intermedio de él, el Espíritu encarnado tiene la percepción de las cosas espirituales que escapan a los sentidos carnales. Mediante los órganos del

cuerpo, la visión, la audición y las diversas sensaciones están localizadas y limitadas a la percepción de las cosas materiales; mediante el sentido espiritual, esas sensaciones son generalizadas: el Espíritu ve, oye y siente con todo su ser aquello que se encuentra en la esfera de irradiación de su fluido periespiritual.

Estos fenómenos constituyen en el hombre la manifestación de la vida espiritual; se trata del alma que actúa fuera del organismo. En la doble vista, o percepción mediante el sentido espiritual, el hombre no ve con los ojos del cuerpo, aunque a menudo por hábito dirija la mirada hacia el punto que atrae su atención. Ve con los ojos del alma, y la prueba de eso está en que ve perfectamente bien con los ojos cerrados, e incluso ve lo que está mucho más allá de su campo visual.[54]

23. Aunque durante la vida el Espíritu se encuentra *sujeto* al cuerpo por medio del periespíritu, su esclavitud no le impide extender la cadena y transportarse a un punto distante, sea en la Tierra o en el espacio. Sólo a disgusto permanece el Espíritu ligado al cuerpo, porque su vida normal es la libertad, mientras que la vida corporal es semejante a la de un siervo cautivo a la gleba.

El Espíritu, por lo tanto, se siente feliz al abandonar el cuerpo, como un pájaro que abandona su jaula. Para liberarse de él aprovecha todas las ocasiones, todos los instantes en que su presencia no es necesaria para la vida de relación. Este fenómeno se denomina *emancipación del alma*, y se produce siempre durante el dormir. Cada vez que el cuerpo descansa y que los sentidos quedan inactivos, el Espíritu se desprende. (Véase *El libro de los Espíritus*, Libro II, Capítulo VIII.)

54. Véanse los hechos de doble vista y lucidez sonambúlica relatados en la *Revista Espírita*: enero de 1858, pág. 25; noviembre de 1858, pág. 213; julio de 1861, pág. 197; noviembre de 1865, pág. 352. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

En esos momentos, el Espíritu vive la vida espiritual, mientras que el cuerpo vive apenas la vida vegetativa; se halla, en parte, en el estado en que habrá de encontrarse después de la muerte; recorre el espacio, conversa con sus amigos y con otros Espíritus libres o *encarnados* como él.

El lazo fluídico que lo sujeta al cuerpo sólo se rompe definitivamente con la muerte; la separación completa sólo se produce por efecto de la extinción absoluta de la actividad del principio vital. Mientras el cuerpo vive, el Espíritu regresa a él instantáneamente, sea cual fuere la distancia a que se encuentre, cada vez que su presencia sea necesaria. Entonces, retoma el curso de la vida exterior de relación. A veces, al despertar, conserva un recuerdo de sus peregrinaciones, una imagen más o menos precisa, que constituye los sueños; en todos los casos, es portador de las intuiciones que le sugieren ideas y pensamientos nuevos, lo cual justifica el proverbio: *La noche es buena consejera.*

Así se explican también ciertos fenómenos característicos del sonambulismo natural y magnético, de la catalepsia, de la letargia, del éxtasis, etc., que no son más que manifestaciones de la vida espiritual.[55]

24. Dado que la vista espiritual no se produce por medio de los ojos del cuerpo, la percepción de las cosas no depende de la luz ordinaria: en realidad, la luz material está hecha para el mundo material; para el mundo espiritual existe una luz especial cuya naturaleza ignoramos, pero que es sin duda una de las propiedades del fluido etéreo destinada a las percepciones visuales del alma. Por consiguiente, existe la luz material y la luz espiritual. La primera tiene focos circunscriptos a los cuerpos luminosos; la segunda

55. Véanse ejemplos de letargia y de catalepsia en la *Revista Espírita*: la señora Schwabenhaus, septiembre de 1858, pág. 255; la joven cataléptica de Suabia, enero de 1866, pág. 18. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

tiene su foco en todas partes. Por eso no existen obstáculos para la vista espiritual, que no está limitada por la distancia ni por la opacidad de la materia; para ella no existe la oscuridad. Así pues, el mundo espiritual es iluminado por la luz espiritual, que tiene sus propios efectos, como el mundo material es iluminado por la luz solar.

25. De ese modo, envuelta en su periespíritu, el alma lleva consigo su principio luminoso. Como penetra la materia en virtud de su esencia etérea, no hay cuerpos opacos para su visión.

Sin embargo, la vista espiritual no tiene el mismo alcance ni la misma penetración en todos los Espíritus. Sólo los Espíritus puros la poseen en toda su potencia. En los Espíritus inferiores se encuentra debilitada por la densidad relativa del periespíritu, que se interpone como una especie de niebla.

En los Espíritus encarnados, la visión espiritual se manifiesta en diferentes grados mediante el fenómeno de la doble vista, tanto en el sonambulismo natural o magnético, como en el estado de vigilia. De conformidad con el grado de poder de la facultad, se dice que la lucidez es mayor o menor. Con el auxilio de esa facultad, ciertas personas ven el interior del organismo y describen la causa de las enfermedades.

26. La vista espiritual, por consiguiente, da lugar a percepciones especiales que, como no tienen su sede en los órganos materiales, se producen en condiciones completamente diferentes de las que se registran en la vista corporal. Por esta razón no se pueden esperar de ella efectos idénticos, ni experimentarla a través de los mismos procesos. Al realizarse fuera del organismo, esa vista tiene una movilidad que frustra todas las previsiones. Debe ser estudiada en sus efectos y en sus causas, y no por su semejanza con la vista común, a la que no está destinada a suplir, excepto en casos excepcionales que no se pueden tomar como regla.

27. En los Espíritus encarnados, la vista espiritual es necesariamente incompleta e imperfecta y, por consiguiente, está sujeta a aberraciones. Como tiene su sede en el alma misma, el estado de esta habrá de influir en las percepciones a que da lugar. Según el grado de desarrollo, las circunstancias y el estado moral del individuo, la vista espiritual puede ocasionar, ya sea durante el dormir o en el estado de vigilia, la percepción de: 1.º) ciertos hechos materiales y reales, como el conocimiento de sucesos que tienen lugar a mucha distancia, los detalles descriptivos de una localidad, las causas de una enfermedad y los remedios adecuados para su tratamiento; 2.º) cosas igualmente reales del mundo espiritual, como la vista de los Espíritus; 3.º) imágenes fantásticas creadas por la imaginación, análogas a las creaciones fluídicas del pensamiento. (Véase, más arriba, el § 14.) Esas creaciones se encuentran siempre en relación con las disposiciones morales del Espíritu que las genera. Es así como el pensamiento de personas intensamente imbuidas de ciertas creencias religiosas, y preocupadas en relación con ellas, presenta imágenes del infierno, sus hogueras, sus torturas y sus demonios, tal como esas personas los imaginan; y en ocasiones se trata de toda una epopeya. Los paganos veían el Olimpo y el Tártaro, como los cristianos ven el Infierno y el Paraíso. Si al despertar o al salir del éxtasis, esas personas conservan un recuerdo exacto de sus visiones, las toman por realidades que confirman sus creencias, en tanto que no son otra cosa que el producto de sus propios pensamientos.[56] Es preciso, por consiguiente, que se haga una distinción muy rigurosa de las visiones extáticas antes de

56. De este modo se pueden explicar las visiones de la hermana Elmerich, quien, al referirse a la época de la pasión de Cristo, manifiesta haber visto cosas materiales que nunca han existido, a no ser en los libros que ella leyó; así como las visiones de la Sra. Cantanille (*Revista Espírita*, agosto de 1866, pág. 240), y una parte de las de Swedenborg. (N. de Allan Kardec.) La página citada corresponde a la edición francesa. (N. del T.)

aceptarlas. En ese sentido, el remedio para la excesiva credulidad es el estudio de las leyes que rigen el mundo espiritual.

28. Los sueños propiamente dichos presentan las tres clases de visiones arriba descriptas. A las dos primeras pertenecen los sueños de previsiones, presentimientos y advertencias. En la tercera, es decir, en las creaciones fluídicas del pensamiento, se puede encontrar la causa de ciertas imágenes fantásticas que nada tienen de real en relación con la vida material, pero que a veces tienen para el Espíritu una realidad tal, que el cuerpo experimenta su impacto; hay casos en que los cabellos encanecen a causa de la impresión provocada por un sueño. Esas creaciones pueden ser provocadas por la exaltación de las creencias; por recuerdos retrospectivos; por gustos, deseos, pasiones, temores y remordimientos; por las preocupaciones habituales; por las necesidades del cuerpo, o por algún malestar relativo a las funciones del organismo; y finalmente, por otros Espíritus, con un objetivo benévolo o maléfico, de conformidad con su naturaleza.[57]

29. La materia inerte es insensible; el fluido periespiritual también lo es, pero transmite la sensación al centro sensitivo que es el Espíritu. Las lesiones dolorosas del cuerpo repercuten, pues, en el Espíritu como un choque eléctrico, por intermedio del fluido periespiritual, cuyos hilos conductores parecen ser los nervios. Se trata del influjo nervioso de los fisiólogos, quienes, por desconocimiento de las relaciones de ese fluido con el principio espiritual, no han podido hallar una explicación para todos sus efectos.

Puede ocurrir una interrupción por la amputación de un miembro o por algún nervio seccionado, pero también, parcialmente o de manera general, y sin que haya lesiones, en los momentos de emancipación, de gran sobreexcitación o preocupación

57. Véase la *Revista Espírita*, junio de 1866, pág. 172; y septiembre de 1866, pág. 284; *El libro de los Espíritus*, Libro II, Capítulo VIII, § 400. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

del Espíritu. En ese estado el Espíritu ya no piensa en el cuerpo, y en su febril actividad atrae hacia sí, por decirlo de algún modo, al fluido periespiritual que, retirándose de la superficie, produce allí una insensibilidad momentánea. A eso se debe que, en el ardor del combate, un militar a menudo no perciba que está herido; que una persona, cuya atención está concentrada en un trabajo, no oiga el ruido que se hace alrededor suyo. Un efecto análogo, aunque más pronunciado, se produce en algunos sonámbulos, en la letargia y en la catalepsia. Finalmente, del mismo modo se puede explicar la insensibilidad de los convulsionarios y de ciertos mártires. (Véase la *Revista Espírita*, enero de 1868: "Estudio acerca de los Aïssaouas".)

La parálisis no tiene en absoluto la misma causa, pues allí el efecto es puramente orgánico; los nervios mismos, los hilos conductores ya no son aptos para la circulación fluídica; se trata de las cuerdas del instrumento, que se han alterado.

30. En ciertos estados patológicos, en que el Espíritu ya no está en el cuerpo y el periespíritu sólo se mantiene adherido a este por medio de algunos puntos, el cuerpo presenta todas las apariencias de la muerte, de modo que se enuncia una gran verdad cuando se dice que en esos casos la vida pende de un hilo. Ese estado puede durar más o menos tiempo, e incluso ciertas partes del cuerpo pueden entrar en descomposición, a pesar de que la vida no se ha extinguido definitivamente. Mientras no se haya cortado el último hilo, el Espíritu puede, ya sea por una acción enérgica de su *propia* voluntad o por un *influjo fluídico extraño*, *igualmente poderoso*, ser llamado de vuelta al cuerpo. Así se explican ciertos casos en los que la vida se prolonga contra todas las probabilidades, así como también algunas supuestas resurrecciones. Es la planta que a veces vuelve a brotar a partir de una única fibra de la raíz. Pero cuando las últimas moléculas del cuerpo fluídico se han separado

del cuerpo carnal, o cuando este último llegó a un estado irreparable de degradación, el regreso a la vida es imposible.[58]

31. Como hemos visto, el fluido universal es el elemento primitivo del cuerpo carnal y del periespíritu, los cuales son simples transformaciones de aquel. Por la identidad de su naturaleza, ese fluido puede ofrecer principios reparadores al cuerpo. Condensado en el periespíritu, su agente propulsor es el Espíritu, encarnado o desencarnado, que infiltra en un cuerpo deteriorado una parte de la sustancia de su envoltura fluídica. La curación se opera mediante la sustitución de una molécula *nociva* por otra molécula *sana*. El poder curativo será proporcional a la pureza de la sustancia inoculada; depende también de la energía de la voluntad, que provoca una emisión fluídica más abundante y otorga al fluido mayor fuerza de penetración; por último, depende de las intenciones que animen a quien desee realizar la cura, *sea hombre o Espíritu*. Los fluidos que emanan de una fuente impura son como sustancias medicamentosas alteradas.

32. Los efectos de la acción fluídica sobre los enfermos son extremadamente variados, de acuerdo con las circunstancias. Algunas veces esa acción es lenta y requiere un tratamiento prolongado, como en el magnetismo común; otras veces es rápida como una corriente eléctrica. Hay personas dotadas de tal poder que en algunos enfermos producen curaciones instantáneas por medio de la sola imposición de las manos, o incluso por un simple acto de la voluntad. Entre los dos polos extremos de esa facultad hay infinitos matices. Todas las curaciones de ese tipo son variedades del magnetismo, y sólo difieren por la potencia y la rapidez de la acción. El principio es siempre el mismo: el fluido desempeña

58. Véanse ejemplos en la *Revista Espírita*: el doctor Cardon, agosto de 1863, pág. 251; la mujer corsa, mayo de 1866, pág. 134. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa (N. del T.)

el papel de agente terapéutico, y su efecto está subordinado a su calidad y a circunstancias especiales.

33. La acción magnética puede producirse de varias maneras:

1.º) Por el fluido del magnetizador, en cuyo caso se trata del magnetismo propiamente dicho, o *magnetismo humano*, cuya acción se encuentra subordinada a la potencia y, sobre todo, a la calidad del fluido.

2.º) Por el fluido de los Espíritus, que actúan directamente y *sin intermediarios* sobre un encarnado, ya sea para curarlo o calmar un sufrimiento, sea para provocar el sueño sonambúlico espontáneo, o para ejercer sobre el individuo alguna influencia física o moral. Se trata del *magnetismo espiritual*, cuya calidad es proporcional a las cualidades del Espíritu.[59]

3.º) Por el fluido que los Espíritus derraman sobre el magnetizador, al cual este sirve de conductor. Se trata del magnetismo *mixto*, *semiespiritual* o, si se prefiere, *humano-espiritual*. Combinado con el fluido humano, el fluido espiritual le transmite a aquel las cualidades que le faltan. En esas circunstancias, algunas veces el concurso de los Espíritus es espontáneo, pero muy a menudo es provocado por la evocación del magnetizador.

34. La facultad de curar mediante el influjo fluídico es muy común y puede desarrollarse con el ejercicio, pero la de curar instantáneamente con la imposición de las manos es más rara, y su apogeo puede ser considerado excepcional. No obstante, en épocas diferentes, en el seno de casi todos los pueblos, han existido individuos que la poseyeron en grado sobresaliente. En estos últimos tiempos se han visto muchos ejemplos notables, cuya autenticidad no puede ser cuestionada. Dado que las curaciones de esta clase se

59. Véanse ejemplos en la *Revista Espírita*, febrero de 1863, pág. 64; abril de 1865, pág. 113; y septiembre de 1865, pág. 264. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

basan en un principio natural, y que el poder de realizarlas no es un privilegio, resulta que no quedan al margen de la naturaleza y que no son milagrosas más que en apariencia.[60]

35. En su estado normal, el periespíritu es invisible para nosotros; sin embargo, como está formado por materia etérea, el Espíritu puede, en ciertos casos y por un acto de su voluntad, hacer que sufra una modificación molecular que lo vuelva momentáneamente visible. Así se producen las *apariciones*, que, del mismo modo que los otros fenómenos, no ocurren al margen de las leyes de la naturaleza. Eso no tiene nada que sea más extraordinario que el vapor, que es invisible cuando está muy enrarecido, y se vuelve visible cuando se condensa.

Según el grado de condensación del fluido periespiritual, la aparición es algunas veces difusa y vaporosa; otras veces, más claramente definida; y otras, por último, tiene todas las apariencias de la materia tangible. Incluso puede llegar a ser realmente tangible, a tal punto que sea posible engañarse respecto a la naturaleza del ser que se tiene delante.

Las apariciones vaporosas son frecuentes, y ese es el aspecto con que bastante a menudo se presentan algunos individuos, después de que han muerto, a las personas por quienes sienten afecto. Las apariciones tangibles son más raras, aunque de ellas hay muchos ejemplos, perfectamente auténticos. Si el Espíritu desea que se lo reconozca, imprimirá a su envoltura todas las señales exteriores que tenía cuando estaba vivo.

---

60. Véanse los ejemplos de curaciones instantáneas relatados en la *Revista Espírita:* el príncipe de Hohenlohe, diciembre de 1866, pág. 368; Jacob, octubre y noviembre de 1866, págs. 312 y 345; octubre y noviembre de 1867, págs. 306 y 339; Simonet, agosto de 1867, pág. 232; el caíd Hassan, octubre de 1867, pág. 303; el cura Gassner, noviembre de 1867, pág. 331. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

36. Vale destacar que las apariciones tangibles sólo tienen la apariencia de la materia carnal, pero no sus cualidades. Debido a su naturaleza fluídica, no pueden tener la misma cohesión de la materia carnal, porque en realidad no son de carne. Se forman instantáneamente y desaparecen del mismo modo, o se evaporan por la desagregación de las moléculas fluídicas. Los seres que se presentan en esas condiciones no nacen ni mueren como los demás hombres. Se los ve y no se los ve más, sin que se sepa de dónde vienen, cómo vinieron, ni hacia dónde van. Nadie podría matarlos, ni apresarlos, ni encarcelarlos, puesto que no tienen un cuerpo carnal. Los golpes que se les lanzaran caerían en el vacío.

Ese es el carácter de los *agéneres*, con los cuales se puede conversar sin que se sospeche acerca de lo que son. Con todo, nunca permanecen largas temporadas, ni pueden ser comensales frecuentes de una casa, ni figurar entre los miembros de una familia.

Además, los *agéneres* muestran siempre en toda su persona, en su aspecto y sus actitudes, algo de extraño e insólito que participa de la materialidad y de la espiritualidad; su mirada es vaporosa y penetrante a la vez, y carece de la nitidez propia de la mirada a través de los ojos de la carne; su lenguaje, conciso y por lo general sentencioso, nada tiene del brillo y la volubilidad del lenguaje humano; su aproximación produce una sensación particular e indefinible de sorpresa, que inspira una especie de temor, y quien se pone en contacto con ellos, aunque los tome por individuos iguales a los demás, es inducido a pensar involuntariamente: *Este es un ser extraño.*[61]

61. Véanse ejemplos de apariciones vaporosas o tangibles y de agéneres en la *Revista Espírita*, enero de 1858, pág. 24; octubre de 1858, pág. 291; febrero de 1859, pág. 38; marzo de 1859, pág. 80; enero de 1859, pág. 11; noviembre de 1859, pág. 303; agosto de 1859, pág. 210; abril de 1860, pág. 117; mayo de 1860, pág. 150; julio de 1861, pág. 199; abril de 1866, pág. 120; el labrador Martin presentado a Luis XVIII, detalles completos, diciembre de 1866, pág. 353. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

37. Como el periespíritu es el mismo tanto en los encarnados como en los desencarnados, un Espíritu encarnado, por un efecto absolutamente idéntico, puede aparecer, en un momento en que se encuentre libre, en un punto distinto de aquel en que su cuerpo descansa, con su fisonomía habitual y con todos los signos característicos de su identidad. Ese fenómeno, del cual existen muchos ejemplos auténticos, fue el que indujo a que se creyera en los hombres dobles.[62]

38. Un efecto particular de ese tipo de fenómenos consiste en el hecho de que las apariciones vaporosas, e incluso tangibles, no son percibidas indistintamente por todas las personas. Los Espíritus sólo se muestran cuando quieren y ante quienes quieren. Por consiguiente, un Espíritu podría aparecerse en una reunión ante uno solo o muchos de los presentes, y no ser visto por los demás. Eso se debe a que las percepciones de ese tipo se producen por medio de la vista espiritual, y no de la vista carnal, y no solamente porque la vista espiritual no le es dada a todas las personas, sino también porque el Espíritu, mediante su voluntad y si es preciso, puede retirarla de aquel a quien él no quiera mostrarse, así como puede conferírsela momentáneamente si lo juzga necesario.

Así pues, la condensación del fluido periespiritual en las apariciones, incluso en los casos de tangibilidad, no tiene las propiedades de la materia ordinaria; de lo contrario, las apariciones serían perceptibles mediante los ojos del cuerpo por parte de todas las personas presentes.[63]

---

62. Véanse ejemplos de apariciones de personas vivas en la *Revista Espírita*, diciembre de 1858, pág. 329 y 331; febrero de 1859, pág. 41; agosto de 1859, pág. 197; noviembre de 1860, pág. 356. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

63. Sólo con suma reserva se deben recibir las narraciones de apariciones puramente individuales que, en ciertos casos, podrían ser el efecto de una imaginación sobreexcitada y, a veces, una invención con fines interesados. Conviene, pues, tomar en cuenta escrupulosamente las circunstancias, la honradez de la persona,

39. Dado que el Espíritu puede operar transformaciones en la configuración de su envoltura periespiritual, y puesto que esa envoltura irradia en torno al cuerpo como una atmósfera fluídica, un fenómeno análogo al de las apariciones puede producirse en la superficie misma del cuerpo. La figura real del cuerpo puede desaparecer más o menos completamente bajo la capa fluídica, y asumir otra apariencia; o bien, vistos a través de la capa fluídica modificada, como a través de un prisma, los rasgos primitivos pueden adoptar otra expresión. Si el Espíritu toma distancia de lo terrenal, y se identifica con las cosas del mundo espiritual, la expresión de un semblante desagradable puede volverse bella, radiante y hasta luminosa; si, por el contrario, el Espíritu se deja arrebatar por malas pasiones, un rostro hermoso puede tomar un aspecto horrible.

Así se producen las *transfiguraciones*, que siempre son un reflejo de las cualidades y los sentimientos que predominan en el Espíritu. Ese fenómeno es, pues, el resultado de una transformación fluídica; es una especie de aparición periespiritual que se produce sobre el cuerpo mismo de una persona viva, y a veces en el momento de la muerte, en vez de producirse a la distancia como en el caso de las apariciones propiamente dichas. Lo que distingue a las apariciones de ese género es el hecho de que, por lo general, son percibidas por todos los presentes mediante los ojos del cuerpo, precisamente porque se forman sobre la base de la materia carnal visible, mientras que en las apariciones puramente fluídicas no existe materia tangible.[64]

así como su intención de abusar de la credulidad de individuos excesivamente confiados. (N. de Allan Kardec.)

64. Véase un ejemplo y la teoría de la transfiguración en la *Revista Espírita*, marzo de 1859, pág. 62. (*El libro de los médiums*, Segunda Parte, Capítulo VII, pág. 142.) (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

40. Los fenómenos de las mesas móviles y parlantes, de la suspensión en el aire de los cuerpos pesados, de la escritura mediúmnica, tan antiguos como el mundo pero comunes en la actualidad, ofrecen la clave de algunos fenómenos análogos espontáneos, a los cuales, por ignorarse la ley que los rige, se les había atribuido un carácter sobrenatural y milagroso. Esos fenómenos se basan en las propiedades del fluido periespiritual, ya sea de los encarnados como de los Espíritus libres.

41. Cuando estaba encarnado, el Espíritu obraba sobre su cuerpo vivo con el auxilio de su periespíritu. Ahora, desde el mundo espiritual, se manifiesta por intermedio de ese mismo fluido actuando sobre la materia inerte, y produce ruidos, movimientos de mesas y de otros objetos, a los cuales levanta, derriba o transporta. Ese fenómeno no tiene nada de sorprendente, si consideramos que entre nosotros los motores más poderosos se encuentran en los fluidos más enrarecidos e incluso imponderables, como el aire, el vapor y la electricidad.

También con el auxilio de su periespíritu, el Espíritu hace que los médiums escriban, hablen o dibujen. Como ya no dispone de un cuerpo tangible para actuar ostensiblemente cuando desea manifestarse, se sirve del cuerpo de un médium, cuyos órganos toma en préstamo, y hace que obre como si fuera su propio cuerpo, mediante el efluvio fluídico que derrama sobre él.

42. Con ese mismo recurso, el Espíritu actúa sobre la mesa, ya sea para que esta se mueva, sin que su movimiento tenga un significado especial, o para que dé golpes inteligentes que indiquen las letras del alfabeto, a fin de que formen palabras y frases: fenómeno que se designa con el nombre de *tiptología*. En este caso, la mesa no es más que un instrumento del que se vale el Espíritu, como se vale del lápiz para escribir, dándole una vitalidad momentánea por medio del fluido con que la impregna, aunque *sin identificarse con ella*. De ese modo, las personas que, embargadas por la emoción,

abrazan la mesa cuando se manifiesta un ser querido, realizan un acto ridículo, pues es exactamente como si abrazaran el bastón de un amigo que se sirve de él para comunicarse por medio de golpes en el piso. Lo mismo hacen quienes dirigen la palabra a la mesa, como si el Espíritu estuviera encerrado en la madera, o como si la madera se hubiese convertido en Espíritu.

Cuando se producen comunicaciones por ese medio, hay que imaginarse que el Espíritu está, no en la mesa sino junto a ella, *tal como se ubicaría si estuviese vivo*, y tal como sería visto en ese momento si pudiera hacerse visible. Lo mismo ocurre en las comunicaciones mediante la escritura: se vería al Espíritu al lado del médium, guiando su mano o trasmitiéndole su pensamiento por medio de una corriente fluídica.

43. Cuando la mesa se levanta del suelo y flota en el aire sin un punto de apoyo, el Espíritu no la levanta con la fuerza de sus brazos, sino que la envuelve y la penetra con una especie de atmósfera fluídica que neutraliza el efecto de la gravedad, como lo hace el aire con los globos y las cometas. El fluido que penetra en la mesa le confiere momentáneamente una mayor liviandad específica. Cuando queda pegada al suelo, esta se encuentra en una situación análoga a la de la campana neumática dentro de la que se produce el vacío. Estas son simples comparaciones destinadas a mostrar la analogía de los efectos, pero no la similitud absoluta de las causas. (Véase *El libro de los médiums*, Segunda Parte, Capítulo IV.)

De acuerdo con lo que se acaba de decir, se comprende que para el Espíritu no es más difícil levantar una persona que levantar una mesa, transportar un objeto de un lugar a otro, o arrojarlo donde sea. Todos esos fenómenos se producen por obra de la misma ley.[65]

---

65. Ese es el principio del fenómeno de *aportes*, fenómeno muy real, pero que no conviene admitir más que con suma reserva, puesto que es uno de los que más se prestan a la imitación y al fraude. La honradez indiscutible de la persona que los obtiene, su absoluto desinterés material y *moral*, así como la confluencia de las

Cuando la mesa persigue a alguien, no significa que el Espíritu corra en esa dirección, pues él puede permanecer tranquilamente en el mismo lugar. En esos casos el Espíritu le da un impulso a la mesa por medio de una corriente fluídica, con cuyo auxilio esta se mueve según su deseo.

Cuando se escuchan golpes en la mesa, o en otro lugar, el Espíritu no golpea con la mano o con algún objeto, sino que dirige sobre el punto de donde proviene el ruido un haz de fluido que produce el efecto de un choque eléctrico. El Espíritu modifica el ruido, así como cualquier persona es capaz de modificar los sonidos producidos por el aire.[66]

44. Un fenómeno muy frecuente en la mediumnidad es la aptitud de ciertos médiums para escribir en una lengua que les es extraña; y tratar, ya sea en forma oral o por escrito, temas que están fuera del alcance de la instrucción que recibieron. No es raro

circunstancias accesorias, deben ser considerados seriamente. Sobre todo, es preciso desconfiar de esos efectos cuando estos se producen con excesiva facilidad, y tener por dudosos los que se repiten con mucha frecuencia y, por así decirlo, a voluntad. Los prestidigitadores hacen cosas más extraordinarias aún.

El levantamiento de una persona no es un hecho menos positivo, pero sí mucho más raro, tal vez porque resulte mucho más difícil de ser imitado. Es notorio que el Sr. Home se elevó más de una vez hasta el techo y dio de ese modo la vuelta a la sala. Se dice que san Cupertino poseía la misma facultad, hecho que no es más milagroso con este que con aquel. (N. de Allan Kardec.)

66. Véanse ejemplos de manifestaciones materiales y de perturbaciones producidas por los Espíritus, en la *Revista Espírita*: la joven de los Panoramas, enero de 1858, pág. 13; la señorita Clairon, febrero de 1858, pág. 44; el Espíritu golpeador de Bergzabern, relato completo: mayo, junio y julio de 1858, págs. 125, 153 y 184; Dibbelsdorf, agosto de 1858, pág. 219; el panadero de Dieppe, marzo de 1860, pág. 76; el fabricante de San Petersburgo, abril de 1860, pág. 115; la calle Noyers, agosto de 1860, pág. 236; el Espíritu golpeador del Aube, enero de 1861, pág. 23; un Espíritu golpeador en el siglo XVI, enero de 1864, pág. 32; Poitiers, mayo de 1864, pág. 156, y mayo de 1865, pág. 134; la hermana María, junio de 1864, pág. 185; Marsella, abril de 1865, pág. 121; Fives, agosto de 1865, pág, 225; los ratones de Équihem, febrero de 1866, pág. 55. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

que se vean algunos que escriben de corrido sin que nunca hayan aprendido a escribir; otros componen poesías, sin que jamás en la vida hayan sabido hacer un verso; otros dibujan, pintan, esculpen, componen música y ejecutan un instrumento, sin que conozcan dibujo, pintura, escultura o el arte musical. Es muy frecuente el hecho de que un médium escribiente reproduzca, hasta el punto de que se las confunda, la escritura y la firma que los Espíritus que se comunican por su intermedio tenían cuando estaban vivos, aunque jamás los haya conocido.

Ese fenómeno no es más maravilloso que el que consiste en hacer que un niño escriba cuando se le lleva la mano; de ese modo se puede lograr que escriba todo lo que uno quiera. Si a una persona se le dictan las palabras letra por letra, escribirá en un idioma que ignora. Se comprende que pueda suceder lo mismo con la mediumnidad, si nos remitimos a la manera por medio de la cual los Espíritus se comunican a través de los médiums, pues estos, en realidad, no son para ellos más que instrumentos pasivos. No obstante, si el médium conoce el mecanismo, si ha vencido las dificultades prácticas, si las expresiones le resultan familiares y, por último, si posee en su cerebro los elementos de aquello que el Espíritu quiere hacerle ejecutar, entonces se encuentra en la posición del hombre que sabe leer y escribir de corrido; el trabajo resulta más fácil y más rápido; el Espíritu no tiene más que transmitir su pensamiento al intérprete, para que este lo reproduzca por los medios de que dispone.

La aptitud de un médium para cosas que le resultan extrañas proviene, la mayoría de las veces, de los conocimientos que poseyó en otra existencia, y de los cuales su Espíritu conservó la intuición. Si fue poeta o músico, por ejemplo, tendrá más facilidad para asimilar el pensamiento poético o musical que un Espíritu quiera hacerle expresar. La lengua que hoy ignora pudo haberle

sido familiar en otra existencia, lo que explica la mayor aptitud de su parte para escribir mediúmnicamente en esa lengua.[67]

45. Los Espíritus malos pululan alrededor de la Tierra a consecuencia de la inferioridad moral de sus habitantes. La acción maléfica de esos Espíritus forma parte de los flagelos con los que la humanidad se debate en este mundo. La obsesión, que es uno de los efectos de esa acción, debe ser considerada, al igual que las enfermedades y las tribulaciones de la vida, una prueba o una expiación, y aceptada como tal.

La obsesión es la acción persistente que un Espíritu malo ejerce sobre un individuo. Presenta caracteres muy diversos, que van desde la simple influencia moral sin signos exteriores sensibles, hasta la perturbación completa del organismo y de las facultades mentales. La obsesión obstruye las facultades mediúmnicas; en la mediumnidad auditiva y psicográfica, se pone de manifiesto por la obstinación de un Espíritu en querer manifestarse con exclusión de todos los demás.

46. Así como las enfermedades son el resultado de las imperfecciones físicas que hacen al cuerpo accesible a las influencias perniciosas exteriores, la obsesión proviene siempre de una imperfección moral que da lugar a un Espíritu malo. A una causa física, se opone una fuerza física; a una causa moral, es preciso que se oponga una fuerza moral. Para preservarse de las enfermedades, se fortifica el cuerpo; para protegerse de la obsesión, es preciso fortificar el alma. De ahí que el obseso necesite trabajar para su propio

67. La aptitud de algunas personas para las lenguas, a las que dominan, por así decirlo, sin haberlas aprendido, no tiene otro origen más que el recuerdo intuitivo de lo que supieron en otra existencia. El ejemplo del poeta Méry, relatado en la *Revista Espírita* de noviembre de 1864, pág. 328, es una prueba de lo que decimos. Es evidente que si en su juventud Méry hubiera sido médium, habría escrito en latín tan fácilmente como en francés, lo que se habría considerado un prodigio. (N. de Allan Kardec.) La página citada corresponde a la edición francesa. (N. del T.)

mejoramiento, lo que la mayoría de las veces es suficiente para librarlo del obsesor sin el socorro de otras personas. Este socorro se vuelve necesario cuando la obsesión degenera en subyugación y en posesión, porque en esos casos el paciente pierde a veces la voluntad y el libre albedrío.

La obsesión es casi siempre el efecto de una venganza ejercida por un Espíritu, cuyo origen se encuentra muy a menudo en las relaciones que el obseso mantuvo con el obsesor en una existencia precedente.

En los casos de obsesión grave, el obseso queda como envuelto e impregnado de un fluido pernicioso que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los rechaza. De ese fluido se lo debe liberar. Ahora bien, un fluido malo no puede ser rechazado con otro fluido malo. Por medio de una acción idéntica a la que lleva a cabo el médium curador en los casos de enfermedad, *hay que expulsar el fluido malo con el auxilio de un fluido mejor.*

Sin embargo, no siempre alcanza con esta acción mecánica; también es preciso, principalmente, *actuar sobre el ser inteligente*, al cual hay que *hablarle con autoridad.* Ahora bien, sólo posee esa autoridad quien tiene superioridad moral. Cuanto mayor sea esa superioridad, tanto mayor será también la autoridad.

Pero eso no es todo; para asegurar la liberación es necesario que el Espíritu perverso sea inducido a que renuncie a sus malos propósitos; que en él asome el arrepentimiento tanto como el deseo del bien, por medio de instrucciones hábilmente trasmitidas, en evocaciones hechas particularmente con vistas a su educación moral. Se podrá entonces tener la doble satisfacción de liberar a un encarnado y de convertir a un Espíritu imperfecto.

La tarea resulta más fácil cuando el obseso comprende su situación y colabora con la voluntad y la plegaria. No sucede lo mismo cuando, seducido por el Espíritu que lo domina, se engaña

acerca de las cualidades de este último, y se complace en el error al que lo induce; porque entonces, en lugar de colaborar, rechaza todo tipo de asistencia. Este es el caso de la fascinación, siempre muchísimo más rebelde que la más violenta subyugación. (Véase *El libro de los médiums*, Segunda Parte, Capítulo XXIII.)

En todos los casos de obsesión, la plegaria es el auxiliar más poderoso para oponerse al Espíritu obsesor.

47. En la obsesión, el Espíritu actúa externamente con la ayuda de su periespíritu, al cual identifica con el del encarnado; en ese caso, este último queda atrapado en una especie de red, y es obligado a comportarse en contra de su voluntad.

En la posesión, en vez de actuar externamente, el Espíritu libre sustituye, por decirlo así, al Espíritu encarnado; elige su cuerpo para instalarse en él, aunque este no haya sido abandonado definitivamente por su dueño, pues eso sólo ocurre con la muerte. Por consiguiente, la posesión es siempre transitoria e intermitente, porque un Espíritu desencarnado no puede ocupar definitivamente el lugar de un Espíritu encarnado, atento a que la unión molecular entre el periespíritu y el cuerpo sólo se produce en el momento de la concepción. (Véase el Capítulo XI, § 18.)

El Espíritu, en posesión momentánea del cuerpo del encarnado, se sirve de él como si fuese su propio cuerpo; habla por su boca, ve por sus ojos y actúa con sus brazos, como lo haría si estuviese vivo. No es como en la mediumnidad parlante, en la que el Espíritu encarnado habla transmitiendo el pensamiento de un Espíritu desencarnado, pues en la posesión es el propio desencarnado el que habla y actúa, de modo que quien lo haya conocido en vida, reconocerá su lenguaje, su voz, sus gestos y hasta la expresión de su fisonomía.

48. La obsesión siempre es obra de un Espíritu maligno. En la posesión puede tratarse de un Espíritu bueno que quiere hablar y

que, para causar mayor impresión a los oyentes, *toma* el cuerpo de un encarnado, que se lo presta voluntariamente, como le prestaría su ropa a otra persona. Eso se lleva a cabo sin que haya perturbación ni malestar, y durante ese tiempo el Espíritu encarnado se encuentra en libertad, como sucede en el estado de emancipación. Además, la mayoría de las veces se mantiene al lado de su sustituto para escucharlo.

Cuando el Espíritu posesor es malo, las cosas ocurren de otro modo. No toma el cuerpo del encarnado, sino que se apodera de él en caso de que su titular no posea suficiente *fuerza moral para resistirse.* Y lo hace por maldad hacia él, a quien tortura y martiriza de todas las formas, incluso al extremo de intentar exterminarlo, sea por estrangulamiento, empujándolo al fuego o a otros lugares peligrosos. Valiéndose de los miembros y de los órganos del desdichado paciente, blasfema, injuria y maltrata a los que lo rodean, y se entrega a excentricidades y a actos que presentan todos los caracteres de la locura furiosa.

Los hechos de este tipo, en diferentes grados de intensidad, son muy numerosos, y muchos casos de locura no tienen otra causa. Con frecuencia se suman a ellos desórdenes patológicos, que son meras consecuencias de ese proceso, y en oposición a los cuales de nada sirven los tratamientos médicos, mientras subsista la causa que les ha dado origen. El espiritismo, al dar a conocer esa fuente de donde proviene una parte de las miserias humanas, indica la manera de remediarla: actuar sobre el autor del mal, quien, puesto que es un ser inteligente, debe ser tratado con inteligencia.[68]

---

68. Véanse ejemplos de curas de obsesiones y de posesiones en la *Revista Espírita*, diciembre de 1863, pág. 373; enero de 1864, pág. 11; junio de 1864, pág. 168; enero de 1865, pág. 5; junio de 1865, pág. 172; febrero de 1866, pág. 38; junio de 1867, pág. 174. (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

49. La mayoría de las veces la obsesión y la posesión son individuales, pero a veces también son epidémicas. Cuando un aluvión de Espíritus malos se lanza sobre una localidad, es como si un ejército enemigo la invadiera. En ese caso, la cantidad de los individuos atacados puede llegar a ser considerable.[69]

69. Fue una epidemia de esa clase la que hace algunos años atacó la aldea de Morzine, en Saboya (véase el relato completo de esa epidemia en la *Revista Espírita* de diciembre de 1862, pág. 353; enero, febrero, abril y mayo de 1863, págs. 1, 33, 101 y 133). (N. de Allan Kardec.) Las páginas citadas corresponden a la edición francesa. (N. del T.)

Capítulo XV

Los milagros en el Evangelio

Observaciones preliminares.- Sueños.-
La estrella de los magos.- Doble vista.- Curaciones.-
Posesos.- Resurrecciones.- Jesús camina sobre las aguas.-
Transfiguración.- La tempestad apaciguada.- Las bodas de
Caná.- La multiplicación de los panes.- La tentación de Jesús.-
Prodigios en ocasión de la muerte de Jesús.-
Aparición de Jesús después de su muerte.-
Desaparición del cuerpo de Jesús.

Observaciones preliminares

1. Los hechos relatados en el Evangelio, que hasta hoy han sido considerados milagrosos, pertenecen en su mayoría al orden de los *fenómenos psíquicos*, es decir, a los que tienen como causa primera las facultades y los atributos del alma. Si se los compara con los descriptos y explicados en el capítulo precedente, se reconocerá sin dificultad que existe entre ellos una identidad de causa y efecto. La historia registra otros hechos análogos, en todas las épocas y en todos los pueblos, dado que, a partir de que hay almas encarnadas y desencarnadas, han tenido que producirse los mismos efectos. Es verdad que, en lo que se refiere a ese punto, se puede dudar de la veracidad de la historia; no obstante, en la actualidad esos hechos se producen ante nuestros ojos, por así decirlo, a voluntad, y a través de individuos que nada tienen de excepcionales. Basta con que un fenómeno se reproduzca en condiciones idénticas para probar

que es posible, que está sometido a una ley y que, por consiguiente, no es milagroso.

El principio de los fenómenos psíquicos se basa, como ya hemos visto, en las propiedades del fluido periespiritual, que constituye el agente magnético; en las manifestaciones de la vida espiritual, durante la vida corporal y después de la muerte; por último, en el estado constitutivo de los Espíritus, y en el rol que estos desempeñan como fuerza activa de la naturaleza. Conocidos estos elementos y comprobados sus efectos, se debe en consecuencia admitir la posibilidad de ciertos hechos que han sido rechazados mientras se les atribuía un origen sobrenatural.

2. Sin prejuzgar acerca de la naturaleza del Cristo, cuyo examen no está incluido en el objeto de esta obra, y a partir de la hipótesis que lo considera apenas un Espíritu superior, no podemos dejar de reconocer que él es uno de los Espíritus del orden más elevado, que por sus virtudes se encuentra muy por encima de la humanidad terrestre. A consecuencia de los inmensos resultados que produjo, su encarnación en este mundo ha sido necesariamente una de esas misiones que sólo se confían a los mensajeros directos de la Divinidad, para el cumplimiento de sus designios. En el supuesto de que no fuera el propio Dios, sino un enviado de Dios para transmitir su palabra, Jesús sería más que un profeta, porque sería un Mesías divino.

Como hombre, tenía la organización de los seres carnales, pero como Espíritu puro, desprendido de la materia, vivía más la vida espiritual que la vida corporal, cuyas debilidades no padecía. Su superioridad con relación a los hombres no era el resultado de las cualidades particulares de su cuerpo, sino de las de su Espíritu, que dominaba a la materia de un modo absoluto, y de la cualidad de su periespíritu, extraído de la parte más quintaesenciada de los fluidos terrestres. (Véase el Capítulo XIV, § 9.) Su alma no se encontraba ligada al cuerpo más que por los vínculos estrictamente

indispensables. Constantemente desprendida, ella le otorgaba la *doble vista* no sólo permanente, sino de una penetración excepcional, muy superior a la que poseen los hombres comunes. Lo mismo debía de darse en él con relación a los fenómenos que dependen de los fluidos periespirituales o psíquicos. La calidad de esos fluidos le confería un inmenso poder magnético, secundado por el deseo incesante de hacer el bien.

¿Actuaba como *médium* en las curaciones que producía? ¿Se lo puede considerar un poderoso médium curativo? No, puesto que el médium es un intermediario, un instrumento del que se sirven los Espíritus desencarnados. Ahora bien, Cristo no precisaba asistencia; era él quien asistía a los demás. Obraba por sí mismo debido a su poder personal, como pueden hacerlo los encarnados en ciertos casos y en la medida de sus fuerzas. Por otra parte, ¿qué Espíritu osaría infundirle sus propios pensamientos y le encargaría transmitirlos? Si acaso recibía algún influjo extraño, este sólo podía provenir de Dios. Según la definición dada por un Espíritu, Cristo era médium de Dios.

Sueños

3. José, dice el Evangelio, fue avisado por un ángel, que se le apareció en sueños y le dijo que huyera a Egipto con el niño. (*San Mateo*, 2:19 a 23.)

Los avisos por medio de sueños desempeñan un rol importante en los libros sagrados de todas las religiones. Sin garantizar la exactitud de todos los hechos narrados, y sin discutirlos, el fenómeno de por sí no tiene nada de anormal, pues se sabe que, durante el dormir, el Espíritu se desprende de los lazos de la materia e ingresa momentáneamente en la vida espiritual, donde se encuentra con quienes son sus conocidos. Esa es a menudo la ocasión que los

Espíritus protectores aprovechan para manifestarse a sus protegidos, y darles consejos más directos. Son numerosos los ejemplos auténticos de avisos a través de sueños; no obstante, no se debería inferir de ahí que todos los sueños sean avisos, y menos aún que todo lo que se vea en sueños tenga algún significado. El arte de interpretar los sueños debe ser incluido en la nómina de las creencias supersticiosas y absurdas. (Véase el Capítulo XIV, §§ 27 y 28.)

La estrella de los magos

4. Dicen que una estrella se apareció a los magos que fueron a adorar a Jesús; que esa estrella iba delante de ellos para indicarles el camino, y que se detuvo cuando llegaron. (*San Mateo*, 2:1 a 12.)

La cuestión no es saber si el hecho narrado por san Mateo es real, o si no es más que una figura destinada a indicar que los magos fueron guiados, de una manera misteriosa, hasta el lugar donde estaba el niño Jesús, puesto que no existe ningún medio de comprobación. Se trata, pues, de saber si un hecho de esa naturaleza es posible.

Lo cierto es que, en aquella circunstancia, la luz no podía ser una estrella. Se podía creer en eso en la época en que se suponía que las estrellas eran puntos luminosos incrustados en el firmamento y que podían caer sobre la Tierra; pero no hoy, cuando se conoce la naturaleza de las estrellas.

Aunque no se acepte la causa que se atribuyó a ese hecho, la aparición de una luz con el aspecto de estrella no es algo imposible. Un Espíritu puede aparecer con una forma luminosa, o transformar una parte de su fluido periespiritual en un foco luminoso. Muchos hechos de ese tipo, recientes y perfectamente auténticos, no tienen otra causa, y esa causa no tiene nada de sobrenatural.

Doble vista

Entrada de Jesús en Jerusalén

5. "Cuando se aproximaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, en las cercanías del monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, y les dijo: 'Id a esa aldea que está delante de vosotros, y al llegar encontraréis atada una asna, y junto a ella su pollino; desatadlos y traédmelos. Y si alguien os dice algo, responded que el Señor los necesita, pero de inmediato los devolverá'. Ahora bien, todo eso sucedió a fin de que se cumpliese esta palabra del profeta: 'Decid a la hija de Sión: He aquí tu rey, que viene a ti lleno de mansedumbre, montado en una asna y un pollino, hijo de la que está bajo el yugo.

"Los discípulos, entonces, fueron e hicieron lo que Jesús les había ordenado. Trajeron la asna y el pollino, los cubrieron con sus mantos e hicieron que él se sentara encima." (*San Mateo*, 21:1 a 7.)

El beso de Judas

6. "Dijo Jesús: 'Levantaos, vámonos, que ya está cerca de aquí aquel que me habrá de traicionar'. Todavía no había acabado de decir esas palabras cuando Judas, uno de los doce, llegó acompañado de un grupo de gente armada con espadas y palos, enviados por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos del pueblo. Ahora bien, el que lo traicionaba les había dado una señal para que lo reconocieran, diciéndoles: 'Aquel a quien yo bese, ese es el que buscáis; prendedlo'. Enseguida, pues, se aproximó a Jesús y le dijo: 'Maestro, yo te saludo'; y lo besó. Jesús le respondió: 'Amigo, ¿qué has venido a hacer aquí?' Entonces los otros avanzaron, se lanzaron sobre Jesús y lo prendieron." (*San Mateo*, 26:46 a 50.)

La pesca milagrosa

7. "Un día que Jesús estaba a la orilla del lago de Genesaret, como la multitud lo apretujaba para oír la palabra de Dios, vio él dos barcas amarradas al borde del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y lavaban sus redes. Entró, pues, en una de esas barcas, que era de Simón, y le pidió que la apartase un poco de la orilla; y, habiéndose sentado, enseñaba al pueblo desde la barca.

"Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: 'Avanza hacia el mar y lanza tus redes para pescar'. Simón le respondió: 'Maestro, trabajamos toda la noche y no pescamos nada; pero como tú lo ordenas, echaré la red'. Así pues, habiéndola lanzado, capturaron tal cantidad de peces que la red se rompió. Hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que se acercaran a ayudarlos. Ellos vinieron, y llenaron tanto las barcas, que por poco estas no se hundieron." (*San Lucas*, 5: 1 a 7.)

Vocación de Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Mateo

8. "Caminando a lo largo del mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que echaban sus redes al mar, pues eran pescadores; y les dijo: 'Seguidme, y os haré pescadores de hombres'. Y ellos al instante dejaron sus redes y lo siguieron.

"De ahí, caminando, vio a otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan, que estaban en una barca con Zebedeo, padre de ambos, reparando sus redes, y los llamó. Y ellos al instante dejaron las redes y a su padre, y lo siguieron." (*San Mateo*, 4:18 a 22.)

"Jesús, al salir de allí, vio al pasar a un hombre sentado en el despacho de los impuestos, llamado Mateo, y le dijo: 'Sígueme'. Y el hombre de inmediato se levantó y lo siguió." (*San Mateo*, 9:9.)

9. Estos hechos no tienen nada de sorprendente para quien conoce el poder de la doble vista y la causa, absolutamente natural, de esa facultad. Jesús la poseía en grado sumo, y se puede decir que esta constituía su estado normal, conforme lo prueba un gran número de actos de su vida, y de la que dan explicación, en la actualidad, los fenómenos magnéticos y el espiritismo.

La pesca calificada de milagrosa también se explica con la doble vista. Jesús no produjo peces de modo espontáneo donde no los había, sino que vio, con la vista del alma, como habría podido hacerlo un lúcido despierto, el lugar donde se encontraban los peces, y entonces pudo decir con seguridad a los pescadores que lanzaran allí sus redes.

La penetración del pensamiento y, por consiguiente, ciertas previsiones, son consecuencia de la vista espiritual. Cuando Jesús convocó a su lado a Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Mateo, era preciso que conociera las disposiciones íntimas de todos ellos, para saber que lo seguirían y que serían capaces de cumplir la misión que se proponía confiarles. Era preciso que ellos mismos intuyeran esa misión para responder al llamado de Jesús. Lo mismo sucedió cuando, el día de la Cena, anunció que uno de los doce habría de traicionarlo, y lo señaló diciendo que era aquel que ponía la mano en el plato; y también cuando dijo que Pedro lo negaría.

En muchos pasajes del Evangelio se dice: "Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo…" Ahora bien, ¿cómo podría él conocer esos pensamientos, si no fuera por la irradiación fluídica que se los transmitía, así como por la visión espiritual que le permitía leer en el fuero interior de las personas?

Entonces, cuando a menudo creemos que un pensamiento se halla sepultado profundamente entre los pliegues de nuestra alma, no sospechamos que somos portadores de un espejo donde ese pensamiento se refleja, de un revelador en su propia irradiación fluídica, que está impregnada de él. Si viésemos el mecanismo del

mundo invisible que nos rodea, las ramificaciones de esos hilos conductores del pensamiento, que vinculan a todos los seres inteligentes, corporales e incorporales, los efluvios fluídicos cargados de las impresiones del mundo moral, y que atraviesan el espacio como corrientes aéreas, quedaríamos menos sorprendidos ante ciertos efectos que la ignorancia atribuye al acaso. (Véase el Capítulo XIV, §§ 22 y siguientes.)

Curaciones

Pérdida de sangre

10. "Entonces, una mujer, enferma de flujo de sangre desde hacía doce años, que había sufrido mucho en manos de los médicos y había gastado todos sus bienes sin que hubiera conseguido ningún alivio, sino que estaba cada vez peor, habiendo oído hablar de Jesús, se acercó entre la multitud por detrás de él y tocó sus vestidos; pues decía: 'Tan solo con tocar sus vestidos, quedaré curada'. En ese mismo instante, el flujo de sangre se secó, y ella sintió en su cuerpo que estaba curada de aquella enfermedad.

"Luego, Jesús, *conociendo en sí mismo la virtud que de él había salido*, se volvió en medio de la multitud y dijo: '¿Quién tocó mis vestidos?' Sus discípulos le dijeron: '¿Ves que la multitud te oprime por todos lados y preguntas quién te tocó?' Y él miraba alrededor suyo para descubrir a la que lo había tocado.

"Pero la mujer, que sabía lo que le había sucedido, se acercó llena de miedo y pavor, se postró ante Jesús y le contó toda la verdad. Y Jesús le dijo: 'Hija mía, tu fe te ha salvado; vete en paz y queda curada de tu enfermedad." (*San Marcos*, 5:25 a 34.)

11. Estas palabras: *conociendo en sí mismo la virtud que de él había salido*, son significativas. Expresan el movimiento fluídico que se había operado desde Jesús en dirección a la mujer enferma; ambos habían experimentado la acción que acababa de producirse. Es de destacar que el efecto no fue provocado por ningún acto de la voluntad de Jesús; no hubo magnetización, ni imposición de las manos. Bastó con la irradiación fluídica normal para realizar la curación.

Pero ¿por qué esa irradiación se dirigió hacia aquella mujer y no hacia otras personas, puesto que Jesús no pensaba en ella y estaba rodeado por una multitud?

La razón es muy simple. Considerado como materia terapéutica, el fluido debe alcanzar el desorden orgánico, a fin de repararlo; puede entonces ser dirigido sobre el mal por la voluntad del curador, o atraído por el deseo ardiente, por la confianza, en suma, por la fe del enfermo. En relación con la corriente fluídica, el curador actúa como una bomba impelente, y el enfermo como una bomba aspirante. A veces es necesaria la simultaneidad de las dos acciones; en otras, basta con una sola. El segundo caso fue el que ocurrió en el hecho que tratamos.

Así pues, Jesús tenía razón para decir: *Tu fe te ha salvado*. Se comprende que en este caso la fe no es una virtud mística, como la entienden algunas personas, sino una verdadera *fuerza atractiva*, de modo que aquel que no la posee opone a la corriente fluídica una fuerza repulsiva o, como mínimo, una fuerza de inercia que paraliza la acción. Según eso, se comprende por qué, en caso de que hubiera dos enfermos con la misma enfermedad, en presencia de un curador, uno podría ser curado y el otro no. Este es uno de los principios más importantes de la mediumnidad curadora, y que explica mediante una causa muy natural ciertas anomalías aparentes. (Véase el Capítulo XIV, §§ 31, 32 y 33.)

El ciego de Betsaida

12. "Habiendo llegado a Betsaida, le trajeron un ciego y le rogaban que lo toque. Tomando al ciego de la mano, lo llevó fuera del pueblo; le puso saliva en los ojos y, habiéndole impuesto las manos, le preguntó si veía algo. El hombre, mirando, le dijo: 'Veo andar hombres, que me parecen árboles'. Jesús le puso de nuevo las manos sobre los ojos, y él comenzó a ver mejor. Al final quedó de tal modo curado que veía claramente todas las cosas.

"Y lo envió a su casa, diciéndole: 'Ve a tu casa; y si entras en el pueblo no le digas a nadie lo que ocurrió contigo'." (*San Marcos*, 8:22 a 26.)

13. Aquí es evidente el efecto magnético: la curación no fue instantánea, sino gradual, y como consecuencia de una acción prolongada y reiterada, aunque más rápida que en la magnetización ordinaria. La primera sensación de este hombre es la que experimentan los ciegos al recobrar la vista. Por un efecto óptico, los objetos les parecen de tamaño exagerado.

El paralítico

14. "Jesús, habiendo subido a una barca, atravesó el lago y vino a su ciudad (Cafarnaúm). Y le presentaron un paralítico tendido en una camilla. Jesús, al notar su fe, dijo al paralítico: 'Hijo mío, ten confianza; tus pecados te son perdonados'.

"Entonces algunos escribas dijeron entre sí: 'Este hombre blasfema'. Pero Jesús, *conociendo lo que ellos pensaban*, les dijo: '¿Por qué tenéis malos pensamientos en vuestros corazones? Pues, ¿qué es más fácil, decir: *Tus pecados te son perdonados*, o decir: *Levántate y anda*? Ahora bien, para que sepáis que el Hijo del hombre tiene

en la Tierra el poder de perdonar los pecados: *Levántate* –dijo entonces al paralítico–*, toma tu camilla y vete a tu casa*'.

El paralítico se levantó de inmediato, y se fue a su casa. Y el pueblo, viendo aquel milagro, se llenó de temor y glorificó a Dios por haber concedido tal poder a los hombres." (*San Mateo*, 9:1 a 8.)

15. ¿Qué podían significar estas palabras: *Tus pecados te son perdonados*, y en qué podían influir para la curación? El espiritismo las explica, como a una infinidad de otras palabras que no han sido comprendidas hasta el día de hoy. Nos enseña, por medio de la ley de la pluralidad de las existencias, que los males y las aflicciones de la vida suelen ser expiaciones del pasado, y que sufrimos en la vida presente las consecuencias de las faltas que cometimos en una existencia anterior. Así será hasta que hayamos pagado la deuda de nuestras imperfecciones, pues las existencias son solidarias unas con otras.

Por lo tanto, si la enfermedad de aquel hombre era un castigo por el mal que había cometido, las palabras: *Tus pecados te son perdonados*, equivalían a estas otras: "Pagaste tu deuda; la fe que ahora posees eliminó la causa de tu enfermedad; en consecuencia, mereces quedar libre de ella". Por eso dijo a los escribas: "Tan fácil es decir: *Tus pecados te son perdonados*, como: *Levántate y anda*". Desaparecida la causa, el efecto debe cesar. Es el mismo caso que el de un prisionero a quien se le dice: "Tu crimen ha quedado expiado y perdonado", lo que equivaldría a decirle: "Puedes salir de la prisión".

Los diez leprosos

16. "Un día, yendo él para Jerusalén, pasaba por los confines entre Samaria y Galilea, y, estando a punto de entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a distancia y, levantando la voz, le dijeron: 'Jesús, Señor nuestro, ten

piedad de nosotros'. Cuando él los vio, les dijo: 'Id a mostraros a los sacerdotes'. Y sucedió que, cuando iban en camino, quedaron curados.

"Uno de ellos, viéndose curado, volvió sobre sus pasos glorificando a Dios en alta voz; y se postró a los pies de Jesús, con el rostro en la tierra, para rendirle gracias. Y ese era samaritano.

"Dijo entonces Jesús: '¿No fueron curados los diez? ¿Dónde están los otros nueve? ¿Ninguno de ellos hubo que volviera a glorificar a Dios, a no ser este extranjero?' Y le dijo a ese: 'Levántate y vete; tu fe te ha salvado'." (*San Lucas*, 17:11 a 19.)

17. Los samaritanos eran cismáticos, a semejanza de los protestantes en relación con los católicos, y los judíos los consideraban herejes y los despreciaban por ello. Al curar indistintamente a judíos y samaritanos, Jesús daba al mismo tiempo una lección y un ejemplo de tolerancia; y al destacar que sólo el samaritano había regresado para glorificar a Dios, mostraba que había en él mayor suma de verdadera fe y de reconocimiento que en los que se decían ortodoxos. Agregando: *Tu fe te ha salvado*, hizo ver que Dios considera lo que hay en el fondo del corazón, y no la forma exterior de la adoración. Sin embargo, los otros también habían sido curados. Fue preciso que así sucediera, para que él pudiese dar la lección que estaba en sus planes y hacer evidente la ingratitud de ellos. Pero ¿quién sabe lo que de ahí resultó para esos nueve? ¿Quién sabe si ellos se beneficiaron con la gracia que se les concedió? Al decir al samaritano: *Tu fe te ha salvado*, Jesús daba a entender que no había ocurrido lo mismo con los otros.

La mano seca

18. "Jesús entró de nuevo en la sinagoga, y allí encontró un hombre que tenía seca una de las manos. Y lo observaban para

ver si él lo curaba en día de sábado, para tener un motivo de qué acusarlo. Entonces, dijo él al hombre que tenía la mano seca: 'Levántate y colócate ahí en medio'. Después les dijo a los presentes: '¿Está permitido en día de sábado hacer el bien en vez del mal, salvar la vida en vez de quitarla?' Pero ellos permanecieron en silencio. Entonces, Jesús, mirándolos con ira, apenado por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: 'Extiende la mano'. Él la extendió, y esta se quedó sana.

"En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos contra él, para ver cómo eliminarlo. Pero Jesús se retiró con sus discípulos hacia el mar, y lo siguió una gran multitud de Galilea y de Judea, de Jerusalén, de Idumea y del otro lado del Jordán; y los de los alrededores de Tiro y de Sidón, habiendo oído hablar de las cosas que él hacía, vinieron en gran número a su encuentro." (*San Marcos*, 3:1 a 8.)

La mujer encorvada

19. "Enseñaba Jesús en una sinagoga todos los días de sábado. Un día vio allí a una mujer poseída de un Espíritu que la tenía enferma hacía dieciocho años; y ella estaba tan encorvada que no podía mirar hacia arriba. Al verla Jesús, la llamó y le dijo: 'Mujer, estás libre de tu enfermedad'. Entonces le impuso las manos, y al instante ella se enderezó, y rendía gracias a Dios.

"Pero el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús hubiese hecho una cura en día de sábado, dijo al pueblo: 'Hay seis días destinados al trabajo; venid en esos días para que seáis curados, y no en los días de sábado'.

"El Señor, tomando la palabra, le dijo: 'Hipócritas, ¿cuál de vosotros no desata del pesebre a su buey o su asno en día de sábado, y no lo lleva a beber? ¿Por qué entonces no se debería, en día

de sábado, liberar de sus lazos a esta hija de Abraham, que Satanás conservó atada durante dieciocho años?'

"Ante esas palabras, sus adversarios quedaron confundidos, y todo el pueblo se alegraba de verlo practicar tantas acciones gloriosas." (*San Lucas*, 13:10 a 17.)

20. Este hecho prueba que en aquella época la mayor parte de las enfermedades era atribuida al demonio, y que se confundía, como hoy, a los posesos con los enfermos, pero en sentido inverso, es decir que hoy, los que no creen en los Espíritus malos confunden las obsesiones con las enfermedades patológicas.

El paralítico de la piscina

21. "Después de eso, habiendo llegado la fiesta de los judíos, Jesús fue a Jerusalén. Había en Jerusalén una piscina de las ovejas, que se llamaba en hebreo *Betesda*, que tenía cinco galerías. En ellas se hallaban tendidos gran número de enfermos, ciegos, cojos, y los que tenían los miembros resecos, todos a la espera de que el agua fuese agitada. Porque el ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua, y el primero que entraba en ella después de la agitación del agua, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviera.

"Había allí un hombre que se encontraba enfermo hacía treinta y ocho años. Jesús, habiéndolo visto tendido, y sabiéndolo enfermo desde largo tiempo, le preguntó: '¿Quieres quedar curado?' El enfermo respondió: 'Señor, no tengo nadie que me meta en la piscina cuando el agua es agitada; y durante el tiempo que me toma llegar hasta allí, otro desciende antes que yo'. Jesús le dijo: 'Levántate, toma tu camilla y anda'. Y al instante ese hombre quedó curado, y tomando su camilla se puso a andar. Ahora bien, aquel día era sábado.

”Dijeron entonces los judíos a aquel que había sido curado: ‘Hoy es sábado y no te está permitido que te lleves tu camilla’. Él les respondió: ‘Aquel que me curó dijo: Toma tu camilla y anda’. Le preguntaron ellos entonces: ‘¿Quién fue ese que te dijo: Toma tu camilla y anda?’ Pero el que había sido curado no sabía quién era ese, porque Jesús se había retirado de en medio de la multitud que estaba allí.

”Después, al encontrar a aquel hombre en el Templo, Jesús le dijo: ‘Ves que fuiste curado; no vuelvas a pecar en el futuro, para que no te suceda algo peor’.

”El hombre fue a ver a los judíos y les dijo que era Jesús quien lo había curado. Por eso los judíos perseguían a Jesús, porque hacía esas cosas en día de sábado. Entonces, Jesús les dijo: ‘Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo trabajo también sin cesar.” (*San Juan*, 5:1 a 17.)

22. Entre los romanos, se denominaba piscina (del latín *piscis*, pez), a los estanques o viveros donde se criaban peces. Más tarde, el término se hizo extensivo a los tanques destinados a los baños en común.

La piscina de Betesda, en Jerusalén, era una cisterna próxima al Templo, alimentada por una fuente natural, cuyas aguas parecían haber tenido propiedades curativas. Se trataba, sin duda, de una fuente intermitente que, en ciertos momentos, brotaba con fuerza y agitaba el agua. Según la creencia vulgar, ese era el momento más favorable para las curaciones. En realidad, es probable que, cuando el agua brotaba de la fuente, sus propiedades fuesen más activas; o que la agitación producida por el agua al brotar hiciese salir a la superficie el lodo saludable para algunas enfermedades. Esos efectos son muy naturales y perfectamente conocidos en la actualidad; pero en ese entonces las ciencias estaban poco adelantadas, y a la mayoría de los fenómenos inexplicables se le atribuía una causa sobrenatural. Los judíos, por consiguiente, creían que la

agitación del agua se debía a la presencia de un ángel, y esa creencia les parecía aún más fundamentada por el hecho de que en esas ocasiones el agua era más saludable.

Después de haber curado a aquel hombre, Jesús le dijo: “No vuelvas a pecar en el futuro, a fin de que no te suceda una cosa peor”. Mediante esas palabras, le dio a entender que su enfermedad era un castigo, y que si no se enmendaba podría llegar a ser nuevamente castigado, y con más rigor aún. Esa doctrina concuerda por completo con la que enseña el espiritismo.

23. Es probable que Jesús insistiera en realizar sus curaciones el día sábado para tener la oportunidad de manifestar su desaprobación respecto del rigorismo de los fariseos en lo atinente a guardar ese día. Quería mostrarles que la verdadera piedad no consiste en la observancia de las prácticas exteriores y de las formalidades, sino que está en los sentimientos del corazón. Se justificaba declarando: “Mi Padre trabaja hasta hoy, y yo trabajo también sin cesar”. Es decir: Dios no interrumpe sus obras ni su acción sobre las cosas de la naturaleza el día sábado. Continúa produciendo todo lo necesario para vuestra alimentación y vuestra salud, y yo sigo su ejemplo.

El ciego de nacimiento

24. “Al pasar, Jesús vio a un hombre que era ciego de nacimiento; y sus discípulos le hicieron esta pregunta: ‘Maestro, ¿quién ha pecado, ese hombre o quienes lo pusieron en el mundo, para que haya nacido ciego?’

Jesús les respondió: ‘Ni él pecó ni los que lo pusieron en el mundo; es para que las obras del poder de Dios se manifiesten en él. Es preciso que yo haga las obras de Aquel que me envió, mientras es de día; viene después la noche, en la cual nadie puede hacer obras. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo’.

”Dicho eso, escupió en el suelo, hizo lodo con su saliva y untó con ese lodo los ojos del ciego, y le dijo: ‘Ve a lavarte en la piscina de *Siloé* (que significa *Enviado*). Él fue, se lavó y volvió viendo con claridad.

”Sus vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna decían: ‘¿No es este el que estaba sentado y pedía limosna?’ Unos respondían: ‘Es él’. Otros decían: ‘No, es alguien que se parece a él’. Pero él les decía: ‘Soy yo’. Le preguntaron entonces: ‘¿Cómo se han abierto tus ojos?’ Él les respondió: ‘Aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo y lo pasó en mis ojos, y me dijo: *Ve a la piscina de* Siloé *y lávate*. Yo fui, me lavé y veo’. Ellos le dijeron: ‘¿Dónde está él?’ Respondió el hombre: ‘No lo sé’.

”Llevaron entonces a los fariseos a ese hombre que había estado ciego. Ahora bien, fue un sábado el día que Jesús había hecho aquel lodo y le abrió los ojos.

”También los fariseos lo interrogaron para saber cómo había recobrado la vista. Él les dijo: ‘Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo’. A lo que algunos fariseos replicaron: ‘Ese hombre no es enviado de Dios, porque no guarda el sábado’. Otros, sin embargo, decían: ‘¿Cómo podría un hombre malo hacer semejantes prodigios?’ Y había disensión entre ellos.

”Dijeron de nuevo al que había sido ciego: ‘Y tú, ¿qué dices de ese hombre, que te abrió los ojos?’ Él respondió: ‘Digo que es un profeta’. Pero los judíos no creyeron que aquel hombre había sido ciego y había recobrado la vista, hasta tanto no hicieron venir al padre y a la madre, y los interrogaron del siguiente modo: ‘¿Es ese vuestro hijo, del que decís que ha nacido ciego? ¿Cómo es que él ahora ve?’ El padre y la madre respondieron: ‘Sabemos que ese es nuestro hijo y que nació ciego; pero no sabemos cómo ahora ve, y tampoco sabemos quién le abrió los ojos. Interrogadlo; él ya tiene edad, que responda por sí mismo’.

”Su padre y su madre hablaban de ese modo porque temían a los judíos, pues estos ya habían resuelto en común que, *si alguno reconocía a Jesús como siendo el Cristo, sería expulsado de la sinagoga.* Eso obligó al padre y a la madre a responder: ‘Él ya tiene edad; interrogadlo’.

”Llamaron por segunda vez al hombre que había sido ciego y le dijeron: ‘Glorifica a Dios; sabemos que ese hombre es un pecador’. Él les respondió: ‘Si es un pecador, no lo sé; todo lo que sé es que estaba ciego y ahora veo’. Volvieron a preguntarle: ‘¿Qué te hizo y cómo te abrió los ojos?’ Respondió él: ‘Ya os lo he dicho, y me habéis escuchado; ¿por qué queréis oírlo otra vez? ¿Queréis, acaso, convertiros en sus discípulos?’ A lo que ellos lo llenaron de injurias, y le dijeron: ‘Sé tú su discípulo; en cuanto a nosotros, somos discípulos de Moisés. Sabemos que Dios habló a Moisés, pero no sabemos de dónde ha salido este’.

”El hombre les respondió: ‘Es para asombro que no sepáis de dónde es, y que me haya abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; pero, a aquel que lo honra y hace su voluntad, a ese Dios escucha. Desde que el mundo existe, jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si ese hombre no fuera un enviado de Dios, nada podría hacer de todo lo que ha hecho’.

”Le dijeron los fariseos: ‘Tú no eres más que pecado, desde el vientre de tu madre, ¿y quieres enseñarnos a nosotros?’ Y lo expulsaron.” (*San Juan*, 9:1 a 34.)

25. Esta narración, tan simple e ingenua, lleva en sí un carácter evidente de verdad. En ella no hay nada fantástico ni maravilloso. Es una escena de la vida real captada en el momento en que se desarrollaba. El lenguaje de aquel ciego es exactamente el de esos hombres simples, en los cuales el buen sentido suple al conocimiento, y que replican a los argumentos de sus adversarios

con bonhomía, mediante razones a las que no les falta justicia ni oportunidad. El tono de los fariseos, ¿no es el de esos orgullosos que no admiten nada superior a sus inteligencias y se indignan ante la sola idea de que un hombre del pueblo pueda hacerles alguna observación? Excepto el color local de los nombres, se diría que el hecho pertenece a nuestra época.

Ser expulsado de la sinagoga equivalía a ser colocado fuera de la Iglesia. Era una especie de excomunión. Los espíritas, cuya doctrina es la del Cristo, interpretada de acuerdo con el progreso de los conocimientos actuales, son tratados como los judíos que reconocían en Jesús al Mesías. Al excomulgarlos, la Iglesia los coloca fuera de su seno, como hicieron los escribas y los fariseos con los seguidores de Jesús. ¡Aquí vemos un hombre que es expulsado porque no puede admitir que aquel que lo curó sea un pecador y un poseído del demonio, y porque glorifica a Dios por su curación! ¿No es eso lo que hacen para con los espíritas? Alegan que obtener de los Espíritus consejos saludables, la reconciliación con Dios y con el bien, curaciones, todo eso es obra del diablo, y les imponen el anatema. ¿Acaso no hay sacerdotes que declaran desde lo alto del púlpito que *es mejor que una persona se conserve incrédula antes que recobre la fe por medio del espiritismo*? ¿No hay algunos que dicen a los enfermos que no debían haber procurado la curación a través de los espíritas que poseen ese don, porque ese don es satánico? ¿Decían y hacían algo distinto los sacerdotes judíos y los fariseos? Por otra parte, se nos ha dicho que hoy todo debe suceder como en el tiempo del Cristo.

La pregunta de los discípulos, acerca de si había sido el pecado de ese hombre la causa de que él *naciera* ciego, revela la intuición de una existencia anterior, pues de lo contrario esa pregunta no tendría sentido, ya que el pecado puede ser causa de una enfermedad de *nacimiento* si ha sido cometido antes del nacimiento y, por consiguiente, en una existencia anterior. Si Jesús hubiese considerado

que esa idea era falsa, les habría dicho: "¿Cómo es posible que este hombre haya pecado antes de nacer?" En lugar de eso, les dice que aquel hombre estaba ciego, no porque hubiera pecado, sino para que en él se manifestase el poder de Dios, es decir, para que sirviese de instrumento a una demostración del poder de Dios. Si no se trataba de una expiación del pasado, entonces era una prueba que debía servir al progreso de aquel Espíritu, porque Dios, que es justo, no le habría impuesto un sufrimiento sin compensación.

En cuanto al medio empleado para curarlo, es evidente que aquella especie de barro hecho con saliva y tierra no podía tener otra virtud más que la acción del fluido curativo con el que había sido impregnado. De ese modo las sustancias más insignificantes, como el agua, por ejemplo, pueden adquirir cualidades poderosas y efectivas por la acción del fluido espiritual o magnético, al cual estas sirven de vehículo o, si se prefiere, de *reservorio.*

Numerosas curaciones producidas por Jesús

26. "Jesús iba por toda la Galilea enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del reino y curando todas las dolencias y todas las enfermedades en medio del pueblo. Su reputación se extendió por toda Siria; y le traían a todos los que estaban enfermos y afligidos por dolores y males diversos, los poseídos, los lunáticos, los paralíticos, y a todos los curaba. Lo acompañaba una gran multitud de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea, y del otro lado del Jordán." (*San Mateo*, 4:23 a 25.)

27. De todos los hechos que dan testimonio del poder de Jesús, no cabe duda de que los más numerosos son las curaciones. Él quería probar de esa forma que el verdadero poder es aquel que hace el bien; aquel cuyo objetivo era ser útil, y no la satisfacción

de la curiosidad de los indiferentes por medio de cosas extraordinarias.

Al aliviar los padecimientos, las personas quedaban ligadas a él por el corazón, y hacía prosélitos más numerosos y sinceros que si los maravillase con espectáculos para la vista. De ese modo se hacía amar, mientras que si se hubiese limitado a producir efectos materiales sorprendentes, como lo exigían los fariseos, la mayoría de las personas no habría visto en él más que a un hechicero o un hábil prestidigitador, al que *los desocupados buscarían para distraerse.*

Así, cuando Juan el Bautista envía a sus discípulos para preguntarle si era el Cristo, su respuesta no fue: “Yo soy”, porque cualquier impostor hubiera podido decir lo mismo. No les habla de prodigios ni de cosas maravillosas, sino que les responde simplemente: “Id y decid a Juan: los ciegos ven, los enfermos son curados, los sordos oyen, el Evangelio es anunciado a los pobres”. Es como si hubiese dicho: “Reconocedme por mis obras, juzgad al árbol por sus frutos”, porque era ese el verdadero carácter de su misión divina.

28. Del mismo modo, mediante el bien que hace, el espiritismo prueba su misión providencial. Cura los males físicos, pero cura sobre todo las enfermedades morales, y son esos los mayores prodigios a través de los cuales se afianza. Sus más sinceros adeptos no son los que fueron impresionados por la observación de fenómenos extraordinarios, sino aquellos a los que el consuelo les tocó el corazón; aquellos que se liberaron de las torturas de la duda; aquellos que recuperaron el ánimo en las aflicciones, que se fortalecieron mediante la certeza del porvenir que vino a mostrarles, mediante el conocimiento de su ser espiritual y su destino. Ellos son los de fe inquebrantable, porque sienten y comprenden.

Quienes sólo ven en el espiritismo efectos materiales no pueden comprender su poder moral. Por eso los incrédulos, que apenas lo conocen a través de fenómenos cuya causa primera no

admiten, consideran a los espíritas meros prestidigitadores y charlatanes. Por consiguiente, el espiritismo no triunfará sobre la incredulidad a través de prodigios, sino por la multiplicación de sus beneficios morales, puesto que si bien es cierto que los incrédulos no admiten los prodigios, también es cierto que conocen, como todo el mundo, el sufrimiento y las aflicciones, y nadie rechaza el alivio y el consuelo. (Véase el Cap. XIV, § 30.)

Posesos

29. "Llegaron luego a Cafarnaúm, y Jesús, entrando en día sábado en la sinagoga, los instruía. Y se admiraban de su doctrina, porque él los instruía como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

"Ahora bien, se encontraba en la sinagoga un hombre poseído por un Espíritu impuro, que exclamó: '¿Qué hay entre tú y nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para perdernos? Sé quién eres: eres el santo de Dios'. Pero Jesús lo conminó, diciendo: 'Cállate y sal de ese hombre'. Entonces, el Espíritu impuro, agitándolo con violentas convulsiones, dio un grito y salió de él.

"Quedaron todos tan sorprendidos que se preguntaban unos a otros: '¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta? Él da órdenes con autoridad, aun a los Espíritus impuros, y estos le obedecen'." (*San Marcos*, 1:21 a 27.)

30. "Después de que ellos salieron, le presentaron un hombre mudo, poseído por el demonio. Expulsado el demonio, el mudo habló. Y el pueblo, tomado de admiración, decía: 'Jamás se vio cosa semejante en Israel'.

"Pero los fariseos decían: 'Es por el príncipe de los demonios que él expulsa los demonios." (*San Mateo*, 9:32 a 34.)

31. "Cuando él llegó al lugar donde estaban los otros discípulos, vio una gran multitud de personas que los rodeaba, y escribas que discutían con ellos. Todo el pueblo, al ver a Jesús, se llenó de asombro y temor; y corrieron a saludarlo.

"Entonces él dijo: '¿Acerca de qué discutís con ellos?' Un hombre de entre el pueblo, tomó la palabra y dijo: 'Maestro, te traje a mi hijo, que está poseído por un Espíritu mudo; en cada lugar donde se apodera de él, lo echa por tierra, y el niño echa espuma, rechina los dientes y se vuelve todo rígido. Pedí a tus discípulos que lo expulsasen, pero no pudieron'.

"Jesús les respondió: '¡Oh, gente incrédula! ¿Hasta cuándo habré de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? Traédmelo'. Y se lo trajeron. Apenas vio a Jesús, el Espíritu comenzó a agitar al niño con violencia; y este cayó al suelo y se puso a rodar soltando espuma.

"Jesús le preguntó al padre del niño: '¿Desde cuándo le sucede esto?' Respondió el padre: 'Desde pequeño. Y el Espíritu lo ha lanzado muchas veces, ya al agua, ya al fuego, para hacer que perezca; pero si pudieras hacer alguna cosa, ten compasión de nosotros y ayúdanos'.

"Jesús le respondió: 'Si pudieras creer, todo es posible para quien cree'. Al instante exclamó el padre del niño, entre lágrimas: '¡Señor, creo, ayúdame en mi incredulidad!'.

"Jesús, al ver que el pueblo acudía en multitud, increpó al Espíritu impuro, y le dijo: 'Espíritu sordo y mudo, yo te lo mando: sal de ese niño y no entres más en él'. Entonces el Espíritu salió, soltando un fuerte grito y sacudiendo al niño con violentas convulsiones, y quedó el niño como muerto, de modo que muchos decían que había muerto. Pero Jesús, tomándole de la mano, lo sostuvo y él se levantó.

”Cuando Jesús entró en la casa, sus discípulos le preguntaron en privado: ‘¿Por qué no pudimos nosotros expulsar ese demonio?’ Él respondió: ‘Esta clase de demonios no pueden ser expulsados sino mediante la plegaria y el ayuno’.” (*San Marcos*, 9:13 a 28.)

32. “Entonces le presentaron un poseído ciego y mudo; y él lo curó, de modo que el poseído comenzó a hablar y a ver. Todo el pueblo quedó lleno de admiración, y decían: ‘¿No es ese el hijo de David?’

”Pero los fariseos, al oír eso, decían: ‘Este hombre no expulsa los demonios más que con el auxilio de Belcebú, príncipe de los demonios’.

”Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: ‘Todo reino que se divida contra sí mismo será arruinado, y toda ciudad o casa que se divida contra sí misma no podrá subsistir. Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo; ¿cómo, pues, su reino habrá de subsistir? Y si es por Belcebú que yo expulso los demonios, ¿por quién los expulsarán vuestros hijos? Por eso, ellos mismos serán vuestros jueces. Pero si expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es porque el reino de Dios ha llegado hasta vosotros’.” (*San Mateo*, 12:22 a 28.)

33. Las liberaciones de los posesos, junto con las curaciones, figuran entre los actos más numerosos de Jesús. Entre los hechos de esta naturaleza, como los relatados más arriba (§ 30), hay algunos en los que la posesión no es evidente. Es probable que en aquella época, como todavía hoy sucede, se atribuyera a la influencia de los demonios todas las enfermedades cuya causa no se conocía, principalmente la mudez, la epilepsia y la catalepsia. No obstante, hay otros hechos en los que la acción de los Espíritus malos es indudable. Además, respecto de aquellos fenómenos que presenciamos en la actualidad, presentan una analogía tan

sorprendente, que en ellos se reconocen todos los síntomas de ese tipo de afección. La prueba de la participación de una inteligencia oculta, en esos caso, surge de un hecho material: se trata de las numerosas curaciones radicales que se obtuvieron, en algunos centros espíritas, solamente a través de la evocación y la moralización de los Espíritus obsesores, sin magnetización ni medicamentos y, a menudo, en ausencia del paciente y a distancia de este. La inmensa superioridad del Cristo le otorgaba tal autoridad sobre los Espíritus imperfectos, entonces denominados demonios, que a él le bastaba con mandarles que se retirasen para que no pudieran resistirse a esa orden. (Véase el Capítulo XIV, § 46.)

34. El hecho de que algunos Espíritus hayan entrado en cuerpos de cerdos[70] es contrario a todas las probabilidades. Un Espíritu no deja de ser humano por el hecho de que sea malo, aunque sea tan imperfecto que después de desencarnar continúe haciendo el mal como lo hacía antes. Además, es contrario a las leyes de la naturaleza que un Espíritu humano pueda animar el cuerpo de un animal. Es preciso, pues, ver en ello una de esas exageraciones de un hecho real tan comunes en los tiempos de ignorancia y superstición, o tal vez una alegoría destinada a caracterizar las tendencias inmundas de ciertos Espíritus.

35. En la época de Jesús, parece que tanto los obsesos como los posesos fueron muy numerosos en Judea; de ahí la oportunidad que él tuvo de curar a muchos. No cabe duda de que los Espíritus malos habían invadido aquel país y causado una epidemia de posesiones. (Véase el Capítulo XIV, § 49.)

Aun cuando no alcancen niveles epidémicos, las obsesiones individuales son muy frecuentes, y se presentan bajo los más variados aspectos, los cuales se reconocen fácilmente con un conocimiento profundo del espiritismo. Pueden, a menudo, producir

70. Véase *Mateo*, 8: 28 a 33; *Marcos*, 5: 1 a 14; *Lucas*, 8: 26 a 34. (N. del T.)

consecuencias nocivas para la salud, tanto si agravan afecciones orgánicas como si las ocasionan. Un día, sin ninguna duda, llegarán a ser incluidas entre las causas patológicas que, por su naturaleza especial, requieren medios curativos también especiales. Al revelar la causa de ese mal, el espiritismo abre un nuevo camino al arte de curar, y proporciona a la ciencia los medios para alcanzar el éxito en aquellos casos en que casi siempre fracasa, debido a que no ataca la causa principal. (Véase *El libro de los médiums*, Segunda Parte, Capítulo XXIII.)

36. Los fariseos acusaban a Jesús de expulsar a los demonios con el auxilio de los demonios. Según ellos, el bien mismo que él hacía era obra de Satanás, sin reflexionar que si Satanás se expulsara a sí mismo, cometería una insensatez. Esta doctrina es aún hoy la que la Iglesia intenta que prevalezca contra las manifestaciones espíritas.[71]

---

71. No todos los teólogos profesan opiniones tan absolutas sobre la doctrina demoníaca. Aquí está una cuyo valor el clero no puede discutir, emitida por un eclesiástico, Monseñor Freyssinous, obispo de Hermópolis, en el siguiente pasaje de sus *Conferencias sobre la religión*, volumen II, p. 341 (París, 1825):
"Si Jesús hubiese producido sus milagros a través del poder del demonio, este habría trabajado para destruir su imperio, y habría empleado contra sí mismo su poder. Por cierto, *un demonio que procurase destruir el reinado del vicio para implantar el de la virtud, sería un extraño demonio.* Por eso Jesús, para replicar a la absurda acusación de los judíos, les decía: 'Si hago prodigios en nombre del demonio, el demonio está dividido consigo mismo, y por lo tanto busca su propia destrucción'. Esta respuesta no admite réplica".
Este es precisamente el argumento que los espíritas oponen a los que atribuyen al demonio los buenos consejos que los Espíritus les dan. El demonio obraría entonces como un ladrón profesional que restituye todo lo que ha robado, y que exhorta a otros ladrones a que se conviertan en personas honestas. (N. de Allan Kardec.)

Resurrecciones

La hija de Jairo

37. "Jesús pasó de nuevo en la barca a la otra orilla, y en cuanto desembarcó una gran multitud se reunió alrededor suyo. Entonces, un jefe de la sinagoga, llamado Jairo, vino a su encuentro y, al aproximarse a él, se postró a sus pies, y le suplicaba con insistencia, diciendo: 'Tengo una hija que está en el momento extremo: ven a imponerle las manos para curarla y salvarle la vida'.

"Jesús fue con él, acompañado de una gran multitud que lo oprimía.

"Mientras (Jairo) aún estaba hablando, llegaron unos desde la casa del jefe de la sinagoga, y le dijeron: 'Tu hija ha muerto; ¿por qué quieres ocasionarle al Maestro la molestia de seguir adelante?' Jesús, no obstante, en cuanto oyó eso, le dijo al jefe de la sinagoga: 'No temas, solamente ten fe'. Y a ninguno le permitió que lo acompañase, salvo a Pedro, Santiago y Juan, hermano de Santiago.

"Al llegar a la casa del jefe de la sinagoga, vio un alboroto de personas que lloraban y proferían grandes alaridos. Entrando, él les dijo: '¿Por qué hacéis tanto alboroto, y por qué lloráis? *Esta niña no ha muerto, sólo está dormida*'. Y se burlaban de él. Habiendo hecho que toda la gente saliera, llamó al padre y a la madre de la niña y a los que habían ido con él, y entró en el lugar donde la niña estaba acostada. La tomó de la mano y le dijo: *Talitá cum*, es decir: 'Hija mía, levántate, te lo ordeno'. En ese mismo instante la niña se levantó y comenzó a andar, pues tenía doce años, y quedaron todos maravillados y sorprendidos." (*San Marcos*, 5:21 a 43.)

El hijo de la viuda de Naím

38. "Al día siguiente, Jesús se dirigió a una ciudad llamada Naím, y lo acompañaban sus discípulos y una gran multitud.

Cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, sucedió que llevaban a sepultar a un muerto, hijo único de su madre; y esa mujer era viuda; y estaba con ella una gran cantidad de personas de la ciudad. Cuando la vio, el Señor se compadeció de ella, y le dijo: 'No llores'. Después, aproximándose, tocó el féretro, y los que lo llevaban se detuvieron. Entonces él dijo: 'Joven, levántate, te lo ordeno'. Al instante el muerto se sentó y comenzó a hablar. Y Jesús se lo devolvió a su madre.

"Todos los que estaban presentes quedaron sorprendidos, y glorificaban a Dios, diciendo: 'Un gran profeta ha surgido entre nosotros', y 'Dios ha visitado a su pueblo'. El rumor de ese milagro que él había hecho se propagó por toda la Judea y por todas las regiones circunvecinas." (*San Lucas*, 7:11 a 17.)

39. El hecho de devolver a la vida corporal a un individuo que se encontrara realmente muerto sería contrario a las leyes de la naturaleza y, por lo tanto, milagroso. Ahora bien, no es necesario que se recurra a ese orden de hechos para explicar las resurrecciones realizadas por el Cristo.

Si las apariencias engañan a veces a los médicos de la actualidad, los accidentes de esta clase debían de ser mucho más frecuentes en un país donde no se tomaba ninguna precaución en ese sentido, y donde el entierro era inmediato.[72] Así pues, es muy probable que en los dos casos mencionados más arriba, se tratara apenas de un

72. Una prueba de esa costumbre se encuentra en los *Hechos de los Apóstoles*, 5:5 y siguientes; "Ananías, al oír esas palabras, cayó y entregó el Espíritu; y todos los que oyeron hablar de eso fueron tomados de gran temor. Seguidamente, algunos niños vinieron a buscar su cuerpo y, luego de llevarlo, lo enterraron. Pasadas unas tres horas, su mujer (Safira), que nada sabía de lo que había sucedido, entró. Y Pedro le dijo… etc. En el mismo instante, ella cayó a sus pies y entregó el Espíritu. Aquellos niños, al regresar la encontraron muerta, y llevándola, la enterraron junto al marido". (N. de Allan Kardec.)

síncope o una letargia. El propio Jesús afirma positivamente, con relación a la hija de Jairo: *Esta niña no ha muerto, sólo está dormida.*

Si se considera el poder fluídico que Jesús poseía, nada hay de sorprendente en el hecho de que ese fluido vivificante, dirigido por una voluntad poderosa, haya reanimado los sentidos entorpecidos; que incluso haya hecho volver el Espíritu al cuerpo cuando estaba listo para abandonarlo, mientras que el lazo periespiritual todavía no se había cortado definitivamente. Para los hombres de aquella época, que consideraban muerto al individuo tan pronto como dejaba de respirar, se trataba de una resurrección, de modo que lo manifestaban de muy buena fe; no obstante, lo que había en realidad era una *curación* y no una resurrección en el verdadero sentido de la palabra.

40. La resurrección de Lázaro, aunque se diga lo contrario, no invalida de ningún modo ese principio. Se alega que él llevaba cuatro días en el sepulcro; con todo, sabemos que hay letargias que duran ocho días, y más aún. Se agrega que despedía mal olor, lo que es una señal de descomposición. Este alegato tampoco prueba nada, visto que en ciertos individuos el cuerpo se descompone parcialmente incluso antes de la muerte, y en ese caso ellos también exhalan el olor de la putrefacción. La muerte sólo se produce cuando han sido atacados los órganos esenciales para la vida.

Además, ¿quién podía saber que Lázaro olía mal? Fue su hermana Marta quien lo dijo. Pero ¿cómo sabía eso? Ella sólo podía suponerlo, dado que Lázaro había sido enterrado cuatro días antes, pero no podía tener ninguna certeza. (Véase el Capítulo XIV, § 29.)[73]

---

73. El hecho siguiente demuestra que la descomposición precede algunas veces a la muerte. En el convento del Buen Pastor, fundado en Toulon por el padre Marín, capellán de las cárceles, destinado a los reincidentes arrepentidos, se encontraba una joven que había soportado los más terribles sufrimientos con la calma y la impasibilidad de una víctima expiatoria. En medio de sus dolores parecía son-

Jesús camina sobre las aguas

41. "De inmediato, Jesús obligó a sus discípulos a que entraran a la barca y pasaran a la otra orilla, mientras él se despedía del pueblo. Después de las despedidas, subió a un monte a solas para orar; y cuando cayó la noche, se encontró a solas en aquel lugar.

"Entretanto, la barca era fuertemente azotada por las olas en medio del mar, porque el viento soplaba en sentido contrario. Pero en la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue hacia ellos caminando sobre el mar.[74] Cuando ellos lo vieron andando sobre el mar, se turbaron, y decían: 'Es un fantasma', y se pusieron a gritar atemorizados. Jesús al instante les habló diciendo: 'Tranquilizaos, soy yo, no tengáis miedo'.

"Pedro le respondió: 'Señor, si eres tú, ordena que yo vaya a tu encuentro caminando sobre las aguas'. Jesús le dijo: '¡Ven!' Entonces Pedro, descendiendo de la barca, caminaba sobre las aguas al encuentro de Jesús. Pero, como vino un fuerte viento, tuvo miedo; y como comenzaba a sumergirse, gritó: '¡Señor, sálvame!'. De inmediato, Jesús, tendiéndole la mano, lo tomó y le dijo: '¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?' Y cuando subieron a la barca, cesó el viento. Entonces los que estaban en la barca se aproximaron a él y lo adoraron, diciendo: 'Eres verdaderamente Hijo de Dios'." (*San Mateo*, 14:22 a 33.)

---

reírle a una visión celestial. Como santa Teresa, pedía sufrir más, aunque sus carnes ya parecían harapos y la gangrena había devastado sus miembros. Por una sabia previsión, los médicos habían recomendado que enterrasen el cuerpo inmediatamente después del fallecimiento. Pero ¡cosa extraña! Apenas la enferma exhaló el último suspiro, cesó el proceso de descomposición; desaparecieron las exhalaciones cadavéricas, de modo que durante treinta y seis horas el cuerpo pudo permanecer expuesto a las plegarias y a la veneración de la comunidad. (N. de Allan Kardec.)

74. El lago de Genesaret o de Tiberíades. (N. de Allan Kardec.)

42. Este fenómeno encuentra una explicación natural en los principios expuestos más arriba (Véase el Capítulo XIV, § 43).

Ejemplos análogos prueban que no tiene nada de imposible ni de milagroso, pues es conforme a las leyes de la naturaleza. Pudo originarse de dos maneras:

Jesús, aunque estuviese vivo, pudo aparecer sobre las aguas con una forma tangible, mientras que su cuerpo carnal permanecía en otro lugar. Esa es la hipótesis más probable. Se puede incluso reconocer, en aquella narración, algunos indicios característicos de las apariciones tangibles. (Véase el Capítulo XIV, §§ 35 a 37.)

Por otro lado, también es posible que su cuerpo haya sido sostenido, y su gravedad neutralizada, por la misma fuerza fluídica que mantiene a una mesa en el espacio, sin un punto de apoyo. Idéntico efecto se produce muchas veces en los cuerpos humanos.

Transfiguración

43. "Seis días después, Jesús llamó a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó a ellos solos a un alto monte apartado[75], y se transfiguró delante de ellos. Mientras oraba, su rostro pareció completamente otro; sus vestimentas se volvieron resplandecientes y blancas como la nieve, como ningún lavadero en la Tierra es capaz de hacerlas tan blancas. Y vieron aparecer a Elías y a Moisés, que conversaban con Jesús.

"Entonces, Pedro le dijo a Jesús: 'Maestro, estamos bien aquí; hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías'. Es que él no sabía lo que decía, tan espantado estaba.

75. El Monte Tabor, al sudoeste del lago de Tabarich y a 11 kilómetros al sudeste de Nazaret, tiene cerca de 1.000 metros de altura. (N. de Allan Kardec.)

"Al mismo tiempo, apareció una nube que los cubrió; y de esa nube partió una voz que hizo oír estas palabras: 'Este es mi hijo amado; escuchadlo'.

"De pronto, miraron hacia todos lados, y a nadie más vieron sino a Jesús, que había quedado a solas con ellos.

"Cuando descendían del monte, él les ordenó que a nadie le dijesen lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre hubiese resucitado de entre los muertos. Y ellos mantuvieron el hecho en secreto, preguntándose unos a otros qué habría querido decir con estas palabras: 'Hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos'." (*San Marcos*, 9:1 a 9.)

44. En las propiedades del fluido periespiritual, una vez más, se encuentra la razón de este fenómeno. La transfiguración (explicada en el capítulo XIV, § 39) es un hecho bastante común que, producto de la irradiación fluídica, puede modificar la apariencia de un individuo; pero la pureza del periespíritu de Jesús hizo posible que su Espíritu le confiriese un brillo excepcional. En cuanto a la aparición de Moisés y de Elías, entra perfectamente en la categoría de los fenómenos de ese mismo género. (Véase el Capítulo XIV, § 35 y siguientes.)

De todas las facultades que Jesús puso de manifiesto, no hay ninguna que esté fuera de las condiciones de la humanidad, y que no se encuentre en el común de los hombres, porque están en la naturaleza. No obstante, debido a la superioridad de su esencia moral y de sus cualidades fluídicas, esas facultades alcanzaron en él proporciones mayores que las del vulgo. Cuando dejaba a un lado su envoltura carnal, Jesús exhibía el estado de los Espíritus puros.

La tempestad apaciguada

45. "Cierto día, habiendo subido a una barca junto con sus discípulos, él les dijo: 'Pasemos a la otra orilla del lago'. Partieron, pues. Durante la travesía, él se quedó dormido. Un gran torbellino de viento se abatió de súbito sobre el lago, de modo que al llenarse la barca de agua se vieron en peligro. Se aproximaron entonces a él y lo despertaron, diciéndole: '¡Maestro, perecemos!' Jesús, incorporándose, increpó al viento y al oleaje, que se aplacaron, y sobrevino una gran calma. Él entonces les dijo: '¿Dónde está vuestra fe?' Ellos, llenos de temor y admiración, se preguntaban unos a otros: '¿Quién es este, que así da órdenes al viento y a las olas, y le obedecen?" (*San Lucas*, 8:22 a 25.)

46. Aún no conocemos suficientemente los secretos de la naturaleza para afirmar si existen o no inteligencias ocultas que rijan la acción de los elementos. En la hipótesis de que las hubiera, el fenómeno en cuestión podría ser el resultado de un acto de autoridad sobre esas inteligencias, y probaría un poder que no le es dado ejercer a ningún hombre.

Sea como fuere, el hecho de que Jesús durmiera tranquilamente durante la tempestad demuestra de su parte una seguridad que se puede explicar por la circunstancia de que su Espíritu *veía* que no había peligro alguno, y que la tempestad se apaciguaría.

Las bodas de Caná

47. Este milagro, mencionado solamente en el Evangelio de san Juan, es presentado como el primero que realizó Jesús y, en esas condiciones, debería haber sido uno de los más destacados. No obstante, parece haber causado una débil impresión, puesto que ningún otro evangelista lo menciona. Un hecho tan extraordinario tendría

que haber deslumbrado en grado sumo a los invitados y, sobre todo, al dueño de casa; pero aparentemente ninguno lo notó.

Considerado en sí mismo, ese hecho tiene poca importancia en comparación con los que realmente ponen en evidencia las cualidades espirituales de Jesús. Si se admite que los hechos ocurrieron según la narración, debemos tomar en cuenta que ese es el único fenómeno de este tipo que se ha producido. Jesús era de una naturaleza demasiado elevada para que se ocupara de efectos puramente materiales, destinados tan sólo a atraer la curiosidad de la multitud, que en ese caso lo habría equiparado con un mago. Él sabía que las cosas útiles le permitirían conquistar más simpatías, y le depararían más adeptos que las que fueran simples expresiones de una gran habilidad y destreza, pero que no tocaran el corazón.

Si bien en rigor el hecho se puede explicar, hasta cierto punto, por una acción fluídica que hubiese transformado las propiedades del agua, para otorgarle el sabor del vino, conforme lo demuestran los ejemplos ofrecidos por el magnetismo, esa hipótesis es poco probable, ya que en ese caso el agua habría tenido el sabor del vino, pero no su color, lo que no dejaría de ser notado. Es más racional que se vea allí una de esas parábolas tan frecuentes en las enseñanzas de Jesús, como la del hijo pródigo, la del festín de bodas, y tantas otras. Es probable que, durante la comida, Jesús haya hecho alguna alusión al vino y al agua, para extraer de ahí una enseñanza. Justifican esta opinión las palabras que el mayordomo le dirige al novio: "Todos sirven en primer lugar el vino bueno, y cuando ya han bebido mucho sirven el de inferior calidad; pero tú has reservado el vino bueno hasta ahora".

La multiplicación de los panes

48. La multiplicación de los panes es uno de los milagros que más han intrigado a los comentadores y que, al mismo tiempo, fue objeto de la viveza de los incrédulos. Sin tomarse el trabajo de descubrir el sentido alegórico, para estos últimos el hecho no es más que un cuento pueril. No obstante, la mayoría de las personas serias han visto en esa narración, aunque con un aspecto diferente del ordinario, una parábola en la que se compara el alimento espiritual del alma con el alimento del cuerpo.

Sin embargo, se puede percibir en ella algo más que una figura, y admitir, desde cierto punto de vista, la realidad de un efecto material, sin que para eso sea preciso recurrir al prodigio. Es sabido que una gran preocupación, así como la atención intensamente captada por algo, hacen olvidar el hambre. Ahora bien, quienes seguían a Jesús eran personas ávidas de escucharlo; de modo que no sería sorprendente que, fascinadas por su palabra y tal vez también por la poderosa acción magnética que él ejercía sobre ellas, no hayan experimentado la necesidad material de comer.

Jesús, que preveía ese resultado, pudo tranquilizar a sus discípulos diciéndoles, en el lenguaje figurado que le era habitual, y admitiendo que realmente hubieran llevado algunos panes, que estos alcanzarían para saciar el hambre de la multitud. Al mismo tiempo, daba a sus discípulos una lección, al decirles: “Dadles vosotros mismos de comer”. De ese modo les enseñaba que también ellos podían alimentar por medio de la palabra.

Así, además del sentido alegórico moral, pudo producirse un efecto fisiológico natural muy conocido. El prodigio, en este caso, está en el ascendiente de la palabra de Jesús, suficientemente poderoso para cautivar la atención de una inmensa multitud, al punto de hacer que esta se olvidara de comer. Ese poder moral demuestra la superioridad de Jesús, mucho más que el hecho puramente

material de la multiplicación de los panes, que debe ser considerada una alegoría.

Por otra parte, el propio Jesús confirmó esta explicación en los dos pasajes que siguen:

La levadura de los fariseos

49. "Ahora bien, al pasar sus discípulos al otro lado del mar, se olvidaron de llevar panes. Jesús les dijo: 'Tened el cuidado de precaveros de la levadura de los fariseos y de los saduceos'. Ellos, no obstante, pensaban y decían entre sí: 'Es porque no trajimos panes'.

"Jesús, dándose cuenta, les dijo: 'Hombres de poca fe, ¿por qué habláis entre vosotros de que no habéis traído panes? ¿Todavía no comprendéis, y no recordáis que cinco panes alcanzaron para cinco mil hombres, y cuántos canastos habéis llenado? ¿Y que siete panes alcanzaron para cuatro mil hombres, y cuántas cestas habéis llenado? ¿Cómo no comprendéis que no era del pan que yo os hablaba, cuando dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y los saduceos?'

"Entonces ellos comprendieron que él no les había dicho que se guardaran de la levadura que se pone en el pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos." (*San Mateo*, 16:5 a 12.)

El pan del cielo

50. "Al día siguiente, el pueblo, que había permanecido al otro lado del mar, notó que allí no había más que una barca, y que Jesús no había entrado en la que tomaron sus discípulos, sino que estos habían partido solos. Y como habían llegado después otras barcas desde Tiberíades, cerca del lugar donde el Señor, después de la acción de gracias, los había alimentado con cinco panes; y como

vieron que Jesús no estaba allí, ni tampoco sus discípulos, entraron en aquellas barcas y fueron hacia Cafarnaúm, en busca de Jesús. Y habiéndolo encontrado al otro lado del mar, le dijeron: 'Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?'

"Jesús les respondió: 'En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis, no por causa de los milagros que visteis, sino porque yo os di de comer pan y quedasteis saciados. Trabajad para que tengáis, no el alimento que perece, sino el que dura para la vida eterna, y que el Hijo del hombre os dará, porque es a este a quien Dios, el Padre, marcó con su sello y su carácter'.

"Ellos le preguntaron: '¿Qué debemos hacer para producir obras de Dios?' Jesús les respondió: 'La obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado'.

"Ellos le preguntaron: '¿Qué milagro producirás para que, al verlo, creamos en ti? ¿Qué harás de extraordinario? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, conforme está escrito: *Les dio de comer el pan del cielo*'.

"Jesús les respondió: 'En verdad, en verdad os digo: que Moisés no os dio el pan del cielo; es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo'.

"Ellos le dijeron ellos entonces: 'Señor, danos siempre de ese pan'.

"Jesús les respondió: '*Yo soy el pan de la vida; aquel que viene a mí no tendrá hambre, y aquel que cree en mí nunca tendrá sed'*. Pero ya os lo he dicho, vosotros me habéis visto y no creéis'.

"En verdad, en verdad os digo: aquel que cree en mí tiene la vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Aquí está el pan que descendió del cielo, a fin de que quien coma de él no muera." (*San Juan*, 6:22 a 36 y 47 a 50.)

51. En el primer pasaje, al recordar Jesús el efecto producido anteriormente, da a entender con claridad que no se trataba de panes materiales; de lo contrario, la comparación que él establece con la levadura de los fariseos no tendría sentido. "*¿Todavía no comprendéis* –dice él–, y no recordáis que cinco panes alcanzaron para cinco mil hombres, y que siete panes fueron suficientes para cuatro mil? ¿Cómo no comprendisteis que no era de pan que yo os hablaba, cuando os decía que os guardarais de la levadura de los fariseos?" En la hipótesis de una multiplicación material, esta comparación no tendría ninguna razón de ser. El hecho habría sido bastante extraordinario en sí mismo para impresionar la imaginación de los discípulos; sin embargo, estos parecían no acordarse de él.

Esto resalta, con la misma claridad, del discurso de Jesús acerca del pan del cielo, en el que se empeña en hacer que se comprenda el verdadero sentido del alimento espiritual. "Trabajad –dice él–, no para conseguir el alimento que perece, sino el que se conserva para la vida eterna, y que el Hijo del hombre os dará". Ese alimento es su palabra, el pan que descendió del cielo para dar vida al mundo. "Yo soy –dice él– el pan de vida; *aquel que viene a mí no tendrá hambre*, y aquel que cree en mí nunca tendrá sed".

Con todo, esas distinciones eran demasiado sutiles para aquellas naturalezas rudas, que sólo comprendían las cosas tangibles. Para ellos, el maná que había alimentado el cuerpo de sus antepasados era el verdadero pan del cielo; allí residía el milagro. Si, por lo tanto, el hecho de la multiplicación de los panes hubiese ocurrido materialmente, ¿por qué habría impresionado tan poco a aquellos mismos hombres, en cuyo provecho se había realizado pocos días antes esa multiplicación, a tal punto que le preguntaran a Jesús: "Qué milagro harás, para que al verlo te creamos? ¿Qué harás de extraordinario?" Sucede que ellos entendían por milagros los prodigios que los fariseos pedían, es decir, señales que apareciesen en

el cielo por orden de Jesús, como por la varita de un mago. Pero lo que Jesús hacía era muy simple y no se apartaba de las leyes de la naturaleza. Las curaciones mismas no tenían un carácter anormal ni demasiado extraordinario. Los milagros espirituales significaban poco para ellos.

La tentación de Jesús

52. Jesús, transportado por el diablo al pináculo del Templo, y luego a la cima de una montaña, para ser tentado por él, constituye una de esas parábolas que le eran tan familiares y que la credulidad del pueblo transformó en hechos materiales.[76]

53. "Jesús no fue raptado. Él quiso hacer que los hombres comprendieran que la humanidad se encuentra expuesta a cometer faltas, y que siempre debe mantenerse vigilante contra las malas inspiraciones a las que, por su naturaleza débil, es inducida a rendirse. La tentación de Jesús es, pues, una figura, y sería preciso ser ciego para tomarla al pie de la letra. ¿Cómo podríais admitir que el Mesías, el Verbo de Dios encarnado, haya estado sometido por algún tiempo, por más corto que fuese, a las sugestiones del demonio, y que, como dice el Evangelio de Lucas, el demonio lo hubiera soltado *por algún tiempo*, lo que llevaría a suponer que Jesús continuó sometido a su poder? No; comprended mejor las enseñanzas que se os han impartido. El Espíritu del mal no tenía ningún poder sobre la esencia del bien. Nadie dijo haber *visto* a Jesús en la cima de la montaña, ni en el pináculo del Templo. No cabe duda de que un hecho de esa naturaleza se habría difundido por todos los pueblos. La tentación, por lo tanto, no constituyó un acto material y físico. En cuanto al acto moral, ¿admitiréis que

---

76. La explicación que sigue es la reproducción textual de la instrucción que un Espíritu dio a ese respecto. (N. de Allan Kardec.)

el Espíritu de las tinieblas pudiese decirle a aquel que conocía su origen y su poder: 'Adórame, que te daré todos los reinos de la Tierra'? ¿Acaso el demonio ignoraba quién era aquel a quien hacía esas proposiciones? No es probable. Ahora bien, si lo conocía, sus propuestas eran una insensatez, pues él sabía perfectamente que sería rechazado por aquel que había venido a destruir su imperio sobre los hombres.

"Comprended, por lo tanto, el sentido de esa parábola, pues se trata apenas de una parábola, del mismo modo que la del *Hijo Pródigo* y la del *Buen Samaritano*. Aquella muestra los peligros que acechan al hombre si no opone resistencia a la voz interior que le clama sin cesar: 'Puedes ser más de lo que eres; puedes poseer más de lo que posees; puedes engrandecerte, conseguir mucho; cede a la voz de la ambición y todos tus deseos serán satisfechos'. Ella os muestra el peligro y la forma de evitarlo, diciendo a las malas inspiraciones: *¡Retírate, Satanás!* o en otras palabras: *¡Vete, tentación!*

"Las otras dos parábolas que he mencionado os muestran lo que aún puede esperar aquel que, demasiado débil para ahuyentar al demonio, sucumbió a sus tentaciones. Os muestran la misericordia del padre de familia, que apoya su mano sobre la frente del hijo arrepentido y le concede, con amor, el perdón que este implora. Os muestran que el culpable, el cismático, el hombre rechazado por sus hermanos, vale más a los ojos del Juez Supremo que aquellos que lo desprecian, porque practica las virtudes prescriptas por la ley del amor.

"Examinad correctamente las enseñanzas impartidas en los Evangelios; sabed distinguir lo que allí consta en sentido textual o en sentido figurado, y los errores que os han cegado durante tantos siglos habrán de extinguirse de a poco, y cederán lugar a la refulgente luz de la verdad". *Juan Evangelista* (Burdeos, 1862.)

Prodigios en ocasión de la muerte de Jesús

54. "Ahora bien, desde la hora sexta del día hasta la hora novena, toda la tierra se cubrió de tinieblas.

"Al mismo tiempo, el velo del Templo se rasgó en dos, desde lo alto hacia abajo; la tierra tembló; las piedras se partieron; los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de santos, que estaban en el sueño de la muerte, resucitaron; y, saliendo de sus tumbas después de su resurrección, entraron en la ciudad santa y fueron vistos por muchas personas." (*San Mateo*, 27:45, 51 a 53.)

55. Es extraño que esos prodigios, que se produjeron en el momento mismo en que la atención de la ciudad se concentraba en el suplicio de Jesús, que constituía el acontecimiento del día, no hayan sido notados, ya que ningún historiador los menciona. Parece imposible que un temblor de tierra, y el hecho de que *toda la tierra* quedara envuelta en tinieblas durante tres horas, en un país donde el cielo es siempre de perfecta limpidez, hayan pasado desapercibidos.

La duración de esa oscuridad habría sido aproximadamente la de un eclipse de sol, pero los eclipses de esa especie sólo se producen cuando hay luna nueva, y la muerte de Jesús ocurrió durante la fase de luna llena, el 14 del mes de *nissan*, día de la Pascua de los judíos.

El oscurecimiento del Sol también pudo deberse a las manchas que se observan en su superficie. En ese caso, el brillo de la luz disminuye considerablemente, pero nunca al punto de producir oscuridad y tinieblas. En la suposición de que un fenómeno de ese género hubiese ocurrido en esa época, habría tenido una causa perfectamente natural.[77]

77. Hay constantemente, en la superficie del sol, manchas fijas que acompañan su movimiento de rotación y han servido para que se determine la duración de ese movimiento. A veces, sin embargo, esas manchas aumentan en cantidad,

En cuanto a los muertos que resucitaron, posiblemente *algunas personas* hayan experimentado visiones o apariciones, lo que no es excepcional. Sin embargo, como entonces no se conocía la causa de ese fenómeno, supusieron que los individuos aparecidos salían de los sepulcros.

Los discípulos de Jesús, conmovidos con la muerte de su maestro, sin duda relacionaron con esa muerte ciertos hechos particulares, a los cuales no se les habría prestado ninguna atención en otras circunstancias. Bastó con que un fragmento de roca se desprendiera en ese momento, para que las personas inclinadas a lo maravilloso vieran en ese hecho un prodigio y, exagerándolo, dijesen que las rocas se partían.

Jesús es grande por sus obras, y no por las escenas fantásticas en las cuales un entusiasmo desmesurado creyó conveniente incluirlo.

Aparición de Jesús después de su muerte

56. "Pero María (Magdalena) permaneció afuera, cerca del sepulcro, derramando lágrimas. Y mientras lloraba se inclinó para mirar dentro del sepulcro, y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús, uno en la cabecera, el otro a los pies. Ellos le dijeron: 'Mujer, ¿por qué lloras?' Ella respondió: 'Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto'.

---

en tamaño y en intensidad, y entonces se produce una disminución de la luz y del calor solares. Este aumento del número de manchas parece coincidir con ciertos fenómenos astronómicos y con la posición relativa de algunos planetas, lo que determina su reaparición periódica. La duración de dicho oscurecimiento es muy variable; en ocasiones no va más allá de dos o tres horas, pero en el año 535 hubo uno que duró catorce meses. (N. de Allan Kardec.)

”Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, *pero no sabía que era Jesús.* Entonces Jesús le dijo: ‘Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?’ Ella, suponiendo que era el jardinero, le dijo: ‘Señor, si has sido tú quien lo sacó, decidme dónde lo pusiste, y yo me lo llevaré’.

”Jesús le dijo: ‘María’. De inmediato ella se volvió y le dijo: *Rabbuni* –es decir, *Maestro*–. Jesús le respondió: ‘No me toques, porque aún no he subido hacia mi Padre; pero ve a reunirte con mis hermanos y diles de mi parte: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios’.

”María Magdalena fue entonces a decirles a los discípulos que había visto al Señor, y que este le había dicho aquellas cosas. (*San Juan*, 20:14 a 18.)

57. “Aquel mismo día, iban dos de ellos hacia una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios, y hablaban entre sí de todo lo que había ocurrido. Y sucedió que, mientras conversaban y discutían acerca de eso, Jesús se les acercó y se puso a caminar con ellos; *pero sus ojos estaban retenidos, a fin de que no pudiesen reconocerlo.* Él les dijo: ‘¿De qué vinisteis hablando mientras caminabais, y por qué estáis tan tristes?’

”Uno de ellos, llamado Cleofás, tomando la palabra, le dijo: ‘¿Serás en Jerusalén el único forastero que no sabe lo que ha ocurrido allí en los últimos días?’ Él les preguntó: ‘¿Qué pasó?’. Le respondieron: ‘Lo de Jesús de Nazaret, que fue un poderoso profeta delante de Dios y delante de todo el pueblo, y de qué modo los príncipes de los sacerdotes y nuestros senadores lo entregaron para que fuera condenado a muerte y lo crucificaran. Nosotros esperábamos que fuese él quien rescatara a Israel, pero ya estamos en el tercer día después de que esas cosas sucedieron. Es cierto que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos sorprendieron, pues habiendo ido al sepulcro antes de que despuntara el día, y

no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron a decirnos que se les aparecieron ángeles que les dijeron que él estaba vivo. Y algunos de los nuestros fueron también al sepulcro, y encontraron las cosas tal como las mujeres habían dicho; pero a él no lo encontraron'.

"Entonces él les dijo: '¡Oh! ¡Insensatos y tardos de corazón para creer en todo lo que los profetas han dicho! ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciera todas esas cosas, y que entrara de esa manera en la gloria?' Y comenzando desde Moisés, pasando luego por todos los profetas, les explicaba lo que en las Escrituras se había dicho de él.

"Al aproximarse al pueblo a donde se dirigían, él hizo ademán de que iba más lejos. Pero ellos lo obligaron a detenerse, diciéndole: 'Quédate con nosotros, que ya es tarde y el día está declinando'; él entró con ellos, y estando con los dos a la mesa tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se los iba dando. *Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de sus vistas.*

"Entonces se dijeron uno a otro: '¿No es verdad que nuestro corazón ardía dentro de nosotros cuando él nos hablaba en el camino, explicándonos las Escrituras?' Y, poniéndose de pie en ese mismo instante, volvieron a Jerusalén y vieron que los once apóstoles y los que continuaban con ellos estaban reunidos y decían: '¡El Señor en verdad resucitó y se ha *aparecido* a Simón!' Entonces, también ellos narraron lo que les había sucedido en el camino, y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

"Mientras así conversaban, *Jesús se presentó en medio de ellos*, y les dijo: 'La paz sea con vosotros; soy yo, no os asustéis'. Pero ellos, con la perturbación y el miedo de que fueron tomados, imaginaron ver *un Espíritu.*

"Y Jesús les dijo: '¿Por qué os turbáis? ¿Por qué se elevan tantos pensamientos en vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, y reconoced que soy yo mismo. Tocadme y considerad que

un Espíritu no tiene carne, ni huesos, como veis que yo tengo'. Y después de haber dicho eso, les mostró las manos y los pies.

"Pero como ellos todavía no creían, tan transportados de júbilo y de sorpresa se encontraban, él les dijo: '¿Tenéis aquí algo de comer?' Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado y un panal de miel. Él comió delante de ellos, y tomando los restos, les dio diciendo: 'Esto es aquello que os dije mientras estaba todavía con vosotros: *Es necesario que se cumpla todo lo que de mí está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos*'.

"Al mismo tiempo les abrió el espíritu, a fin de que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: 'Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitase de entre los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre la contrición y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esas cosas. Y voy a enviaros el don de mi Padre, como os he prometido; pero, mientras tanto, permaneced en la ciudad hasta que yo os haya investido del poder desde lo Alto'." (*San Lucas*, 24:13 a 49.)

58. "Tomás, uno de los doce apóstoles, llamado Dídimo, no se encontraba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos entonces le dijeron: 'Vimos al Señor'. Pero él les dijo: 'Si yo no veo en sus manos las marcas de los clavos que las atravesaron, y no pongo el dedo en el agujero hecho por los clavos, y mi mano en la herida de su costado, no creeré'.

"Ocho días después, estaban de nuevo los discípulos en el mismo lugar, y con ellos Tomás. Jesús se presentó, *hallándose las puertas cerradas*, y colocándose en medio de ellos, les dijo: 'La paz sea con vosotros'.

"Dijo luego a Tomás: 'Pon aquí tu dedo y observa mis manos; extiende también tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel'. Tomás le respondió: '¡Señor mío, y Dios mío!' Jesús

le dijo: 'Tú creíste, Tomás, porque has visto; ¡dichosos los que sin haber visto creyeron!'." (*San Juan*, 20:20 a 29.)

59. "Jesús también se mostró después a sus discípulos en la orilla del mar de Tiberíades. Se hizo ver de esta forma:

"Simón Pedro, Tomás, llamado Dídimo, Nataniel, el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos estaban juntos. Les dijo Simón Pedro: 'Voy a pescar'. Los demás dijeron: 'Nosotros también vamos contigo'. Fueron y entraron en la barca; pero aquella noche no pescaron nada.

"Al amanecer, *Jesús apareció en la orilla, sin que sus discípulos supieran que era él.* Jesús les dijo entonces: 'Hijos, ¿tenéis algo para comer?' Le respondieron: 'No'. Él les dijo: 'Lanzad la red del lado derecho de la barca, y hallaréis'. Ellos la lanzaron de inmediato, y casi no la pudieron retirar, tan cargada estaba de peces.

"Entonces, el discípulo a quien Jesús amaba le dijo a Pedro: 'Es el Señor'. Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se vistió –pues estaba desnudo– y se lanzó al mar. Los otros discípulos vinieron con la barca, y como no estaban más que a doscientos codos de distancia de la tierra, arrastraron desde ahí la red llena de peces. (*San Juan*, 21:1 a 8.)

60. "Después de eso, él los condujo hasta Betania; y alzando las manos, los bendijo; y mientras los bendecía, *se separó de ellos y fue llevado al cielo*.

"En cuanto a ellos, después de que lo adoraron, regresaron a Jerusalén con gran júbilo. Y estaban constantemente en el Templo, cantando loas y bendiciendo a Dios. Amén." (*San Lucas*, 24:50 a 53.)

61. Todos los evangelistas narran las apariciones de Jesús después de su muerte, con detalles circunstanciados que no permiten

que se dude de su veracidad. Por otra parte, estas se explican perfectamente mediante las leyes fluídicas y las propiedades del periespíritu, y no presentan nada anómalo en relación con los fenómenos del mismo tipo, de los cuales la historia –antigua y moderna– ofrece numerosos ejemplos, sin omitir siquiera los de tangibilidad. Si observamos las circunstancias en que ocurrieron sus diversas apariciones, en ellas reconoceremos, en tales ocasiones, todos los caracteres de un ser fluídico. Jesús aparece repentinamente y del mismo modo desaparece; unos lo ven, y otros no; lo hace con apariencias que ni aun sus discípulos reconocen; se deja ver en ambientes cerrados, donde un cuerpo carnal no hubiera podido entrar; ni siquiera su lenguaje tiene la vivacidad del de un ser corporal; al hablar, su modo es conciso y sentencioso, característico de los Espíritus que se manifiestan de esa manera; todas sus actitudes, en suma, denotan algo indefinido que no es del mundo terrenal. Su presencia causa sorpresa y temor a la vez; sus discípulos, al verlo, no le hablan con la misma libertad de antes; perciben que ya no es un hombre.

Jesús, por lo tanto, se mostró con su cuerpo periespiritual, lo que explica que sólo haya sido visto por los que él quiso que lo vieran. Si hubiera estado con su cuerpo carnal, todos lo habrían visto, como cuando estaba vivo. Dado que sus discípulos ignoraban la causa primera del fenómeno de las apariciones, no advertían esas particularidades, que probablemente no les llamaban la atención. Puesto que veían a Jesús y lo tocaban, para ellos ese debía ser su cuerpo resucitado. (Véase el Capítulo XIV, §§ 14; 35 a 38.)

62. En tanto que la incredulidad rechaza todos los hechos que Jesús produjo, porque tienen apariencia de sobrenaturales, y los considera sin excepción elementos de una leyenda, el espiritismo proporciona una explicación natural a la mayoría de esos hechos. Demuestra que son posibles, no sólo con base en la teoría de las leyes fluídicas, sino por su identidad con hechos análogos producidos por una gran cantidad de personas, en las condiciones más

comunes. Puesto que en cierto modo son de dominio público, en principio esos hechos no prueban nada en lo que respecta a la naturaleza excepcional de Jesús.[78]

63. El más grande de los milagros que Jesús hizo, el que realmente da testimonio de su superioridad, ha sido la revolución que sus enseñanzas produjeron en el mundo, a pesar de la exigüidad de sus medios de acción.

En efecto, Jesús, oscuro, pobre, nacido en la condición más humilde, en el seno de un pueblo insignificante, casi desconocido y sin ascendiente político, artístico ni literario, predica apenas durante tres años. En ese corto lapso recibe el desprecio y la persecución de sus conciudadanos; es calumniado, acusado de impostor, y se ve obligado a huir para que no lo lapiden; sufre la traición de parte de uno de sus apóstoles, otro lo niega, y todos lo abandonan en el momento en que cae en manos de sus enemigos. Sólo hacía el bien, pero eso no impedía que fuera blanco de la malevolencia, que de los propios servicios que él prestaba extraía motivos para acusarlo. Condenado al suplicio reservado a los criminales, muere ignorado por el mundo, ya que la historia de aquella época nada dice acerca de él.[79] No dejó nada escrito; sin embargo, con la ayuda de algunos hombres oscuros como él, su palabra fue suficiente para regenerar al mundo. Su doctrina aniquiló al paganismo

---

78. Los numerosos hechos contemporáneos de curaciones, apariciones, posesiones, doble vista y otros, que se encuentran relatados en la *Revista Espírita*, y mencionados en las observaciones hechas más arriba, ofrecen, incluso en cuanto a los pormenores, tan flagrante analogía con los que narra el Evangelio, que resulta evidente la identidad de los efectos y las causas. No se comprende que el mismo hecho tenga hoy una causa natural, y que en el pasado esa causa haya sido sobrenatural: diabólica para unos y divina para otros. Si fuese posible confrontarlos aquí, unos con otros, la comparación se tornaría más fácil. Con todo, es imposible hacerlo dada la gran cantidad de ellos y de los desarrollos que su exposición demandaría. (N. de Allan Kardec.)
79. El historiador judío Flavio Josefo es el único que hace mención a Jesús, y en términos muy resumidos. (N. de Allan Kardec.)

omnipotente, y se convirtió en el faro de la civilización. Tenía en su contra todo lo que causa el fracaso de los hombres, razón por la cual decimos que el triunfo de su doctrina es el más importante de sus milagros, al mismo tiempo que demuestra el carácter divino de su misión. Si en vez de los principios sociales y regeneradores, basados en el porvenir espiritual del hombre, él sólo hubiera tenido para ofrecer a la posteridad algunos hechos maravillosos, probablemente en la actualidad su nombre sería muy poco conocido.

Desaparición del cuerpo de Jesús

64. La desaparición del cuerpo de Jesús después de su muerte ha sido objeto de muchos comentarios. Los cuatro evangelistas dan testimonio del hecho, basados en el relato de las mujeres que fueron hasta el sepulcro, al tercer día posterior a la crucifixión, y no lo encontraron. Hubo quienes consideraron que esa desaparición era un hecho milagroso, en tanto que otros la atribuyeron a una sustracción clandestina.

De acuerdo con otra opinión, Jesús nunca habría tenido un cuerpo carnal, sino solamente un cuerpo fluídico; sólo habría sido, durante toda su vida, una aparición tangible, en una palabra, una especie de *agénere*. Su nacimiento, su muerte y todos los actos materiales de su vida habrían sido apenas una apariencia. A eso se debe –dicen– que su cuerpo, de regreso al estado fluídico, haya desaparecido del sepulcro, y que con ese mismo cuerpo él se apareciera después de su muerte.

No cabe duda de que un hecho así no es radicalmente imposible, de acuerdo con lo que hoy se sabe sobre las propiedades de los fluidos; pero sería al menos por completo excepcional y en formal oposición al carácter de los *agéneres*. (Véase el Capítulo XIV, §

36.) Se trata, pues, de saber si esa hipótesis es admisible, si está confirmada o refutada por los hechos.

65. La permanencia de Jesús en la Tierra presenta dos períodos: el que precedió y el que siguió a su muerte. En el primero, desde el momento de la concepción hasta el nacimiento, todo transcurre en el seno materno como en las condiciones ordinarias de la vida.[80] Desde el nacimiento hasta la muerte, en sus actos, en su lenguaje y en las diversas circunstancias de su vida, todo presenta los caracteres inequívocos de la corporeidad. Los fenómenos de orden psíquico que se producen en él son accidentales y nada tienen de anómalos, ya que se explican mediante las propiedades del periespíritu y se encuentran, en diferentes grados, en otros individuos. Después de su muerte, por el contrario, todo en él pone de manifiesto al ser fluídico. La diferencia entre ambos estados es tan marcada que no se pueden equiparar.

El cuerpo carnal tiene las propiedades inherentes a la materia propiamente dicha, y esas propiedades difieren esencialmente de las de los fluidos etéreos. En el cuerpo material, la desorganización se produce por la ruptura de la cohesión molecular. Al introducir en él un instrumento cortante, los tejidos se separan, y si son alcanzados los órganos esenciales para la vida, cesa su funcionamiento y sobreviene la muerte, es decir, la muerte del cuerpo. En cambio, como en los cuerpos fluídicos no existe esa cohesión, la vida de estos no depende del funcionamiento de órganos especiales, de modo que no se pueden producir desórdenes análogos a los de aquellos. Un instrumento cortante u otro cualquiera penetrará en un cuerpo fluídico como si lo hiciera en una masa de vapor, y no le ocasionará ninguna lesión. Por eso los cuerpos de esa

80. No nos referimos aquí al misterio de la encarnación, del cual no hemos de ocuparnos porque será examinado más adelante. (N. de Allan Kardec.)

naturaleza *no pueden morir*, como tampoco pueden ser muertos los seres fluídicos designados con el nombre de *agéneres*.

Después del suplicio de Jesús, su cuerpo permaneció allí, inerte y sin vida. Se lo sepultó como a cualquier otro cuerpo, y todos pudieron verlo y tocarlo. Después de su resurrección, cuando Jesús quiso dejar la Tierra, no murió nuevamente: su cuerpo se elevó, se desvaneció y desapareció sin dejar ningún rastro, prueba evidente de que ese cuerpo era de naturaleza distinta de la del que pereció en la cruz. Así pues, de ahí debemos concluir que, si fue posible que Jesús muriese, eso sucedió porque él tenía un cuerpo carnal.

Debido a sus propiedades materiales, el cuerpo carnal es la sede de las sensaciones y de los dolores físicos que repercuten en el centro sensitivo o Espíritu. El cuerpo no sufre, sino el Espíritu, que recibe la reacción de las lesiones o alteraciones de los tejidos orgánicos. En un cuerpo privado de Espíritu la sensación es absolutamente nula. Por la misma razón, el Espíritu, que no tiene cuerpo material, no puede experimentar los padecimientos que son el resultado de la alteración de la materia. Así pues, de ahí también debemos concluir que si Jesús sufrió materialmente, lo que nadie puede poner en duda, es porque tenía un cuerpo material de una naturaleza semejante a la del cuerpo de cualquier persona.

66. A los hechos materiales vienen a agregarse poderosas consideraciones morales.

Si las condiciones de Jesús durante su vida hubieran sido las de los seres fluídicos, él no habría experimentado ni el dolor ni ninguna de las necesidades del cuerpo. Suponer que haya sido así sería quitarle el mérito de la vida de privaciones y padecimientos que había elegido como ejemplo de resignación. Si todo en él no hubiera sido más que aparente, todos los actos de su vida, la reiterada predicción de su muerte, la escena dolorosa en el Jardín de los Olivos, su plegaria a Dios para que le apartara el cáliz de los labios, su pasión, su agonía, todo, hasta su último clamor en el momento

de entregar el Espíritu, no habría sido más que un vano simulacro para engañar a los hombres acerca de su naturaleza y hacerles creer en el sacrificio ilusorio de su vida, una farsa indigna de un hombre simple y honesto, y aún más indigna de un ser de esa superioridad. En una palabra, Jesús habría abusado de la buena fe de sus contemporáneos y de la posteridad. Esas son las consecuencias lógicas de ese sistema, consecuencias inadmisibles, porque lo rebajarían moralmente en vez de elevarlo.

Por consiguiente, como todo hombre, Jesús tuvo un cuerpo carnal y un cuerpo fluídico, lo cual es demostrado por los fenómenos materiales y los fenómenos psíquicos que jalonaron su vida.

67. ¿Qué ocurrió con el cuerpo carnal? Se trata de un problema cuya solución no puede deducirse, hasta nuevo aviso, más que por hipótesis, a falta de elementos suficientes para fundar una convicción. Esa solución, por otra parte, es de una importancia secundaria, y no añadiría nada a los méritos del Cristo, como tampoco a los hechos que demuestran, de una manera mucho más perentoria, su superioridad y su misión divina.

No puede haber, pues, acerca del modo en que esta desaparición se produjo, más que opiniones personales, que solo tendrían valor en caso de que hubieran sido sancionadas por una lógica rigurosa, así como por la enseñanza general de los Espíritus. Ahora bien, hasta ahora, ninguna de las que han sido formuladas recibió la sanción de ese doble control.

Si los Espíritus aún no han resuelto la cuestión mediante la unanimidad de su enseñanza, sin duda es porque no ha llegado todavía el momento de hacerlo, o porque se carece aún de los conocimientos con cuyo auxilio el hombre podrá resolverla por sí mismo. Mientras tanto, si se descarta la suposición de que el cuerpo fue retirado de manera clandestina, podría encontrarse, por analogía, una explicación probable en la teoría del doble fenómeno de los

aportes y de la invisibilidad. (Véase *El libro de los médiums*, Capítulos IV y V.)

68. Esa idea sobre la naturaleza del cuerpo de Jesús no es nueva. En el siglo IV, Apolinario de Laodicea, jefe de la secta de los *apolinaristas*, pretendía que Jesús no había tenido un cuerpo como el nuestro, sino un cuerpo *impasible*, que había descendido desde el cielo al seno de la santa Virgen, pero que no había nacido de ella. De ese modo, Jesús había nacido, sufrido y muerto apenas en *apariencia*. Los apolinaristas fueron anatematizados en el concilio de Alejandría, en el año 360; en el de Roma, en el año 374; y en el de Constantinopla, en el año 381.

LAS PREDICCIONES
según el espiritismo



Capítulo xvi

Teoría de la presciencia

1. ¿Cómo es posible el conocimiento del futuro? Es lógico que se prevean los acontecimientos que habrán de ser consecuencia del estado presente, pero no los que no tienen con éste relación alguna, y menos aún los que se atribuyen al acaso. Se suele decir que las cosas futuras no existen, que todavía se encuentran en la nada. ¿Cómo, entonces, es posible saber que sucederán? Con todo, son muy numerosos los casos de predicciones que se cumplen, lo que nos lleva a la conclusión de que ahí se da un fenómeno para cuya explicación falta la clave, visto que no hay efecto sin causa. Esa causa es la que intentaremos descubrir, y el espiritismo, que es de por sí la clave de tantos misterios, nos la proveerá, mostrándonos también que el hecho de las predicciones no es incompatible con las leyes naturales.

Tomemos, a modo de comparación, un ejemplo de las cosas usuales, que nos ayudará a hacer que se comprenda el principio que nos proponemos dilucidar.

2. Supongamos que un hombre ubicado en lo alto de una montaña contempla la vasta extensión de una llanura. En esa situación,

la distancia de una legua le resultará poca cosa, y fácilmente podrá abarcar, con una sola mirada, todos los accidentes del terreno, desde el comienzo hasta el final del camino. Por su parte, un viajero que recorra ese camino por primera vez sabrá que si avanza llegará a destino, lo que constituye una simple previsión de la consecuencia que habrá de tener su marcha; pero los accidentes del terreno, las subidas y las bajadas, los ríos que deberá cruzar, los bosques que atravesará, los precipicios en que podría caer, los ladrones que lo acechan para robarle, las casas hospitalarias donde podrá descansar, todo eso es independiente de su persona, y constituye para él lo desconocido, el futuro, porque su vista no va más allá de la pequeña zona que lo rodea. En cuanto a la duración, la mide por el tiempo que emplea en recorrer el camino. Si se suprimieran los puntos de referencia, la duración desaparecería. En cambio, para el hombre que está en la cima de la montaña y que sigue al viajero con la mirada, todo aquello es el presente. Supongamos que ese hombre vaya al encuentro del viajero y le diga: "En determinado momento encontrarás tal cosa, serás atacado, pero recibirás auxilio". Estará prediciendo el futuro; para el viajero es el futuro; para el hombre de la montaña ese futuro es el presente.

3. Ahora, si saliéramos del ámbito de las cosas puramente materiales, y nos introdujéramos con el pensamiento en el dominio de la vida espiritual, veríamos que ese fenómeno se produce en mayor escala. Los Espíritus desmaterializados son como el hombre de la montaña: el espacio y la duración no existen para ellos. Pero la extensión y la penetración de su vista son proporcionales a la pureza y a la elevación que han alcanzado en la jerarquía espiritual. Ellos son, en relación con los Espíritus inferiores, como hombres provistos de un poderoso telescopio, al lado de otros que apenas disponen de los ojos. En los Espíritus inferiores la visión está circunscripta, no sólo porque ellos difícilmente pueden alejarse del mundo en el que están cautivos, sino también porque la densidad

de sus periespíritus actúa como un velo en relación con las cosas distantes, del mismo modo que la niebla las oculta para los ojos del cuerpo.

Por lo tanto, se comprende que, de conformidad con el grado de perfección, un Espíritu pueda abarcar un período de algunos años, de algunos siglos e incluso de muchos miles de años, porque, ¿qué es un siglo en relación con lo infinito? Los acontecimientos no se desarrollan en sucesión delante de él, como las irregularidades del camino delante del viajero, sino que ve simultáneamente el comienzo y el fin del período. Todos los acontecimientos que en ese período constituyen el porvenir para el hombre de la Tierra, son el presente para él, de modo que podría venir a decirnos con certeza: "determinada cosa ocurrirá en tal momento", porque él ve esa cosa como el hombre de la montaña ve lo que le espera al viajero en el transcurso de su viaje. Si no lo hace, se debe a que el conocimiento del futuro podría resultar perjudicial para el hombre; obstaculizaría su libre albedrío; lo paralizaría en el trabajo que le corresponde cumplir a favor de su progreso. El bien y el mal que lo aguardan, al mantenerse como una incógnita, constituyen una prueba para él.

Si esa facultad, aunque restringida, puede incluirse entre los atributos de la criatura humana, ¿qué grado de poder no habrá de alcanzar en el Creador, que abarca el infinito? Para Dios, el tiempo no existe: el comienzo y el fin de los mundos constituyen el presente. Dentro de ese inmenso panorama, ¿qué representa la duración de la vida de un hombre, de una generación, de un pueblo?

4. No obstante, como el hombre debe cooperar al progreso general, y ciertos acontecimientos tienen que ser el resultado de su colaboración, es conveniente que en ciertos casos presienta esos acontecimientos, a fin de que haga sus planes y esté listo para actuar cuando llegue el momento propicio. Por eso Dios permite, en ocasiones, que se levante una punta del velo; pero siempre con un

fin útil, y nunca para satisfacer una curiosidad vana. Esa misión no puede ser confiada a todos los Espíritus, pues los hay que no conocen el futuro mejor que los hombres, sino a Espíritus suficientemente adelantados para cumplirla. Ahora bien, es oportuno observar que las revelaciones de ese orden siempre se hacen espontáneamente, y nunca, o al menos muy raramente, en respuesta a una pregunta directa.

5. Esa misión puede también ser confiada a determinados hombres, de la siguiente manera:

Aquel a quien se le ha confiado el encargo de revelar algo oculto puede recibir, sin proponérselo, la inspiración de los Espíritus que saben de qué se trata, y entonces lo transmite automáticamente, sin comprender lo que hace. Se sabe además que, tanto durante el sueño como en el estado de vigilia, en los éxtasis de la doble vista, el alma se desprende y adquiere en un grado más o menos elevado las facultades del Espíritu libre. Si se trata de un Espíritu adelantado y, sobre todo, si ha recibido como los profetas una misión especial en ese sentido, gozará, en los momentos de emancipación del alma, de la facultad de abarcar por sí mismo un período más o menos extenso, y verá, como presentes, los acontecimientos de ese período. Puede entonces revelarlos en ese mismo instante, o conservar el recuerdo de ellos al despertar. Si esos acontecimientos deben permanecer en secreto, él los olvidará o sólo conservará una vaga intuición de lo que se le ha revelado, suficiente para guiarlo instintivamente.

Por eso en ciertas ocasiones esa facultad se desarrolla providencialmente, ante la inminencia de algún peligro, durante las grandes catástrofes, en las revoluciones; y por eso la mayoría de las sectas perseguidas ha tenido numerosos *videntes*. Incluso a eso se debe que los grandes capitanes avancen resueltamente contra el enemigo, convencidos de la victoria; que hombres de genio, como Cristóbal Colón por ejemplo, se dirijan hacia una meta prediciendo,

por así decirlo, el momento en que habrán de alcanzarla. Sucede que ellos han visto el objetivo, que no era desconocido para sus Espíritus.

Por consiguiente, el don de la predicción no tiene nada que sea más sobrenatural que una infinidad de fenómenos. Se basa en las propiedades del alma y en la ley que rige las relaciones del mundo visible con el mundo invisible, a las que el espiritismo ha venido a dar a conocer. ¿Pero cómo admitir la existencia de un mundo invisible si no se admite la existencia del alma, o la individualidad de esta después de la muerte? El incrédulo que niega la presciencia es consecuente consigo mismo; falta saber si lo es con la ley natural.

6. Es probable que esta teoría de la presciencia no resuelva de un modo absoluto todos los casos de revelaciones del porvenir que se puedan presentar, pero no es posible dejar de reconocer que establece el principio fundamental. Si no puede explicarlo todo, eso se debe a que el hombre tiene dificultad para colocarse en ese punto de vista extraterrenal. A causa de su propia inferioridad, su pensamiento, incesantemente atraído hacia el sendero de la vida material, es casi siempre impotente para separarse del suelo. Al respecto, ciertos hombres son como los pájaros jóvenes, cuyas alas demasiado débiles no les permiten elevarse en el aire, o como aquellos cuya vista es demasiado corta para ver a lo lejos, o bien, y por último, como los que carecen de un sentido para ciertas percepciones.

7. Para la comprensión de las cosas espirituales, es decir, para que nos hagamos de ellas una idea tan clara como la que nos formamos de un paisaje que tenemos delante de los ojos, nos falta en realidad un sentido, exactamente como al ciego de nacimiento le falta el sentido necesario que le permita comprender los efectos de la luz, de los colores y de la visión prescindiendo del contacto. A eso se debe que solamente lleguemos a conseguirlo por un esfuerzo de la imaginación, y con ayuda de comparaciones con cosas que

nos sean familiares. Las cosas materiales, sin embargo, no nos pueden dar de las cosas espirituales más que ideas muy imperfectas, razón por la cual no se debería tomar al pie de la letra esas comparaciones, y creer, por ejemplo, en el caso de que se trata, que la amplitud de las facultades perceptivas de los Espíritus depende de la altura efectiva en que se encuentran, y que necesiten estar sobre una montaña o encima de las nubes para abarcar el tiempo y el espacio.

Esa facultad es inherente al estado de espiritualización o, si se prefiere, de desmaterialización del Espíritu. Esto significa que la espiritualización produce un efecto que se puede comparar, aunque muy imperfectamente, con el de la visión de conjunto que tiene el hombre en lo alto de la montaña. Esta comparación tendía simplemente a mostrar que acontecimientos que para algunos todavía pertenecen al futuro, para otros están en el presente y, por lo tanto, se pueden predecir, lo que no implica que el efecto se produzca de la misma manera.

Por consiguiente, para gozar de esa percepción, el Espíritu no precisa transportarse a un punto cualquiera del espacio. Aquel que se encuentra en la Tierra, a nuestro lado, puede poseerla en toda su plenitud, tanto como si se hallase a mil leguas de distancia, mientras que nosotros no vemos nada más allá de nuestro horizonte visual. Como la visión de los Espíritus no se produce del mismo modo ni con los mismos elementos que la del hombre, el horizonte visual de aquellos es muy distinto. Ahora bien, precisamente ese es el sentido que nos falta para que podamos concebirlo. *El Espíritu, comparado con el encarnado, es como el vidente comparado con el ciego.*

8. Además, debemos considerar que esa percepción no se limita a la extensión, sino que abarca la penetración de todas las cosas. Es, reiteramos, una facultad inherente y proporcional al estado de desmaterialización. La encarnación la *amortigua*, sin que

llegue a anularla por completo, porque el alma no queda encerrada en el cuerpo como en una caja. El encarnado la posee, aunque siempre en un grado menor que cuando se halla completamente desprendido; eso es lo que confiere a ciertos hombres un poder de penetración que a otros les falta totalmente; una mayor agudeza de la visión moral; una comprensión más fácil de las cosas extramateriales.

El Espíritu encarnado no solamente percibe, sino que también conserva el recuerdo de lo que ha visto en el estado de Espíritu libre, y ese recuerdo es como un cuadro que se refleja en su pensamiento. Durante la encarnación el Espíritu ve, aunque vagamente, como a través de un velo; en el estado de libertad, ve y comprende claramente. *El principio de la visión no es exterior a él, sino que está en él*; por eso no tiene necesidad de nuestra luz exterior. Por efecto del desarrollo moral, el círculo de las ideas y las concepciones se amplía; por efecto de la desmaterialización gradual del periespíritu, éste se purifica de los elementos densos que alteraban la delicadeza de las percepciones. De ese modo, resulta fácil entender que la ampliación de todas las facultades resulta del progreso del Espíritu.

9. El grado de extensión de las facultades del Espíritu es el que, durante la encarnación, determina su mayor o menor aptitud para comprender las cosas espirituales. No obstante, esa aptitud no es la consecuencia necesaria del desarrollo de la inteligencia; no la confiere la ciencia vulgar; y por eso se ve a hombres de gran saber tan ciegos para las cosas espirituales como otros lo son para las cosas materiales; son refractarios a ellas porque no las comprenden, lo que significa que *todavía* no han progresado en ese sentido, mientras que otros, de instrucción e inteligencia comunes, las captan con la mayor facilidad, lo que prueba que ya tenían de tales cosas una intuición previa. Para estos, se trata de un recuerdo retrospectivo de lo que han visto y aprendido, ya sea en la erraticidad o en

sus existencias anteriores, como otros tienen la intuición de las lenguas y de las ciencias que practicaron.

10. La facultad de cambiar el punto de vista, para ver desde uno más elevado, no solo ofrece la solución del problema de la presciencia; es además la clave de la verdadera fe, de la fe sólida, y también el más poderoso elemento de fuerza y de resignación, porque, dado que la vida terrestre aparece desde lo alto como un punto en la inmensidad, se comprende el escaso valor de las cosas que, vistas desde abajo, parecen tan importantes. Los incidentes, las miserias, las vanidades de la vida, disminuyen a medida que se despliega el inmenso y espléndido horizonte del porvenir. El que ve de esa manera las cosas de este mundo se encuentra poco o nada afectado por las vicisitudes, y por eso mismo es tan feliz como sea posible en la Tierra. Así pues, es necesario compadecerse de los que concentran sus pensamientos en la estrecha esfera terrestre, porque experimentan con toda su fuerza el impacto de las tribulaciones que, como otros tantos aguijones, los atormentan sin cesar.

11. En cuanto al porvenir del espiritismo, como se sabe, los Espíritus son unánimes en afirmar que su triunfo está próximo, a pesar de los obstáculos que se le oponen. Esta previsión les resulta fácil, en principio, porque la propagación de la doctrina es obra personal de ellos; como colaboran con el movimiento o lo dirigen, ellos saben lo que deben hacer. En segundo lugar, les basta con abarcar un período de corta duración para ver en él los poderosos auxiliares que Dios promueve, y que no tardarán en manifestarse.

Aunque no sean Espíritus desencarnados, transpórtense los espíritas apenas treinta años hacia delante, al seno de la generación que surge, y consideren desde ahí lo que sucede en la actualidad; sigan los pasos del espiritismo, y verán consumirse en vanos esfuerzos a quienes se consideran destinados a derribarlo. Verán cómo estos desaparecen poco a poco de la escena, mientras el árbol crece y extiende sus raíces cada día un poco más.

12. La mayoría de las veces, los acontecimientos comunes de la vida privada son consecuencia de la manera de proceder de cada persona. Algunas, de acuerdo con su capacidad, su habilidad, su perseverancia, su prudencia y su energía, tendrán éxito en aquello en lo que otras fracasarán por efecto de su ineptitud. Podemos decir, pues, que cada uno es el artífice de su propio futuro, un futuro que jamás está sujeto a una ciega fatalidad, independiente de su persona. Si se conoce el carácter de un individuo, se puede con facilidad predecir la suerte que lo espera en el camino que ha elegido.

13. Los acontecimientos relacionados con los intereses generales de la humanidad son regulados por la Providencia. Cuando algo está en los designios de Dios, se cumple pese a todo, de una manera o de otra. Los hombres contribuyen a que se ejecute, pero ninguno es indispensable, pues de lo contrario Dios estaría a merced de sus criaturas. Si alguien deja de cumplir la misión que le corresponde, otro se encargará de ella. No existe una misión forzosa; el hombre siempre es libre de cumplir o no la que se le ha confiado y que voluntariamente aceptó. Si no lo hace, pierde los beneficios que de ahí resultarían para él, y asume la responsabilidad de los retrasos que podrían derivar de su negligencia o su mala voluntad. Si se convierte en un obstáculo para que esta se cumpla, Dios podrá apartarlo con un soplido.

14. El resultado final de un acontecimiento puede, por lo tanto, ser seguro, porque se halla en los designios de Dios. No obstante, como la mayoría de las veces los detalles y el modo de ejecución están subordinados a las circunstancias y al libre albedrío de los hombres, los métodos y los recursos pueden ser eventuales. Los Espíritus pueden hacer que presintamos el conjunto, si es conveniente que seamos advertidos al respecto; no obstante, para fijar con precisión el lugar y la fecha, sería necesario que conociesen previamente la decisión que tomará este o aquel individuo. Ahora

bien, si esa decisión todavía no está en su pensamiento, tal individuo podrá, de conformidad con la que llegue a ser esa decisión, anticipar o postergar el desenlace, o modificar los medios secundarios de acción, aun cuando todo converja en el mismo resultado. Así, por ejemplo, los Espíritus pueden, a partir del conjunto de las circunstancias, prever que una guerra está relativamente próxima, que es inevitable, sin que por eso estén en condiciones de predecir el día en que comenzará, ni los incidentes pormenorizados cuya modificación depende de la voluntad de los hombres.

15. Para la determinación de la época de los acontecimientos futuros es necesario, además, tomar en cuenta una circunstancia inherente a la naturaleza misma de los Espíritus.

El tiempo, tanto como el espacio, sólo se puede evaluar con el auxilio de puntos de comparación o de referencia que lo dividan en períodos que puedan ser contados. En la Tierra, la división natural del tiempo en días y años está subordinada a la salida y puesta del Sol, así como a la duración del movimiento de traslación de la Tierra. La subdivisión de los días en veinticuatro horas es arbitraria; se halla indicada por medio de instrumentos especiales, como los relojes de arena, las clepsidras, los relojes de cuerda, los relojes de sol, etc. Las unidades para la medición del tiempo deben de variar de acuerdo con los planetas, puesto que los períodos astronómicos son diferentes. En Júpiter, por ejemplo, el día equivale a diez de nuestras horas, y los años a más de doce años terrestres.

Hay, por lo tanto, para cada mundo, una manera diferente de computar la duración, de acuerdo con la naturaleza de las revoluciones astrales que en él se efectúan. Eso ya constituye una dificultad para los Espíritus que, sin conocer nuestro mundo, determinan fechas relacionadas con nosotros. Además, fuera de los mundos no existen esos medios de apreciación. Para un Espíritu en el espacio, no hay nacimiento ni puesta de sol que indique los días, ni revolución periódica que establezca los años. Sólo existe,

para él, la duración y el espacio infinitos. (Véase el Capítulo VI, § 1 y siguientes.) Por lo tanto, quien nunca haya venido a la Tierra no poseerá ningún conocimiento de nuestros cálculos, que por otra parte le resultarían completamente inútiles. Más aún: quien nunca haya encarnado en un mundo, carecerá de todas las nociones relativas a las fracciones de la duración. Cuando un Espíritu extraño a la Tierra viene a manifestarse entre nosotros, no puede precisar las fechas de los acontecimientos de otro modo que identificándose con nuestros hábitos, lo que sin duda es factible para él, aunque la mayoría de las veces no le parezca útil hacerlo.

16. La manera de computar la duración es una convención arbitraria dispuesta entre los encarnados, con miras a las necesidades de la vida corporal de relación. Para medir la duración como nosotros, los Espíritus tendrían que valerse de nuestros instrumentos de precisión, que no existen en la vida espiritual.

Sin embargo, los Espíritus que componen la población invisible de nuestro globo, que ya han vivido aquí y que continuarán viviendo junto a nosotros, se hallan naturalmente identificados con nuestros hábitos, de los que guardan el recuerdo en la erraticidad. Tienen, pues, menos dificultad que los otros para ubicarse en nuestro punto de vista en lo que se refiere a las costumbres terrestres. En Grecia contaban el tiempo por olimpiadas; en otras partes, por períodos lunares o solares, según las épocas y los lugares. Podrían, por consiguiente, determinar con mayor facilidad las fechas de los acontecimientos futuros, siempre que los conozcan. No obstante, sin contar con que eso no siempre les está permitido, se ven impedidos de hacerlo por el hecho de que, puesto que las circunstancias detalladas están subordinadas al libre albedrío y a la decisión eventual del hombre, la fecha exacta sólo puede conocerse realmente después de que el acontecimiento ha tenido lugar.

Tal es el motivo por el cual las predicciones circunstanciadas no pueden ofrecer ninguna certeza, y sólo deben ser admitidas

como probabilidades, aun cuando no lleven consigo el sello de la *legítima sospecha*. Por eso, los Espíritus verdaderamente sabios nunca hacen predicciones para fechas determinadas, y se limitan a hacer que presintamos las consecuencias de las cosas cuyo conocimiento nos es útil. Insistir para obtener detalles precisos equivale a exponerse a las mistificaciones de los Espíritus frívolos, que predicen todo lo que se les ocurre sin preocuparse por la verdad, y se divierten con los temores y las decepciones que causan.

Las predicciones que ofrecen más probabilidades son las que tienen un carácter de utilidad general y humanitario; las demás solo deben ser tomadas en cuenta cuando se cumplen. Se puede, conforme a las circunstancias, aceptarlas a título de advertencia, pero sería imprudente obrar con anticipación en vista de su cumplimiento en un día determinado. Podemos estar seguros de que son tanto más sospechosas cuanto más detalladas.

17. La forma que en general se ha empleado hasta ahora en las predicciones hace que estas sean auténticos enigmas, a menudo indescifrables. Esa forma misteriosa y cabalística, de la que Nostradamus nos ofrece el tipo más completo, les confiere un cierto prestigio ante el vulgo, que tanto más valor les atribuye cuanto más incomprensibles resultan. Por su ambigüedad, las predicciones se prestan a interpretaciones muy diferentes, de tal modo que, según el sentido que se atribuya a ciertas palabras alegóricas o convencionales, más la manera en que se realice el cálculo –extrañamente complicado– de las fechas, y con un poco de buena voluntad, se encuentra en ellas casi todo lo que se desea.

Sea como fuere, no se puede dejar de convenir en que algunas predicciones presentan un carácter serio, y sorprenden con su veracidad. Es probable que la forma velada haya tenido, en alguna época, su razón de ser e incluso su necesidad.

Hoy las circunstancias son otras; el positivismo de este siglo no sería compatible con el lenguaje sibilino. Por eso, en la actualidad,

las predicciones ya no están revestidas de esas formas extravagantes; las que hacen los Espíritus no tienen nada de místico; ellos emplean el lenguaje común, tal como lo habrían hecho cuando vivían en la Tierra, porque no han dejado de pertenecer a la humanidad. Hacen que presintamos las cosas futuras, sean personales o generales, cuando eso puede ser útil, en la medida de la perspicacia de que están dotados, como lo harían nuestros consejeros o amigos. Por consiguiente, sus previsiones son más bien advertencias que nada quitan al libre albedrío, antes que predicciones propiamente dichas que implicarían una fatalidad absoluta. Por otra parte, los Espíritus casi siempre presentan su opinión con fundamentos, porque no desean que el hombre someta su razón a una fe ciega, sino que la utilice para apreciar la exactitud de lo que dicen.

18. La humanidad contemporánea también tiene sus profetas. Más de un escritor, poeta, literato, historiador o filósofo, ha volcado en sus escritos el presentimiento de la marcha futura de los acontecimientos, cuya realización vemos en la actualidad.

Muchas veces esa aptitud proviene, sin duda, de la rectitud del juicio, que deduce las consecuencias lógicas del presente; pero otras veces también es el resultado de una clarividencia especial inconsciente, o de una inspiración ajena. Lo que esos hombres hicieron cuando estaban vivos, pueden hacerlo con mayor razón y exactitud en el estado de Espíritu, pues su visión espiritual ya no está velada por la materia.

Capítulo xvii

Predicciones del Evangelio

Nadie es profeta en su tierra.- Muerte y pasión de Jesús.- Persecución de los apóstoles.- Ciudades impenitentes.- Ruina del Templo y de Jerusalén.- Maldición contra los fariseos.- Mis palabras no pasarán.- La piedra angular.- Parábola de los viñadores homicidas.- Un solo rebaño y un solo pastor.- Advenimiento de Elías.- Anuncio del Consolador.- Segundo advenimiento del Cristo.- Señales precursoras.- Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán.- El juicio final.

Nadie es profeta en su tierra

1. "Y habiendo llegado a su tierra, les enseñaba en sus sinagogas, de tal manera que decían maravillados: '¿De dónde le viene a este esa sabiduría y esos milagros? ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no están todas entre nosotros? ¿De dónde, pues, le vienen a este todas esas cosas?' Y se escandalizaban a causa de él. Pero Jesús les dijo: '*Un profeta sólo carece de honor en su tierra y en su casa*'. Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos." (*San Mateo*, 13:54 a 58.)

2. Con estas palabras, Jesús enunció una verdad que se convirtió en proverbial, vigente para todos los tiempos, y a la cual se podría dar mayor alcance diciendo que *nadie es profeta en vida.*

En el lenguaje actual, esta máxima se aplica al crédito de que goza un hombre entre los suyos y en el medio donde vive, a la confianza que él les inspira por la superioridad de su saber y su inteligencia. Si tiene algunas excepciones, estas son raras y en ningún caso absolutas. El principio de esa verdad proviene de una consecuencia natural de la debilidad humana, y se puede explicar de este modo:

La costumbre de encontrarse desde la infancia en las circunstancias ordinarias de la vida, establece entre los hombres una especie de igualdad material, que a menudo lleva a que la mayoría de ellos se niegue a reconocer la superioridad moral de alguien que ha sido su compañero o su comensal, que salió del mismo medio que ellos, y de cuyas debilidades iniciales todos han sido testigos. Se resiente su orgullo al verse obligados a reconocer el ascendiente del otro. Aquel que se eleva sobre el nivel común siempre es el blanco de los celos y la envidia. Quienes se sienten incapaces de llegar a la altura en que él se encuentra se esfuerzan por rebajarlo mediante la difamación, la maledicencia y la calumnia. Tanto más fuerte gritan, cuanto más inferiores son, y suponen que se enaltecen y lo eclipsan con el ruido que promueven. Esa ha sido y será la historia de la humanidad, hasta tanto los hombres no hayan comprendido su naturaleza espiritual, y ampliado su horizonte moral. Semejante prejuicio es, por lo tanto, propio de los espíritus mezquinos y vulgares, que todo lo refieren a su propia personalidad.

Por otro lado, las personas que sólo conocen a los hombres por su espíritu, suelen hacer de ellos una idealización, que crece a medida que pasa el tiempo y que sus respectivas posiciones se distancian. Prácticamente son despojados de todo rasgo de humanidad; pareciera que no deben hablar ni sentir como los demás; que tanto sus pensamientos como el lenguaje que emplean deben vibrar constantemente en el tono de la sublimidad, sin tomar en cuenta que el espíritu no podría mantenerse dispuesto sin cesar, y

en perpetuo estado de sobreexcitación. A través del contacto diario de la vida privada, se conoce demasiado al hombre material, que en nada se diferencia del común. El hombre corporal, el que impresiona a los sentidos, casi sofoca al hombre espiritual, que sólo impresiona al espíritu. *A la distancia, sólo se ven los destellos del genio; de cerca, se ven las limitaciones del espíritu.*

Después de la muerte ya no se puede hacer ninguna comparación; sólo subsiste el hombre espiritual, y este parece tanto más grande cuanto más lejano se torna el recuerdo del hombre corporal. A eso se debe que aquellos cuyo paso por la Tierra ha quedado señalado por obras de verdadero valor sean más apreciados después de la muerte que cuando estaban vivos. Se los juzga con mayor imparcialidad porque, como ya han desaparecido los envidiosos y los celosos, dejaron de existir los antagonismos personales. La posteridad es un juez desinteresado que aprecia la obra del espíritu, la acepta sin entusiasmo ciego cuando es buena, la rechaza sin rencor cuando es mala, prescindiendo de la individualidad que la produjo.

Jesús no podía escapar a las consecuencias de este principio, inherente a la naturaleza humana, más aún si se considera que él vivía en un medio de escasa ilustración, y entre hombres dedicados por entero a la vida material. Sus compatriotas sólo veían en él al hijo del carpintero, al hermano de hombres tan ignorantes como ellos mismos, y por eso se preguntaban qué podía convertirlo en alguien superior a ellos y otorgarle el derecho de censurarlos. Por eso, cuando Jesús comprobó que su palabra tenía menos autoridad sobre los suyos, pues lo despreciaban, que sobre los extranjeros, se fue a predicar entre quienes lo escuchaban y en cuyo medio despertaba simpatía.

Es posible hacerse una idea de los sentimientos que animaban a sus compatriotas, en relación con él, por el hecho de que sus propios hermanos, acompañados por su madre, fueron a una reunión donde él se encontraba, para *prenderlo*, diciendo que había *perdido*

el juicio. (Véase *San Marcos,* 3:20 y 21, 31 a 35; y *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XIV.)

De ese modo, por un lado, los sacerdotes y los fariseos acusaban a Jesús de obrar en nombre del demonio; por otro, era tildado de loco por sus parientes más cercanos. ¿No es eso lo que sucede actualmente en relación con los espíritas? ¿Deberán estos quejarse de que sus conciudadanos no los traten mejor que como fue tratado Jesús? Lo que causa mucha extrañeza es que, eso mismo que hace dos mil años no tenía nada de sorprendente en un pueblo ignorante, ocurra en el siglo diecinueve, y en el seno de naciones civilizadas.

Muerte y pasión de Jesús

3. (Después de la cura del lunático). "Todos quedaron asombrados ante el gran poder de Dios. Y cuando todos estaban maravillados por las cosas que Jesús hacía, él dijo a sus discípulos: 'Poned en vuestro corazón lo que os voy a decir. El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres'. Pero ellos no entendían esas palabras; les estaban veladas a tal punto que no las comprendían, y temían preguntarle acerca de ese asunto." (*San Lucas*, 9:44 y 45.)

4. "Desde entonces, Jesús comenzó a manifestar a sus discípulos que era preciso que él fuera a Jerusalén; que sufriera mucho de parte de los ancianos, los escribas y los principales sacerdotes; que fuera muerto y que resucitara al tercer día." (*San Mateo*, 16:21.)

5. "Cuando ellos estaban en Galilea, Jesús les dijo: 'El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; y ellos lo matarán, y al tercer día resucitará'. Y se entristecieron mucho." (*San Mateo*, 17:21 y 22.)

6. "Cuando iba a Jerusalén, Jesús tomó aparte a los doce discípulos, y les dijo: 'Vamos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, que lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles, para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; pero al tercer día resucitará." (*San Mateo*, 20:17 a 19.)

7. "Jesús, tomando aparte a los doce apóstoles, les dijo: 'Mirad que vamos a Jerusalén, y todo lo que los profetas escribieron acerca del Hijo del hombre se cumplirá; pues será entregado a los gentiles; se burlarán de él, lo azotarán y escupirán en el rostro. Y después de azotarlo lo matarán, y él resucitará al tercer día'.

"Pero ellos no comprendieron nada de esto; esas palabras les quedaban veladas, y no entendían lo que les decía." (*San Lucas*, 18:31 a 34.)

8. "Cuando Jesús acabó todos esos discursos, dijo a sus discípulos: 'Sabéis que la Pascua será dentro de dos días, y que el Hijo del hombre va a ser entregado para que lo crucifiquen.

"En ese momento, los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote, llamado Caifás, y formaron consejo para hallar el modo de prender a Jesús con engaño, y darle muerte. Y decían: 'Que no sea durante la fiesta, para que no haya alboroto en el pueblo'." (*San Mateo*, 26:1 a 5.)

9. "Ese mismo día, algunos fariseos se acercaron, y le dijeron: 'Sal y vete de aquí, pues Herodes quiere matarte'. Él les respondió: 'Id a decir a ese zorro: Yo expulso a los demonios y curo a los enfermos hoy y mañana, y al tercer día seré consumado con mi muerte'." (*San Lucas*, 13:31 y 32.)

Persecución de los apóstoles

10. "Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en sus sinagogas; y por mi causa seréis llevados ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles." (*San Mateo*, 10:17 y 18.)

11. "Os expulsarán de las sinagogas; y llega la hora en que todo el que os mate crea que hace algo agradable a Dios. Os tratarán así porque no conocen ni a mi Padre ni a mí. Ahora bien, os he dicho estas cosas para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho." (*San Juan*, 16:1 a 4.)

12. "Seréis traicionados y entregados a los jueces por vuestros padres y vuestras madres, por vuestros hermanos, parientes y amigos, y matarán a muchos de vosotros; y seréis odiados de todos por causa de mi nombre. Pero no se perderá ni un cabello de vuestra cabeza. Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas." (*San Lucas*, 21:16 a 19.)

13. (*Martirio de san Pedro*). "En verdad, en verdad te digo: cuando eras más joven, tú mismo te ceñías, e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras'. Esto lo decía para indicar la clase de muerte con que debía glorificar a Dios." (*San Juan*, 21:18 y 19.)

Ciudades impenitentes

14. "Entonces se puso a criticar a las ciudades en las que había realizado muchos milagros, porque no se habían arrepentido.

"¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se hicieron en vosotras, hace tiempo que se habrían arrepentido en sayal y en ceniza. Por

eso os digo que el día del juicio, Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras.

”Y tú, Cafarnaúm, ¿te encumbrarás siempre hasta el cielo? ¡Te hundirás hasta el fondo del Infierno! Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se hicieron en ti, aún subsistiría el día de hoy. Por eso te digo que el día del juicio, la tierra de Sodoma será tratada con menos rigor que tú.” (*San Mateo*, 11:20 a 24.)

Ruina del Templo y de Jerusalén

15. “Cuando Jesús salió del Templo para irse, sus discípulos se le acercaron para mostrarle la estructura y la grandeza del edificio. Pero él les dijo: ‘¿Veis todas esas construcciones? En verdad os digo que serán destruidas de tal modo que no quedará piedra sobre piedra’.” (*San Mateo*, 24:1 y 2.)

16. “Al acercarse a Jerusalén y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ‘¡Ah! ¡Si reconocieras al menos este día, que te es dado, lo que puede traerte la paz! Pero ahora todo eso ha quedado oculto a tus ojos. Porque vendrá un tiempo desgraciado para ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, en que te cercarán y te apretarán por todas partes; y te estrellarán contra el suelo, a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que Dios te ha visitado’.” (*San Lucas*, 19:41 a 44.)

17. “Pero es preciso que yo continúe hoy, mañana y pasado, porque no corresponde que un profeta sufra la muerte fuera de Jerusalén.

”¡Jerusalén, Jerusalén! Que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti. ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pequeños bajo las alas, y tú no has querido! Se aproxima el tiempo en que tu casa quedará desierta.

En verdad os digo que no me volveréis a ver, hasta que digáis: *Bendito el que viene en nombre del Señor.*" (*San Lucas*, 13:33 a 35.)

18. "Cuando veáis a Jerusalén cercada por un ejército, sabed que se acerca su desolación. Entonces, los que estén en Judea, huyan a las montañas; los que estén en ella, váyanse; y los que estén en los alrededores, no entren en ella. Porque esos serán los días de la venganza, a fin de que se cumpla todo lo que está en la Escritura. Desdichadas las que estén encintas o criando en esos días, porque habrá una gran calamidad en esa tierra, y la cólera del cielo caerá sobre ese pueblo. Pasarán por el filo de la espada, y serán llevados en cautiverio a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de las naciones." (*San Lucas*, 21:20 a 24.)

19. (*Jesús camino del suplicio*) "Lo seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y lloraban por él. Pero Jesús, volviéndose a ellas, les dijo: 'Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras y por vuestros hijos; porque llegará el tiempo en que se dirá: ¡Dichosas las estériles y las entrañas que no engendraron y los pechos que no alimentaron! Entonces se pondrán a decir a las montañas: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Cubridnos! Porque si ellos tratan así al leño verde, ¿cómo tratarán al leño seco?'." (*San Lucas*, 23:27 a 31.)

20. La facultad de presentir los hechos futuros es uno de los atributos del alma, y se explica por la teoría de la presciencia. Jesús la poseía, al igual que todas las demás, en un grado sobresaliente. Podía, por lo tanto, prever los acontecimientos que sobrevendrían a su muerte, sin que en ese hecho hubiera nada sobrenatural, pues vemos cómo se repite, delante de nuestros ojos, en las condiciones más comunes. No es raro que las personas anuncien con precisión el instante en que habrán de morir; eso sucede porque sus almas, en estado de desprendimiento, se encuentran como el hombre en

la cima de una montaña (Véase el Capítulo XVI, § 1), abarcan el camino que deben recorrer y ven la meta.

En Jesús, eso debió ser tanto más natural cuanto que, como era consciente de la misión que había venido a cumplir, sabía que la muerte mediante el suplicio sería su consecuencia necesaria. La visión espiritual, que en él era permanente, así como la penetración del pensamiento, debía de mostrarle las circunstancias y el momento fatal. Por la misma razón, él podía prever la destrucción del Templo y de Jerusalén, al igual que las calamidades que habrían de abatirse sobre sus habitantes, y la dispersión de los judíos.

21. La incredulidad, que no admite la vida espiritual independiente de la materia, no puede comprender la presciencia, y por eso la niega, atribuyendo a la casualidad los hechos auténticos que ocurren ante sus ojos. Cabe señalar que la incredulidad retrocede ante el examen de los fenómenos psíquicos que se producen en todas partes, sin duda por temor a que en esos fenómenos surja el alma y la desmienta.

Maldición contra los fariseos

22. (Juan Bautista) "Al ver que muchos de los fariseos y los saduceos acudían para recibir el bautismo, les dijo: 'Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la cólera que habrá de caer sobre vosotros? Producid, entonces, frutos dignos de contrición, y no penséis en decir en vuestro interior: *Tenemos a Abraham como padre*, porque yo os declaro que Dios puede hacer que de estas piedras nazcan hijos de Abraham. El hacha ya está puesta en la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buenos frutos será cortado y arrojado al fuego." (*San Mateo*, 3:7 a 10.)

23. "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que impedís a los hombres el acceso al reino de los Cielos! Pues vosotros no entráis, y además os oponéis a que otros entren!

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que con el pretexto de extensas oraciones devoráis las casas de las viudas; recibiréis por eso un juicio más riguroso!

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y que después de haberlo conseguido lo volvéis dos veces más digno del infierno que vosotros mismos!

"¡Ay de vosotros, guías de ciegos, que decís: 'Si un hombre jura por el Templo, eso no es nada; pero aquel que jure por el oro del Templo, queda obligado a cumplir su juramento'! ¡Insensatos y ciegos! ¿A qué se debe mayor estima, al oro o al Templo que santifica el oro? También decís: 'Si un hombre jura por el altar, no es nada; pero aquel que jure por la ofrenda que está sobre el altar, queda obligado a cumplir su juramento'. ¡Ciegos! ¿A qué se debe mayor estima, a la ofrenda o al altar que santifica la ofrenda? Aquel, pues, que jura por el altar, jura por él y por todo lo que está sobre él; y aquel que jura por el Templo, jura por él y por Aquel que habita en él; y aquel que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que está sentado ahí.

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y que habéis abandonado lo más importante que hay en la ley, a saber: la justicia, la misericordia y la fe! Esas son las cosas que había que practicar, aunque sin omitir las demás. ¡Guías ciegos, que ponéis gran cuidado en colar lo que bebéis, por miedo a engullir un mosquito, y que sin embargo engullís un camello!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, y que por dentro estáis llenos de rapiña e

impureza! ¡Fariseos ciegos! Limpiad primero el interior de la copa y del plato, a fin de que también el exterior quede limpio.

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen agradables a los ojos de los hombres, pero que por dentro tenéis en abundancia huesos de muertos y toda clase de podredumbre! Así también vosotros, por fuera parecéis justos, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, que erigís sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos, y decís: 'Si hubiésemos vivido en el tiempo de nuestros padres, no nos hubiéramos asociado con ellos para derramar la sangre de los profetas'! Acabáis, pues, de ese modo, de colmar la medida de vuestros padres. Serpientes, raza de víboras, ¿cómo podréis evitar la condena al infierno? Por eso, he aquí que voy a enviaros profetas, sabios y escribas, y mataréis a algunos, crucificaréis a otros, y a otros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, a fin de que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente que ha sido derramada en la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. Os digo, en verdad, que todo eso recaerá sobre esta raza que existe hoy." (*San Mateo*, 23:13 a 36.)

Mis palabras no pasarán

24. "Entonces se aproximaron sus discípulos y le dijeron: '¿Sabes que los fariseos, al oír lo que acabaste de decir, se escandalizaron?' Él respondió: *'Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada.* Dejadlos; son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, caerán ambos en el hoyo'." (*San Mateo*, 15:12 a 14.)

25. "El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." (*San Mateo*, 24: 35.)

26. Las palabras de Jesús no pasarán, porque serán verdaderas en todas las épocas. Su código moral será eterno, porque contiene los caracteres del bien que conduce al hombre a su destino eterno. No obstante, ¿habrán sus palabras llegado hasta nosotros puras, exentas de toda mezcla y de falsas interpretaciones? ¿Habrán captado su espíritu la totalidad de las sectas cristianas? ¿Habrá alguna de ellas desvirtuado su verdadero sentido, a consecuencia de los prejuicios y de la ignorancia de las leyes de la naturaleza? ¿Se habrá alguna convertido en un instrumento de dominación para servir a las ambiciones y a los intereses materiales, en un peldaño para ascender en la Tierra, y no para elevarse al Cielo? ¿Habrán adoptado, todas ellas, como regla de conducta, la práctica de las virtudes que él presentó como condición expresa para la salvación? ¿Estarán todas exentas de las reprensiones que él dirigió a los fariseos de su tiempo? Por último, ¿serán todas, tanto en la teoría como en la práctica, la expresión pura de su doctrina?

La verdad, por ser sólo una, no puede estar contenida en afirmaciones contrarias, y no es posible que Jesús haya querido dar un doble sentido a sus palabras. Si, pues, las diferentes sectas se contradicen; si las hay que consideran verdadero lo que otras condenan como herejías, es imposible que todas estén con la verdad. Si todas hubiesen aprendido el verdadero sentido de la enseñanza evangélica, se habrían encontrado en el mismo terreno y no existirían las sectas.

Lo que *no pasará* es el verdadero sentido de las palabras de Jesús; lo que *pasará* es aquello que los hombres construyeron sobre el sentido falso que dieron a esas mismas palabras.

Puesto que la misión de Jesús era transmitir a los hombres el pensamiento de Dios, solamente su doctrina *pura* puede expresar

ese pensamiento. A eso se debe que él dijera: *Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada.*

La piedra angular

27. "Jesús les dijo: ¿No habéis leído nunca en las Escrituras: *La piedra que los constructores desecharon se ha convertido en la principal piedra angular? Fue lo que el Señor ha hecho y nuestros ojos lo ven con admiración.* Por eso os declaro que el reino de Dios os será quitado, y se le otorgará a un pueblo que de él extraerá frutos. Aquel que se dejare caer sobre esa piedra se despedazará, y esta aplastará a aquel sobre quien caiga.

"Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, al oír esas palabras de Jesús, reconocieron que él hablaba de ellos. Y querían apoderarse de él, pero tuvieron miedo del pueblo, porque lo consideraba un profeta." (*San Mateo*, 21:42 a 46.)

28. La palabra de Jesús se convirtió en piedra angular, es decir, en la piedra de la consolidación del nuevo edificio de la fe, erigido sobre las ruinas del antiguo. Puesto que los judíos, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían rechazado esa palabra, ella los destrozó, del mismo modo que destrozará a quienes, a partir de entonces, la desconocieron o desfiguraron su sentido a favor de sus ambiciones.

Parábola de los viñadores homicidas

29. "Había un padre de familia que plantó una viña, la rodeó con un cerco y cavó la tierra para construir una torre. La arrendó luego a unos viñadores y partió en dirección a un país lejano.

"Cuando se aproximó el tiempo de los frutos, envió sus servidores a los viñadores, para que recogieran los frutos de la viña. Pero los viñadores capturaron a los siervos, golpearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon. De nuevo les envió él otros servidores en mayor cantidad que los primeros, pero los trataron de la misma manera. Finalmente, les envió a su propio hijo, diciéndose a sí mismo: 'A mi hijo le tendrán algún respeto'. Pero los viñadores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: 'Aquí está el heredero; venid, matémoslo y seremos dueños de su herencia'. Y con ese propósito lo capturaron, lo expulsaron de la viña y lo mataron.

"Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿cómo tratará a esos viñadores? Le respondieron: 'Hará que esos malvados perezcan miserablemente, y arrendará la viña a otros viñadores, que le entregarán los frutos en la debida época." (*San Mateo*, 21:33 a 41.)

30. El padre de familia es Dios; la viña que Él plantó es la ley que ha establecido; los viñadores a quienes arrendó la viña son los hombres que deben enseñar y practicar esa ley; los siervos que envió a los viñadores son los profetas que estos masacraron; su hijo enviado en último término es Jesús, a quien ellos también mataron. Así pues, ¿cómo tratará el Señor a sus mandatarios prevaricadores de la ley? Los tratará como ellos trataron a quienes Él envió, y llamará a otros viñadores que le rindan mejor las cuentas de su propiedad y del comportamiento de su rebaño.

Así ocurrió con los escribas, con los príncipes de los sacerdotes y con los fariseos; así será cuando Él venga de nuevo para pedir cuentas a cada uno acerca de lo que ha hecho de su doctrina; y quitará autoridad a quien haya abusado de ella, pues Él desea que su campo sea administrado de acuerdo con su voluntad.

Transcurridos dieciocho siglos, llegada a la edad viril, la humanidad está madura para comprender lo que Cristo apenas esbozó, porque en esa época, como él mismo dijo, no lo habría

comprendido. Ahora bien, ¿a qué resultado llegaron quienes, durante este prolongado período, estuvieron a cargo de la educación religiosa de la humanidad? Basta con ver que la indiferencia ha sucedido a la fe, y que la incredulidad se ha erigido en doctrina. En efecto, en ninguna otra época el escepticismo y el espíritu de negación estuvieron tan difundidos, en todas las clases de la sociedad.

No obstante, si bien algunas de las palabras del Cristo se presentan cubiertas por el velo de la alegoría, en lo que respecta a la regla de conducta, a las relaciones entre los individuos, a los principios morales que él estableció como condición expresa para la salvación (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XV), sus enseñanzas son claras, explícitas y sin ambigüedad.

¿Qué han hecho de sus máximas de caridad, de amor y de tolerancia, así como de las recomendaciones que hizo a sus apóstoles para que convirtiesen a los hombres mediante la mansedumbre y la persuasión? ¿Qué han hecho de la sencillez, de la humildad, del desinterés y de todas las virtudes que él ejemplificó? En su nombre, los hombres se anatematizaron y se maldijeron unos a otros; se degollaron en nombre de aquel que dijo: *Todos los hombres son hermanos*. Del Dios infinitamente justo, bueno y misericordioso al que él proclamó, hicieron un Dios celoso, cruel, vengativo y parcial; en nombre de aquel Dios de paz y verdad se realizaron sacrificios de miles de víctimas en las hogueras, con torturas y persecuciones, en una cantidad mucho mayor a la que en todas las épocas sacrificaron los paganos a sus falsos dioses; se vendieron las oraciones y las gracias del Cielo en nombre de aquel que expulsó a los mercaderes del Templo y dijo a sus discípulos: *Dad de gracia lo que de gracia recibisteis*.

¿Qué diría el Cristo si viviese actualmente entre nosotros? ¿Si viese a sus representantes ambicionando honores, riquezas, poder, y el fausto de los príncipes del mundo, en tanto que él, rey más

legítimo que todos los reyes de la Tierra, hizo su entrada en Jerusalén montado en un asno? Sin duda tendría derecho a decirles: "¿Qué habéis hecho de mis enseñanzas, vosotros que incensáis al becerro de oro, que pronunciáis la mayor parte de vuestras plegarias a favor de los ricos, y reserváis una parte insignificante para los pobres, a pesar de que yo os he dicho: *Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros en el reino de los Cielos*?" No obstante, si bien él no se encuentra entre nosotros con la carne, está en Espíritu y, como el señor de la parábola, vendrá a pedir cuentas a sus viñadores respecto del producto de su viña, cuando llegue el tiempo de la cosecha.

Un solo rebaño y un solo pastor

31. "También tengo otras ovejas, que no son *de este redil*; también a esas las tengo que conducir; ellas escucharán mi voz, y habrá *un solo rebaño y un solo pastor*." (*San Juan*, 10:16).

32. Con esas palabras, Jesús anuncia claramente que los hombres se reunirán en torno a una única creencia; pero ¿cómo se podrá llevar a cabo tal unión? Eso parece difícil, si se toman en cuenta las diferencias que existen entre las religiones, los antagonismos que estas alimentan entre sus respectivos adeptos, así como su obstinación en considerarse con la exclusiva posesión de la verdad. Todas aspiran a la unidad, pero cada una se vanagloria de que esa unidad se concretará para su beneficio, y ninguna admite la posibilidad de realizar alguna concesión respecto de sus creencias.

Sin embargo, la unidad en cuanto a la religión se logrará, así como ya tiende a realizarse en lo social, lo político y lo comercial, mediante la desaparición de las barreras que separan a los pueblos, a través de la asimilación de las costumbres, de los hábitos, del

lenguaje. Los pueblos del mundo entero confraternizan ahora del mismo modo que los de las provincias de un mismo país. Se presiente esa unidad, y todos la anhelan. Se logrará por la fuerza de las circunstancias, porque llegará a ser una necesidad para que se estrechen los lazos fraternales entre las naciones; se logrará a través del desarrollo de la razón humana, que permitirá que se comprenda la puerilidad de esas disidencias; por el progreso de las ciencias, que demuestra día a día los errores materiales sobre los cuales tales disidencias se apoyan, y que retira poco a poco las piedras carcomidas que hay en sus cimientos. Así como es cierto que, en las religiones, la ciencia echa por tierra aquello que es obra de los hombres y fruto de su ignorancia respecto de las leyes de la naturaleza, también es cierto que, pese a la opinión de algunos, no puede destruir lo que es obra de Dios y eterna verdad. Al apartar lo accesorio, la ciencia prepara los caminos que conducen a la unidad.

A fin de llegar a la unidad, las religiones tendrán que congregarse en un terreno neutral, aunque común a todas. Para ello, todas deberán realizar concesiones y sacrificios, de mayor o menor importancia, de acuerdo con sus múltiples dogmas particulares. No obstante, en virtud del principio de inmutabilidad que todas profesan, la iniciativa de las concesiones no podrá partir del campo oficial; en vez de que el punto de partida se tome desde lo alto, lo tomará desde abajo la iniciativa individual. De un tiempo a esta parte se está gestando un movimiento de descentralización que tiende a adquirir una fuerza irresistible. El principio de la inmutabilidad, que las religiones han considerado hasta ahora un escudo conservador, habrá de transformarse en un elemento destructor, pues si los cultos permanecen en la inmovilidad, mientras la sociedad avanza, se verán superados y posteriormente absorbidos por la corriente de las ideas de progreso.

Entre las personas que se desprenden en todo o en parte de los troncos principales, y cuyo número aumenta sin cesar, si bien

las hay que no desean nada, la inmensa mayoría, que de ninguna manera se complace con eso, aspira a algo. Este algo no está aún definido en su pensamiento, pero lo presienten; tienden al mismo fin por caminos diferentes, y a partir de ellas ha de comenzar el movimiento de concentración hacia la unidad.

En el estado actual de la opinión y de los conocimientos, la religión llamada a congregar un día a todos los hombres bajo un mismo estandarte, será la que mejor satisfaga a la razón y a las legítimas aspiraciones del corazón y del espíritu; la que no sea en ningún punto desmentida por la ciencia positiva; la que en vez de inmovilizarse acompañe a la humanidad en su marcha progresiva, sin jamás dejarse aventajar; la que no sea exclusiva ni intolerante; la que sea emancipadora de la inteligencia, admitiendo sólo la fe racional; aquella cuyo código de moral sea el más puro, el más racional, el que esté más en armonía con las necesidades sociales, el más apropiado, en fin, para fundar en la Tierra el reinado del bien, con la práctica de la caridad y la fraternidad universales.

Entre las religiones existentes, las que más se aproximen a esas condiciones normales tendrán menos concesiones que hacer. Si alguna de ellas las reuniese por completo, se convertiría naturalmente en el eje de la unidad futura. Esa unidad se logrará en torno a la que más satisfaga a la razón, no en virtud de una decisión oficial –porque la conciencia no se reglamenta–, sino por las adhesiones individuales y voluntarias.

Lo que alimenta el antagonismo entre las religiones es la idea de que cada una tiene su dios particular, y la pretensión de que ese dios es el único verdadero y el más poderoso, en constante lucha con los dioses de los demás cultos, y ocupado en combatir su influencia. Cuando se hayan convencido de que sólo existe un Dios en el universo y que, en definitiva, es el mismo que ellas adoran con los nombres de *Jehová*, *Alá* o *Deus*; cuando se pongan de acuerdo sobre los atributos esenciales de la divinidad, comprenderán que un

Ser único no puede tener más que una sola voluntad; entonces se tenderán las manos unas con otras, como los servidores de un mismo Maestro y los hijos de un mismo Padre, con lo cual habrán dado un gran paso hacia la unidad.

Advenimiento de Elías

33. "Entonces sus discípulos le preguntaron: '¿Por qué, pues, los escribas dicen que es necesario que Elías venga primero?' Jesús les respondió: 'Es cierto que Elías ha de venir y que restablecerá todas las cosas.

"Pero yo os digo que Elías ya vino, y ellos no lo conocieron; sino que lo trataron como quisieron. Así también harán morir al Hijo del hombre'.

"Entonces sus discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista." (*San Mateo*, 17:10 a 13.)

34. Elías ya había vuelto en la persona de Juan el Bautista (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo IV, § 10). Su nueva llegada es anunciada de manera explícita. Ahora bien, como él no puede volver más que tomando un nuevo cuerpo, ahí tenemos la consagración formal del principio de la pluralidad de las existencias. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo IV.)

Anuncio del Consolador

35. "Si me amáis, guardad mis mandamientos, y yo rogaré a mi Padre, y Él os enviará otro Consolador, a fin de que quede eternamente con vosotros; el *Espíritu de Verdad*, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve. Pero vosotros lo conocéis,

porque permanecerá con vosotros, y estará en vosotros. Pero el Consolador, que es el Santo Espíritu, al que mi Padre enviará en mi nombre, *os enseñará todas las cosas, y os hará recordar todo lo que yo os he dicho.*" (*San Juan*, 14:15 a 17; 26). - *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo VI.)

36. "Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá hasta vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justicia y en lo referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no han creído en mí; en lo referente a la justicia, porque me voy hacia mi Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.

"*Tengo aún muchas otras cosas para deciros, pero por el momento no las podéis soportar.*

"*Cuando venga ese Espíritu de Verdad, él os enseñará toda la verdad*, porque no hablará de sí mismo, sino que dirá todo lo que haya escuchado, y os anunciará lo que ha de venir.

"Él me glorificará, porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará." (*San Juan*, 16:7 a 14.)

37. Esta predicción es, sin discusiones, una de las más importantes desde el punto de vista religioso, porque demuestra sin ningún equívoco que *Jesús no dijo todo lo que tenía para decir*, puesto que no lo habrían comprendido ni siquiera sus apóstoles, ya que era a ellos a quienes él se dirigía. Si les hubiese dado instrucciones secretas, ellos las habrían mencionado en el Evangelio. Ahora bien, dado que Jesús no dijo todo a sus apóstoles, los sucesores de estos no pudieron saber más que ellos al respecto. Es posible, pues, que se hayan confundido en cuanto al sentido de sus palabras, o que hayan interpretado falsamente sus pensamientos, en muchas ocasiones velados bajo la forma de parábolas. Por consiguiente,

las religiones basadas en el Evangelio no pueden considerarse en posesión de toda la verdad, visto que Jesús reservó para sí la tarea de completar posteriormente sus enseñanzas. El principio de la inmutabilidad que profesan constituye un cuestionamiento de las palabras mismas de Jesús.

Con el nombre de *Consolador* y de *Espíritu de Verdad*, Jesús anuncia a aquel que debe *enseñar todas las cosas*, y hacer que se *recuerde* lo que él ha dicho. Por consiguiente, su enseñanza no estaba completa. Además, prevé que su mensaje sería olvidado, y que sus palabras serían desvirtuadas, ya que el Espíritu de Verdad debe hacer que se *recuerde* todo lo que él dijo y, de conformidad con Elías, *restablecer todas las cosas*, es decir, ponerlas de acuerdo con el verdadero pensamiento de Jesús.

38. ¿Cuándo vendrá ese nuevo revelador? Es evidente que, si en la época en que Jesús hablaba, los hombres no se encontraban en estado de comprender las cosas que a él le quedaban por decir, no sería en unos pocos años que podrían adquirir los conocimientos necesarios para ello. A fin de que se comprendieran ciertas partes del Evangelio, con excepción de los preceptos morales, hacían falta conocimientos que sólo el progreso de las ciencias podía otorgar, y que debían ser obra del tiempo y de muchas generaciones. Por consiguiente, si el nuevo Mesías hubiese venido poco tiempo después del Cristo, habría encontrado el terreno en las mismas condiciones, es decir, poco propicio, y no hubiera podido hacer más de lo que él hizo. Ahora bien, desde la época del Cristo hasta nuestros días, no se había producido ninguna revelación importante que completara el Evangelio, y que elucidara sus partes ininteligibles, indicio seguro de que el enviado aún no había aparecido.

39. ¿Cuál debe ser ese enviado? Al decir: "Rogaré a mi Padre y Él os enviará otro Consolador", Jesús indica claramente que ese Consolador no es él mismo, pues de lo contrario hubiese dicho: "Volveré para completar lo que les he enseñado". Después agrega:

A fin de que permanezca eternamente con vosotros, y él estará en vosotros. No sería posible que esta expresión se refiriera a una individualidad encarnada, puesto que no podría permanecer eternamente con nosotros, ni menos aún estar en nosotros; pero se comprende muy bien si se refiere a una doctrina que, en efecto, cuando la hayamos asimilado, podrá estar eternamente en nosotros. El *Consolador* es, pues, según el pensamiento de Jesús, la personificación de una doctrina soberanamente consoladora, inspirada por el *Espíritu de Verdad.*

40. El *espiritismo* reúne, como ha quedado demostrado (Véase el Capítulo I, § 30), todos los caracteres del *Consolador* que Jesús prometió. No es una doctrina individual, una concepción humana; nadie puede considerarse su creador. Es el fruto de la enseñanza colectiva de los Espíritus, enseñanza que conduce el Espíritu de Verdad. No suprime nada del Evangelio, sino que lo completa y lo explica. Con la ayuda de las nuevas leyes que revela, conjugadas con las de la ciencia, conduce a la comprensión de lo que era ininteligible, y hace que se admita la posibilidad de aquello que la incredulidad consideraba inadmisible. Tuvo sus precursores y profetas, que presagiaron su llegada. Por su poder moralizador, el espiritismo prepara el reinado del bien en la Tierra.

La doctrina de Moisés, incompleta, quedó circunscripta al pueblo judío; la de Jesús, más completa, se extendió a toda la Tierra mediante el cristianismo, pero no convirtió a todos; el espiritismo, más completo aún, con raíces en todas las creencias, convertirá a la humanidad.[81]

81. Todas las doctrinas filosóficas y religiosas llevan el nombre de su fundador. Se dice: el mosaísmo, el cristianismo, el mahometismo, el budismo, el cartesianismo, el furierismo, el sansimonismo, etc. La palabra *espiritismo*, por el contrario, no alude a ninguna personalidad; implica una idea general, que al mismo tiempo indica el carácter y la fuente múltiple de la doctrina. (N. de Allan Kardec.)

41. Al decir a sus apóstoles: "Otro vendrá más tarde, que os enseñará lo que yo ahora no puedo deciros", Cristo proclamaba la necesidad de la reencarnación. ¿Cómo podrían aquellos hombres aprovechar la enseñanza más completa que sería impartida más tarde? ¿Cómo llegarían a ser más aptos para comprenderla si no tuvieran que vivir nuevamente? Jesús habría dicho algo ilógico si, de acuerdo con la doctrina vulgar, los hombres futuros debieran ser hombres nuevos, almas salidas de la nada en ocasión de su nacimiento. Admítase, por el contrario, que los apóstoles y los hombres de su tiempo vivieron después; que aún hoy vuelven a vivir, y entonces la promesa de Jesús estará justificada. Sus inteligencias, desarrolladas en contacto con el progreso social, pueden admitir ahora lo que antes no podían. Sin la reencarnación, la promesa de Jesús hubiese sido una quimera.

42. Si se alegara que esa promesa se cumplió el día de Pentecostés, por medio del descenso del Espíritu Santo, se podrá responder que el Espíritu Santo los inspiró, que abrió sus inteligencias, que desarrolló en ellos las aptitudes mediúmnicas destinadas a facilitarles su misión, pero no les enseñó nada aparte de lo que Jesús ya les había enseñado, porque en lo que dejaron no se encuentra ningún vestigio de una enseñanza especial. El Espíritu Santo, pues, no realizó lo que Jesús había anunciado en relación con el Consolador; de lo contrario, los apóstoles habrían elucidado, mientras todavía estaban vivos, todo lo que quedó ininteligible en el Evangelio hasta el día de hoy, y cuya interpretación contradictoria dio origen a numerosas sectas que dividieron el cristianismo a partir de los primeros siglos.

Segundo advenimiento del Cristo

43. “Entonces, Jesús dijo a sus discípulos: ‘Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame; pues el que quiera salvar su vida la perderá; y el que pierda su vida por amor a mí, la encontrará.

”¿De qué le serviría a un hombre ganar el mundo entero, si perdiera su alma? ¿O a qué precio podrá el hombre comprar su alma, después de que la haya perdido? Porque el Hijo del hombre *habrá de venir* en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces le dará a cada uno según sus obras.

”En verdad os digo, que algunos de aquellos que aquí se encuentran no sufrirán la muerte sin que hayan visto venir al Hijo del hombre en su reino.” (*San Mateo*, 16:24 a 28.)

44. “Entonces, el sumo sacerdote se levantó en medio de la asamblea, e interrogó a Jesús: ‘¿No respondes nada a lo que estos denuncian contra ti?’ Pero Jesús se mantenía en silencio y no respondió. El sumo sacerdote le volvió a preguntar: ‘¿Eres tú el Cristo, el Hijo de Dios para siempre bendito?’ Jesús le respondió: ‘Sí, yo soy, y veréis un día al Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios, viniendo sobre las nubes del cielo’.

”A continuación, el sumo sacerdote, rasgando sus vestiduras, le dijo: ‘¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?’” (*San Marcos*, 14:60 a 63.)

45. Jesús anuncia su segundo advenimiento, pero no dice que regresará a la Tierra con un cuerpo carnal, ni que personificará al *Consolador*. Afirma que habrá de venir en Espíritu, en la gloria de su Padre, para juzgar el mérito y la falta de mérito, así como para dar a cada uno según sus obras, cuando los tiempos hayan llegado.

Estas palabras: “Algunos de aquellos que aquí se encuentran no sufrirán la muerte sin que hayan visto venir al Hijo del hombre

en su reino", aparentemente encierran una contradicción, pues es indudable que él no vino durante la vida de ninguno de aquellos que estaban presentes. Sin embargo, Jesús no podía engañarse en una previsión de esa naturaleza, principalmente con respecto a algo contemporáneo que le concernía de modo personal; de modo que se debe averiguar, en primer lugar, si sus palabras han sido siempre reproducidas con fidelidad. Es para dudarlo, si consideramos que él no escribió nada; que esas palabras recién fueron registradas después de su muerte, y que cada evangelista redactó el mismo discurso casi siempre en términos diferentes, lo que constituye una prueba evidente de que esas no son las expresiones textuales de Jesús. Además, es probable que algunas veces el sentido haya sufrido alteraciones al pasar por las sucesivas traducciones.

Por otro lado, está fuera de toda duda que, si Jesús hubiese dicho todo lo que tenía para decir, se habría expresado sobre todas las cosas de un modo claro y preciso, como lo hizo en relación con los principios morales, sin que diese lugar a ningún equívoco; en cambio, se vio obligado a velar su pensamiento sobre los asuntos respecto de los cuales consideró que no era conveniente profundizar. Los apóstoles, convencidos de que la generación de la cual formaban parte debía dar testimonio de lo que él anunciaba, debieron interpretar el pensamiento de Jesús de acuerdo con tal convicción. Por consiguiente, redactaron ese pensamiento desde el punto de vista del presente, y de una manera tal vez más absoluta que la que él mismo utilizó. Sea como fuere, el hecho es que los acontecimientos no ocurrieron como ellos supusieron.

46. Un concepto fundamental que Jesús no pudo desarrollar, porque los hombres de su tiempo no estaban suficientemente preparados, tanto para ideas de esa índole como para sus consecuencias, fue la grandiosa ley de la reencarnación. No obstante, asentó el principio de dicha ley, así como lo hizo en relación con todo lo demás. Estudiada y puesta en evidencia en nuestros días por el

espiritismo, la ley de la reencarnación constituye la clave para la comprensión de muchos de los pasajes del Evangelio, que sin ella parecerían verdaderos despropósitos.

Por medio de esa ley se encuentra la explicación racional de las palabras citadas más arriba, si se las admite como textuales. Dado que esas palabras no pueden aplicarse a la persona de los apóstoles, es evidente que se refieren al futuro reino del Cristo, es decir, a la época en que su doctrina, mejor comprendida, será ley universal. Cuando les dijo que *algunos de los allí presentes* verían su advenimiento, eso sólo podía entenderse en el sentido de que ellos volverían a vivir en esa época. No obstante, los judíos imaginaban que verían todo lo que Jesús anunciaba, y tomaban al pie de la letra sus alegorías.

Por otra parte, algunas de sus predicciones se cumplieron en el debido tiempo, tales como la ruina de Jerusalén, las calamidades que ocurrieron a continuación, y la dispersión de los judíos. Pero la visión de Jesús se proyectaba mucho más lejos, de modo que, cuando hablaba del presente, en todos los casos aludía al porvenir.

Señales precursoras

47. "También oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras; pero tratad de que no os perturbéis, porque es necesario que esas cosas sucedan; pero todavía no será el fin, pues se verá a un pueblo levantarse contra otro, y un reino contra otro reino; y habrá pestes, hambre y temblores de tierra en diversos lugares, y todas esas cosas serán apenas el comienzo de los dolores." (*San Mateo*, 24:6 a 8.)

48. "Entonces el hermano entregará a su hermano para que sea muerto, y el padre a los hijos; los hijos se levantarán contra sus padres y sus madres, y los harán morir. Y seréis odiados de todos

por causa de mi nombre; pero aquel que persevere hasta el fin será salvo.” (*San Marcos*, 13:12 y 13.)

49. “Cuando veáis que la abominación de la desolación, que fue predicha por el profeta Daniel, *está en el lugar sagrado*, que aquel que lee entienda bien lo que lee.

”Entonces, los que estén en Judea, huyan hacia las montañas; el que esté en el tejado, no descienda para llevar alguna cosa de su casa; y el que esté en el campo no vuelva para tomar sus ropas. ¡Ay de las que estén encintas o amamantando en esos días! Pedid a Dios que vuestra fuga no se dé durante el invierno ni en día sábado, porque la aflicción de ese tiempo será tan grande como no la hubo igual desde el comienzo del mundo hasta el presente, y como nunca más la habrá. Y si esos días no fuesen abreviados, ningún hombre se salvaría; pero esos días serán abreviados en atención a los elegidos.” (*San Mateo*, 24:15 a 22.)

50. “Inmediatamente después de esos días de aflicción, el Sol se oscurecerá, y la Luna dejará de dar su luz; las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán sacudidas.

”Entonces, la señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y todos los pueblos de la tierra entrarán en llanto y en gemidos, y verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo con gran majestuosidad.

”Él enviará a sus ángeles, que harán oír el sonido retumbante de sus trompetas, y reunirán a sus elegidos de las cuatro regiones del mundo, de un extremo al otro del cielo.

”Aprended una comparación tomada de la higuera: Cuando sus ramas ya están tiernas y dan hojas, sabéis que se acerca el verano. Del mismo modo, cuando veáis todas esas cosas, sabed que el Hijo del hombre está cerca, que se encuentra a las puertas.

”Os digo, en verdad, que esta *raza* no pasará sin que todas esas cosas se hayan cumplido.” (*San Mateo*, 24:29 a 34.)

”Y sucederá con el advenimiento del Hijo del hombre lo que sucedió en los tiempos de Noé, porque como en los tiempos que precedieron al diluvio los hombres comían y bebían, se casaban y daban en casamiento a sus hijos, hasta el día en que Noé entró en el arca; y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y arrebató a todos, así también será en el advenimiento del Hijo del hombre.” (*San Mateo*, 24:37 y 38.)

51. “En cuanto a ese día y esa hora, nadie lo sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, *ni el Hijo*, sino solamente el Padre.” (*San Marcos*, 13:32.)

52. “En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y gemiréis, y el mundo se regocijará; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se transformará en dicha. Una mujer, cuando da a luz, tiene dolor porque ha llegado su hora; pero después de que ha dado a luz al hijo, ya no se acuerda de los malestares que sufrió, por la dicha de haber traído un hombre al mundo. Ahora vosotros también estáis tristes; pero os veré de nuevo y vuestro corazón se regocijará, y nadie os quitará vuestra dicha.” (*San Juan*, 16:20 a 22.)

53. “Se levantarán muchos falsos profetas, que engañarán a muchas personas; y porque abundará la iniquidad, la caridad de muchos se enfriará; pero el que persevere hasta el fin, ese será salvo. Y este Evangelio del reino se predicará en toda la Tierra, para dar testimonio a todas las naciones. Entonces vendrá el fin.” (*San Mateo*, 24:11 a 14.)

54. No cabe duda de que este panorama del final de los tiempos es alegórico, como la mayoría de los que Jesús componía. Por su fuerza, las imágenes que encierra impresionan a las inteligencias todavía incultas. Para conmover esas imaginaciones de escasa sutileza hacían falta descripciones vigorosas, de tonos contrastantes. Jesús se dirigía especialmente al pueblo, a los hombres menos ilustrados, incapaces de comprender las abstracciones metafísicas

y de captar la delicadeza de las formas. Para acceder al corazón, era necesario que hablase a los ojos con la ayuda de signos materiales, y a los oídos a través del vigor del lenguaje.

Como consecuencia natural de esa disposición de espíritu, y según la creencia generalizada, el poder supremo debía manifestarse por medio de hechos extraordinarios, sobrenaturales. Cuanto mayor era la imposibilidad de los hechos, tanto más se aceptaba su probabilidad.

Que el Hijo del hombre viniera sobre las nubes del cielo, con gran majestuosidad, rodeado por sus ángeles y al son de trompetas, les parecía mucho más imponente que la simple llegada de un ser investido solamente de poder moral. Por eso mismo los judíos, que aguardaban como Mesías a un rey terrenal más poderoso que los demás reyes, a fin de que colocara a su nación al frente de todas las otras y volviera a erigir el trono de David y de Salomón, no quisieron reconocerlo en el humilde hijo del carpintero, que carecía de autoridad material, que era tratado de loco por unos y de poseído de Satanás por otros. No podían comprender que un rey no tuviera palacio, y que su reino no fuera de este mundo.

No obstante, aquel pobre obrero de la Judea se convirtió en el más grande entre los grandes; conquistó para su soberanía mayor cantidad de reinos que los jerarcas más poderosos; sólo con su palabra y con algunos míseros pescadores revolucionó al mundo, y a él los judíos le deberán su rehabilitación.

55. Es para destacar que, entre los antiguos, los temblores de tierra y el oscurecimiento del Sol eran símbolos obligatorios de todos los acontecimientos y presagios siniestros. Los encontramos en ocasión de las muertes de Jesús y de César, y en una infinidad de circunstancias de la historia del paganismo. Si esos fenómenos se hubiesen producido tantas veces como las que se los menciona, sería imposible que los hombres no hubiesen conservado su recuerdo en las tradiciones. En este caso se agrega *la caída de las*

estrellas del cielo, como para dar testimonio a las generaciones futuras, más ilustradas, de que sólo se trata de una ficción, puesto que en la actualidad se sabe que las estrellas no pueden caer.

56. No obstante, hay grandes verdades ocultas bajo esas alegorías. Está, en primer término, el anuncio de las calamidades de todo tipo que asolarán a la humanidad y la diezmarán; calamidades engendradas por la lucha suprema entre el bien y el mal, entre la fe y la incredulidad, entre las ideas progresivas y las ideas retrógradas. En segundo lugar, la difusión en toda la Tierra del Evangelio restaurado en su pureza primitiva; después, el reino del bien, que será el de la paz y la fraternidad universales, y que será la consecuencia de la puesta en práctica, por parte de todos los pueblos, del código de moral evangélica. Ese será verdaderamente el reino de Jesús, pues él presidirá su implantación, y porque los hombres vivirán bajo la égida de su ley. Será el reino de la felicidad, pues él dice que "después de los días de aflicción vendrán los de dicha".

57. ¿Cuándo se producirán esos acontecimientos? "Nadie lo sabe –dice Jesús–, *ni siquiera el Hijo*". No obstante, cuando llegue el momento, los hombres recibirán avisos por medio de señales precursoras. Esos indicios no estarán ni en el Sol ni en las estrellas, sino en el estado social y en los fenómenos de orden moral antes que físico, que en parte se pueden deducir de sus alusiones.

Es indudable que ese cambio no podía producirse en vida de los apóstoles, pues de lo contrario Jesús no habría podido ignorarlo. Por otra parte, una transformación semejante no podía llevarse a cabo en el lapso de unos pocos años. Sin embargo, Jesús les habla de ella como si fuesen a presenciarla; de hecho, ellos podrán volver a vivir cuando esa transformación tenga lugar, así como trabajar para que se concrete. En cierto momento, Jesús alude a la suerte próxima de Jerusalén; en otro, toma ese hecho como punto de referencia acerca de lo que habría de ocurrir en el porvenir.

58. ¿Será el fin del mundo lo que Jesús anuncia con su segunda venida, así como cuando dice que "el Evangelio será predicado por toda la Tierra, y entonces vendrá el fin"?

No es lógico suponer que Dios habrá de destruir el mundo justamente en el momento en que éste ingrese en el camino del progreso moral a través de la práctica de las enseñanzas evangélicas. Por otra parte, en las palabras del Cristo no hay nada que indique una destrucción universal, que en esas condiciones no se justificaría.

Dado que la práctica generalizada del Evangelio determinará una mejora en el estado moral de los hombres, por eso mismo introducirá el reino del bien y provocará la caída del mal. Se trata, por consiguiente, del fin del *mundo viejo*, del mundo gobernado por los prejuicios, el orgullo, el egoísmo, el fanatismo, la incredulidad, la codicia y todas las malas pasiones, a las que el Cristo hacía alusión al decir: "Cuando el Evangelio sea predicado en toda la Tierra, entonces vendrá el fin"; pero ese fin ocasionará una lucha, y de esa lucha sobrevendrán los males que él prevé.

Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán

59. "En los últimos tiempos, dice el Señor, derramaré de mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán. En esos días, derramaré de mi espíritu sobre mis servidores y mis servidoras, y ellos profetizarán." (*Hechos de los Apóstoles*, 2:17 y 18.)

60. Si consideramos el estado actual del mundo físico y del mundo moral, las tendencias, las aspiraciones y los presentimientos de las masas, la decadencia de las viejas ideas que se debaten en vano desde hace un siglo contra las ideas nuevas, no podremos

dudar de que un nuevo orden de cosas se prepara, y que el mundo viejo llega a su fin.

Ahora bien, si tomamos en cuenta la forma alegórica de algunas escenas, y escrutamos el sentido profundo de las palabras de Jesús, al comparar la situación actual con los tiempos que él describió como indicadores de la era de la renovación, no podremos dejar de estar de acuerdo en que muchas de sus predicciones se están cumpliendo en la actualidad. De ahí es preciso concluir que estamos llegando a los tiempos anunciados, lo cual es confirmado en todos los puntos del globo por los Espíritus que se manifiestan.

61. Como hemos visto (Capítulo I, § 32), en coincidencia con otras circunstancias, el advenimiento del espiritismo constituye la realización de una de las más importantes predicciones de Jesús, por la influencia que esta doctrina debe ejercer forzosamente sobre las ideas. Por otra parte, el espiritismo se encuentra claramente anunciado en los *Hechos de los Apóstoles*: “En los últimos tiempos, dice el Señor, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán”.

Se trata del anuncio inequívoco de la vulgarización de la mediumnidad, que se revela actualmente en individuos de todas las edades, de ambos sexos y de todas las condiciones; se trata, por consiguiente, del anuncio de la manifestación universal de los Espíritus, puesto que sin los Espíritus no habría médiums. Eso, de conformidad con lo dicho, sucederá *en los últimos tiempos.* Ahora bien, visto que no hemos llegado al término del mundo, sino, por el contrario, a la época de su regeneración, debemos entender que esas palabras se refieren a los últimos tiempos del mundo moral que llega a su fin. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XXI.)

El juicio final

62. "Ahora bien, cuando el Hijo del hombre venga en su majestad acompañado de todos los ángeles, se sentará en su trono de gloria; y reunidas delante de él todas las naciones, él separará a unos de otros, como un pastor separa a las ovejas de los cabritos, y colocará a su derecha las ovejas, y a su izquierda los cabritos. Entonces, dirá el Rey a los que estén a su derecha: 'Venid a mí, benditos de mi Padre (…)'." (*San Mateo*, 25:31 a 46.- *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XV.)

63. Puesto que el bien habrá de reinar en la Tierra, es preciso que sean excluidos de ella los Espíritus obstinados en el mal, y que podrían ocasionar disturbios. Dios ha permitido que ellos permanezcan aquí el tiempo necesario para que mejoren; pero visto que ha llegado el momento en que, mediante el progreso moral de sus habitantes, la Tierra debe ascender en la jerarquía de los mundos, ya no podrá ser la morada de los Espíritus, tanto encarnados como desencarnados, que no hayan aprovechado las enseñanzas que estaban en condiciones de recibir en ella. Serán exiliados en mundos inferiores, como antes lo fueron en la Tierra los componentes de la raza adámica, al tiempo que Espíritus mejores vendrán a sustituirlos. Esta separación, que será presidida por Jesús, se encuentra descripta en las siguientes palabras acerca del juicio final: "Los buenos pasarán a mi derecha, y los malos a mi izquierda". (Véase el Capítulo XI, § 31 y siguientes.)

64. La doctrina de un juicio final, único y universal, que pone un término definitivo a la humanidad, provoca el rechazo de la razón, porque implica la inactividad de Dios durante la eternidad que precedió a la creación de la Tierra, así como durante la eternidad que seguirá a su destrucción. En ese caso, ¿qué utilidad tendrían el Sol, la Luna y las estrellas, que según el *Génesis* fueron

creados para iluminar al mundo? Es motivo de consternación que una obra tan inmensa se haya producido para tan poco tiempo y en beneficio de seres predestinados, en su mayoría, a los suplicios eternos.

65. Materialmente, la idea de un juicio único era hasta cierto punto admisible para quienes no buscaban la razón de las cosas, cuando se creía que toda la humanidad se hallaba concentrada en la Tierra, y que todo en el universo había sido hecho para sus habitantes. Pero es inadmisible desde que se sabe que hay miles y miles de mundos semejantes, que perpetúan las humanidades durante la eternidad, y entre los cuales la Tierra es uno de los menos considerables, un simple punto imperceptible.

Sólo por este hecho se comprende que Jesús tenía razón cuando decía a sus discípulos: "Hay muchas cosas que no os puedo decir, porque no las comprenderíais", visto que el progreso de las ciencias era indispensable para una interpretación cabal de algunas de sus palabras. Por cierto, los apóstoles, san Pablo y los primeros discípulos, habrían establecido de un modo muy diferente algunos dogmas si hubieran tenido los conocimientos astronómicos, geológicos, físicos, químicos, fisiológicos y psicológicos que poseemos en la actualidad. Por esa razón Jesús postergó el complemento de sus enseñanzas y anunció que todas las cosas habrían de ser restablecidas.

66. Moralmente, un juicio definitivo y sin apelación es inconciliable con la bondad infinita del Creador. Jesús nos lo presenta invariablemente como a un buen Padre, que deja siempre abierta una puerta al arrepentimiento, y que está siempre dispuesto a recibir en sus brazos al hijo pródigo. Si Jesús hubiera entendido el juicio en ese sentido, habría desmentido sus propias palabras.

Además, si el juicio final debiera tomar por sorpresa a los hombres, en medio de sus actividades habituales, así como a las mujeres encintas, cabría preguntarse con qué fin Dios, que no hace nada

inútil ni injusto, haría que naciesen niños y *crearía almas nuevas* en ese momento supremo, al término fatal de la humanidad. ¿Sería para someterlas al juicio inmediatamente después de que hubieran salido del vientre materno, antes de que tuvieran conciencia de sí mismas, mientras que a otros se les concedieron miles de años para que llegaran a reconocerse? ¿Hacia qué lado, el derecho o el izquierdo, irían esas almas que no pudieron ser ni buenas ni malas, y para las cuales, sin embargo, se encontrarían cerrados todos los caminos para un ulterior progreso, visto que la humanidad dejaría de existir? (Véase el Capítulo II, § 19.)

Que conserven semejantes creencias aquellos cuya razón se conforma con ellas, pues están en su derecho. Nadie tiene por qué criticarlos; pero que no se disgusten si no todo el mundo está de acuerdo con ellos.

67. Por su parte, según ha quedado explicado aquí (véase el § 63), el juicio por la vía de la emigración es racional. Se basa en la más rigurosa justicia, porque el Espíritu conserva por toda la eternidad su libre albedrío; porque no constituye un privilegio para nadie; porque Dios concede a todas las criaturas, sin excepciones, la misma libertad de acción para que progresen; porque la puerta del Cielo siempre está abierta para los que se vuelven dignos de entrar en él; porque el aniquilamiento mismo de un mundo, que acarrea la destrucción del cuerpo, no interrumpe la marcha progresiva del Espíritu. Tal es la consecuencia de la pluralidad de los mundos y de la pluralidad de las existencias.

De acuerdo con esa interpretación, la calificación de *juicio final* no es exacta, puesto que los Espíritus pasan por un tribunal cada vez que se renuevan los mundos en que habitan, hasta que alcancen un cierto grado de perfección. No hay, por lo tanto, un *juicio final* propiamente dicho, sino *juicios generales* en todas las épocas de renovación parcial o total de la población de los mundos,

a consecuencia de las cuales se producen las grandes emigraciones e inmigraciones de Espíritus.

Capítulo XVIII

Los tiempos han llegado

Señales de los tiempos.- La nueva generación.

Señales de los tiempos

1. Nos advierten desde todas partes que han llegado los tiempos señalados por Dios, en que habrán de producirse importantes acontecimientos para la regeneración de la humanidad. ¿En qué sentido se deben entender esas palabras proféticas? Para los incrédulos, no tienen la menor importancia; según su punto de vista no son más que la enunciación de una creencia pueril, carente de fundamento. Para la mayoría de los creyentes, indican algo místico y sobrenatural, y las consideran precursoras de la derogación de las leyes de la naturaleza. Ambas interpretaciones son igualmente erróneas: la primera, porque implica la negación de la Providencia; la segunda, porque esas palabras no anuncian un trastorno de las leyes de la naturaleza, sino su cumplimiento.

2. Todo es armonía en la Creación; todo revela una previsión que no se desdice ni en las pequeñas ni en las grandes cosas. Debemos, pues, apartar de inmediato toda idea de arbitrariedad, porque es inconciliable con la sabiduría divina. En segundo lugar, si nuestra época está señalada para la realización de ciertas cosas, es porque estas tienen una razón de ser en la marcha del conjunto.

Sobre esta base, diremos que nuestro planeta, como todo lo que existe, está sujeto a la ley del progreso. Progresa físicamente por la transformación de los elementos que lo componen, y moralmente

por la purificación de los Espíritus encarnados y desencarnados que lo pueblan. Esos dos progresos se realizan en forma paralela, puesto que el perfeccionamiento de la vivienda está relacionado con el de quien habita en ella. Físicamente, el planeta ha sufrido transformaciones sucesivas, comprobadas por la ciencia, que lo hicieron habitable por seres cada vez más perfeccionados. Moralmente, la humanidad progresa por el desarrollo de la inteligencia, del sentido moral y de la moderación de las costumbres. Al mismo tiempo que el mejoramiento del planeta se produce por la actividad de las fuerzas materiales, los hombres contribuyen a ese fin mediante los esfuerzos de su inteligencia. Sanean las regiones insalubres, facilitan las comunicaciones y hacen más productiva la tierra.

Ese doble progreso se realiza de dos maneras: una de ellas, lenta, gradual e imperceptible; la otra, mediante cambios bruscos, a cada uno de los cuales corresponde un movimiento ascensional más rápido, que señala con caracteres bien definidos los períodos progresivos de la humanidad. Esos movimientos, subordinados *en cuanto a los detalles* al libre albedrío de los hombres, son en cierto modo fatales en conjunto, porque están sometidos a leyes, como las que actúan en la germinación, el crecimiento y la madurez de las plantas, puesto que el objetivo de la humanidad es el progreso, a pesar de la marcha retrasada de algunas individualidades. Por eso el movimiento progresivo se cumple en ocasiones de modo parcial, es decir, limitado a una raza o a una nación, y otras veces es general.

El progreso de la humanidad se lleva a cabo, pues, en virtud de una ley. Ahora bien, como las leyes de la naturaleza son obra eterna de la sabiduría y la presciencia divinas, los efectos de esas leyes resultan de la voluntad de Dios; no de una voluntad ocasional y caprichosa, sino de una voluntad inmutable. Por lo tanto, cuando la humanidad está madura para ascender un grado, se puede decir

que los tiempos señalados por Dios han llegado, como se puede decir también que una determinada estación es el tiempo para la madurez y la cosecha de los frutos.

3. Por el hecho de que el movimiento progresivo de la humanidad sea inevitable, dado que está en la naturaleza, no se concluye que Dios permanezca indiferente a él y que, después de haber establecido leyes, se haya retirado a la inactividad, dejando que las cosas sigan su curso por sí solas. No cabe duda de que sus leyes son eternas e inmutables, pero eso se debe a que su propia voluntad es eterna y constante, y a que su pensamiento anima todas las cosas sin intermitencias. Ese pensamiento, que todo lo penetra, es la fuerza inteligente y permanente que mantiene la armonía en todo. Si dejase de actuar un solo instante, el universo sería como un reloj al que le falta el péndulo regulador. Dios vela, pues, sin cesar por la ejecución de sus leyes, y los Espíritus que pueblan el espacio son sus ministros, encargados de cuidar los detalles según atribuciones que se corresponden con el grado de adelanto que hayan alcanzado.

4. El universo es, al mismo tiempo, un mecanismo inconmensurable, accionado por un número incontable de inteligencias; un inmenso gobierno en el que cada ser inteligente participa de modo activo bajo la mirada del soberano Señor, cuya voluntad *única* mantiene la *unidad* en todas partes. Bajo el dominio de esa gran potencia reguladora, todo marcha, todo funciona en perfecto orden. Lo que consideramos perturbaciones son movimientos parciales y aislados, que nos parecen irregulares solo porque nuestra visión es limitada. Si pudiésemos abarcarlos en conjunto, veríamos que esas irregularidades son aparentes, y que están en armonía con el todo.

5. La previsión de los movimientos progresivos de la humanidad no tiene nada de sorprendente en seres desmaterializados, que ven el objetivo hacia el cual tienden todas las cosas, y algunos de

los cuales conocen directamente el pensamiento de Dios. Por los movimientos parciales, esos seres juzgan en qué época se producirá un movimiento general, del mismo modo que el hombre puede calcular con anticipación el tiempo que le tomará a un árbol dar frutos, y como los astrónomos calculan la época de un fenómeno astronómico mediante el tiempo que emplea un astro para efectuar su revolución.

Pero los que anuncian esos fenómenos, los autores de almanaques que predicen los eclipses y las mareas, por cierto no están en condiciones de hacer ellos mismos los cálculos necesarios: apenas son ecos. Lo mismo ocurre con los Espíritus subalternos, cuya vista es limitada, y que no hacen más que repetir aquello que los Espíritus superiores *quisieron* revelarles.

6. Hasta el presente, la humanidad ha realizado incuestionables progresos. Los hombres, con su inteligencia, llegaron a resultados que jamás habían alcanzado, desde el punto de vista de las ciencias, las artes y el bienestar material. Aún les queda por realizar un inmenso progreso: *hacer que reinen entre ellos la caridad, la fraternidad y la solidaridad, que habrán de garantizarles el bienestar moral.* No habrían de conseguirlo con sus creencias ni con sus instituciones anticuadas, vestigios de otra etapa y buenas para una cierta época, suficientes para un momento de transición, pero que, habiendo dado todo lo que tenían, hoy representarían una traba. Lo mismo ocurre con los juguetes: estimulan en la niñez, pero ya no sirven cuando se llega a la edad madura. Los hombres no sólo necesitan el desarrollo de la inteligencia, sino la elevación de los sentimientos, y para lograrlo es imprescindible que aniquilen todo lo que en ellos sobreexcite el egoísmo y el orgullo.

Ese es el período en el que van a entrar a partir de ahora, y que señalará una de las principales fases de la humanidad. Esa fase, que en este momento se encuentra en elaboración, constituye el complemento indispensable del estado precedente, del mismo modo

que la edad viril es el complemento de la juventud. Podía, pues, ser prevista y predicha con anticipación, y a eso se debe que se diga que los tiempos señalados por Dios han llegado.

7. En esta oportunidad no se trata de un cambio parcial, de una renovación circunscripta a una determinada región, a un pueblo o a una raza. Es un movimiento universal que se opera en el sentido del *progreso moral*. Tiende a establecerse un nuevo orden de cosas, y hasta los hombres que más se oponen contribuyen a él sin saberlo. La generación futura, desembarazada de las escorias del viejo mundo y formada por elementos más depurados, estará animada por ideas y sentimientos muy diferentes de los de la generación actual, que se retira a pasos agigantados. El viejo mundo habrá muerto, y sólo perdurará en la historia, del mismo modo que lo hace hoy el período de la Edad Media, con sus costumbres bárbaras y sus creencias supersticiosas.

Por otra parte, todos saben cuánto deja que desear el presente orden de cosas. Después de que, en cierto modo, se haya agotado el bienestar material que la inteligencia es capaz de producir, se llegará a comprender que el complemento de ese bienestar sólo puede hallarse en el desarrollo moral. Cuanto más se avanza, más se percibe lo que falta, sin que, no obstante, se pueda aún definirlo claramente: se trata de la consecuencia del trabajo interno con que se opera la regeneración. Surgen deseos, aspiraciones, que son como el presentimiento de un estado mejor.

8. Con todo, un cambio tan radical como el que se realiza en la actualidad no puede llevarse a cabo sin conmociones. Existe una lucha inevitable de ideas. De ese conflicto forzosamente se originarán perturbaciones temporarias, hasta que el terreno haya sido allanado y el equilibrio restablecido. Así pues, de la lucha de ideas surgirán los trascendentes acontecimientos anunciados, y no de cataclismos o catástrofes puramente materiales. Los cataclismos generalizados fueron consecuencia del proceso de formación de

la Tierra. *Hoy no se agitan las entrañas del planeta, sino las de la humanidad.*

9. La humanidad es un ser colectivo en el que se llevan a cabo revoluciones morales similares a las de todo ser individual, con la diferencia de que en este se cumplen de año en año, y en aquel de siglo en siglo. Si se acompañara a la humanidad en sus evoluciones a través de los tiempos, se vería la vida de las diferentes razas marcada por períodos que confieren a cada época una fisonomía particular.

Junto con los movimientos parciales, existe un movimiento general que da impulso a toda la humanidad. No obstante, el progreso de cada parte del conjunto es relativo a su grado de adelanto. Tal sería el caso de una familia compuesta de varios hijos, el más joven de los cuales está en la cuna, y el mayor cuenta diez años de edad, por ejemplo. Diez años después, el mayor tendrá veinte y será un hombre, en tanto que el menor tendrá diez y, aunque más adelantado, seguirá siendo un niño. Con todo, también él llegará a ser un hombre. Lo mismo ocurre con las diferentes fracciones de la humanidad: las más atrasadas avanzan, pero no pueden llegar de un salto al nivel de las más adelantadas.

10. La humanidad, llegada a la adultez, tiene nuevas necesidades, aspiraciones más amplias y más elevadas; comprende el vacío de las ideas con que la acunaron, las deficiencias de sus instituciones para brindarle felicidad; ya no encuentra, en ese estado de cosas, las satisfacciones legítimas a que se siente destinada. Por eso se quita los pañales y se lanza empujada por una fuerza irresistible hacia terrenos desconocidos, en busca de nuevos horizontes menos limitados.

¡Y en ese preciso momento, en que se encuentra excesivamente oprimida por la esfera material, en que se vuelca a la vida intelectual y despliega el sentimiento de espiritualidad, aparecen hombres que se dicen filósofos con la pretensión de llenar aquel

vacío con las doctrinas del nadaísmo[82] y el materialismo! ¡Singular aberración! Esos mismos hombres, que pretenden impulsar a la humanidad hacia adelante, se esfuerzan por ceñirla al estrecho círculo de la materia, del cual ansía escaparse. Le ocultan la perspectiva de la vida infinita y le dicen, señalándole la tumba: *¡Nec plus ultra!*[83]

11. Como hemos dicho, la marcha progresiva de la humanidad se opera de dos maneras: una gradual, lenta, imperceptible –si se consideran las épocas consecutivas–, que se nota en las sucesivas mejoras en las costumbres, en las leyes, en los hábitos, mejoras que solo se perciben con el transcurso del tiempo, como las transformaciones que las corrientes de agua ocasionan en la superficie del planeta; la otra, por movimientos relativamente bruscos, rápidos, semejantes a los de un torrente que, al romper los diques que lo contenían, traspone en pocos años el terreno que le hubiese tomado siglos recorrer. Se trata, en ese caso, de un cataclismo moral que devora en algunos instantes las instituciones del pasado, y al que sucede un nuevo orden de cosas que se establece poco a poco, a medida que la calma se restablece y se torna definitiva.

Si alguien viviera bastante para abarcar con la mirada ambas vertientes de la nueva fase, le parecería que un mundo nuevo surgió de las ruinas del antiguo. El carácter, las costumbres, los hábitos, todo habrá cambiado. Eso se debe a que, en efecto, surgieron hombres nuevos o, mejor dicho, regenerados. Las ideas que la generación extinguida se llevó consigo cedieron lugar a las ideas nuevas de la generación naciente.

La humanidad ha llegado a uno de esos períodos de transformación o, si se prefiere, de *crecimiento moral*. De la adolescencia pasa a la edad viril. El pasado ya no satisface sus nuevas aspiraciones, sus

82. Véase el Capítulo I, § 61. (N. del T.)

83. Expresión latina que significa “no más allá”; se emplea para designar un límite que no puede ser superado. (N. del T.)

nuevas necesidades. Ya no puede ser gobernada con los mismos medios; ya no se deja engañar por las quimeras ni por los sortilegios. Su razón ha madurado y reclama alimentos más sustanciales. Ante un presente demasiado efímero, siente que su destino es más vasto y que la vida corporal es demasiado restringida para abarcarlo por completo. Por eso, sumerge la mirada tanto en el pasado como en el porvenir, a fin de descubrir el misterio de su existencia y adquirir una certeza que le depare consuelo.

12. Quien haya reflexionado acerca del espiritismo y sus consecuencias, sin circunscribirlo a la producción de algunos fenómenos, habrá comprendido que esa doctrina abre para la humanidad un nuevo camino, pues le devela los horizontes de lo infinito. Al iniciarla en los misterios del mundo invisible, el espiritismo le muestra su verdadero rol en la creación, rol *perpetuamente activo*, tanto en el estado espiritual como en el estado corporal. El hombre ya no camina a ciegas: sabe de dónde viene, hacia dónde va, y por qué está en la Tierra. El porvenir se le muestra en su realidad, exento de los prejuicios de la ignorancia y la superstición; ya no se trata de una vaga esperanza, sino de una verdad palpable, tan cierta para él como la sucesión del día y la noche. Sabe que su ser no se encuentra limitado a los escasos instantes de una existencia efímera; sabe que la vida espiritual no se interrumpe con la muerte; que ya ha vivido, que volverá a vivir, y que nada se pierde de lo que ha conquistado en perfección mediante el trabajo. El hombre encuentra en sus existencias anteriores la causa de lo que es hoy, y reconoce que, *a partir de lo que haga hoy, habrá de deducir lo que llegará a ser un día.*

13. Con la idea de que la actividad y la cooperación individuales, en la obra general de la civilización, están limitadas a la vida presente, que antes no fue nada y que nada será después, ¿qué le interesa al hombre el progreso posterior de la humanidad? ¿Qué le importa que en el futuro los pueblos sean mejor gobernados, más

felices, más instruidos, más buenos los unos para con los otros? Visto que de todo eso no extraerá ningún provecho, ¿no queda invalidado el progreso para él? ¿De qué le vale trabajar para los que vendrán después de él, si nunca los conocerá, si son seres nuevos que gradualmente también habrán de regresar a la nada? Bajo el dominio de la negación del porvenir individual, todo se ve reducido forzosamente a las mezquinas proporciones del ahora y de la personalidad.

Por el contrario, ¡qué amplitud le otorga al pensamiento del hombre la *certeza* de la perpetuidad de su ser espiritual! ¡Qué puede ser más racional, más grandioso y más digno del Creador, que esa ley según la cual la vida espiritual y la vida corporal son apenas dos aspectos de la existencia, que se alternan a fin de que se lleve a cabo el progreso! ¡Qué puede ser más justo y consolador que la idea de que los mismos seres progresan sin cesar; primero, a través de las generaciones de un mismo mundo; y después, de un mundo a otro hasta la perfección, *sin solución de continuidad!* En ese caso, todas las acciones tienen una finalidad, puesto que, al trabajar para todos, cada uno trabaja para sí mismo, y a la recíproca. De ese modo, nunca son estériles el progreso individual ni el general. Se trata de un progreso del que sacarán provecho las generaciones y las individualidades futuras, que no serán otras que las generaciones y las individualidades pasadas, pero con un grado más elevado de adelanto.

14. La vida espiritual es la vida normal y eterna del Espíritu, y la encarnación no es más que una forma temporal de su existencia. Así pues, salvo la vestimenta exterior, hay identidad entre los Espíritus encarnados y los desencarnados. Son las mismas individualidades con dos aspectos diferentes: unas veces pertenecen al mundo visible, y otras al invisible. Se reúnen tanto en uno como en otro mundo, y en ambos cooperan para alcanzar el mismo objetivo, con medios adecuados a la situación en que se encuentran.

De esta ley deriva la de la perpetuidad de las relaciones entre los seres. La muerte no los separa, ni pone término a sus vínculos afectivos, como tampoco a sus deberes recíprocos. De ahí la *solidaridad* de todos para cada uno, y de cada uno para todos; y también la *fraternidad*. Los hombres solo vivirán felices en la Tierra cuando esos dos sentimientos hayan entrado en sus corazones y en sus costumbres, porque entonces ajustarán a ellos sus leyes y sus instituciones. Ese será uno de los principales resultados de la transformación que ya se produce.

Pero ¿cómo conciliar los deberes de la solidaridad y de la fraternidad con la creencia de que la muerte hace que los hombres sean para siempre extraños entre ellos? Con la ley de la perpetuidad de las relaciones que unen a todos los seres, el espiritismo funda ese doble principio en las leyes mismas de la naturaleza, y hace de él no solamente un deber, sino también una necesidad. Con la ley de la pluralidad de las existencias, el hombre se relaciona con lo que se ha hecho y con lo que se hará, con los hombres del pasado y con los del porvenir; ya no puede decir que no tiene nada en común con los que mueren, puesto que unos y otros se reúnen sin cesar, en este mundo y en el otro, para ascender juntos la escala del progreso y prestarse mutuo apoyo. La fraternidad ya no está circunscripta a algunos individuos a quienes la casualidad agrupó durante una vida efímera, sino que es perpetua como la vida del Espíritu, universal como la humanidad, la cual constituye una gran familia cuyos miembros son solidarios unos con otros, *sea cual fuere la época en que hayan vivido.*

Tales son las ideas que resultan del espiritismo, y que este habrá de inculcar en todos los hombres, cuando sea universalmente difundido, comprendido, enseñado y practicado. Con el espiritismo, la fraternidad –sinónimo de la caridad predicada por el Cristo– ya no es una palabra vana, pues tiene su razón de ser. Del sentimiento de la fraternidad nace el de la reciprocidad de

los deberes sociales entre los hombres, así como entre los pueblos y entre las razas. De esos dos sentimientos bien comprendidos surgirán forzosamente las instituciones más provechosas para el bienestar de todos.

15. La fraternidad debe ser la piedra angular del nuevo orden social. Sin embargo, no existe verdadera fraternidad, sólida y efectiva, si no se apoya en una base inquebrantable. Esa base es la *fe*, pero no la fe en tales o cuales dogmas particulares, que cambian con los tiempos y según los pueblos, y cuyos partidarios se agreden mutuamente, visto que al maldecirse unos a otros fomentan el antagonismo. Se trata, por el contrario, de la fe en los principios fundamentales que todos pueden aceptar: *Dios, el alma, el porvenir,* EL PROGRESO INDIVIDUAL INDEFINIDO, LA PERPETUIDAD DE LAS RELACIONES ENTRE LOS SERES. Cuando los hombres estén convencidos de que Dios es el mismo para todos; de que ese Dios, soberanamente justo y bueno, no puede querer nada que sea injusto; de que el mal proviene de ellos y no de Él, entonces todos se considerarán hijos del mismo Padre y se tenderán las manos unos a otros.

Esa es la fe que concede el espiritismo, y que en lo sucesivo será el eje alrededor del cual se moverá el género humano, sean cuales fueren los modos de adoración y las creencias individuales, que el espiritismo respeta, pero de los que no tiene que ocuparse.

Solo de esta fe puede resultar el verdadero progreso moral, porque solo ella sanciona lógicamente los derechos legítimos y los deberes. Sin ella, no hay más derecho que el de la fuerza, y el deber se reduce a un código humano impuesto por la coacción. Sin ella, ¿qué es el hombre? Un poco de materia que se deshace, un ser efímero que no hace más que pasar. El genio mismo es apenas una chispa que brilla un instante y se extingue para siempre. No hay en eso, por cierto, motivo alguno para realzarlo demasiado ante sus propios ojos.

Con ideas así, ¿dónde quedan realmente los derechos y los deberes? ¿Qué sentido tiene el progreso? Solo esta fe permite al hombre sentir su dignidad mediante la perpetuidad y la progresión de su ser, no en un porvenir mezquino y circunscrito a la personalidad, sino en uno grandioso y espléndido. Este pensamiento lo eleva sobre la Tierra; con él se siente importante, al considerar que desempeña una función en el universo; que este universo es su dominio –que podrá recorrer un día–, y que la muerte no hará de él una nulidad, o un ser inútil para sí mismo y para los demás.

16. El progreso intelectual, llevado a cabo hasta el presente en las más vastas proporciones, constituye un gran paso, y señala la primera fase de la humanidad, pero por sí solo no tiene posibilidades de regenerarla. Mientras el hombre esté dominado por el orgullo y el egoísmo, se servirá de su inteligencia y de sus conocimientos para satisfacer sus pasiones y sus intereses personales; por ese motivo, los aplica al perfeccionamiento de los medios que le sirven para perjudicar a sus semejantes, y para destruirse a sí mismo.

Sólo el progreso moral puede garantizar a los hombres la felicidad en la Tierra, porque pone un freno a las pasiones malas; solamente él puede hacer que reinen entre ellos la concordia, la paz y la fraternidad.

Ese progreso derribará las barreras que separan a los pueblos, hará que caigan los prejuicios de castas, y acallará los antagonismos entre las sectas, enseñando a los hombres a considerarse hermanos que han sido llamados a auxiliarse mutuamente, en lugar de vivir los unos a costa de los otros.

También el progreso moral, secundado en esto por el progreso de la inteligencia, unirá a los hombres en una misma creencia, fundada en las verdades eternas, que no admiten controversias y que, por eso mismo, son aceptadas por todos.

La unidad de creencia será el lazo más fuerte, el fundamento más firme de la fraternidad universal, quebrantado desde siempre por los antagonismos religiosos, que dividen a los pueblos y a las familias, que hacen que el semejante sea considerado un enemigo, a quien es preciso evitar, combatir, exterminar, en vez de un hermano a quien se debe amar.

17. Semejante estado de cosas supone un cambio radical en el sentimiento de las masas, un progreso general que no podía llevarse a cabo sin que saliera del círculo de las ideas mezquinas y triviales, que fomentan el egoísmo. En diversas épocas, los hombres selectos han intentado impulsar a la humanidad en esa dirección, pero la humanidad, demasiado joven aún, permaneció sorda, y las enseñanzas que ellos suministraron fueron como la buena simiente que cayó sobre el pedregullo.

Ahora, la humanidad está madura para dirigir su mirada hacia alturas nunca antes vislumbradas, a fin de nutrirse de ideas más amplias, y comprender lo que no había entendido antes.

La generación que desaparece se llevará consigo sus prejuicios y sus errores. La generación que está surgiendo, bañada en una fuente más pura, imbuida de ideas más saludables, imprimirá al mundo un movimiento ascendente, en el sentido del progreso moral, que caracterizará la nueva fase de la humanidad.

18. Esa fase ya se revela por signos inequívocos, por tentativas de reformas útiles, por ideas grandes y generosas, que se concretan y comienzan a hallar eco. En ese sentido, vemos que se funda una inmensa cantidad de instituciones protectoras, civilizadoras y emancipadoras, bajo el influjo y por la iniciativa de hombres evidentemente predestinados a la obra de la regeneración; vemos que las leyes penales se impregnan a diario de sentimientos más humanitarios. Los prejuicios de raza se debilitan, los pueblos comienzan a considerarse miembros de una gran familia; a través de la uniformidad y la facilidad de los medios con que llevan a cabo

sus negocios, suprimen las barreras que los separaban; y en todas partes organizan reuniones universales para realizar torneos pacíficos de inteligencia.

Sin embargo, a esas reformas les falta una base que les permita desarrollarse, completarse y consolidarse; les falta una predisposición moral más generalizada para que prosperen y sean aceptadas por las masas. Con todo, eso no deja de ser una señal característica de la época, el preludio de lo que se cumplirá en mayor escala a medida que el terreno sea más favorable.

19. Una señal no menos característica del período en que ingresamos es la reacción evidente que se opera en el sentido de las ideas espiritualistas. Una repulsión instintiva se pone de manifiesto contra las ideas materialistas. El espíritu de incredulidad que se había apoderado de las masas, fueran estas ignorantes o instruidas, y que las llevaba a rechazar, junto con la forma, la sustancia misma de toda creencia, parece que ha sido un sueño, y al despertar se siente la necesidad de respirar un aire más vivificante. Involuntariamente, donde había un vacío se busca algo, un punto de apoyo, una esperanza.

20. En ese gran movimiento regenerador, el espiritismo desempeña una función considerable; no el espiritismo ridículo inventado por una crítica burlona, sino el espiritismo filosófico, como lo entiende cualquiera que se haya tomado el trabajo de buscar la almendra dentro del hueso que la contiene.

Con las pruebas que aporta respecto de las verdades fundamentales, el espiritismo llena el vacío que la incredulidad genera en las ideas y en las creencias; y con la certeza que ofrece acerca de un porvenir conforme a la justicia de Dios, y que la razón más severa puede admitir, calma las amarguras de la vida y previene los funestos efectos de la desesperación.

Al dar a conocer nuevas leyes de la naturaleza, el espiritismo otorga la clave de fenómenos incomprendidos y de problemas insolubles hasta ahora, al mismo tiempo que destruye la incredulidad y la superstición. Para él, no existe nada sobrenatural ni maravilloso, pues en el mundo todo sucede en virtud de leyes inmutables.

Lejos de sustituir un exclusivismo por otro, se presenta como campeón absoluto de la libertad de conciencia. Combate al fanatismo en todas sus formas, y lo arranca de raíz para proclamar la salvación de todos los hombres de bien, así como la posibilidad de que los más imperfectos, mediante sus esfuerzos, con la expiación y la reparación, lleguen a la perfección, fuera de la cual no hay suprema felicidad. En vez de desanimar al débil, lo alienta y le muestra el puerto al que puede arribar.

No dice: *Fuera del espiritismo no hay salvación*; sino que afirma, con el Cristo: *Sin caridad no hay salvación*, pues tal es el principio de unión, de tolerancia, que unirá a los hombres en un sentimiento común de fraternidad, en vez de dividirlos en sectas enemigas.

Con este otro principio: *Solo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara, en todas las épocas de la humanidad*, destruye el imperio de la fe ciega que aniquila a la razón, de la obediencia pasiva que embrutece; de modo que emancipa a la inteligencia del hombre y eleva su moral.

Consecuente consigo mismo, no se impone. Dice qué es, qué quiere, qué da, y espera que se acuda a él con libertad, voluntariamente. Pretende que se lo acepte con la razón, y no a la fuerza. Respeta todas las creencias sinceras, y sólo combate la incredulidad, el egoísmo, el orgullo y la hipocresía, que son las plagas de la sociedad y los obstáculos más importantes para el progreso moral; pero lo hace sin maldecir a nadie, y mucho menos a sus enemigos, porque está convencido de que el camino del bien se encuentra abierto incluso para los más imperfectos, quienes tarde o temprano habrán de recorrerlo.

21. Si suponemos a la mayoría de los hombres imbuida de esos sentimientos, podremos fácilmente imaginar las modificaciones que de ahí resultarán para las relaciones sociales: todos tendrán por divisa la caridad, la fraternidad, la benevolencia para con todos, la tolerancia para todas las creencias. Esa es la meta hacia la cual tiende evidentemente la humanidad, ese es el objeto de sus aspiraciones y deseos, sin que por el momento perciba con claridad cuáles son los medios para realizarlos. Ensaya, anda a tientas, pero la detienen resistencias activas, o la fuerza inercial de los prejuicios, de las creencias estancadas y refractarias al progreso. Es necesario vencer esas resistencias, y esa será la obra de la nueva generación. Quien acompañe el curso actual de los acontecimientos reconocerá que todo parece predestinado a abrirle paso. Esa generación será portadora de una fuerza doble, por la cantidad y por las ideas, además de la experiencia del pasado.

22. La nueva generación marchará, pues, hacia la realización de todos los ideales humanitarios compatibles con el grado de adelanto al que haya llegado. El espiritismo, al avanzar en dirección a los mismos objetivos, y al realizar sus propósitos, se encontrará con ella en el mismo terreno. Los hombres favorables al progreso descubrirán en las ideas espíritas un poderoso recurso, y el espiritismo hallará, en los hombres nuevos, espíritus plenamente dispuestos a admitirlo. Ante ese estado de cosas, ¿qué podrán hacer aquellos que pretendan oponérsele?

23. El espiritismo no crea la renovación social, pues la madurez de la humanidad hace de esa renovación una necesidad. Por su poder moralizador, por sus tendencias progresivas, por la amplitud de sus miras, por la generalidad de las cuestiones que abarca, el espiritismo, más que ninguna otra doctrina, es apto para secundar al movimiento regenerador. Por eso es contemporáneo de ese movimiento. Surgió en el momento en que podía ser útil, puesto que también para él los tiempos han llegado. Si hubiese llegado antes,

habría encontrado obstáculos insuperables; habría sucumbido inevitablemente, porque los hombres, satisfechos con lo que tenían, aún no sentirían la carencia de lo que él les trae. Hoy, nacido con el movimiento de las ideas que fermentan, encuentra el terreno preparado para recibirlo. Los espíritus, hastiados de la duda y la incertidumbre, y horrorizados por el abismo que se abre ante ellos, lo reciben como un áncora de salvación y un supremo consuelo.

24. Decir que la humanidad se halla madura para la regeneración no significa que todos los individuos lo estén en el mismo grado, aunque muchos llevan consigo, por intuición, el germen de las ideas nuevas, que las circunstancias harán brotar. Entonces se mostrarán más adelantados de lo que se suponía, y seguirán con entusiasmo el impulso de la mayoría.

No obstante, los hay que son profundamente refractarios a esas ideas, incluso entre los más inteligentes, y con toda seguridad nunca las aceptarán, al menos en esta existencia; en algunos casos, de buena fe, por convicción; en otros, por interés. Aquellos cuyos intereses materiales están vinculados a la situación actual, y que no se encuentran bastante adelantados para renunciar a ellos –pues el bien general les importa menos que el personal–, no pueden ver sin recelo el más pequeño movimiento reformador. La verdad es para ellos una cuestión secundaria; o mejor dicho, *la verdad, para ciertas personas, está por completo en lo que no les causa ningún trastorno.* Desde su punto de vista, todas las ideas progresivas son subversivas, y por eso les profesan un odio implacable y les hacen una guerra encarnizada. Demasiado inteligentes para no ver en el espiritismo un auxiliar de esas ideas, así como los elementos de la transformación a la que temen, porque no se sienten a su altura, se esfuerzan por destruirlo. Si lo juzgaran sin valor ni trascendencia, no se preocuparían por él. Ya lo hemos dicho en otra parte: *Cuanto más grande es una idea, más adversarios encuentra, y se puede medir su importancia con la violencia de los ataques que se le dirigen.*

25. No cabe duda de que el número de los reacios al progreso es grande aún; pero ¿qué pueden hacer contra la marea que asciende, aparte de arrojarle algunas piedras? Esa marea es la generación que surge, mientras ellos desaparecen junto con la generación que se marcha a grandes pasos cada día. Hasta entonces, defenderán el terreno palmo a palmo. Hay, por lo tanto, una lucha inevitable, pero desigual, porque se trata de la lucha entre el pasado decrépito, que caduca cubierto de harapos, y el futuro lleno de juventud. Es la lucha del estancamiento contra el progreso; de la criatura humana contra la voluntad de Dios, pues los tiempos que Él ha señalado ya llegaron.

La nueva generación

26. Para que los hombres sean felices en la Tierra, es preciso que ella esté poblada únicamente por Espíritus buenos, tanto encarnados como desencarnados, que solo quieran el bien. Dado que esos tiempos han llegado, en la actualidad se lleva a cabo una gran emigración entre sus habitantes. Quienes hacen el mal por el mal mismo, y que *no han sido tocados* por el sentimiento del bien, no son dignos de la Tierra transformada, de modo que serán excluidos de ella, pues si así no fuese volverían a causar perturbación y desorden, y constituirían un obstáculo para el progreso. Algunos irán a expiar su obstinación en mundos inferiores, otros en las razas terrestres más atrasadas, equivalentes a las de los mundos inferiores, adonde llevarán los conocimientos que han adquirido, con la misión de contribuir a su adelanto. Los reemplazarán Espíritus mejores, quienes harán que reine entre ellos la justicia, la paz y la fraternidad.

Según afirman los Espíritus, la Tierra no será transformada por un cataclismo que aniquile súbitamente a una generación. La

generación actual desaparecerá gradualmente, y la nueva la sucederá del mismo modo, sin que haya ninguna modificación en el orden natural de las cosas.

Así pues, todo sucederá exteriormente como de costumbre, con esta única diferencia, pero que es fundamental: una parte de los Espíritus que encarnaban en la Tierra ya no volverá a encarnar en ella. En cada niño que nazca, en vez de un Espíritu atrasado e inclinado al mal, que antes habría encarnado aquí, vendrá un Espíritu más adelantado e *inclinado al bien*.

No se trata, pues, de una nueva generación corporal, sino más bien de una nueva generación de Espíritus. Así, aquellos que esperan ver que la transformación se opere a través de efectos sobrenaturales y maravillosos quedarán decepcionados.

27. La época actual es la de la transición: los elementos de las dos generaciones se confunden. Ubicados en un punto intermedio, presenciamos la partida de una y la llegada de la otra, mientras cada una muestra en el mundo sus caracteres peculiares.

Las dos generaciones que se suceden tienen ideas y puntos de vista opuestos. Por la naturaleza de las disposiciones morales, pero sobre todo por las disposiciones *intuitivas e innatas*, resulta fácil distinguir a cuál de las dos pertenece cada individuo.

Dado que la nueva generación habrá de fundar la era del progreso moral, se distingue por una comprensión y una inteligencia que generalmente son precoces, sumadas al sentimiento *innato* del bien y a las creencias espiritualistas, lo que constituye una señal indudable de cierto grado de adelanto *anterior*. Dicha generación no se compondrá tan solo de Espíritus eminentemente superiores, sino también de los que, como ya progresaron, se encuentran predispuestos a asimilar todas las ideas progresivas, y son aptos para secundar el movimiento regenerador.

Por el contrario, lo que distingue a los Espíritus atrasados es, en primer lugar, su rebeldía contra Dios, pues se niegan a reconocer un poder superior al de la humanidad; también los distingue su propensión *instintiva* a las pasiones degradantes, a los sentimientos antifraternos de egoísmo, de orgullo, de apego a todo lo material.

Esos son los vicios de los que la Tierra debe ser expurgada, mediante el alejamiento de quienes se obstinan en no enmendarse, porque son incompatibles con el reino de la fraternidad, y porque el contacto con ellos siempre hará sufrir a los hombres de bien. Cuando la Tierra se encuentre liberada de ellos, los hombres avanzarán sin obstáculos hacia el porvenir venturoso que les está reservado, incluso en este mundo, como recompensa a sus esfuerzos y a su perseverancia, mientras aguardan que una depuración aún más completa les franquee el acceso a los mundos superiores.

28. No se debe entender que por medio de esa emigración de Espíritus serán expulsados de la Tierra, y relegados a mundos inferiores, todos los Espíritus reacios al progreso. Por el contrario, muchos volverán, pues se dejaron llevar por las circunstancias y el mal ejemplo. En ellos, es peor la apariencia que la esencia. Una vez libres de la influencia de la materia y de los prejuicios del mundo corporal, la mayor parte de esos Espíritus verán las cosas de manera por completo diferente a como las veían en vida, de conformidad con los numerosos ejemplos que conocemos. En ese sentido, reciben el auxilio de Espíritus benévolos, que se interesan por ellos y se apresuran a instruirlos y a mostrarles el camino equivocado que han seguido. Nosotros mismos, con nuestras plegarias y exhortaciones, podemos contribuir a su mejoramiento, dado que existe una solidaridad perpetua entre los muertos y los vivos.

La manera por medio de la cual se opera la transformación es muy simple y, como se ve, su carácter es por completo moral, sin que se aparte en lo más mínimo de las leyes de la naturaleza.

29. Ya sea que los Espíritus de la nueva generación sean Espíritus mejores, que llegan a la Tierra por primera vez, o Espíritus que ya estuvieron en ella, y que han mejorado, el resultado es el mismo; pues desde el momento en que son portadores de mejores disposiciones, siempre existe una renovación. De ese modo, los Espíritus encarnados forman dos categorías, según sus disposiciones naturales: por un lado, los Espíritus reacios al progreso, que parten; por el otro, los Espíritus favorables al progreso, que llegan. Así pues, el estado de las costumbres y de la sociedad, ya sea en un pueblo, en una raza o en el mundo entero, dependerá de la categoría que prevalezca sobre la otra.

Para simplificar la cuestión, supongamos la existencia de un pueblo en un grado cualquiera de adelanto, y compuesto por veinte millones de almas, por ejemplo. Dado que la renovación de los Espíritus se produce de acuerdo con las defunciones, aisladas o en masa, necesariamente hay un momento en que la generación de los Espíritus reacios al progreso supera en número a la de los Espíritus favorables al progreso, que apenas cuentan con unos pocos representantes sin influencia, y cuyos esfuerzos para hacer que predominen el bien y las ideas progresivas están paralizados. Ahora bien, como aquellos se marchan y estos llegan, después de un tiempo determinado las dos fuerzas quedan equilibradas y sus influencias se neutralizan. Más tarde, los recién llegados son mayoría, y su influencia se vuelve preponderante, aunque todavía resulte dañada por la de los primeros. Estos, que siguen disminuyendo mientras los otros se multiplican, acaban por desaparecer. Así pues, llega un momento en que la influencia de la nueva generación es exclusiva. Pero eso no puede comprenderse si no se admite la vida espiritual y su independencia de la vida material.

30. Nosotros presenciamos esa transformación, ese conflicto que resulta de la lucha de las ideas contrarias que procuran implantarse, unas con la bandera del pasado, otras con la del porvenir. Si

se examina el estado actual del mundo, se reconocerá que la humanidad terrestre, como totalidad, está lejos aún del punto intermedio en que las fuerzas se equilibran; que los pueblos, considerados aisladamente, se encuentran a gran distancia unos de otros en esta escala; que algunos han llegado a aquel punto, pero que ninguno lo ha superado aún. Por lo demás, la distancia que los separa de los puntos extremos está lejos de ser la misma en duración, y una vez cruzado el límite, el nuevo camino será recorrido con tanta mayor velocidad cuanto mayor número de circunstancias concurran para allanarlo.

Así se lleva a cabo la transformación de la humanidad. Sin la emigración, es decir, sin la partida de los Espíritus reacios al progreso –que no deben volver, o que solo deben volver después de haber mejorado–, la humanidad terrestre no permanecería indefinidamente estacionaria –porque los Espíritus más atrasados avanzan también–, pero hubieran hecho falta siglos, y tal vez miles de años, para llegar al resultado que medio siglo bastará para realizar.

31. Una comparación vulgar permitirá que se comprenda todavía mejor lo que ocurre en esa circunstancia. Supongamos un regimiento compuesto en su mayoría por hombres turbulentos e indisciplinados, los cuales ocasionan un desorden constante, que la severidad de la ley penal muchas veces tiene dificultad para reprimir. Esos hombres son los más poderosos, porque son mayoría. Se amparan, se dan ánimo y se estimulan mediante el ejemplo. En cambio, los que son buenos carecen de influencia; sus consejos son despreciados; sufren a causa del contacto con los otros, que los ridiculizan y maltratan. ¿No es esa una imagen de la sociedad actual?

Supongamos ahora que aquellos hombres son retirados del regimiento de a uno, de a diez, de a cientos, y que se los sustituye gradualmente por una cantidad similar de soldados buenos, incluso

por algunos de los que, después de que fueron expulsados, se enmendaron seriamente. Al cabo de un cierto tiempo, el regimiento seguirá existiendo, pero se habrá transformado. El orden basado en el bien habrá reemplazado al desorden. Lo mismo sucederá con la humanidad regenerada.

32. Las grandes emigraciones colectivas no tienen como único objetivo activar los traslados, pues también transforman con mayor rapidez el espíritu de las masas, liberándolas de las malas influencias, y conceden más ascendiente a las ideas nuevas.

En virtud de que muchos están maduros para esa transformación –a pesar de sus imperfecciones–, parten a fin de fortalecerse en una fuente más pura. Si permanecieran en el mismo medio, y bajo las mismas influencias, persistirían en sus opiniones y en su forma de apreciar las cosas. Una temporada en el mundo de los Espíritus basta para abrirles los ojos, porque allí ven lo que no podían ver en la Tierra. Así pues, el incrédulo, el fanático y el autoritario, podrán volver con ideas *innatas* de fe, de tolerancia y de libertad. A su regreso notarán que las cosas cambiaron, y experimentarán la influencia del nuevo medio en que han nacido. En vez de oponerse a las nuevas ideas, serán sus promotores.

33. La regeneración de la humanidad, por consiguiente, no requiere en absoluto la renovación integral de los Espíritus, pues basta con una modificación en sus disposiciones morales. Esa modificación se opera en todos aquellos que están predispuestos, toda vez que sean sustraídos de la influencia perniciosa del mundo. Por lo tanto, no siempre son otros los Espíritus que regresan; a menudo son los mismos Espíritus, pero que piensan y sienten de otra manera.

Cuando ese mejoramiento es aislado e individual, pasa desapercibido, y no ejerce ninguna influencia ostensible en el mundo. Pero el efecto es por completo diferente cuando el mejoramiento se produce simultáneamente sobre grandes masas; porque entonces, de

acuerdo con las proporciones que adopte en una generación, puede modificar profundamente las ideas de un pueblo o de una raza.

Eso es lo que se nota, casi siempre, después de las grandes conmociones que diezman a los pueblos. Los flagelos destructores aniquilan el cuerpo, pero no alcanzan al Espíritu; activan el movimiento de ingreso y salida entre el mundo corporal y el mundo espiritual y, por consiguiente, el movimiento progresivo de los Espíritus encarnados y desencarnados. Es preciso señalar que, en todas las épocas de la historia, a las grandes crisis sociales les siguió una etapa de progreso.

34. En la actualidad, se opera uno de esos movimientos generales, destinado a promover la reorganización de la humanidad. La multiplicidad de las causas de destrucción constituye una señal característica de los tiempos, pues esas causas apresuran la eclosión de los nuevos gérmenes. Son las hojas que caen en el otoño, y que serán reemplazadas por otras hojas plenas de vida, porque la humanidad tiene sus estaciones, al igual que los individuos tienen sus diversas edades. Las hojas muertas de la humanidad caen impulsadas por las ráfagas y los golpes del viento, pero con el fin de que renazcan más vigorosas, por obra del mismo aliento de vida, que no se extingue, sino que se purifica.

35. Para el materialista, los flagelos destructores son calamidades sin compensación, sin resultados útiles, puesto que, según su opinión, esos flagelos *aniquilan a los seres definitivamente*. En cambio, para aquel que sabe que la muerte solo destruye la envoltura, esos flagelos no tienen las mismas consecuencias, ni le causan el mínimo temor; comprende su objetivo, y sabe también que los hombres no pierden más por el hecho de que mueran juntos que por morir aislados, pues de una manera o de otra todos habrán de llegar a lo mismo.

Los incrédulos se burlarán de estas cosas, y las calificarán de quimeras. No obstante, digan lo que digan, no escaparán a la ley general. En su momento morirán, como los demás, y entonces, ¿qué les sucederá? Ellos dicen: *Nada*. Pero vivirán, a pesar de sí mismos, y un día se verán obligados a abrir los ojos.

Índice

Los milagros según el espiritismo

Las predicciones según el espiritismo